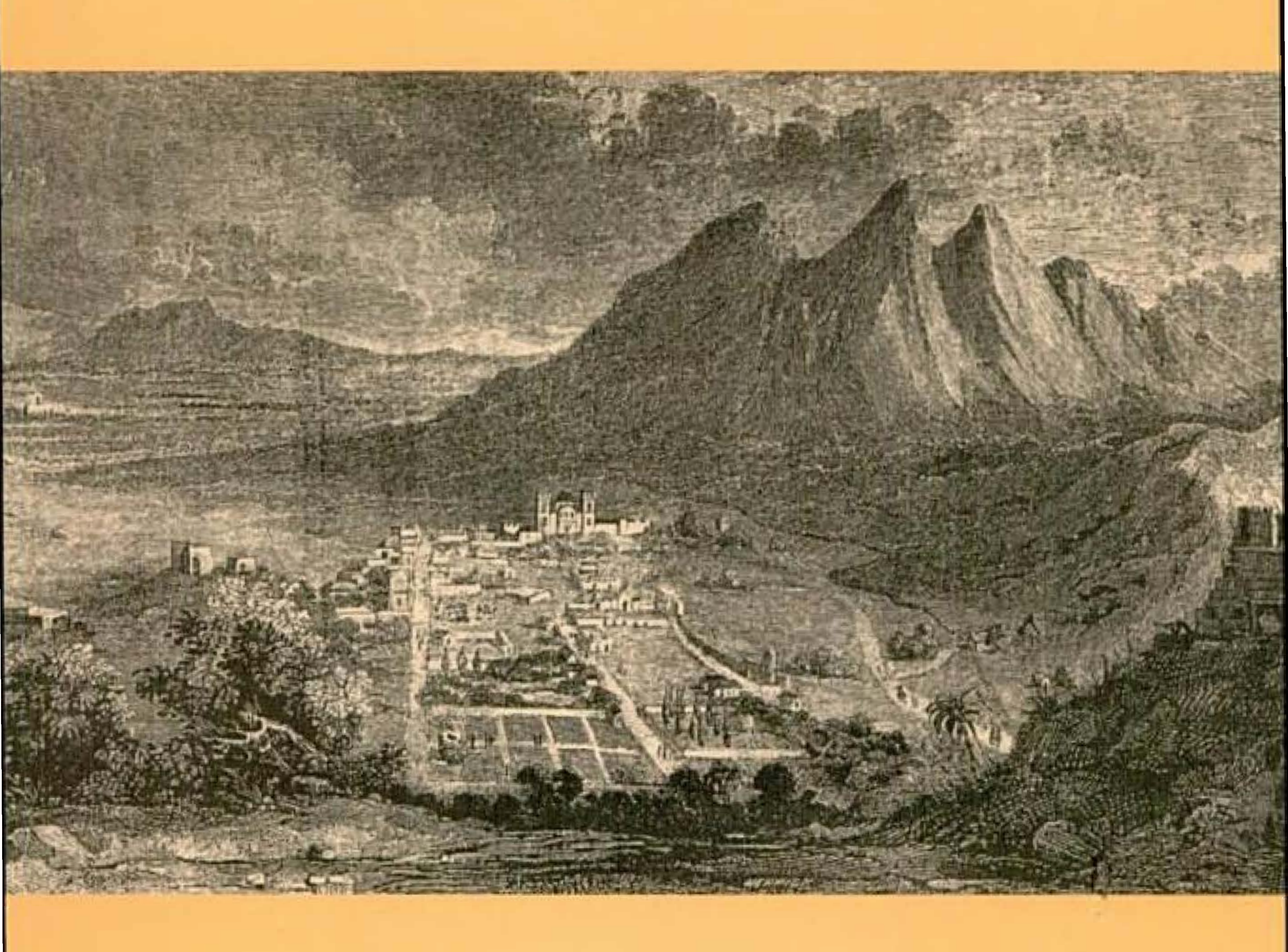
VEINTE AÑOS ENTRE LOS MEXICANOS

Relato de una labor misionera



MELINDA RANKIN

INTRODUCCIÓN DE

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ QUIROGA
Y THIMOTHY PAUL BOWMAN

Miguel Ángel González Quiroga.

Catedrático del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León desde 1983. Es coautor de los libros *Texas y el norte de México* (1848-1880) y *Nuevo León ocupado. Aspectos de la guerra México-Estados Unidos*. Es también coeditor de *Frontera e historia económica* y ha publicado artículos en México y Estados Unidos en libros y revistas especializadas en temas relacionados con la región fronteriza.

Timothy Paul Bowman.

Candidato a doctor en Historia de la Southern Methodist University en Dallas, Texas. Sus investigaciones tienen como enfoque el suroeste de Estados Unidos y su frontera con México. Su tesis doctoral, "Naranjas ensangrentadas: la citricultura y la formación del sur de Texas, 1904-1964", explora el surgimiento de una sociedad moderna en el bajo río Bravo y la formación de las relaciones entre angloamericanos, mexicoamericanos y mexicanos en la región durante la primera mitad del siglo XX.

VEINTE AÑOS ENTRE LOS MEXICANOS

Relato de una labor misionera

VEINTE AÑOS ENTRE LOS MEXICANOS

Relato de una labor misionera

MELINDA RANKIN

INTRODUCCIÓN DE

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ QUIROGA

Y TIMOTHY PAUL BOWMAN

Título original:
Twenty Years among the Mexicans: A Narrative of Missionary Labor
D.R. © 2008
The Library of Texas Series, Russell L. Martin y David J. Weber
DeGolyer Library
William P. Clements Center for Southwest Studies
Southern Methodist University, Dallas, Texas
ISBN 1-929531-14-1

Edición en español:
D.R. © 2008
Fondo Editorial de Nuevo León
D.R. © 2008
Introducción y comentarios:
Miguel Ángel González Quiroga y Timothy Paul Bowman
D.R. © 2008
Traducción: David Toscana

ISBN 978-970-9715-59-0
Impreso en México

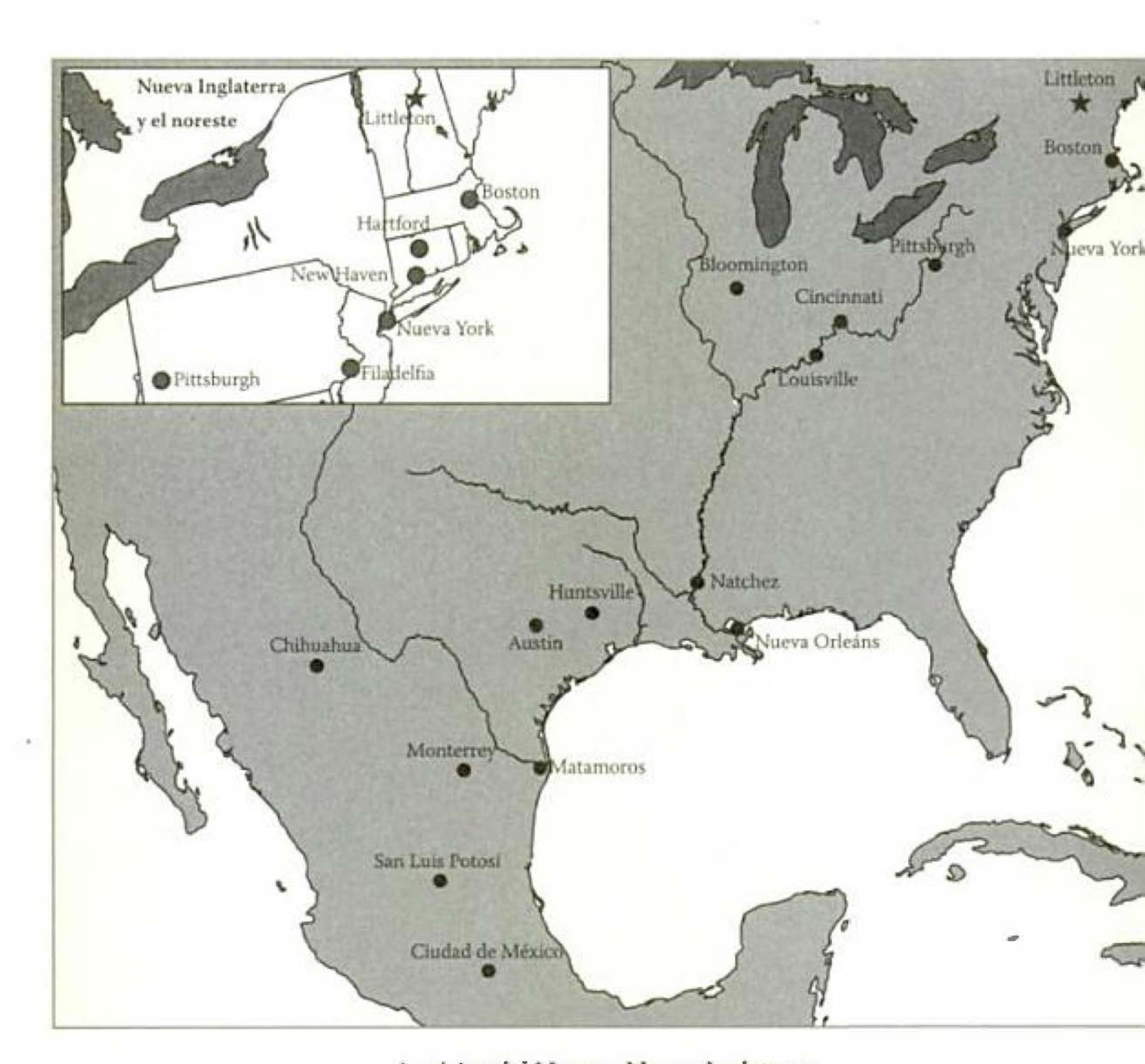
Ilustración de portada, fuente: Brantz Mayer, *Mexico, Aztec, Spanish and Republican*, S. Drake and Company, Hartford, 1851. DeGolyer Library, Southern Methodist University, Dallas, Texas.

Coordinación editorial: Dominica Martínez
Cuidado editorial: Miguel Ángel González Quiroga, Ángela Palos
Formación y diagramación: Ángela Palos



Zaragoza 1300
Edificio Kalos, Nivel C2, Desp. 202
CP 64000, Monterrey, Nuevo León
(81) 83 44 29 70 y 71
www.fondoeditorialnl.gob.mx

CONTENIDO



América del Norte y Nueva Inglaterra
Fuente: Scott Cassingham, Foscue Map Library, Southern Metodist University

INTRODUCCIÓN

Un viento furioso sopló por el golfo de México, convirtiendo las inquietas aguas en una masa de movimientos ondulantes. Una pequeña barca al borde de ser tragada por el iracundo mar se bamboleaba desesperadamente sobre las olas. En esa barcaza iba Melinda Rankin, una misionera de Nueva Inglaterra lejos de casa. Ella y unos cuantos pasajeros más habían dejado la costa de Texas en el invierno de 1853 rumbo a Nueva Orleáns. Aunque las perspectivas de alcanzar ese puerto durante la tormenta parecían remotas, tras cuatro o cinco días de angustia el drama terminó: los vientos amainaron, el mar se calmó y la barca llegó a su destino. Rankin, quien se creía una mensajera de Dios, pudo continuar con su misión.

Este episodio bien podría ser una metáfora de la vida de Melinda Rankin, cuyo resumen es claro: se crió en Nueva Inglaterra, descubrió su vocación como maestra misionera, decidió llevar la religión protestante a los católicos mexicanos, superó obstáculos casi abrumadores y regresó a los Estados Unidos a pasar sus últimos años en relativa calma. Los detalles de ese resumen revelan una historia fascinante de una mujer más bien ordinaria que hizo cosas extraordinarias. Entre ellas, escribió dos libros sobre sus experiencias. Su primer libro, *Texas en* 1850, promovió a Texas como un campo misionero para los protestantes de Nueva Inglaterra. El segundo, *Veinte años entre los mexicanos: relato de una labor misionera*, es una autobiografía que Rankin publicó en 1875. Este último libro se reproduce completamente en este volumen.[1]

[1] El libro de Rankin *Twenty Years among the Mexicans: A Narrative of Missionary Labor* fue publicado por Christian Publishing Company de St. Louis y por Chase and Hall de Cincinnati en 1875. Fue reimpreso en 1881 por Central Book

Los escritos de Melinda Rankin revelan poco acerca de sus primeros años, pero se sabe que sus abuelos, James Rankin y Margaret Wetherspoon Rankin, emigraron de Escocia en 1776, estableciéndose primero en Thornton, Nueva Hampshire, pero mudándose más tarde a Littleton, donde participaron en asuntos civiles y religiosos. Su hijo, David, se casó con una mujer llamada Persis Daniel en 1808; tres años más tarde, el 21 de marzo de 1811, nació Melinda. Aunque no se sabe con certeza cuántos hijos procreó la pareja, parece que Melinda sólo tuvo una hermana, Harriet, quien se casó con Thomas Kimball y tuvo cinco hijos.[2]

Melinda Rankin recibió educación religiosa durante su juventud. Más tarde se dirigió al oeste para atender la necesidad de maestros protestantes, que se requerían urgentemente en la región fronteriza. Para 1840, y antes de cumplir los treinta, Rankin se hallaba en Kentucky, donde permaneció dos años, estableciendo escuelas y reclutando maestros de Nueva Inglaterra para que trabajaran en ese estado. Sin embargo, su periplo al oeste, a diferencia de posteriores viajes a Texas y México, no era una misión eminentemente espiritual. Por razones perdidas a la posteridad, por esas fechas el padre de Rankin perdió todas sus pertenencias en Littleton, de modo que Melinda y su incierto número de hermanas se aventuraron hacia el oeste como maestras de escuela para rehacer los ingresos familia-

Concern de Cincinnati. Una traducción al español del libro *Veinte años entre los mexicanos: narración de una labor misionera*, se publicó en 1958 en México por la Asamblea General de la Iglesia Presbiteriana. Copias de la primera edición en buenas condiciones se venden generalmente por entre 125 y 150 dólares. Todas las siguientes referencias a "Rankin" se refieren a los números de página del presente texto, no al de anteriores ediciones.

2 En su introducción a una edición moderna de *Texas in 1850*, John Rayburn provee información biográfica de la misionera de Nueva Inglaterra, la cual se basa principalmente en sus propios escritos. Hemos incluido algo de esa información en este texto al tiempo que agregamos otras fuentes y colocamos su vida y logros dentro del más amplio contexto de su época. John C. Rayburn, "Introducción" en Melinda Rankin, *Texas in 1850*, Texian Press, Waco, 1966. Para más información biográfica, ver Mary Martina Rakow, "Melinda Rankin and Magdalen Hayden: Evangelical and Catholic Forms of Nineteenth Century Christian Spirituality", Colegio de Boston, tesis doctoral, 1982, p. 10.

res. Aparentemente lo lograron. Compraron una granja para David Rankin, quien pasó ahí en paz el resto de su vida.[3]

El Segundo Gran Despertar y el destino manifiesto

Melinda Rankin creció durante un periodo de la historia de los Estados Unidos marcado por el Segundo Gran Despertar, una serie de avivamientos religiosos que avanzaron por el país entre 1790 y 1830. Apasionados predicadores itinerantes recorrieron el territorio, organizando grandes reuniones al aire libre donde las masas acudían a escuchar el mensaje de la salvación cristiana y para arrepentirse ostensiblemente de sus costumbres pecadoras. Estos avivamientos reflejaron y contribuyeron a un renovado interés por el cristianismo.

Algunos historiadores han argumentado que los participantes del Segundo Gran Despertar mostraban una conciencia general del igualitarismo democrático. En vez de apoyarse principalmente en una elite clerical educada para la instrucción de asuntos espirituales, estos participantes se unieron al "evangelismo plebeyo" que se había convertido en la "forma predominante del cristianismo norteamericano".[4] La Iglesia Presbiteriana de Cumberland, un retoño del presbiterianismo dominante, brotó como una rama religiosa informal y rústica generada por los avivamientos. De este modo, un ambiguo sentido de la igualdad fue el resultado del Segundo Gran Despertar, ya que los evangélicos llegaron a creer que toda la gente debía ser

---

3 Rankin no menciona a sus padres en su autobiografía. Sí menciona una hermana y sobrinas, pero sus referencias a una vida familiar son más bien escasas. Más aún, no menciona un interés romántico ni alguna relación intensa con alguien. John C. Rayburn, *op. cit.*, p. III; Mary Martina Rakow, *op. cit.*, pp. 10-11.

4 Charles Sellers, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, Oxford University Press, Nueva York, 1991, p. 157. Ver también Sean Wilentz, *The Rise of American Democracy: Jefferson to Lincoln*, W. W. Norton and Company, Nueva York, 2005, pp. 268-69. Wilentz argumenta que la tendencia a nivelar democráticamente las diferencias de clase era particularmente aguda en los estados sureños y que en los círculos cristianos las distinciones entre la élite de no evangélicos y los evangélicos plebeyos comenzaron a borrarse.

libre para escuchar y aceptar el mensaje de Cristo. Esto explica en parte por qué misioneros como Rankin tenían tan baja opinión del catolicismo mexicano. Como la Iglesia oficial de México durante la primera mitad del siglo XIX, la Iglesia católica, con la autoridad que le investía el gobierno mexicano, se rehusó a darle a sus ciudadanos el derecho legal de buscar lo que Rankin consideraba la única verdadera forma de fe: el protestantismo norteamericano. En repetidas ocasiones Rankin se quejó sobre la falta de libertad religiosa en México antes de la promulgación de la constitución liberal de 1857.

Con un importante respaldo financiero, los cristianos presbiterianos y congregacionistas comenzaron en la década de 1820 a confederar numerosas organizaciones estatales y locales para formar grupos como la Unión Norteamericana de Escuelas Dominicales, la Sociedad Norteamericana de Publicaciones, la Sociedad Norteamericana de Misiones Internas y la Sociedad Norteamericana para Promover la Abstinencia del Alcohol[5] (la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, el grupo evangélico que tuvo la mayor influencia directa en Rankin, se formó después, en 1849). Estos grupos no sólo tuvieron una importante función en los esfuerzos proselitistas tempranos de Texas, sino que la mera existencia de organizaciones cristianas "norteamericanas" es indicador de un enfoque interconfesional protestante y más incluyente hacia el ministerio cristiano. Como resultado, surgió una división entre los miembros del presbiterianismo de la vieja escuela, que rechazaban el enfoque interconfesional, y los de la nueva escuela, que lo aceptaban. Dados sus orígenes, tal vez Rankin se alió con la vieja escuela en muchos aspectos, pero definitivamente se inclinaba por un arreglo interconfesional en su trabajo misionero en Brownsville, Texas y Monterrey, México.

En la época de Rankin, muchos norteamericanos creían en el concepto del destino manifiesto: una confianza autoatribuida en un "proceso en desarrollo de la dominación estadounidense del conti-

5 Sean Wilentz, *op. cit.*, p. 270.

nente de América del Norte y del hemisferio [occidental]".[6] Una gran parte de la sociedad norteamericana del siglo XIX creía que la nación poseía un mandato divino para ocupar toda la tierra entre los océanos Atlántico y Pacífico. Pero el destino manifiesto involucraba más que tomar la tierra. También significaba la expansión de las instituciones norteamericanas supuestamente superiores, incluyendo su cultura y religión. Como se sugiere en el capítulo III, Rankin desarrolló un intenso deseo durante la guerra entre México y Estados Unidos de difundir el "cristianismo norteamericano" en México. Aunque no declara explícitamente su apoyo a la guerra, se puede inferir de sus constantes denuncias sobre el gobierno mexicano y la Iglesia católica que Rankin vio la invasión de los Estados Unidos a México como un evento que auguraba la difusión del protestantismo norteamericano al sur de la frontera, pese al daño colateral de la guerra. En resumen, la creencia de Rankin en su mandato divino para difundir una forma de protestantismo enteramente norteamericano en México sugiere que se había contagiado del espíritu del destino manifiesto.

Preparación para ir a México

Tras dos años en Kentucky, Rankin se trasladó a Mississippi en 1842. Continuó con su enseñanza religiosa los siguientes cinco años y fue ahí donde descubrió el cometido de su vida. Cuando comenzó la guerra entre México y Estados Unidos en 1846, llegaron informes a Mississippi sobre la opresión religiosa en México, donde todas las religiones, salvo la católica, estaban prohibidas. Esto fascinó a Rankin y agitó su orgullo protestante y nacionalista. Se vio marchando hacia México[7] como parte de un ejército de conquista religiosa que

[6] Amy S. Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 4.

[7] Rankin se halla claramente confundida en cuanto a los detalles de cuándo conoció la situación en México. En su texto dice que al terminar la guerra se enteró de

reivindicaría el "honor de la cristiandad norteamericana" contra un "clero tirano". Rankin se puso a trabajar de inmediato, escribiendo a diversas publicaciones religiosas sobre la necesidad de enfocar sus esfuerzos en México. Se topó con indiferencia, pero había descubierto su vocación: llevaría el Evangelio a México "para la ilustración esta gente [mexicana] tanto tiempo olvidada".[8]

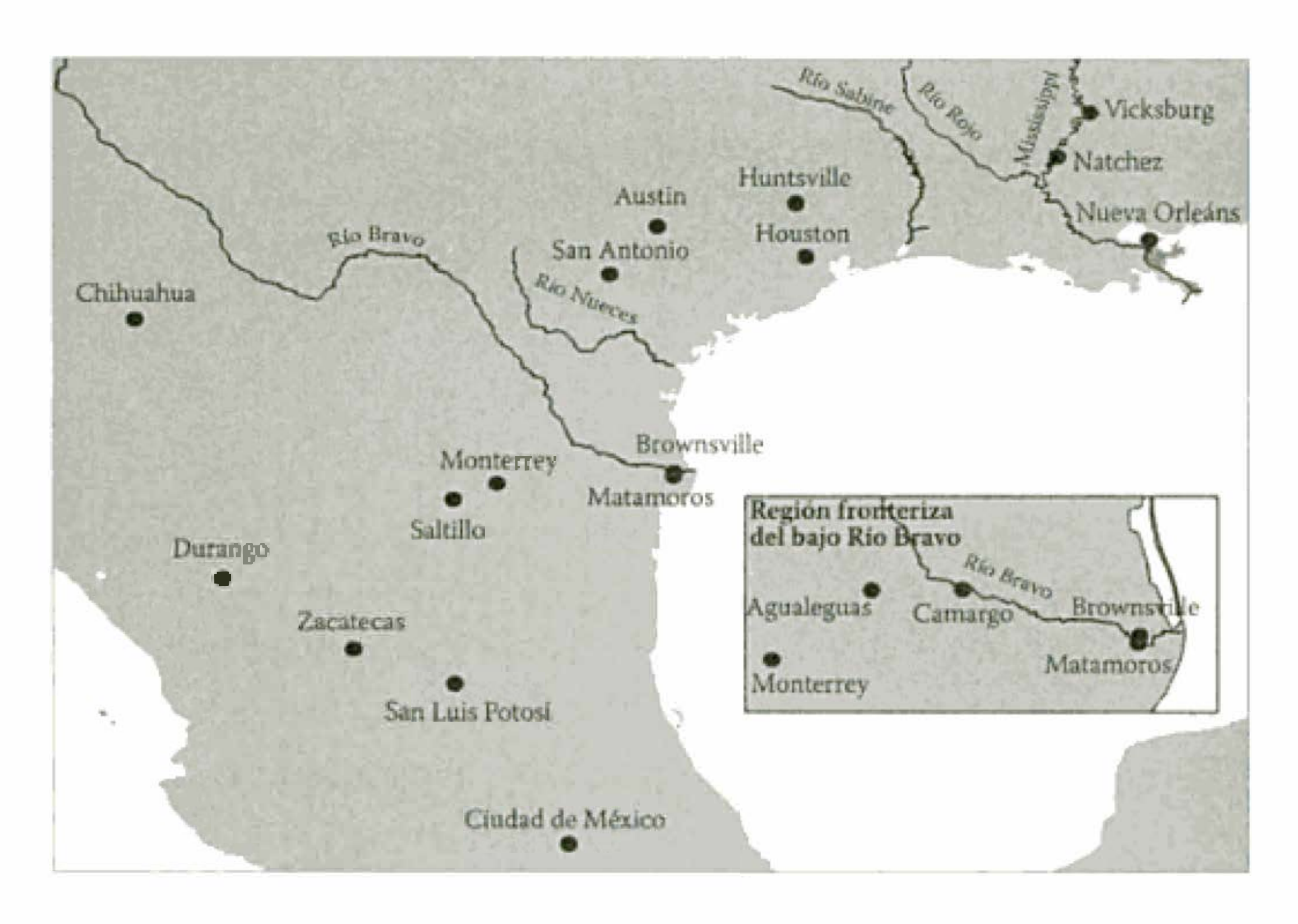
La ausencia de libertad religiosa en México evitó que Rankin pudiese predicar ahí, así que durante los siguientes dieciocho años, hasta que fue capaz de entrar en México, persiguió su meta con cada vez mayor intensidad. En algún momento a finales de 1846 o principios de 1847 decidió que ir a Texas al menos la pondría más cerca de México. En mayo de 1847 salió de Mississippi rumbo a Texas, sin un destino claro, pero confiada de que Dios le señalaría el camino.[9] El destino la llevó a Huntsville, donde se requerían maestros con urgencia, y permaneció ahí y en otras localidades del oriente de Texas hasta 1852. Durante esos años, pasó sus días enseñando, estableciendo escuelas, y escribiendo para periódicos; también publicó un libro, *Texas en 1850*. Aparentemente su trabajo era muy estimado, pues la nombraron directora de una academia para señoritas llamada Academia Brick.[10]

la situación religiosa en México, pero la guerra terminó en 1848, y ella dice adelante en el texto que fue hacia Texas, para estar más cerca de la frontera con México, en mayo de 1847. Melinda Rankin, 83, 85.

8 Melinda Rankin, 85. Rankin escribió sobre una "iglesia norteamericana" sin considerar la rica diversidad religiosa dentro de su propio país, incluyendo un resurgente catolicismo que se fortalecía con grandes cantidades de inmigrantes irlandeses y alemanes en la primera mitad del siglo XIX. La resultante lucha religiosa entre protestantismo y catolicismo (ver capitulo II, nota 1) condicionó la manera en que muchos protestantes estadounidenses vieron el México católico. En el pensamiento de Rankin había una fusión aparente entre el nacionalismo y el protestantismo, en la que los valores protestantes eran valores norteamericanos. También creía que la Providencia dispuso que las iglesias "norteamericanas" encabezaran la evangelización del mundo (penúltima página, apéndice).

9 Otro tema dominante en el libro de Rankin es su convicción de que Dios la guiaba en cada paso de su vida. Esto se reitera a lo largo de su texto. Por ejemplo, se encaminó a Texas sin plan ni destino. Su destino fue decidido mientras viajaba debido a un encuentro que tuvo con viajeros de Huntsville. Esto es una manifestación clara de que se ponía por completo en manos de Dios. Rankin, 86-89.

10 D'Anne McAdams Crews (comp. y ed.), *Huntsville and Walker County, Texas: A*



México, Texas y la región fronteriza.
Fuente: Scott Cassingham, Foscue Map Library, Southern Metodist University

Para acercarse más a México, Rankin dejó Huntsville y se mudó a la frontera en mayo de 1852, tomando una ruta sinuosa. Abordó un buque de vapor, navegó al ex pueblo portuario de Brazos Santiago en la desembocadura del río Bravo, y luego tomó una diligencia a Brownsville, donde estableció su hogar y una escuela para niñas mexicanas. La región fronteriza serviría a Rankin como plataforma durante los siguientes trece años.

El río Bravo había unido a los pobladores mucho tiempo atrás, reuniéndolos en ambos márgenes, pero cuatro años antes de que Rankin llegara, el río se había convertido en una línea fronteriza. El Tratado de Guadalupe Hidalgo, que oficialmente terminó la guerra entre México y los Estados Unidos, había transformado el río en un límite internacional. Anglos y mexicanos de la región fronteriza ahora se vieron forzados a vivir juntos en una atmósfera

Bicentennial History, Sam Houston State University Press, Huntsville, 1976, p. 21.

de conflicto y acomodos.[11] Una sociedad vibrante y dinámica en la región baja del río Bravo se desarrolló en Brownsville, un pueblo fundado por Charles Stillman en 1848, apenas cuatro años antes de la llegada de Rankin. La promesa del comercio con las regiones mineras del norte de México atrajo a muchos negociantes yanquis y extranjeros a Brownsville. Junto con Matamoros –su ciudad hermana del lado mexicano del río– Brownsville se convirtió en un importante centro comercial.

Los buscadores de fortunas de los Estados Unidos y diversas regiones del mundo llegaron en tropel a la región, dándole a Brownsville una atmósfera cosmopolita. Joseph Kleiber de Alemania, José San Román de España, y Charles Stillman de Connecticut se mezclaron con otros comerciantes en una comunidad heterogénea que reventaba las costuras con su repentino crecimiento e importancia. Gilbert Kingsbury, el jefe de la oficina postal de Brownsville, escribió que ningún otro pueblo del continente podía contar tantos millonarios como Brownsville, en proporción con su tamaño. Estimó que para 1860, pasaban aproximadamente 2 millones de dólares al mes por la aduana local. Y esto era antes de la guerra civil, la cual conduciría a un dramático incremento en el comercio de la región.[12]

Sin embargo, la región fronteriza atrajo más que comercio: también atrajo un nefasto elemento criminal que se dedicó al contrabando y al cuatrerismo. Estos criminales violaban la ley en un

---

11 La sociedad fronteriza, con sus peligros y privaciones, obligaba a los residentes a desarrollar una solidaridad multiétnica y multicultural, la cual se manifestaba en diversas maneras y la que se volvería más fuerte y duradera que el racismo y el odio que también existía entra las diferentes etnias. Un episodio en el texto de Rankin claramente refleja esta solidaridad. Al arribar a Brownsville, no tenía cama donde dormir ni nada que comer. Rápidamente una mexicana le dio un catre, una norteamericana, una almohada, y una alemana le dio de comer. Rankin, 101.

12 Kingsbury a Warren, junio de 1860, Memorias y documentos de Gilbert Kingsbury, Caja 2R72, Caja 2E290, Centro de Historia Americana, Universidad de Texas en Austin. Otro observador, John Salmon "Rip" Ford, estimó que en 1859, "la mercancía que entraba en Brazos Santiago y cruzaba el río Bravo hacia México sumaba regularmente alrededor de 10 millones de dólares al año". Ver John Salmon "Rip" Ford, *Rip Ford's Texas*, ed. Stephen B. Oates, University of Texas Press, Austin, 1963, p. 269.

lado de la frontera y huían al otro para evitar que los atraparan. William Neale, un residente de Brownsville durante esos años, captó esta realidad: "Más hombres de carácter delictivo, fortunas delictivas y propensiones malvadas se congregaron en esta frontera de 1846 a 1848 que en cualquier otro lugar... de la tierra desde el diluvio".[13] Muchos de estos criminales se quedaron tras la guerra méxico-estadounidense y contribuyeron a la naturaleza anárquica de la sociedad fronteriza a lo largo de la década de 1850.

Otras dos fuentes de sufrimiento afligieron a los residentes. Una fue la desolación que trajeron las constantes y mortales incursiones de los indios. La otra fue una serie de conflictos fronterizos a lo largo de los años cincuenta que interrumpieron la circulación del correo, paralizaron el comercio y volvieron arriesgados los viajes. Rankin llegó en una época en que un conflicto particularmente mortífero –la rebelión de Carvajal– se desarrollaba en el norte de México. También conocida como "la guerra de los comerciantes" porque fue auspiciada por los comerciantes texanos, muchos de ellos de Brownsville, la rebelión de Carvajal fue un movimiento federalista promovido por él, contra el opresivo sistema centralista de México. Carvajal era vecino de Rankin en Brownsville.[14]

Tras establecerse en Brownsville, Rankin se puso de inmediato a trabajar. Compró una modesta casa de dos habitaciones, una de las cuales utilizaba como escuela para niñas méxico-americanas. Casi de inmediato, Rankin se enfrentó a su primer desafío con la Iglesia católica cuando un grupo de curas y monjas de Francia arribaron a Brownsville con suficientes recursos para establecer un convento y una escuela. Comenzaron a atraer a los jóvenes del pueblo, poniendo a Rankin, quien carecía de recursos, en una gran desventaja. A principios de 1853, antes de que cumpliera un año en

13 Citado en Joseph Chance, *Jose Maria de Jesus Carvajal: The Life and Times of a Mexican Revolutionary*, Trinity University Press, San Antonio, 2007, p. 87.

14 Para una descripción del conflicto fronterizo durante este periodo, ver J. Fred Rippy, "Border Troubles along the Rio Grande, 1848-1860", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 23, octubre de 1919, pp. 91-111.

Brownsville, decidió regresar al noreste y solicitar fondos para su propio seminario.[15]

El viaje de vuelta al noreste se volvió una horrenda odisea que, en muchas formas, puso a prueba la fortaleza y tenacidad de Rankin. Este es el viaje durante el que la misionera sufrió esa terrible experiencia a medida que las olas bamboleaban su "endeble barca" como un corcho sobre las aguas durante varios días. Aunque se creyó "perdida en el mar", la barca finalmente llegó a Nueva Orleáns, y Rankin continuó su viaje. Para marzo había llegado a Filadelfia, en busca de fondos para un seminario. Pasó el resto de ese año en el noreste y luego, a inicios de 1854, se encaminó hacia la frontera en un lento viaje que incluía la recolección de fondos. Se detuvo en distintas poblaciones a lo largo de los ríos Ohio y Mississippi, recorriendo con dificultad hasta quince kilómetros diarios entre plantaciones para buscar donativos individuales. A lo largo de su jornada de catorce meses, se topó con tormentas, incomprensión, hostilidad y abiertos rechazos a su proyecto. Algunos le dijeron que los mexicanos necesitaban ser exterminados, no instruidos. Pero ella perseveró, encontrando aceptación entre otros y regresando a Brownsville con 2 mil 500 dólares, suficiente para construir su escuela.[16]

El viaje para recolectar fondos revela mucho sobre el carácter de Rankin. Se enfrentó a juicios que hubiesen derrotado a gente de menor fortaleza. Parecía insensible a las penurias y temeraria ante el peligro. Pero no es difícil descubrir la fuente de su fuerza. Ella lo repite a lo largo de *Veinte años entre los mexicanos*: una fe ilimitada en el Señor. De hecho, ella se consideraba un instrumento de Dios. Cada vez que se topaba con una decisión difícil, esperaba hasta recibir una señal de arriba. En este mismo tenor, se había dirigido inicialmente a Texas sin plan ni destino, confiada en que Dios determinaría a dónde y como llegaría. Su fe también la sostuvo

15 Rankin, 109-118.

16 *Ibíd.*; John C. Rayburn, *op. cit.*, p. VII.

cuando se topaba con protestantes que expresaban hostilidad hacia su proyecto por el implacable odio que le tenían a los mexicanos. Escribió que "casi me tambaleé bajo las malas interpretaciones que se le dan a las labores misioneras para los pobres y despreciados mexicanos" pero que una voz "no escuchada por oídos mortales" le dio instrucciones para que llevara el Evangelio a todas los hijos de Dios, incluyendo a los mexicanos. Impelida a la acción directamente por Dios, no dejaría que nada le bloqueara el camino.[17]

Rankin había estado fuera de Brownsville durante catorce meses –casi todo 1853 y parte de 1854–, pero sus esfuerzos culminaron con la construcción y apertura de su escuela, el Instituto Femenil de Río Grande, en otoño de 1854. Un consejo –formado por Rankin, José T. Case, Stephen F. Cocke, James Burke y el reverendo Hiram Chamberlain, como presidente– dirigió la escuela. Rankin se impuso una rutina de trabajo duro que incluyó la administración, enseñanza y difusión de la Biblia y otra literatura religiosa. En sus escritos, pone más énfasis en su trabajo como *colporteur* –distribuidora de biblias y folletos religiosos– que en su enseñanza. Esto queda en evidencia por la falta de detalle que provee Rankin sobre su escuela, curriculum y estudiantes.

Para la distribución de literatura religiosa, Rankin logró el apoyo de organizaciones nacionales para que promovieran su trabajo. De la Sociedad Bíblica Norteamericana y la Sociedad Norteamericana de Publicaciones obtuvo biblias y libros en español que distribuyó en ambos lados de la frontera. Recibió apoyo financiero de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera (AFCU) para contratar una maestra asistente de modo que ella pudiese dedicar más tiempo a la distribución y lectura de la Biblia entre la población mexicana. Así, a principios de 1856, la AFCU se convirtió en su principal patrocinador, una sociedad que duraría hasta 1872.[18]

---

17 Rankin, 79. En sus muchas dificultades, Rankin sintió que el Señor ponía a prueba su espíritu, tal como la "plata se prueba en una fragua".

18 Rankin, 129, 249. La prioridad que Rankin le daba a la distribución de literatura

El arreglo con la AFCU le permitió a Rankin enviar por su hermana, Harriet Rankin Kimball, para que se uniera a ella en Brownsville como su colaboradora cercana y colega maestra. Pero la tragedia llegó poco después de la llegada de Harriet. Una epidemia de fiebre amarilla, común en la región de la costa del golfo, descendió sobre Brownsville en 1858 y afectó a Harriet Kimball, quien murió el 17 de septiembre. Un año después, el dolor de perder a su amada hermana y leal colega había apenas disminuido cuando la propia Rankin se contagió de la enfermedad. Su padecimiento fue particularmente severo y ella se había resignado a morir, pero una anciana mexicana, la abuela de unas de sus alumnas, permaneció con ella y la cuidó hasta hacerla recuperar la salud. A esta mujer, que vivía en evidente pobreza, le habían ofrecido importantes sumas de dinero para cuidar a otra gente, pero rehusó el dinero y permaneció con Rankin. La generosidad de la mujer no sería olvidada por Rankin, pues ella misma poseía un espíritu generoso. Este episodio también le ayudó a descubrir una bondad y nobleza básica en los mexicanos que muchos de sus contemporáneos no veían.[19]

Después de recuperarse, Rankin enfrentó otra crisis. El 28 de septiembre de 1859, Juan N. Cortina encabezó un pequeño ejército hacia Brownsville, buscando vengarse de un grupo de anglos a los que acusaba de maltratar a la población mexicana. Cortina y sus hombres aterrorizaron a la población y mataron a seis personas antes de abandonar el pueblo. Fue el inicio de la "Guerra de Cortina", que terminó varios meses después cuando sus tropas fueron derrotadas el 27 de diciembre por los Texas Rangers comandados por Rip Ford y tropas de los Estados Unidos comandadas por

religiosa se ejemplifica con su cálculo de haber distribuido más de dos mil biblias y 200 mil páginas de folletos religiosos en el área de Brownsville-Matamoros entre 1854 y 1862. Mary Martina Rakow, *op. cit.*, pp. 17, 25, 68.

19 John C. Rayburn, *op. cit.*, p. VIII. Las opiniones de Rankin sobre la personalidad de los mexicanos aparecen a lo largo de su libro, pero muchas de estas opiniones se concentran en las últimas páginas del apéndice.

el mayor Samuel Heintzelman.[20] Sin embargo, durante la guerra Brownsville fue un sitio peligroso y Rankin se sintió obligada a cerrar su escuela y buscar refugio en Matamoros durante unas semanas hasta que las aguas tomaran su cauce normal.

La salida temporal que Rankin hizo de Brownsville fue un ensayo de lo que pronto tendría lugar. Eventos cruciales tanto en los Estados Unidos como en México habrían de afectarla profundamente. Los Estados Unidos, divididos por el tema de la esclavitud, iniciaron una guerra civil tras la elección de Abraham Lincoln como presidente en 1860. Las divisiones en los Estados Unidos se manifestaron en Brownsville. Dos años antes, en 1858, el Instituto Femenil de Río Grande se había puesto bajo la jurisdicción del Presbiterio de Texas Occidental de la Iglesia Presbiteriana. Hiram Chamberlain, el presidente del consejo de ese presbiterio, defendía la esclavitud. Tras el estallido de la guerra civil, Chamberlain se alió con los confederados, mientras que Rankin era una férrea unionista. Entonces Chamberlain utilizó el pretexto de una prolongada ausencia de Rankin para acusarla de permanecer en país enemigo (los Estados Unidos) y le pidió que entregara la escuela o se enfrentara a un desalojo. Esto ocurrió a finales de 1862, y durante los siguientes tres años, en lo que duraba la guerra civil, Rankin llevó una existencia itinerante, viajando entre Brownsville, Matamoros y Nueva Orleáns.[21]

---

20 Jerry Thompson (ed.), *Fifty Miles and a Fight: Major Samuel Peter Heintzelman's Journal of Texas and the Cortina War*, Asociación Histórica del Estado de Texas, Austin, 1998.

21 Según Rakow, la prolongada ausencia de Rankin se debió a una enfermedad y larga convalecencia en Nueva Inglaterra. Mary Martina Rakow, *op. cit.*, pp. 24-25. Ver también John C. Rayburn, *op. cit.*, pp. IX-XI. Los problemas de Rankin con Chamberlain tuvieron su origen en el más amplio tema de las divisiones dentro del presbiterianismo en esa época. El presbiterianismo de Cumberland, un tipo más popular e igualitario de religión, nació en 1810 como resultado del avivamiento del Segundo Gran Despertar. En 1837 la Iglesia Presbiteriana se dividió en las ramas de la nueva y vieja escuela, con la vieja escuela manteniéndose por lo general contra los avivamientos. Más tarde, como resultado del conflicto por la esclavitud, hubo otra importante división en 1857. La Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América estaba a favor de la abolición, mientras que la Iglesia Presbiteriana en los

Entretanto, en México, la guerra de Reforma estaba en su etapa final. Una corriente liberal y modernizadora se había extendido por el país como una ola monumental. El Partido Liberal había asumido el poder en 1854 e inmediatamente lanzó un ataque frontal contra los privilegios y riqueza de la Iglesia católica. Los liberales armaron la Constitución de 1857, la cual ordenaba a la Iglesia deshacerse de sus vastas propiedades, base de buena parte de su poder político, social y económico. Aunque sin llegar a declarar la libertad religiosa, la Constitución de 1857 representó un terrible golpe para la jerarquía católica y provocó una furiosa reacción. Una rebelión respaldada por la Iglesia en 1858 les dio de nuevo el poder a los conservadores y precipitó la guerra de Reforma. A medida que avanzaba la guerra, y aumentaba la ferocidad de la violencia, Benito Juárez, el líder del gobierno liberal, expidió una serie de decretos contra la Iglesia católica. Una de estas medidas, expedida el 4 de diciembre de 1860, permitió la libertad religiosa en México.[22]

Un año antes, un grupo de sacerdotes había abandonado la Iglesia católica e intentó establecer una Iglesia mexicana independiente de la influencia papal. Estos curas reformadores fueron llamados los "Padres Constitucionalistas" porque habían manifestado su apoyo a la constitución liberal. El grupo, encabezado por Manuel Aguilar Bermúdez y Manuel Aguas, recibió el apoyo moral del gobierno de Juárez ante el violento ostracismo del clero regular. El grupo también se relacionó con los protestantes nor-

---

Estados Unidos aceptaba la esclavitud. Esta división no terminó hasta 1983, cuando ambas ramas se reunieron. Ver Edwin S. Gaustad y Leigh E. Schmidt, *The Religious History of America*, ed. rev., Harper San Francisco, San Francisco, 2002, pp. 190-95; Richard B. Hughes, "Old School Presbyterians: Eastern Invaders of Texas, 1830-1865", *Southwestern Historical Quarterly* 74, enero de 1971, p. 324.

22 Para una lista de decretos contra el clero durante la guerra, ver Jean Pierre Bastian, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 1989, pp. 31-32. Para un recuento de la guerra de Reforma, ver Michael C. Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987, pp. 373-84; y Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, Colegio de México, El Colegio de México, México, 2000, pp. 598-603.

teamericanos, enviando representantes para reunirse con líderes de iglesias y organizaciones en busca de apoyo. Aunque los curas reformadores nunca alcanzaron su meta de formar una Iglesia independiente, su abierto desafío a la jerarquía católica, junto con el decreto de Juárez que permitía la libertad religiosa en el país, facilitó poco después el ingreso del protestantismo en México.[23]

Tras ser expulsada del Brownsville controlado por los confederados en 1862, Rankin cruzó el río y estableció una escuela en Matamoros. Finalmente trabajaba con estudiantes en suelo mexicano, pero el arreglo no duró mucho. La guerra civil generó un asombroso volumen de comercio en la región, ya que Matamoros era un puerto mexicano que no podía ser bloqueado por los cañoneros de la Unión, y la mayor parte del algodón cosechado en Texas, Luisiana y Arkansas se transportaba a Europa por este puerto. La actividad comercial generó un crecimiento poblacional que, junto con la necesidad de áreas de almacenamiento agotó la disponibilidad de vivienda y provocó un gran incremento en el costo de la vida. Rankin no pudo costear la exorbitante renta y se vio forzada a mudarse de nuevo. En marzo de 1863, ella y muchos otros refugiados, la mayoría simpatizantes de la Unión, se encaminaron a Nueva Orleáns.[24]

La ciudad portuaria de Luisiana había sido capturada por las fuerzas unionistas en abril de 1862. Para cuando Rankin llegó un año después, se llevaba a cabo el asedio a Vicksburg y Port Hudson, al norte por el río Mississippi. Los soldados heridos y mutilados de la Unión eran enviados a hospitales de Nueva Orleáns. Como enfermera voluntaria, Rankin atestiguó el horrendo y desmoralizante sufrimiento. Se enfrentó a otra severa prueba cuando comenzó a laborar en busca de donativos para estos soldados: muchos

[23] Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, pp. 13-17; G. Baez Camargo y Kenneth G. Grubb, *Religion in the Republic of México*, World Dominion Press, Londres, 1935, pp. 87-89.

[24] John C. Rayburn, *op. cit.*, pp. XI-XII.

sureños respondieron a su petición con hostilidad. Pero como ella había afilado sus habilidades en años de solicitar fondos para causas impopulares, superó esta nueva prueba con éxito. Cuando sus servicios al cuidado de los soldados ya no fueron requeridos, dedicó su tiempo a la enseñanza, y en otoño de 1863 se convirtió en la directora de una escuela para ex esclavos organizada por la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América.[25]

Entretanto, se desarrollaron eventos dramáticos en el sur de Texas. El general Nathaniel Banks encabezó una fuerza de la Unión hacia la región fronteriza en un esfuerzo por detener el flujo del voluminoso comercio que resultaba vital para la máquina bélica de los confederados en el escenario occidental. Los soldados de la Unión les arrebataron a los confederados el control de Brownsville en noviembre, y a principios de 1864 Rankin pudo volver a su seminario, dejado en un estado ruinoso cuando las tropas confederadas evacuaron la población. Tras realizar las reparaciones necesarias, Rankin abrió de nuevo su escuela, la cual pronto tuvo sesenta estudiantes. Pero las fortunas de la guerra pronto cambiaron. Muchas de las tropas norteñas que ocupaban la región de río Grande fueron llamadas para unirse a la campaña del río Rojo, la cual terminó con una desastrosa derrota para la Unión. Para agosto, Brownsville estaba de nuevo en manos confederadas, forzando a Rankin a volver a sus labores de enseñanza en Nueva Orleáns.[26]

Esta mudanza resultó temporal. A inicios del siguiente año, anticipándose a una inminente victoria de la Unión, Rankin de nuevo se embarcó hacia la región de Río Grande, llegando en marzo de 1865. Permaneció poco tiempo en lo que entonces era el puerto de Bagdad, en el lado mexicano del río Bravo, a donde le llegaron noticias de la rendición del general confederado Robert E. Lee. Luego viajó a Matamoros, donde se enteró del asesinato

25 Rankin, 174.
26 Rankin, 178-179.

del presidente Lincoln. Fue entonces cuando Rankin decidió no regresar a Brownsville. Una pareja religiosa muy capaz operaba la escuela, la cual sería más tarde regresada al Presbiterio de Texas Occidental. Rankin decidió que era hora de entrar en México y explorar el mejor sitio para establecer su misión. Puso la vista en Monterrey, la capital de Nuevo León.

La decisión no debió ser fácil para Rankin. México se encontraba inmerso en la guerra de la Intervención francesa, y el territorio a donde Rankin deseaba ir era ferozmente disputado. Este conflicto era una secuela de la guerra de Reforma, la cual había terminado con un triunfo liberal en diciembre de 1860. Los conservadores no pudieron asimilar su derrota y buscaron aliados en Europa. Encontraron uno muy ambicioso en Napoleón III de Francia, aunque estaba más interesado en sumar a México a su creciente imperio colonial que en restaurar a los conservadores en el poder. Después de que el soberano francés aceptó dar apoyo militar al archiduque Maximiliano de los Habsburgo de Austria para que se convirtiera en el emperador de México, el archiduque arribó a México en abril de 1864. En lo que él ponía manos a la obra para construir un gobierno, las tropas imperiales francesas, a quienes se les unieron los remanentes del ejército conservador, luchaban por pacificar el país. Esta tarea fue complicada por la férrea resistencia de los republicanos encabezados por Benito Juárez –también conocidos como juaristas– quienes pelearon una guerra de liberación nacional. Los juaristas evitaron grandes enfrentamientos militares y realizaron una guerra de guerrillas contra los invasores, quienes carecían de suficientes elementos para ocupar todo el vasto territorio de México.[27]

El comercio que pasaba por el noreste de México –que incluía los estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila– dio a esta región im-

[27] Michael C. Meyer y William L. Sherman, *op. cit.*, pp. 385-402; Lilia Díaz, *op. cit.*, pp. 612-31.

portancia estratégica e intensificó la lucha por su control. Monterrey se hallaba alternativamente ocupada por imperialistas y republicanos, y todo el territorio de Monterrey a Matamoros, una distancia de unos trescientos kilómetros, era terreno peligroso. Aquí, Juan Cortina, ahora en su fase nacionalista mexicana, saqueaba a voluntad, usualmente contra los imperialistas y sus simpatizantes. Rankin tenía que atravesar esa extensa tierra para llegar a Monterrey.

Dos circunstancias la impulsaron a dar ese paso. Una fue la receptividad del gobierno de Maximiliano al protestantismo. El monarca ilustrado nunca había prohibido religión alguna, y por ende sus relaciones con los católicos se habían tensado. La otra fue el contacto que Rankin tenía con otros dos misioneros protestantes que la habían precedido en Monterrey. Uno era B. P. Thompson, a quien Rankin había enviado a distribuir biblias en la región en 1860. La guerra y el bloqueo volvieron la adquisición de biblias una empresa difícil, de modo que Thompson volvió pronto a Texas. El otro misionero fue James (Santiago) Hickey, un ministro bautista que había aprendido español mientras trabajaba con la población hispana en Texas.[28] Dado que Hickey, como Rankin, simpatizaba con la Unión, el creciente sentimiento confederado no congeniaba con su disposición. Rankin dice que ella llegó a un acuerdo con la Sociedad Bíblica Norteamericana para que Hickey sirviese como agente en México y que ella lo proveyó de biblias para que iniciara sus labores.[29]

[28] James Hickey nació en Irlanda en 1800. Estudió para convertirse en cura católico, pero se convirtió al protestantismo a los veintiún años. Hickey también estudió teología en Inglaterra y emigró a Canadá y posteriormente a los Estados Unidos, donde predicó en Pensilvania, Maryland y Missouri antes de establecerse en Texas. Incómodo con el clima separatista en Texas, Hickey se mudó a Matamoros y luego a Monterrey, donde estableció su base de operaciones en 1862 como agente de la Sociedad Bíblica Norteamericana. Tras su muerte, fue sepultado en Brownsville en diciembre de 1866, complaciendo así su deseo de ser enterrado en los Estados Unidos pero mirando hacia México. Thomas M. Westrup, *Principios: relato de la introducción del Evangelio en México*, ed. Enrique Tomás Westrup, Monterrey, 1948, pp. 14, 17. El manuscrito de Westrup fue publicado por primera vez en 1948 por su hijo, Enrique.

[29] Rankin, 152.

Hickey había llegado a Monterrey a finales de 1862, asumiendo un papel mucho más amplio que tan sólo vender biblias. Comenzó a predicar y pronto tuvo feligreses en Monterrey y varios pueblos de Nuevo León. Uno de sus primeros conversos fue Thomas Westrup, un inmigrante inglés al que Hickey ordenó como ministro.[30] Juntos fundaron la primera Iglesia Cristiana de Monterrey en enero de 1864. Hickey era una figura carismática, amado por casi todos que lo conocieron. Debido en buena parte a sus esfuerzos, así como por los de Westrup y otros pastores locales también ordenados por Hickey, se había hecho mucho trabajo antes del arribo de Rankin.

Rankin llega a México

En la primavera de 1865 y sin amedrentarse por la presencia de la guerra en México, Rankin decidió que era hora de avanzar. Más tarde razonó que los mexicanos estaban casi siempre en un estado de guerra, pero también eran por naturaleza protectores de mujeres, de modo que no enfrentaría peligros. Aún no decidía dónde establecer una misión, pero Monterrey parecía una elección lógica. Con una población de 34 mil, era el centro político y comercial del noreste mexicano. Rankin tomó una diligencia y llegó sana y salva a la ciudad en mayo. Al arribar, observó la belleza natural de la ciudad, ubicada en una fértil meseta como a quinientos metros sobre el nivel del mar y rodeada por los picos de la Sierra Madre. Rankin escribió su primera impresión en una carta para el *Christian World*:

[30] Nacido en Londres, Inglaterra, en una familia de quince hermanos, Thomas Westrup emigró a México con su familia, llegando a Monterrey en 1860. Bajo la influencia de Hickey, adoptó la religión bautista, y tras la muerte de Hickey en 1866, se convirtió en el agente de la Sociedad Bíblica Norteamericana para México. Ordenado formalmente en Nueva York en 1870, Westrup se convirtió en el primer misionero bautista oficial en México. Thomas M. Westrup, *op. cit.*, pp. 3-4, 32, 69; Deborah J. Baldwin, *op. cit.*, p. 21.

> [Monterrey] está rodeada por montañas, las cuales, por su belleza y majestuosidad, se comparan favorablemente con cualquier escenario montañoso de los Estados Unidos... Las casas tienen apariencia de fortalezas. Su construcción indica que se diseñaron para soportar un asedio militar. La constante escena de revolución en México implica la necesidad de que cada residencia sea una ciudadela... Los edificios son mayormente de un piso, con techos planos; los materiales son por completo de piedra, excepto las puertas y ventanas. Estas últimas se hacen con rejas metálicas que se extienden de la parte superior al límite inferior, con entre cinco y ocho centímetros de separación[31]

Rankin se quedó hasta agosto y decidió establecer su misión en la ciudad. Tenía una gran población, comentó, y muchas almas que ganar. Se esperaba que los franceses retomaran la ciudad en cualquier momento (de hecho, lo hicieron), pero ella le dijo a sus conocidos que igual era un buen momento para comenzar su trabajo. "Los mexicanos consideran una guerra un evento tan ordinario, que casi no se interrumpe la rutina normal de los negocios".[32]

Durante su estadía de tres meses, Rankin comprendió que necesitaría su propio edificio o comprar un terreno en la ciudad y construir uno. Había rentado tres casas pero la echaron de cada una porque los curas locales presionaban a los propietarios. Con necesidad de fondos, Rankin volvió a los Estados Unidos. Tal como lo cuenta en *Veinte años entre los mexicanos*, su viaje se volvió una aventura. Ella comprendió que no sería sabio viajar en un convoy

---

[31] *Christian World*, vol. 16, agosto de 1865, p. 247. Para una mejor descripción de Monterrey durante ese periodo, ver Frederick Ober, *Travels in Mexico and Life among the Mexicans*, Estes and Lauriat, Boston, 1884, pp. 562-63.

[32] *Christian World*, vol. 16, agosto de 1865, p. 247. No es difícil hallar contradicciones en algunas opiniones de Rankin Se refiere a la naturaleza violenta de los mexicanos, la cual atribuye a su herencia india. Y aunque la mayoría de los mexicanos tienen antepasados indios, ella asegura que eran amantes de la paz: "no había gente bajo el sol que fuese más adversa a la guerra que estos mismos pobres mexicanos". Rankin, 236.

protegido por los franceses con una enorme remesa de monedas de plata porque eso atraería la atención de los partidarios de Juan Cortina –los cortinistas–, así que tomó otra diligencia, pero de nada le sirvió. Los guerrilleros capturaron a Rankin y sus otros compañeros de viaje. En vez de entrar en pánico, Rankin le dio alimento y consuelo a los soldados hambrientos y desaliñados y se ganó su libertad. Rankin nunca fue pasiva; se involucraba totalmente en las acciones que la rodeaban.[33]

Al arribar a Nueva York en octubre de 1865, Rankin se reunió con el consejo de la AFCU y pronto recibió un ofrecimiento de quinientos dólares de uno de los comerciantes de la ciudad. En un largo artículo para el *Christian World*, argumentó en favor de su misión en México e hizo una apasionada solicitud de fondos. Rankin escribió sobre el trabajo que había hecho y la urgente necesidad de una escuela y un edificio que la albergara. Ubicó su lucha dentro del contexto de la expansión religiosa de los Estados Unidos y también escribió sobre la hostilidad de los curas católicos, que encontraban modos ingeniosos para detener la expansión del protestantismo. Rankin preguntó: "¿Vamos a ceder ante estos caprichosos y abominables curas, y abandonar el campo a su dominio destructor de almas?"[34]

Rankin permaneció en los Estados Unidos durante varios meses y se las arregló para reunir 14 mil dólares en donativos y suscripciones de grupos religiosos y empresarios para construir su escuela. La mayor parte vino de una sola fuente: E. D. Goodrich, un empresario de Boston. Para el verano de 1866, regresó a México. Compró un edificio en el centro de Monterrey y comenzó a renovarlo para que sirviera de capilla, escuela y residencia. Pero Rankin tenía mayores ambiciones. Esperaba extender la misión a otros pueblos y regiones, y para eso tenía que adiestrar a una buena can-

[33] Rankin, 188; *Christian World*, vol. 16, noviembre de 1865, p. 348.
[34] *Christian World*, vol. 16, *op. cit.*, p. 343.

tidad de maestros locales. Para atraerlos, le hacía falta dinero para salarios, dado que los prospectos que había comenzado a adiestrar no podían dejar a sus familias sin un tipo de ingreso.[35]

En mayo de 1867, Rankin regresó a los Estados Unidos, decidida a reunir más fondos para su misión. Las noticias de su trabajo en el norte de México habían creado una buena impresión, de modo que obtuvo apoyos por mil dólares anuales de varios grupos de mujeres cristianas en Connecticut. Sus contribuciones le permitieron contratar siete u ocho trabajadores locales. Rankin les dio crédito a estas piadosas mujeres de Nueva Inglaterra por su éxito en México; a ellas les dedicó el libro.[36]

De vuelta en Monterrey para junio de 1868, Rankin se mudó al edificio renovado y abrió una escuela para señoritas. Brindó servicios religiosos dos veces por semana y envió trabajadores locales entrenados fuera de la ciudad a las zonas circundantes, visitando ranchos y pueblos en busca de almas que salvar. Ese mismo mes, el *Christian World* reportó con orgullo:

> Apenas dos años han pasado desde que la señorita Rankin ocupó Monterrey; hasta entonces había operado sobre la mente mexicana mediante su seminario en Brownsville, Texas... Sus esfuerzos desde que fue a Monterrey han sido incluso más extensos y

[35] *Christian World*, vol. 18, enero de 1867, p. 28; Rankin, 194-195.

[36] Rankin, 59, 196; *Christian World*, vol. 18, septiembre de 1867, p. 286. Susan Yohn escribió que las mujeres tuvieron un papel importante en el movimiento misionero, comenzando con la creación del Comité Ejecutivo Femenino de Misiones Internas de la Iglesia Presbiteriana en el siglo XIX. Esta organización se propuso reunir fondos para construir, mantener y manejar escuelas misioneras con maestras, incluyendo muchas solteras. Los fundadores sintieron que las mujeres tenían un papel significativo en salvaguardar los estándares morales cristianos, los cuales consideraban esenciales para una nación democrática. Susan M. Yohn, *A Contest of Faiths: Missionary Women and Pluralism in the American Southwest*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1995, p. 4. Además, desde finales de la década de 1860 hasta principios de la de 1870, al menos se establecieron tres consejos misioneros femeniles: el Consejo Femenil del Interior, el Consejo Femenil del Pacífico, y el Consejo Femenil de Misiones. Es curioso que Rankin no mencione ninguno en su libro, ni se afilió jamás a ninguno de ellos. Mary Martina Rakow, *op. cit.*, pp. 84-85.

> exitosos. Casi se han gastado 20 mil dólares en su nuevo campo... Se compró una propiedad, según el juicio de un comerciante norteamericano residente en el lugar, la mejor en esa ciudad para propósitos de iglesia y seminario. Cuatro mil dólares en contribuciones llegaron por parte de amigos en los Estados Unidos, para el empleo de evangelistas, *colporteurs* y lectoras de la Biblia.[37]

Para alcanzar sus más amplios objetivos, Rankin comenzó a enviar predicadores a regiones más allá del estado de Nuevo León. Esto refleja la adhesión de Rankin al concepto de un ministerio expansivo, el cual, de acuerdo con un estudioso, significaba adiestrar misioneros locales que a su vez enseñarían a otros la fe protestante mediante lecturas individuales de la Biblia: "Ella creía en el poder de la palabra impresa para convertir al lector, incluso sin asistencia de enseñanza humana. No vio el proceso de evangelización como algo complicado o laborioso".[38] Para abril de 1869 tenía trabajadores religiosos en diversos pueblos de Nuevo León y en los estados de Zacatecas, Durango, Tamaulipas y San Luis Potosí. En junio, el *Christian World* reportó que doce misioneros ya se habían enviado fuera desde una sola iglesia en Monterrey y preguntaba: "¿Dónde puede hallarse una iglesia que tenga tantos misioneros en el campo del esfuerzo personal cristiano?"[39]

Rankin tenía una propensión a ver su misión en México como la fase inicial de una conquista espiritual. Su libro está matizado

---

[37] *Christian World*, vol. 19, junio de 1868, p. 197.

[38] Mary Martina Rakow, *op. cit.*, pp. 69, 75, 78.

[39] *Christian World*, vol. 20, junio de 1869, p. 184. En 1868 Rankin envió a Thomas Westrup y otro predicador a Zacatecas, donde había una fuerte tradición liberal y donde un norteamericano, el doctor Julio Mallet Prevost, había valientemente comenzado a organizar un grupo protestante en Villa de Cos en 1857. Prevost, un cirujano militar durante la guerra entre México y los Estados Unidos, había permanecido en el estado y construyó una vida entre la gente. También trabajó como cónsul de los Estados Unidos. Debido en parte a sus esfuerzos, Zacatecas se convertiría en un importante baluarte de los protestantes en México. *Christian World*, vol. 19, diciembre de 1868, p. 403; Deborah J. Baldwin, *op. cit.*, 21-22; G. Báez Camargo y Kenneth G. Grubb, *op. cit.*, p. 87.

con alusiones y metáforas militares. Habla de afianzar la religión protestante en Monterrey para desde ahí hacer "agresiones" a otras áreas de México.[40] Rankin habla en términos de preparar "armas" para avanzar "contra los batallones de Satanás".[41] La siguiente pregunta refleja tanto el uso de sus expresiones militares como su recuerdo de los muchos años que pasó en la frontera esperando entrar en México: "¿Acaso el soldado que ha realizado escaramuzas durante mucho tiempo en las afueras del territorio enemigo, con casi ninguna esperanza humana de alguna vez tomar una posición ventajosa, no se sentiría sino jubiloso cuando al fin se planta en el corazón de esa tierra y encuentra que todas las barreras contra su ocupación permanente van desapareciendo gradualmente?"[42]

Como el general de un ejército invasor, Rankin planteó una estrategia. Les reportó a los lectores del *Christian World* que San Luis Potosí estaba ubicado en un lugar estratégico y que muchos consideraban que era una de las ciudades más intolerantes de México. Así, resultaría muy importante establecer ahí una misión. Para esto, necesitaba más hombres:

> Deseamos marcar nuestro territorio en la más lejana frontera, y entonces llenar todos los puntos intermedios e importantes tan rápido como sea posible. Tal es la apremiante naturaleza del trabajo, que requerimos de misioneros que ya conocen el idioma español, pero si no es posible obtenerlos, por favor envíen aquéllos que pueden sentir un interés en la civilización mexicana, incluso si han de adquirir el idioma después de su arribo. El hecho de que necesitamos más ayuda de fuera es indiscutible.[43]

40 *Christian World*, vol. 16, noviembre de 1865, p. 343.
41 Rankin, 184.
42 Rankin, 202.
43 *Christian World*, vol. 22, marzo de 1871, p. 94.

El objetivo de Rankin de convertir el norte de México iba cargado de serios obstáculos. Uno era la dificultad de reunir fondos en los Estados Unidos entre una población hostil a los mexicanos. Acabó por renunciar a obtener apoyo financiero en Texas, incluso entre sus colegas religiosos. Un editorial en el *Texas Presbyterian* declaró que los mexicanos eran "los más arrogantes cobardes que la cristiandad había producido". El autor se refería a los mexicanos como "chusma" y declaraba que nueve décimos de la población era "inútil, despreciable, abandonada, y sin embargo con una feliz autosuficiencia que los volvía ciegos a cada desgracia e indiferentes a todo desastre".[44] Estas actitudes condujeron a Rankin a declarar que cuando comenzó a trabajar con los mexicanos, "nadie se solidarizó con un esfuerzo tan inútil".[45]

Cuando Texas le falló, Rankin volvió a Nueva Inglaterra, donde el sentimiento antimexicano no era tan virulento. Conocía bien su tierra natal y la explotó con gran éxito. La respuesta de los empresarios y organizaciones religiosas fue gratificante, pero ella se sentía especialmente orgullosa del apoyo económico que le dieron las religiosas de la región. Escribió: "Estas mujeres cristianas de noble corazón vinieron al rescate en un momento en que prevalecía la indiferencia general, e incluso la repugnancia, hacia México y los mexicanos".[46]

Un obstáculo importante se dio en forma de una disputa interconfesional que surgió entre Rankin y Thomas Westrup. Esta controversia tuvo el efecto de crear dos iglesias que competían en Monterrey: una bautista, encabezada por Westrup; la otra presbiteriana, encabezada por Rankin. En sus años iniciales, la misión regiomontana de Rankin trabajó bajo un sistema sin denominaciones, y los misioneros se referían a sí mismos como cristianos evangélicos. Rankin mostró una voluntad para trabajar con todas las

---

44 R. Douglas Brackenridge y Francisco O. García-Treto, *Iglesia Presbiteriana: A History of Presbyterians and Mexican Americans in the Southwest*, Trinity University Press, San Antonio, 1974, p. 13.

45 *Ibid.*; *Christian World*, vol. 23, abril de 1872, p. 131.

46 *Christian World*, vol. 22, marzo de 1871, p. 95.

denominaciones protestantes. Ella era presbiteriana, pero trabajaba con B. P. Thompson, un metodista, y James Hickey, un bautista, sin complicaciones. A Hickey también lo apoyaba una organización multiconfesional, la Sociedad Bíblica Norteamericana, la que prohibía favorecer cualquier denominación protestante sobre otra.[47]

Rankin escribió que las diferencias surgieron por las prácticas bautismales. Westrup, que no había expresado una preferencia a este respecto, eligió la ausencia de Rankin durante uno de sus viajes a Nueva York a principios de 1869 para persuadir a algunos de los conversos en Monterrey para que adoptaran la fe bautista y aceptaran la inmersión en agua (diferente a las prácticas de rociar o verter) como forma de bautismo. Tal vez Westrup usó el pretexto de esta práctica para enmascarar asuntos personales más profundos entre él y Rankin, dado que ambos poseían un carácter fuerte. Rankin creía que los problemas se originaron con el Consejo Bautista de Misiones de Nueva York, el cual deseaba tener influencia en México. Tras enterarse de que había algunos conversos bautistas en Monterrey, el consejo ofreció a Westrup un puesto como representante para así ampliar su base. Tras recibir su comisión en Nueva York, Westrup regresó a Monterrey en agosto de 1870 y comenzó, con gran fervor, a atraer los conversos de Rankin para formar su propia iglesia. La misión de Rankin respondió adoptando el presbiterianismo, y se marcaron las distancias claramente. Siguieron meses de agitación. Rankin escribió: "Luchábamos con dificultades que no tenían comparación con la persecución que sufríamos por parte de los católicos". En muchas ocasiones había demostrado su naturaleza combativa, y aquí fue requerida. Esta lucha se volvió un "severo calvario" que debió ser un reto tan grande como cualquiera que hubiese enfrentado antes.[48]

---

[47] Saúl Tijerina González, *Huellas imborrables: historia de la Iglesia Nacional Presbiteriana*, Publicaciones El Faro, Monterrey, 1984, pp. 22-23.

[48] Rankin, 218-223. Según Rakow, Rankin consideraba más importante la palabra viviente (el llamado de Dios o la comisión divina) sobre el ritual terreno (como el bautismo por inmersión). Por ejemplo, Rankin nunca menciona su propio bautismo,

Otro obstáculo importante, y tal vez el mayor reto que enfrentaron los misioneros, fue la oposición de la mayoría de los mexicanos, así como la implacable hostilidad de la Iglesia católica. Según Joseph Ulrich, cónsul de los Estados Unidos en Monterrey en esa época, la opinión pública se hallaba "universalmente contra las operaciones de los misioneros". Desde el principio, los regiomontanos arrojaban piedras a las ventanas de la misión y pintaban insultos en las paredes. Ulrich reportó que, sin embargo, la hostilidad contra los protestantes en Monterrey no era tan severa como en otras partes del país, debido a que en el norte de México habitaba una mejor clase de gente. También, argumentó, los curas de Monterrey se mantenían mayormente callados porque el impacto del protestantismo no había sido grande.[49]

La hostilidad llegó a nuevas alturas en diciembre de 1869, cuando vándalos arrancaron y profanaron una imagen de la Virgen de Guadalupe –el ídolo más sagrado de México– ubicada en un lugar público importante. Los católicos culparon a los protestantes por el incidente. En la mañana del 15 de diciembre, una multitud amenazante se reunió fuera de la misión y gritó insultos y arrojó piedras al edificio mientras Rankin y otras mujeres se hallaban dentro. Creyendo que sus vidas estaban en peligro, Rankin acudió a las autoridades, quienes dispersaron a la multitud, arrestaron a unos cuantos revoltosos y montaron guardia en la escalera de la misión. Durante los días y semanas que siguieron, Rankin solicitó al alcalde de Monterrey, al gobernador de Nuevo León e incluso al embajador de Estados Unidos en México que salvaguardaran su misión. Todos le aseguraron su apoyo, y las cosas, de nuevo, volvieron a la normalidad.[50]

---

cuya forma pudo no ser importante para ella. Mary Martina Rakow, *op. cit.*, p. 197.

49 Joseph Ulrich al Departamento de Estado, 6 de marzo de 1870 y 21 de abril de 1874, Despachos Consulares, Monterrey, 1849-1906, Registros del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Grupo 59, Archivos Nacionales, Estados Unidos (citados en delante como AN DC, Monterrey), microfilme, carretes 2, 3.

50 Rankin, 227-231. Correspondencia desde una perspectiva mexicana, que se re-

Aunque nunca se supo quiénes fueron los causantes del destrozo de la imagen de la virgen. años después Rankin especuló que los curas católicos pudieron haber provocado el incidente para generar resentimiento contra los protestantes y obligarlos a dejar el país o hacer que fueran asesinados por una turba iracunda. Sin embargo, esto difería de su opinión al momento del incidente, una opinión que compartió con los lectores del *Christian World*: "No creo que los protestantes tuvieran nada que ver con la destrucción de la imagen de manera directa, pero tal vez la luz que emana de la Biblia ha abierto los ojos de la gente para que vea la insensatez de adorar imágenes, y decidieron demolerla ellos mismos".[51]

Otro problema serio para Rankin y su misión fue la violencia política y militar tan común en el México de esos tiempos. La guerra de Intervención francesa había terminado en mayo de 1867 con la rendición de Maximiliano, pero apenas cuatro años después comenzaron las hostilidades entre los liberales que gobernaban el país. Porfirio Díaz, uno de los héroes de la guerra contra Maximiliano, encabezó una revuelta contra Benito Juárez tras perder una elección cerrada por la presidencia.

Nuevo León se convirtió en uno de los principales centros de resistencia, pues Gerónimo Treviño, uno de los aliados cercanos de Díaz, gobernaba el estado. El conflicto afectó la operación de la misión de diversas formas. Las congregaciones protestantes, especialmente en zonas rurales, quedaron casi abandonadas porque muchos hombres se ocultaron o evitaron las grandes reuniones por temor a ser reclutados en alguno de los ejércitos. Algunos de los trabajadores laicos y vendedores de biblias estuvieron entre los que se ocultaron. Otro problema fueron los préstamos forzosos impuestos a los comerciantes y todos los que pudieran contribuir

laciona con este incidente y sus consecuencias pero que ofrece pocas revelaciones sobre el asunto, puede hallarse en un documento fechado el 5 de marzo de 1870, Secretaría de Relaciones Exteriores, caja 1, folio 75/04, Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, Nuevo León, México.

51 *Christian World*, vol. 21, marzo de 1870, p. 85; Rankin, 230-231.

al gobierno. Los propios misioneros no fueron exentos. Rankin "se vio forzada a contribuir 64 pesos a la causa, bajo pena de que le confiscaran la propiedad de la misión".[52]

La rebelión de 1871 incluyó algunos episodios coloridos que reforzaron dos creencias de Rankin. Una era que la expansión del protestantismo no sería adversamente afectada por las guerras en México. Ella expresó esta idea a los lectores del *Christian World*: "Cada revolución, en los últimos quince años, ha pavimentado el camino para la expansión de la cristiandad protestante, y tengo la confianza para creer que aunque podemos sufrir algunos obstáculos en el presente, sin embargo, al final, podremos ser muy beneficiados".[53]

Su otra creencia era que los mexicanos respetaban a la mujer. Incluso durante épocas de conflicto, Rankin no sentía temor por su seguridad. Creía que los mexicanos, incluso los peores, "respetaban a las damas" y que ella debía "recurrir a su honor, el cual podían poseer, hasta cierto grado".[54] Un episodio en que despachó a unos soldados invasores al verter agua en sus bocas sedientas a través de las rejas de una puerta cerrada confirmó su idea de que estaba segura entre ellos. La atención que recibió por parte del general Sóstenes Rocha, del ejército mexicano, la condujo a declarar que ella y su misión habían "recibido las más amables atenciones de los oficiales, encontrando entre ellos algunos decididos protestantes".[55]

---

52 *Christian World*, vol. 22, diciembre de 1871, p. 392; Rankin, 235.

53 *Christian World*, vol. 22, diciembre de 1871, p. 392. Rankin tenía razón al asegurar que las guerras previas habían sido benéficas al protestantismo. Se refería a la guerra de Reforma y la guerra de la Intervención francesa, en las que los liberales, quienes favorecían la libertad religiosa, habían triunfado sobre los conservadores respaldados por la Iglesia católica. Sin embargo, la situación no se aplicaba al presente conflicto, que era entre los propios liberales y se trataba más bien de una lucha por el poder por parte de Porfirio Díaz.

54 *Christian World*, vol. 23, enero de 1872, p. 25. Rankin llega incluso a decir que el hecho de ser mujer fue un factor que contribuyó a plantar el protestantismo en México porque "un hombre hubiera sido desposeído, y tal vez con la pérdida de su vida". Rankin, 265.

55 Rankin, 246.

La misión continuó a pesar de los alzamientos revolucionarios. Rankin respondió a la deserción de Westrup en 1869 contratando a dos ministros: John Beveridge, quien había trabajado en Sudamérica y hablaba español, y Andrew Park, quien había trabajado como misionero independiente en Nuevo León y Coahuila. Comenzaron organizando iglesias en Monterrey y pueblos circunvecinos. Al siguiente año, Rankin reportó que existían iglesias en Monterrey, San Francisco, Mezquital, Cadereyta, Montemorelos y Santa Rosa. También informó que había siete iglesias organizadas y cerca de veinte congregaciones. Además había un seminario en Monterrey y "siete escuelas protestantes, en las cuales más de cien niños" estaban "recibiendo instrucción diaria". Los misioneros enviados por Rankin también diseminaban la Biblia en los estados circunvecinos de Tamaulipas, Zacatecas, Durango y San Luis Potosí.[56]

Por el ángulo que se le vea, la experiencia misionera en Monterrey fue exitosa. Nuevo León estaba enredado en violencia política a finales de 1871 y parte de 1872, y no obstante el trabajo de la misión avanzó. Rankin escribió que "muy motivantes" cosas habían surgido: "Tenemos unas ocho o nueve escuelas, donde la nueva generación aprende los principios de la Biblia, y ahora nos hemos hecho de un maestro competente para el adiestramiento de chicos y jóvenes que se harán cargo del ministerio".[57]

Pese a estos avances y un futuro promisorio, Rankin decidió que era hora de dejar su trabajo. En septiembre de 1872, a la edad de 61 años, dejó Monterrey para nunca más volver. Si las cosas iban tan bien, ¿por qué se marchó Rankin? Ella explicó que su salud la obligaba a dejar México. Había casi muerto de fiebre amarilla en Texas en 1859, y durante un viaje en 1871 se puso muy grave cuando viajaba por el mar. Rankin decidió que su frágil salud

[56] Rankin, 225; *Christian World*, vol. 21, marzo de 1870, p. 84; *Christian World*, vol. 21, mayo de 1870, p. 152.
[57] *Christian World*, vol. 23, abril de 1872, p. 130.

necesitaba un cambio de clima. También expresó la idea de que se requerían misioneros más profesionales a medida que el trabajo de evangelización se volvía más complejo. Es posible que la disputa interconfesional con Westrup y los bautistas también tuvieran su parte en la decisión de retirarse. Además, Rankin tal vez se había cansado de recabar fondos.[58]

Rankin dejó a John Beveridge a cargo y se encaminó a Nueva York para entregar su renuncia a la AFCU. La AFCU le informó que su organización ya no patrocinaría la misión de Monterrey y le aconsejó que dispusiera de ella de la manera más conveniente. Rankin viajó a Boston en marzo de 1873 y ofreció la misión al Consejo Norteamericana de Comisionados para Misiones Extranjeras (ABCFM), una organización que representaba a los esfuerzos misioneros presbiterianos y congregacionistas antes de 1880. La ABCFM acordó hacerse cargo de la misión, un arreglo que duró hasta 1877, cuando el Consejo de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América tomó el control.[59]

Rankin se estableció en Bloomington, Illinois, donde dos de sus sobrinas –la Sra. G. F. Dick y otra de las hijas de Harriet Kimball– residían. Ahí vivió hasta su muerte el 7 de diciembre de 1888. Permaneció activa en asuntos de la iglesia local e intensamente interesada en la suerte de su misión en México, como lo evidencia su correspondencia con el Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras. En 1877 le escribió a F. F. Ellinwood, del consejo, aplaudiendo la decisión de transferir la misión de Monterrey a esa organización y ofreció 3 mil 500 dólares, dinero que ella había recolectado con el propósito de construir una capilla en Monterrey. En otra carta, declaró que la misión de Monterrey le resultaba muy querida y que

58 *Ibid.*

59 Rankin, 249-250; *Christian World*, vol 34, marzo de 1883, p. 70; V. G. Clark al Consejo Presbiteriano, 25 de junio de 1877, Correspondencia y Reportes, 1833-1911, Consejo de Misiones Extranjeras, Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América, Colección Latinoamericana Benson, Universidad de Texas en Austin, (en adelante citada como BFM), microfilme, carrete 163.

aunque no deseaba interferir, estaba disponible para aconsejar sobre su operación. Un año más tarde, cuando el Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras tenía el control total de la misión, Rankin informó al consejo que había recibido una herencia de 5 mil dólares, la cual quería emplear para las maestras de Monterrey. Es claro que Rankin se mantuvo activamente relacionada, aún a distancia, y permaneció con deseos de determinar el futuro de la misión a la que había dedicado tantos años de sacrificio.[60]

Valoración de la vida y obra de Rankin

Una evaluación preliminar de los logros de Melinda Rankin puede hacerse al referirnos al tema general de la introducción del protestantismo en el norte de México y el tema más particular del papel de Rankin en ese proceso. Con respecto a lo primero, dos argumentos tienden a minimizar los logros de Rankin y otros misioneros. Uno es que la introducción del protestantismo en el norte de México no fue difícil por la tradición liberal de la región. Se ha dicho que la débil presencia católica en el norte de México facilitó la entrada y expansión del protestantismo. Muchos pueblos carecían de clero católico, y los valores tradicionales religiosos eran más débiles en el norte mexicano que en el resto del país, permitiendo una mayor apertura para nuevas ideologías. Este argumento tiene alguna base. En la década de 1850, una fiera disputa se había dado entre el gobierno y la jerarquía católica. El gobierno encarceló a algunos curas y forzó al obispo a salir de Nuevo León por rehusarse a

[60] Ver diversa correspondencia, especialmente Rankin a F. F. Ellinwood, 23 de julio y 21 de agosto de 1877, y 17 de junio de 1878, BFM, microfilme, carretes 163 y 164. Poca información puede hallarse sobre la vida de Rankin en Illinois. Poseía una granja de ochenta acres en Kappa, de la cual se encargaba su sobrino, William Kimball, y debido a su libro, "su nombre y presencia eran bien conocidos en todo Illinois". *The Pantagraph*, Bloomington, Illinois, 7 de diciembre de 1888. Ver también Mary Martina Rakow, *op. cit.*, p. 42.

obedecer las leyes locales de reforma impuestas por el caudillo regional Santiago Vidaurri.[61]

No obstante, aunque es cierto que la fuerza de la Iglesia católica no era tan fuerte en el norte como en otras partes del país, la Iglesia seguía siendo una institución poderosa, y Rankin, junto con otros misioneros, subestimó su amplia influencia en la sociedad y cultura mexicana.[62] Los neoleoneses eran, en conjunto, devotos del catolicismo, la única religión que habían conocido. El trabajo de Rankin y otros misioneros no fue fácil, dado que en muchos pueblos hubo férrea resistencia al protestantismo. El ostracismo contra los conversos se daba en todas partes. Las observaciones de Joseph Ulrich, el cónsul norteamericano, sobre la oposición a los protestantes ya se mencionó. Él comparó a los misioneros con los abolicionistas en el sur de Estados Unidos antes de la guerra de secesión. Enfrentados contra toda la población, los misioneros protestantes debían practicar la prudencia para evitar mayores conflictos.[63]

El otro argumento es que sólo una pequeña parte de la población aceptó el protestantismo, lo cual implica que el trabajo de Rankin y otros misioneros no fue significativo. Desde un punto de vista cuantitativo, es verdad. El protestantismo hizo modestas incursiones en México hasta los tiempos de la Revolución Mexicana en 1910. Ese año había alrededor de 70 mil conversos y otro número igual que ya era seguidor del protestantismo. Era ape-

---

[61] Jean Pierre Bastian, *op. cit.*, p. 119; Rocío González-Maíz, *La participación del noreste en el proceso de conformación del Estado Nacional (1854-1867)*, Editorial Font, Monterrey, 1994, pp. 46-47.

[62] Rankin expresó la idea de que si sólo tuviera suficientes recursos, podría poner a todo México bajo la bandera protestante. Estaba convencida de que el tiempo y el trabajo duro liberarían a México del catolicismo y que el país se convertiría al protestantismo. Tras observar que algunos curas fueron encarcelados por el gobierno liberal en Matamoros, se entusiasmó y declaró: "Creo que el papismo está perdido en México, que su final se acerca rápidamente". Es claro que no percibió la fuerza profundamente enraizada de la cultura católica en México. Ver *Christian World*, vol. 17, octubre de 1866, pp. 311-312.

[63] Ulrich al Departamento de Estado, 21 de abril de 1874, AN DC, Monterrey, microfilme, carrete 3.

nas el uno por ciento de la población de 15 millones. Los avances en Nuevo León también fueron escasos. El reporte anual de 1866 del Consejo Norteamericano de Misiones Extranjeras declaró que la membresía total de las siete iglesias presbiterianas en el estado era de 237. La Iglesia Bautista de Westrup tenía algo menos. Fue un avance modesto, considerando que el proceso de evangelización había comenzado veinticuatro años antes, en 1862.[64]

El tema del impacto que el protestantismo tuvo en México no puede discutirse adecuadamente dentro de los confines de este estudio, pero caben algunas palabras al respecto. La cantidad de conversos no fue impresionante; de hecho, al día de hoy México sigue siendo una nación abrumadoramente católica. No obstante, desde un punto de vista cualitativo, los misioneros alcanzaron muchos logros, pues el protestantismo provocó algunos cambios en una sociedad tradicional. Los protestantes establecieron escuelas y trajeron valores que tuvieron influencia significativa en la sociedad mexicana. Jean Pierre Bastian, quien ha estudiado la experiencia protestante en México más que ningún otro investigador, asegura que los misioneros protestantes trabajaron para cambiar los valores en México y así construir una nueva sociedad basada no en el corporativismo, sino en el individualismo. Era una nueva forma de ver el mundo, con conceptos "centrados no en el orden natural preestablecido por derecho divino, sino sobre el individuo como sujeto de la vida religiosa y política". A este respecto, los métodos misioneros "fueron verdaderos laboratorios de inculcación de prácticas democráticas".[65]

[64] Reportes Anuales, Consejo de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América, Biblioteca Perry-Castañeda, Universidad de Texas, Austin (en adelante citada como BFMPC), 1886, 37-38; Jean Pierre Bastian, *op. cit.*, p. 141; Deborah J. Baldwin, *op. cit.*, p. 4.

[65] Jean Pierre Bastian, "Las sociedades protestantes y la oposición a Porfirio Díaz en México, 1877-1911", en Jean Pierre Bastian (ed.), *Protestantes, liberales, y francmasones: sociedades de ideas y modernidad en América Latina, siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 143. Otros autores que comentan el efecto del protestantismo son Alden Buell Case, *Thirty Years with the Mexicans: In Peace and*

El papel que tuvo Rankin en este proceso puede tal vez ser mejor evaluado al presentar las opiniones de sus detractores así como las de sus simpatizantes. El primero de sus críticos fue Thomas Westrup, su rival en busca de conversos en Monterrey. En un libro autobiográfico, publicado por su hijo, Enrique, Westrup provee abundantes municiones para quienes quisieran dispararle a Rankin. Una de sus quejas contra ella fue que contrató dos misioneros, John Beveridge y Andrew Park, para arrebatarle sus conversos. Irónicamente, esta acusación de robar conversos fue la misma que Rankin lanzó contra Westrup. Además, Westrup aseguró que Rankin exageraba los logros de su misión ante sus benefactores de los Estados Unidos a fin de obtener fondos que ella usaba para pagar a trabajadores locales para que a su vez robaran más conversos de los bautistas. La más amarga acusación de Westrup fue que Rankin lo calumniaba en los Estados Unidos. Rankin, dijo él, lo acusó de escamotear fondos de la Sociedad Bíblica Norteamericana, una acusación que quedó demostrada como falsa cuando sus registros fueron auditados por un observador imparcial. Para Westrup, Rankin era una mujer ambiciosa y sin escrúpulos.[66]

Para respaldar sus cargos contra Rankin, Westrup se apoyó en el testimonio de Walter Scott, incluido en el libro de Westrup. Scott era miembro de la pequeña comunidad estadounidense en Monterrey. En una carta detallada al Consejo Norteamericano de Misiones Extranjeras, relató el surgimiento del protestantismo en Monterrey y el papel que Rankin había tenido en ese proceso. Scott era un ferviente discípulo de James Hickey y se sintió muy

---

Revolution, Fleming H. Revell Co., Nueva York, 1917, pp. 215-18; William Butler, *Mexico in Transition from the Power of Political Romanism to Civil and Religious Liberty*, Hunt and Eaton, Nueva York, 1892, p. 306; y Thomas M. Westrup, *op. cit.* pp. 116-118.

66 Thomas M. Westrup, *op. cit*, pp. 36, 59, 76; Deborah J. Baldwin, *op. cit.*, p. 21. Para ser justos, debe decirse que el propio Westrup aceptaba que era una persona difícil para relacionarse. Se involucró en disputas con varias personas y organizaciones a lo largo de la mayor parte de su vida. Él admitió haber cometido graves errores, pero también mostró voluntad para rectificarlos.

ofendido cuando Rankin aseguró que ella había introducido el protestantismo en el norte de México. Insistió en que Hickey fue el primero en establecer una iglesia y convertir gente al protestantismo, conversos que luego Rankin intentó ganarse para su causa utilizando dinero y otros estímulos indecorosos. Scott acusó a Rankin de construir su iglesia presbiteriana no con desertores católicos sino con los conversos de Hickey.[67]

Scott también aseguró que Rankin había engatusado a sus patrocinadores de Nueva York y otros para proveerle fondos que eventualmente se malversaron en México. Por ejemplo, dijo que el edificio de la misión en Monterrey era una vieja estructura que presentaba un "triste espectáculo" y no valía el dinero que se gastó en él. Además, de acuerdo con Scott, Rankin dejó México del mismo modo como llegó: ignorante del idioma español y de las costumbres mexicanas. Osadamente aseguró que mientras Hickey habria de ser recordado y amado, Rankin no lo sería, porque intentó ganarse a la gente con dinero. Scott concluyó su carta solicitando a la ABCFM que investigara el asunto, insinuando que él utilizaría la prensa, de ser necesario, para aclarar las cosas.[68]

Una tercera fuente de fuertes críticas contra Rankin fue Henry C. Thompson, un efectivo y respetado misionero presbiteriano que tomó posesión de la misión regiomontana en diciembre de 1877 como parte del trato entre la ABCFM y el Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras. Esta última organización acordó enviar a Thompson si la misión era transferida a su jurisdicción, lo cual ocurrió poco después de su arribo a Monterrey. Thompson acusó

[67] Walter Scott a V. G. Clark, ABCFM, 11 de febrero de 1874, en Thomas M. Westrup, *op. cit.*, pp. 14-19.

[68] *Ibid.* Como se dijo, una de las críticas de Scott fue que Rankin ignoraba el idioma español. No hemos podido confirmar esto, pero no escribió correctamente tres importantes nombres en español –Matamoros, Monterrey y Cortina– a lo largo de su texto. Scott fechó su carta a principios de 1874, y es probable que Rankin conociera su contenido. Su carta pudo incluso ser factor para que ella escribiera el libro, porque aunque ella no lo menciona, las palabras del prefacio ponen de manifiesto que se sentía ofendida por las críticas a su trabajo.

a Rankin de exagerar grandemente sus logros. Cuando llegó a Monterrey, encontró sólo unos sesenta conversos, escuelas en condiciones miserables y ministros locales que se habían ordenado pero que "nunca habían dado buena evidencia de estar capacitados como miembros, mucho menos para ser ministros". Rankin y Beveridge, su sucesor, habían prometido enviar gente a los Estados Unidos para que se educaran, pero sólo enviaron a una muchacha que "ni siquiera era protestante, ni asistía a la iglesia", pero tenía padres adinerados.[69]

Según Thompson, la presencia de Rankin en Monterrey "era de carácter irregular, estando seis meses presente y seis fuera". Ella, por supuesto, salía en busca de fondos, pero él argumentaba que los gastaba torpemente, pagando mucho a trabajadores locales incapaces. Algunos críticos incluso la acusaron de especular con fondos donados. Ella le prometió a los donadores de quienes recibió 3 mil 500 dólares que el dinero era para construir una capilla en Monterrey, pero más tarde vaciló sobre la ubicación y dijo que la construiría en otro sitio. Thompson también la acusó de tener poco criterio, haciendo notar que había dejado gente incompetente y deshonesta a cargo cuando se retiró en 1872. Thompson consideraba a Beveridge, uno de los que quedó a cargo de la misión, un pillo más interesado en el dinero que en salvar almas. Asimismo, pasó mucho tiempo guerreando con Westrup, todo lo cual dejó la misión en una triste situación.[70] Además, Thompson repitió uno de los cargos de Scott, haciendo notar que Rankin no hablaba español y debía apoyarse en una sobrina que le servía como intérprete. Dijo que habia encontrado gente en Brownsville y Monterrey que sinceramente despreciaban a Rankin. Más aún, escribió que ella había dejado una Iglesia llena de "úlceras y llagas". Concluyó diciendo que los años de Rankin y sus sucesores eran

[69] Thompson a Ellinwood, 2 de julio de 1877, 4 de agosto de 1877 y 12 de febrero de 1878, BFM, microfilme, carretes 163 y 164.
[70] *Ibíd.*

como "sombras que se habían tendido sobre la tierna planta de la cristiandad en este lugar".[71]

Un detractor final fue T. F. Wallace, de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América, quien hizo a México un viaje de inspección y escribió que había escuchado lamentables y dolorosas críticas contra el trabajo de Rankin. También dijo que un día sus acciones se conocerían en los Estados Unidos y su imagen quedaría seriamente manchada. Wallace tal vez obtuvo la mayor parte de su información de Henry Thompson, con quien viajó por el estado de Nuevo León.[72]

Algunos, tal vez todos, los cargos contra Rankin podrían ser ciertos, pero las acusaciones, particularmente las de Westrup y Scott, emanaron de la disputa agria entre los presbiterianos y bautistas en Monterrey. Los orígenes de sus conflictos no son claros, pero en su libro, Rankin se abstiene de soltar comentarios despectivos contra Westrup. Más aún, el triste estado en que Thompson encontró la misión en 1877 no puede atribuirse por completo a Rankin. Ella no tenía modo de saber que Beveridge, el hombre que dejó a cargo, resultaría incompetente, como más tarde lo reconoció ella. En 1877 ella le explicó al consejo presbiteriano: "No deseo hacer un juicio injusto sobre mis sucesores en la misión, pero no puedo sino sentir que se han perpetrado algunas transacciones muy poco afortunadas". Continuó diciendo que Beveridge había cambiado el sistema luego de que ella se fue y que se había "exhibido como un hombre decididamente sin principios". También lo acusó de "conducta parcialmente trastornada" y agradeció al consejo presbiteriano que se hubiera deshecho de él.[73]

Los críticos cuestionaron el uso que Rankin dio a los donativos, así como su ausencia de la misión por largos periodos. Esas ausencias eran principalmente para reunir fondos, una actividad que requería

71 *Ibid*.
72 T. F. Wallace a Ellinwood, 18 de junio de 1878, BFM, microfilme, carrete 164.
73 Rankin a Ellinwood, 23 de julio de 1877, BFM, microfilme, carrete 163.

muchos meses dados las enormes distancias que debían recorrerse y el estado de la transportación en ese tiempo. Es obvio que Rankin necesitaba más dinero para atraer y mantener a los trabajadores locales; tenían familias que mantener y no podían trabajar de voluntarios. También es claro que a través de sus años de duro trabajo y sacrificio, Rankin no buscó enriquecerse. Cuando estuvo segura de que su misión estaba en buenas manos, entregó al consejo presbiteriano los fondos que había recibido como donativos para una capilla, e incluso le ofreció al consejo una herencia de 5 mil dólares, para que se utilizara para las maestras de Monterrey.[74]

Además, si Rankin de verdad se equivocó en algunas cosas, como aseguran sus críticos, también tuvo aciertos. Se adelantó a su época en su visión de la necesidad de ministros locales y en su confianza en su capacidad para asumir mayores responsabilidades. Esta estrategia sería adoptada más tarde por las sociedades misioneras. Más aún, no se conformaba con restringir sus esfuerzos en una región de México. Rankin buscó la conquista espiritual de todo el país y pensó en maneras para alcanzar ese objetivo. Por ejemplo, en su libro se jacta de haber ayudado a persuadir a Henry Riley para que fuera a México. Riley se convertiría en pieza clave de la extensión del protestantismo en la Ciudad de México, el corazón del país. La propia Rankin trabajó en varios frentes. El *Christian World* reportó que dos curas disidentes mexicanos, Juan Francisco Domínguez y Juan Enriques Orestes, habían arribado a Nueva York desde México con cartas de recomendación de Rankin. Los dos se reunieron con líderes eclesiásticos y hablaron en reuniones públicas; su presencia en los Estados Unidos era un indicador de que las cosas en México podían estar cambiando.[75]

Tanto esfuerzo, entrega y sacrificio requerían fuerza de carácter. Como casi toda la gente devota, Rankin poseía una voluntad para

---

74 Rankin a Ellinwood, 21 de agosto de 1877 y 17 de junio de 1878, BFM, microfilme, carretes 163 y 164.

75 *Christian World*, vol. 16, abril de 1865, p. 123.

aplazar la gratificación y las recompensas terrenas por dedicarse a una causa más noble. Su carácter le ayudó a superar numerosos obstáculos. Como se mencionó, su profunda religiosidad le dio fuerza: se consideraba un mero instrumento de Dios. Esto le permitía evitar el autoensalzamiento, pero también le daba la confianza en sí misma, como ella explicó, ya que no se consideraba menos importante para el trabajo de Dios que la mayoría de los eminentes doctores de la divinidad. Ella era una combinación paradójica de humildad y fuerza, contraatacando a sus críticos cuando sentía que la atacaban injustamente. Perseguía sin descanso sus metas y era combativa,[76] como pronto lo supieron Westrup y otros. No era como la masa de la humanidad, resignada a vivir una vida de "callada desesperación".[77]

Tal como lo revela *Veinte años entre los mexicanos*, Rankin no era experta como escritora, pero sabía transmitir su mensaje y utilizó el libro para alcanzar sus objetivos. Como otros misioneros que escribieron libros sobre sus experiencias en México en el siglo XIX, Rankin ayudó a crear un mejor entendimiento entre los habitantes de ambos países.[78]

Melinda Rankin también tuvo simpatizantes. Recibió reconocimientos públicos por su trabajo por parte de aquellos en posición

---

[76] Son numerosos los pasajes del texto que revelan el carácter de Rankin. Uno memorable y que refleja claramente su naturaleza combativa es cuando el obispo católico visitó Monterrey, poniendo más presión sobre los protestantes. Rankin escribió: "dejamos a Satanás rugir, hasta que aparentemente llegó a la conclusión de que no nos podían mover, y entonces cesó su clamor". Rankin, 2[illegible]. Este tipo de lenguaje refleja una corriente extremista que tal vez no hubiese empleado un ministro protestante más refinado con educación universitaria. Una interesante observación sobre la personalidad de Rankin se encuentra en un obituario: "Era una mujer de gran fuerza de carácter y poder intelectual. Tenía una variedad de peculiaridades y modos propios que parecían agudizarse más que aminorar con el paso de los años". *The Pantagraph*, Bloomington, Illinois, 7 de diciembre de 1888. Este último comentario da crédito a sus críticos, quienes sentían que era difícil llevarse bien con Rankin.

[77] Frase memorable de Henry David Thoreau, autor estadounidense de *Desobediencia civil*, y otras obras que han tenido influencia universal.

[78] Debe recordarse que incluso hasta la década de 1870, algunos sectores en los Estados Unidos continuaban insistiendo en hacer una guerra contra México para anexar más territorio. Otros libros sobre este tema son: Alden Buell Case, *op. cit.*, y William Butler, *op. cit.*

de evaluar el alcance de sus logros. Al partir de Monterrey, recibió testimonios de estima y reconocimiento por su trabajo por parte de la comunidad extranjera de la ciudad. Un documento firmado por veintiocho residentes extranjeros alabó el seminario femenil de Rankin porque había "producido maravillosos efectos de educación moral y religiosa". Apoyaron decididamente la continuación del seminario, temiendo que su suspensión significaría la pérdida de los logros que se habían alcanzado. También creían que el seminario, de continuar con su educación progresista, en pocos años "controlaría por completo los destinos intelectuales del estado". Con respecto a Rankin, los firmantes proclamaron que estaban "satisfechos de que bajo las circunstancias existentes, ninguna otra persona hubiese podido desempeñar las arduas labores asignadas". Reconocieron que la misión había comenzado bajo muy difíciles circunstancias, que siempre se condujo de manera honorable y cristiana, y que eso debía acreditarse a Rankin y la AFCU, que la apoyaba.[79]

Años más tarde, apareció el siguiente comentario en el *Cuadragésimo segundo reporte anual del Consejo de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana de los Estados Unidos de América* (1879): "La Iglesia no olvida que en Monterrey se alzó el primer estandarte del protestantismo y que esto se dio a manos de una mujer valiente y sacrificada. La señorita Melinda Rankin fue una verdadera pionera de la labor misionera en México y fue sobre todo a través de su ejemplo y sus llamamientos en este país que despertó un interés".[80] T. F. Wallace se equivocó cuando declaró que la imagen positiva de Rankin en los Estados Unidos cambiaría cuando se supiera cómo había administrado su misión en México. Cualesquiera que fueran sus limitaciones, Rankin supo cómo defender el trabajo de su vida y llevarlo a una mayor audiencia en la forma de un libro.

79 *Christian World*, vol. 23, noviembre de 1872, p. 348.

80 John C. Rayburn, *op. cit.*, xxii. Estos sentimientos fueron respaldados por William Butler, otro misionero prominente, quien escribió que Rankin había sobrellevado veinte años de trabajo y sufrimiento y "fue el agente de la providencia para abrir camino a la Biblia en el norte de México". William Butler, *op. cit.*, pp. 287-88.

Observaciones sobre el libro

Veinte años entre los mexicanos se presenta en veinticinco capítulos, con un prefacio y un apéndice. Los capítulos están organizados en secuencia cronológica de acuerdo con el avance de los eventos en la vida de Rankin. El prefacio y el primer capítulo revelan mucho sobre Rankin y su visión del mundo. En ellos, expresa sus razones para escribir el libro. Dice que al principio rechazaba la idea porque no quería llamar la atención sobre sí misma, pero que decidió que iba a revelar el trabajo de Dios, no el propio; ella era meramente un instrumento de su voluntad. Otra razón que dio para escribir el libro fue que deseaba que el mundo supiera que el trabajo de Dios podía ser realizado igual por mujeres que por hombres. Pudo tener otra, no revelada, razón para escribir el libro. Rankin tenía críticos y no es descabellado pensar que deseaba responder con su versión de la historia.

Las dos cualidades contradictorias en el carácter de Rankin –humildad y fuerza– se muestran abiertamente en el prefacio del libro. En el primer párrafo se refiere a sus "labores imperfectas" al ser uno de los "débiles instrumentos" de Dios. En el segundo párrafo hace notar que ella es una de sus "más débiles sirvientes". Pero pronto pasa a la ofensiva. Rechaza a aquéllos que carecen de un "adecuado entendimiento de un trabajo de fe" porque son incapaces de una crítica honesta. A quienes dicen que se pudo hacer más, les contesta que no tienen idea de las dificultades del trabajo misionero y que debieron hacer ellos mismos el trabajo. También regaña a sus críticos diciendo que su trabajo consistía en asentar los cimientos. El producto terminado llegaría después: "Arar el terreno y sembrar la semilla siempre precede a la cosecha".[81]

Aparentemente Rankin escribió el apéndice para responder a la mala prensa que los mexicanos estaban recibiendo por la

81 Rankin, 62.

masacre de protestantes en Acapulco en febrero de 1875, después de que terminó de escribir el libro. En el apéndice refuta las visiones negativas de los anglos sobre los mexicanos. Muchas de sus observaciones sobre el carácter y costumbres de los mexicanos aparecen en esta sección del libro. Entre otras cosas, Rankin dice que los mexicanos son sumisos, creyentes, amantes de la paz, respetuosos y considerados con las mujeres. Incluso encontró el modo de justificar su supuesta indolencia, diciendo que tienen un clima benévolo y no les hace falta trabajar duro para prepararse o almacenar cosas para el invierno.[82]

Como en una buena crónica de viaje, el libro provee al lector moderno un vistazo a las costumbres de la gente durante aquellos tiempos, tanto en el sur de los Estados Unidos como en el norte de México. Pero es mucho más que una narración de viaje; cuenta la historia de una lucha: la de una mujer que tuvo un sueño y pasó por grandes sacrificios y se sobrepuso a grandes obstáculos para alcanzar ese sueño. En ese sentido, su historia tiene la capacidad para inspirar, más aún por haber ocurrido en un mundo dominado por hombres.

La narración de Rankin también enriquece nuestro conocimiento histórico porque su vida y obra abarca buena parte del siglo XIX, cuando los Estados Unidos se expandía rápidamente y comenzaba, tras la guerra civil, a aventurarse en el escenario mundial. Este proceso involucró más que fuerzas económicas, las que son bien conocidas; incluyó también una extensión de la cultura y religión de los Estados Unidos, y México fue el primer país extranjero en sentir el peso de esa expansión. El libro de Rankin ayuda a entender cómo se inició este proceso y rescata un capítulo importante, aunque poco conocido, de la historia de los Estados Unidos.

Al escribir su libro, tal vez Rankin se apoyó sobre todo en su memoria, pero resulta claro que había mantenido algunos registros. Parece que tenía copias del *Christian World* y tal vez llevó un diario.

---

82 Rankin, 255-266.

Una característica de su narración –común de este género en el siglo XIX– es la inclusión de conversaciones que ocurrieron décadas antes, lo que podría darles a algunos lectores la falsa impresión de que el libro es una obra de ficción. Es evidente que ella hizo poca, o ninguna, investigación. De haberlo hecho, se habría evitado unos cuantos errores de magnitud, como cuando asegura que Porfirio Díaz fue asesinado. De hecho, el dictador sobreviviría a Rankin por casi treinta años. El texto también revela que su memoria tenía algunos huecos, como cuando declara que México quedó libre de Maximiliano en 1866 (fue hasta 1867). El lector hallará errores de ortografía, gramática y sintaxis, así como lapsos en el uso de comillas. A veces Rankin parece perder el enfoque,[83] pero por supuesto nunca se consideró una escritora o investigadora. Para los lectores de esta edición en español hemos corregido algunos de los errores más llamativos de ortografía y sintaxis. Por ejemplo, en la edición en inglés, el lector encontrará Monterrey con una "r", Matamoros con "a" al final (Matamoras), y Juan Cortina con "s" al final (Cortinas).

Es difícil calibrar las reacciones de los contemporáneos de Rankin a su libro, aunque parece seguro suponer que una buena parte de sus lectores fueron quienes habían seguido su trabajo en las páginas del *Christian World*. Es igualmente difícil establecer cuán amplia fue la audiencia que tuvo inicialmente su libro en los círculos evangélicos y si una audiencia secular gravitó en torno al libro. Sin embargo, poco después de su publicación, apareció una reseña de *Veinte años entre los mexicanos* en la edición de septiembre de 1875 del *Christian World*. Un breve análisis de la reseña nos proporciona algunas revelaciones sobre lo que los lectores contemporáneos pudieron pensar sobre el libro de Rankin.

El reseñista anónimo de Rankin comienza con una evaluación directa del libro. Alabándolo por su "encanto" y "simpleza sin

83 Un buen ejemplo es el último y más largo párrafo del capítulo I, donde ella discute el papel de las mujeres y su importancia para el trabajo de Dios.

afectación", el reseñista escribe que Rankin muestra "lo que puede hacerse para servir al Señor al seguir fielmente las indicaciones de su voluntad y haciendo justo lo que Él señala". Como posterior evidencia de que Rankin era una mujer piadosa que todo lo hacía de acuerdo con la voluntad de Dios, el reseñista dice que "nada estaba tan lejos de la mente de Rankin" que organizar una misión mexicana cuando ella trabajaba en Kentucky en 1840 o cuando abrió su seminario en Brownsville en 1852. La parte final de esta declaración es claramente falsa, pues la propia Rankin asegura que la única razón por la que abrió el Instituto Femenino de Río Grande fue porque la ley mexicana de principios de esa década aún prohibía el protestantismo. En otras palabras, de haber sido legal, Rankin hubiese entrado en México de inmediato tras llegar a la frontera. Su reseñista claramente embellece su "disposición de ir a donde Dios la guiara", tal vez en un esfuerzo por promocionar su piedad a los presuntamente piadosos lectores del *Christian World*.[84]

El reseñista de Rankin también resalta su condición de mujer. En el siguiente fragmento, asegura que aunque las labores misioneras de Rankin retaban los típicos roles de género del siglo XIX, su incuestionable obediencia a la voluntad divina de Dios debe servir como ejemplo a las mujeres protestantes:

> Todo lo que la señorita Rankin ha hecho lo ha podido hacer sin abandonar su propia esfera como una mujer cristiana. De modo que su narración es un buen indicador de lo que una mujer puede lograr. Sin embargo, no aseguramos que cualquier mujer, por muy piadosa o devota que sea, podría haber logrado lo que la señorita Rankin logró. Es evidente que esta mujer tiene las cualidades para el trabajo en que se involucró, entre otras: gran energía natural, tacto, comprensión de los personajes con quien entró en contacto y, muy importante también, una capacidad peculiar para organizar.

[84] *Christian World*, vol. 26, septiembre de 1875, p. 264.

El reseñista claramente piensa que el trabajo misionero es usualmente trabajo de hombres, pero admite que Rankin encarna algunas cualidades decididamente "peculiares". Una pista de chovinismo resulta conspicua en el tono del reseñista, quien escribe que el libro de Rankin es "muy sugerente de oportunidades de ser útiles incluso para las mujeres que no poseen las ventajas peculiares de Rankin, oportunidades que tememos que con frecuencia dejan escapar sin aprovecharlas". La propia Rankin estaba consciente de que, como mujer en México, poseía ciertas ventajas no disponibles para sus contrapartes masculinos. Por esa razón, en su libro Rankin aclara que las mujeres tenían un importante papel en el movimiento misionero. Esta actitud proactiva y su voluntad por disputar las convenciones dominadas por el hombre la convirtieron en una precursora del movimiento feminista del siglo XX. El reseñista llega incluso a darle crédito a Rankin por iniciar la "Reforma Mexicana" –un término empleado en los comentarios finales– lo cual es una burda exageración dado los factores internos del movimiento de reforma en México. Pero ejemplificaba para el reseñista el poder de *Veinte años entre los mexicanos*.[85]

[85] *Ibid*., 265. Las observaciones del reseñista plantean dudas sobre cómo sus contemporáneos percibían a Rankin. El reseñista opina abiertamente que para alcanzar el tipo de éxito de Rankin, una mujer requiere ciertas cualidades, presuntamente "masculinas", como una gran cantidad de energía y habilidades organizativas. Sin éstas, las mujeres en labores misioneras eran normalmente apéndices del hombre. Pero Rankin era diferente: poseía cualidades atribuidas al hombre. Su libro y otras fuentes revelan una personalidad dominante. La prosa muscular que usa Rankin respecto a combatir el catolicismo y su empleo de términos militares probablemente reforzaron esta impresión.

* * *

Quisiéramos agradecer a varias personas que contribuyeron a este proyecto. Un especial agradecimiento a David J. Weber, de la Universidad Metodista del Sur (SMU), quien no sólo nos propuso la idea de coeditar este volumen, sino que también nos guió elegantemente a lo largo del camino, resolviendo muchas dudas y dándonos su asesoría especializada. Andrea Boardman y Ruth Ann Elmore, del Centro Clements para Estudios del Sudoeste en la SMU, proporcionaron un valioso apoyo. Scott Cassingham, Bob Foxworth y Dawn Youngblood participaron con su experiencia en crear mapas digitales. También estamos en deuda con Julie Stewart por sus muchas horas de servicio en mecanografiar la versión electrónica del manuscrito con el que trabajamos. Gracias también al personal de tres bibliotecas: la biblioteca DeGolyer en SMU, particularmente a Russell Martin, Kathy Rome, Joan Gosnell y Anne Peterson; la biblioteca Bridwell en SMU; y la Colección Latinoamericana Benson y el Centro de Historia Americana en la Universidad de Texas en Austin. Especial agradecimiento a R. Douglas Brackenridge, de la Universidad Trinity en San Antonio, y a Christy McPherson y Todd Meyers, de SMU, por leer versiones iniciales del manuscrito. Tim desea agradecer a su esposa, Kristina Bowman, por su estímulo y apoyo. Gracias también a Shaun Reed por su ayuda con una nota particularmente engañosa y a Carol Snodgrass por facilitarnos información sobre la vida de Rankin en Bloomington, Illinois. D. Teddy Diggs merece nuestra gratitud por el magnífico trabajo de corrección. En México, recibimos el apoyo de personal competente del Archivo General del Estado de Nuevo León. Para realizar trabajo de investigación se requiere apoyo institucional. José Reséndiz Balderas, director de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León ha brindado apoyo sin reservas y merece nuestro agradecimiento.

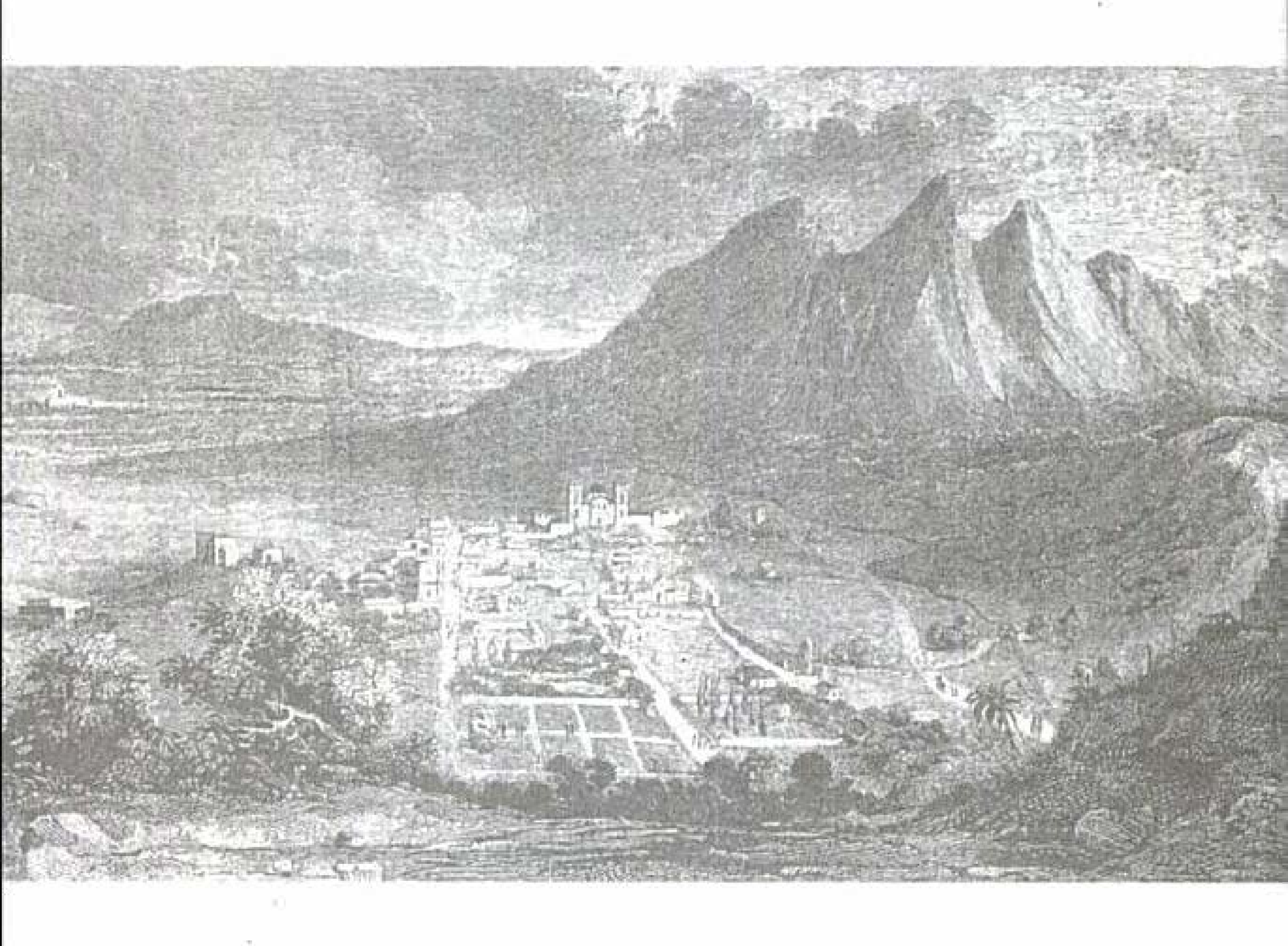
María Eugenia Martínez y Jaime Tamez aportaron valiosas observaciones sobre cuestiones de traducción y estilo. Carolina Farías Campero, directora del Fondo Editorial de Nuevo León cuenta con nuestro reconocimiento por aceptar el reto de publicar esta obra en español. Su equipo de trabajo, especialmente Dominica Martínez, Ángela Palos y Eduardo Leyva hicieron una magnífica labor en la preparación de la edición. Especial mención merece David Toscana, nuestro traductor, ya que aceptó una tarea sumamente difícil y la cumplió con sensibilidad y destreza. Los errores que permanecen son todos nuestros.

Miguel Ángel González Quiroga
Universidad Autónoma de Nuevo León

Timothy Paul Bowman
Universidad Metodista del Sur

VEINTE AÑOS ENTRE LOS MEXICANOS

Relato de una labor misionera



MELINDA RANKIN

CINCINNATI:
CHASE & HALL PUBLISHERS.
1875

*A las mujeres cristianas de los Estados Unidos,
particularmente a quienes la ayudaron
en su trabajo en México, este pequeño libro
es dedicado con afecto por la autora.*

PREFACIO



Melinda Rankin
Fuente: Presbyterian Historical Society, Presbyterian Church. Filadelfia.

La narración está escrita, y he decidido entregarla al público. La inicié con serias dudas sobre lo apropiado de su publicación, pues podía aparecer un espíritu de egotismo al presentar mis imperfectas labores ante el mundo. Al reunir y escribir los hechos verdaderos de mi experiencia personal, he encontrado gran satisfacción. Repasar el modo en que el Señor me ha conducido ha fortalecido grandemente mi fe en su trato providencial con su gente y confirmó mi creencia de que Él aún alcanza sus propósitos divinos mediante débiles instrumentos. En vista de esto, llegué a la conclusión de que los hechos de mi experiencia misionera personal no son míos, y por lo tanto no tengo derecho de suprimirlos, no importa cuánto me lo indique mi natural disposición. Así, entrego al público esta breve narra-

ción sobre mi experiencia de veinte años entre los mexicanos desde una firme convicción de un deber hacia Dios, y abrigaré la esperanza de que Él la haga útil para aquellos en cuyas manos caiga este pequeño libro.

Estoy consciente de que estará sujeta a varias críticas. Algunas, no dudo que serán recibidas como una exhibición de la fe de Dios hacia sus promesas, y un ejemplo de su condescendencia al favorecer a una de sus siervas más débiles. Si se llega a esta apreciación, habré de quedar totalmente compensada por esta presentación de mi vida al servicio del Señor.

Hay otra clase que tal vez se digne a leer el libro, y quienes, sin tener un correcto entendimiento de un trabajo de fe, opinarán que los datos presentados son resultado de un desbordado fanatismo y de una mente débil y desorientada. De esta clase, debo reconocerlo con franqueza, no espero nada sino desaprobación, por lo tanto no quedaré decepcionada por las críticas que ellos consideren hacer.

Luego, están aquéllos que aseguran tener una apreciación y conocimiento de la labor misionera que podrían decir que el trabajo descrito pudo hacerse mejor. A ellos, les diría que ojalá hubiesen entrado al escenario en el estado de avance en que yo ingresé en él, y realizaran el trabajo como creen que debió hacerse. Es muy fácil criticar el trabajo de los predecesores sin considerar las estupendas desventajas bajo las que se laboró, y dado que las cosas no han llegado a un estado de perfección, decir que es un evidente fracaso en sus planes y propósitos. Es una cuestión dudosa, sin embargo, si estos críticos hubiesen hecho mejor trabajo en las mismas difíciles circunstancias.

Arar el terreno y sembrar la semilla siempre precede a la cosecha. El bosque debe ser nivelado y mucho trabajo duro debe realizarse antes de que pueblos y ciudades puedan construirse; y si alguno de mis sucesores no halla ciudades ya construidas, al menos hallarán algo de cimientos sobre los cuales construir.

Cuando transferí la misión del norte de México a la ABCFM,[1] sólo aseguré que se habían tendido los CIMIENTOS, y que la sobreestructura aún debía levantarse. Aunque había seis iglesias organizadas, con algunos cientos de mexicanos conversos, y una escuela anexa a cada iglesia, con una escuela de adiestramiento para jóvenes en el edificio del seminario en Monterrey, también una abundancia de preciosas semillas derramadas sobre la tierra, presenté el territorio como muy necesitado y con gran urgencia de trabajadores eficientes para perfeccionar este trabajo, y para culminar los planes y propósitos que se plantearon con fe y oración. Que Dios permita a aquellos que continúen este trabajo entenderlo correctamente, y honrar a las agencias que los precedieron.

La reunión de esas iglesias se ha hecho principalmente mediante la intervención de cristianos locales.[2] Con la experiencia que obtuvieron del evangelio de Cristo, fueron capaces de alcanzar los corazones de sus compatriotas con las mismas verdades santas con mucho más éxito que el de cualquier misionero extranjero que haya sido traído a ese territorio. Hay peculiaridades en la mente y carácter mexicanos que los extranjeros no pueden entender o alcanzar. Muchos, pero muchos, de los ciegos devotos al papado en México han sido conducidos al conocimiento de la verdad tal como es en Jesús mediante las instrucciones que les imparten estos iletrados lectores de la Biblia. Subvalorar y ningunear a estos instrumentos aprobados por el cielo, no me parece sino un pecado contra el Espíritu Santo. A aquéllos que estiman ligeramente estas labores,

---

1 Estimulado por el Segundo Gran Despertar, un grupo de congregacionistas de Nueva Inglaterra fundó el Consejo Norteamericano de Comisionados para Misiones Extranjeras (ABCFM) en 1812, y pronto se convirtió en la sociedad misionera más importante de ese país. El Consejo promovió actividades misioneras presbiterianas y congregacionistas a lo largo del siglo XIX. También asumió la responsabilidad de la misión de Rankin en Monterrey en 1873 y luego abandonó ese papel cuatro años más tarde, transfiriendo la misión al Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras en Nueva York. Ver Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, pp. 19-21; *Christian World*, vol. 34, marzo de 1883, p. 70.

2 Rankin se refiere a los mexicanos conversos.

les digo, con ojos lacrimosos, sean cautos con su juicio, o el Señor que los llamó a su servicio, y que tan significativamente aceptó su servicio, será herido en la casa de quienes se dicen sus amigos.

También diré a quien corresponda que al entregar esta breve historia de mi misión entre los mexicanos, he procurado enérgicamente evitar apropiarme de indebido honor para mí. Lo sentí un deber imperativo, y me ha resultado un placer, reconocer la labor de otros en este campo, y mencionar como es debido esas labores tanto como fuera consistente con la brevedad de mi narración. Tras establecer mi misión en México en 1865, trabajé sobre todo mediante otros, empleando tanto trabajadores americanos como locales, algunas veces teniendo quince a la vez en los diversos departamentos, y siendo obligada con frecuencia a dejar el trabajo a cargo de personas adecuadas para venir a los Estados Unidos a solicitar fondos para su sustento. Este trabajo se lo acredito a la Unión Cristiana Norteamericana-Extranjera,[3] bajo cuyos auspicios planté esta primera misión en el norte de México. Ninguna otra sociedad misionera entró en este terreno hasta 1870, tiempo en el cual la Sociedad Misionera Interna Bautista empleó a su primer trabajador, el reverendo Thomas Westrup.[4] En 1871, los Amigos enviaron un misionero al estado de Tamaulipas. En 1872, el Consejo Presbiteriano de Misiones envió sus primeros misioneros al estado de Zacatecas, y también a la Ciudad de México. En 1873, el Consejo Metodista de Misiones envió al reverendo Dr. Butler[5] a la Ciudad de México. Los episcopales tienen una misión

---

3 Con la fusión de tres cuerpos misioneros protestantes se creó la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera (AFCU-siglas en inglés) en 1849: la Sociedad Protestante Norteamericana, la Sociedad Evangélica Extranjera, y la Alianza Cristiana. La AFCU buscaba promover misiones extranjeras y el protestantismo evangélico y era marcadamente anticatólica. Para más información, ver Ray A. Billington, "Anti-Catholic Propaganda and the Home Missionary Movement, 1800-1860", *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 22, diciembre de 1935, p. 372; "AFCU History", http://www.afcubridge.org/History%202.htm.

4 Para información sobre Thomas Westrup, ver la introducción, nota 30.

5 Luego de que el reverendo William Butler estableció una presencia permanente para la Iglesia Episcopal Metodista en India, el Consejo Metodista de Misiones lo

en México, pero no conozco bien los pormenores de su origen ni la fecha de su inicio. Tal vez el reverendo Riley,[6] quien es un episcopal, ha transferido su misión en la Ciudad de México a esa denominación; no estoy segura.

Si en mis representaciones he cometido errores, con gusto rectificaré esos errores cuando esté convencida de que los cometí.

Que este pequeño libro sea un exponente de la verdad y justicia ha sido mi mayor deseo y propósito; y que Dios lo bendiga en tanto llega al público es mi ruego más ferviente.

Melinda Rankin

---

eligió para fundar una misión en la Ciudad de México. Butler arribó el 23 de febrero de 1873, estableciendo una capilla y una escuela para niñas. Es interesante señalar que Butler fue capaz de establecer su misión, escuela e iglesia en un valioso edificio que antes pertenecía al monasterio de San Francisco. Antes de que el consejo lo comprara, el gobierno mexicano había confiscado el edificio y lo vendió a una compañía de teatro, la que lo convirtió en "El Circo de Charinie". Se decía que el edificio se hallaba sobre los terrenos que pertenecieron al palacio de Moctezuma. Para más información, ver I. G. John. *Hand Book of Methodist Missions*. Consejo de Misiones, Iglesia E. M., Sur, Nashville, 1893, pp. 578-79.

6 Más adelante Rankin explica que Henry C. Riley, quien había sido un misionero en Sudamérica, fue enviado a la Ciudad de México por la AFCU en 1869. Se toma el crédito de haberlo convencido de la necesidad de evangelizar México. El *Christian World* reportó que la AFCU le entregó a Riley 10 mil dólares para comenzar su trabajo misionero en el centro de México. *Christian World*, vol. 34, marzo de 1883, p. 70.

ÍNDICE*

* El lector observará que existen algunas diferencias entre el contenido del índice y los encabezados de cada capítulo, lo cual obedece a las anotaciones de Rankin.

VEINTE AÑOS ENTRE LOS MEXICANOS

CAPÍTULO I

El porqué se escribió este libro – La cuestión de la esfera adecuada de una mujer totalmente decidida – Consagración a las misiones – Paciente espera.

Desde que mi frágil salud me obligó a retirarme del servicio activo, me han hecho repetidas veces la pregunta: "¿Por qué no escribes una historia de tu misión entre los mexicanos?" Diversas consideraciones, que tienen peso en mi propia mente, al principio rechazaron tal idea, y yo respondía siempre: "Me opongo terminantemente a las autobiografías. Y me sabe a mucho egotismo hacer públicas mis propias labores personales. Además, no me precio de maravillosas exhibiciones de magnanimidad en nada de lo que he hecho. Por lo tanto no estoy para nada dispuesta a poner mis hazañas en papel, como si creyera que merecen especial admiración y elogio".

Sin embargo, la pregunta continúa repitiéndose, y la hacen personas a cuyas opiniones les debo respeto. Un divino reverendo, que conocí, me dijo: "Le debes al público cristiano una narración del modo en que Dios te ha guiado. Tu trabajo entre los mexicanos ha sido, de manera enfática, el trabajo del Señor, y me parece que Él solicita que sea revelado para su gloria".

Este fue un nuevo punto de vista sobre el tema, y me sentí obligada a considerar el asunto seriamente. Si Dios podía ser glorificado

con este esfuerzo, me sentí dispuesta a tomar la cruz –pues eso me parecía– y escribir temas sencillos conectados con mi trabajo entre los mexicanos. Y si, al ahora dar los detalles tal como llegan a mi memoria, la gloria de Dios es el objeto principal, tal vez los relataré para el público; pero si descubro que el motivo es la autoglorificación, deberé, sin titubeos, arrojar el manuscrito al fuego.

Una muy importante consideración que me inspira para este cometido es la esperanza de demostrar, mediante hechos verdaderos que han ocurrido en la vida de una mujer, que nuestro Maestro Divino aún tiene trabajo para las mujeres en su reino terrenal. Cuando miramos el Nuevo Testamento vemos el importante servicio que Él recibió de las mujeres; y notamos también que Él no sólo lo reconoció, sino que lo encomió altamente. En relación a un acto desempeñado por una mujer, Él dijo: "De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella". En buena medida el sentimiento prevaleciente entre la gente de Cristo ha sido que el trabajo de la mujer debe necesariamente circunscribirse, no sea que trascienda la delicadeza que pertenece a su sexo. Me opongo tanto como cualquiera a las aspiraciones o conductas no femeninas. Pero si el sentimiento público hubiese sido mi guía hace unos cuarenta años, tal vez me habría quedado en mi casa de Nueva Inglaterra con la creencia de que era muy impropio para mí emprender cualquier aventura señera para el avance del reino de Cristo. Pero cuando la luz del glorioso Evangelio del Hijo de Dios brilló en mi corazón, el deseo de su extensión por todo el mundo me poseyó por completo.[1] Impresionada con la responsabilidad de ser una pecadora redimida, me pregunté cómo habría de hallar los medios para las ilimitadas aspiraciones que poseyeron todo mi ser, y casi me rebelo contra la voluntad de mi Padre celestial en la limi-

[1] El repentino deseo de Rankin para extender el Evangelio era común en muchos que se imbuían de fervor religioso durante el periodo de avivamientos conocido como el Segundo Gran Despertar. Este movimiento se comenta en la introducción.

tada esfera que parecía que Él me había asignado. En este inquieto marco, providencialmente me topé con el capítulo en la Epístola de San Pablo a los Corintios en la que les dice: "Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como quiso. Que si todos fueran un miembro, ¿dónde estuviera el cuerpo? Mas ahora muchos miembros son á la verdad, empero un cuerpo. Ni el ojo puede decir á la mano: No te he menester: ni asimismo la cabeza á los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes, mucho más los miembros del cuerpo que parecen más flacos, son necesarios". Inmediatamente llegué a la conclusión de que, como miembro del cuerpo de Cristo, aunque uno débil, tenía una misión que cumplir, y una suficientemente amplia para ocupar todos los poderes del cuerpo y el alma. No sentí ninguna desventaja por mi sexo; no, yo podía, y pude, adoptar el noble sentimiento del llorado Evarts, secretario del Consejo Norteamericano de Misiones, a quien se llevó la muerte poco después de su nombramiento. Cuando aceptó la responsabilidad de su puesto, escribió: "De ahora en adelante, si a Él le complace, habré de consagrarme –mi alma y cuerpo y todo lo que tengo– hacia un esfuerzo directo para ejecutar, junto con otros, el último mandamiento del altísimo Salvador".

CAPÍTULO II

¿Qué quieres que yo haga? – Mis labores deben ir más allá de las fronteras de Nueva Inglaterra – Necesidades del Valle del Mississippi – Dos años en Kentucky; luego al estado de Mississippi – Complacida con el "soleado sur" – Debo privarme del amor a un sitio meramente por sus atractivos terrenales.

Mi Señor, yo estaba segura, aceptaba esta consagración que, desde mi corazón, yo había hecho, y en adelante me consideré comprometida a desempeñar el trabajo que Él me asignara. Tenía la convicción de que mi misión se hallara entre los necesitados e indigentes; consecuentemente más allá de los límites de Nueva Inglaterra. En el periodo de esta consagración comenzaron una serie de pruebas que parecían especialmente elegidas por Dios para comprobar la sinceridad y profundidad de mis motivos. El Señor, yo estaba segura, probaba mi espíritu como se hace con la plata, preparándome para un trabajo especial. Con la total convicción de que en su debido tiempo la misión de mi vida me sería mostrada, me esforcé por "sobre lo poco ser fiel", y me apliqué con ferviente devoción a una profunda preparación, y también a enseñar a los jóvenes, tanto en escuelas dominicales como de entre semana. Durante esos años de espera y preparación, a intervalos la luz del cielo brillaba sobre mi camino como a alguien del pasado. Con la inequívoca aptitud del lenguaje de la inspiración estas palabras me llegarían: "No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mio eres tú". Con frecuencia me sobrecogía este mandato: "Vete de tu tierra y de la casa de tu padre, á la tierra que te mostraré". Cuando

motivos más fuertes que la vida me apremiaban para permanecer en mi querida Nueva Inglaterra, el sentimiento del apóstol me impactaría con fuerza irresistible: "Me es impuesta la necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio!", si no voy con los necesitados e indigentes. Finalmente prevaleció la divina gracia, y el deber me impulsó a los pasos para avanzar hacia mi trabajo asignado. Casi no sabía de qué se trataba, sin embargo ansiaba "a Jehová puesto delante de mí" y "porque Él estaba a mi derecha" yo sabía que me guiaría con bien. En ese entonces había una gran necesidad de maestros misioneros en el valle del Mississippi. A consecuencia de la inmigración europea, el catolicismo romano estaba ganando terreno rápidamente en esa porción del país, y el protestantismo norteamericano hacía llamados para contrarrestar esas influencias.[1] Bajo la inspiradora convicción del deber, con un propósito firme, si bien jubiloso, me despedí de mi hogar y amigos de Nueva Inglaterra, y tomé camino hacia el oeste, yendo tan lejos como Kentucky, que, en ese periodo (1840), se consideraba una región bastante remota. En este estado hallé una gran necesidad de maestros cristianos, y aunque no parecía ser el campo que respondía a mis mayores aspiraciones, permanecí ahí dos años, estableciendo escuelas y solicitando maestros de Nueva Inglaterra. Después fui

---

1 Algunos pensadores religiosos estadounidenses sentían que el protestantismo se hallaba amenazado en el periodo previo a la guerra de secesión por un auge de la inmigración católica (especialmente de Irlanda en la década de 1840) y por la amenaza de que el catolicismo abrumaría al país. El arzobispo John Hughes de Nueva York había declarado que la misión del catolicismo era "convertir al mundo, incluyendo los habitantes de los Estados Unidos". Esta amenaza galvanizó a los protestantes y ayudó a encender el sentimiento nativista de la década de 1850, que dio como resultado la creación del Partido de "Los No Sé Nada" y su plataforma ferozmente nacionalista y anticatólica. Ver Jenny Franchot, *Roads to Rome: The Antebellum Protestant Encounter with Catholicism*, University of California Press, Berkeley, 1994, pp. XVIII-XX, 99-100. La guerra entre México y los Estados Unidos ofreció un escenario en que la Norteamérica protestante combatiría el México católico. Sin embargo, por diversas razones, ésta no se volvió una guerra santa. Ver C. S. Ellsworth, "American Churches and the Mexican War", *American Historical Review*, vol. 45, núm. 2, enero de 1940, pp. 301-26; Ted C. Hinckley, "American Anti-Catholicism during the Mexican War", *Pacific Historical Review*, vol. 31, núm. 2, mayo de 1962, pp. 121-37.

al estado de Mississippi, y en esta nueva mudanza me volví consciente de las manifiestas instrucciones de Dios, que se mostraron claramente al abrirse el camino, y por la recepción de bienvenida que recibí de la gente de esa región. Incluso ahí vi abundancia de razones por las que debí dejar la muy favorable Nueva Inglaterra para ocupar un puesto tan necesario como el que fui inmediatamente llamada a ocupar.

El bello y "soleado sur", con su sociedad altamente cultivada y refinada,[2] me encantó, y creo que lo habría hecho mi residencia permanente por sus placenteros escenarios; pero con frecuencia la inquietante pregunta sonaba en mis oídos: "¿Qué haces aquí, Elías?" y me volvía consciente de estar en tierra encantada, y que debía privarme del amor a este sitio meramente por sus atractivos terrenales.

2 La "sociedad refinada" que refiere Rankin se confinaba mayormente a la aristocracia poseedora de esclavos, dado que los blancos pobres y los esclavos carecían de oportunidades de educación. Un sistema adecuado de educación pública no existió antes de la Reconstrucción. Además de la dificultad de establecer escuelas en un área rural muy aislada, muchos de los estados de la región se resistían a volver obligatoria la educación. Ver Robert A. Divine *et al.*, *America Past and Present*, 7ma. ed., Pearson, Nueva York, 2005, pp. 463, 556.

CAPÍTULO III

Un vistazo a México – Malos augurios – Responsabilidad de los cristianos norteamericanos – Llamados públicos no escuchados – Resuelta a ir a México – Cerré mis labores en Mississippi y me encaminé a México – Providencias sobresalientes – "Un niño los pastoreará" – No pude entrar de inmediato en México – Decidí ir a Texas – Incidentes de viaje – Retraso incómodo en el río Rojo

Los oscuros sitios de la tierra parecían ser el punto más adecuado para quien se había consagrado toda a Cristo y su causa; pero permanecí en Mississippi, con algunos intervalos de ausencia, hasta 1846, tiempo en el que nuestro país estaba en guerra con México. Mississippi estaba bien representado en esa guerra,[1] y cuando terminó supe a través de los soldados y oficiales que volvieron mucho sobre la miseria moral que prevalecía entre los mexicanos.[2]

[1] La fiebre de guerra era aguda en Mississippi, especialmente entre aquellos que habían perdido parientes o amigos durante la revolución texana. Muchos estadounidenses estaban ansiosos de vengarse de México. Cuando el gobierno de Estados Unidos solicitó mil voluntarios de Mississippi para que participaran en la guerra contra México, 17 mil se inscribieron y debieron competir para estar entre los pocos elegidos. Importantes mississippianos, como el general John A. Quitman y el coronel Jefferson Davis encabezaron los "Rifles de Mississippi", como se hicieron llamar, y lucharon con distinción. Quitman sería el gobernador militar de la Ciudad de México durante la ocupación. Ver Sam Olden, "Mississippi and the U. S.-Mexican War, 1846-1848", *Mississippi History Now*, agosto de 2005, http://mshistory.k12.ms.us/index.php?id=202

[2] El final de la guerra México-Estados Unidos parece haber despertado en las mentes de los protestantes estadounidenses las posibilidades de México como un campo fértil para la extensión del protestantismo. Muchos –incluyendo la propia Rankin, como se verá en su narración– fueron a Texas por ser contigua a México y el consiguiente "ejemplo" de la gracia protestante que podría servir para ese país. Rankin fue tal vez la más notable de estas figuras, pero no estaba sola. Otros en

Aquí, me di cuenta, había un país justo en nuestra frontera en el que la luz de la Biblia se había excluido durante siglos. De hecho, un cristianismo puro nunca había penetrado esta región oscura, tal como lo demostraba toda la historia previa de México. Con la llegada de los conquistadores españoles de México, el catolicismo romano, con todos sus ritos idólatras, sustituyó al paganismo. Sin importar los supuestos del sistema romano de religión, resultó muy desmoralizante, y éste, además de sus tendencias corruptoras, oprimió a la pobre e inofensiva gente bajo la más despótica esclavitud. Este sistema de religión había reinado con supremacía, bajo un tiránico clero, por más de trescientos años, y sus frutos legítimos quedaban en evidencia por la degradación moral que prevalecía a lo largo de una de las naciones más buenas del orbe.[3] Mi solidaridad se inclinó a favor de esta gente olvidada y que sufría desde hace tanto tiempo. Nuestra nación los había conquistado y subyugado en sus propios términos; ¿y acaso no había nada más requerido para este país sangrante, rasgado y desolado? ¿No había corazones

Texas que compartían su deseo de hacer proselitismo en México incluían a notables presbiterianos como Daniel Baker, John McCullough y William C. Blair. Para más información, ver William Stuart Red, *A History of the Presbyterian Church in Texas*, Steck Co., Austin, 1936; Daniel Baker y William M. Baker, *The Life and Labours of the Reverend Daniel Baker, D. D., Pastor and Evangelist*, William S. and Alfred Martien, Filadelfia, 1858; William Wallace McCullough, "John McCullough 'Grandfather,' 1805-1870: Pioneer Presbyterian Missionary and Teacher in the Republic of Texas" (manuscrito inédito), 1944; William Wallace McCullough, *John McCullough: Pioneer Presbyterian Missionary and Teacher in the Republic of Texas*, Pemberton Press, Austin, 1966; *Texas Presbyterian*, 1 de enero de 1848.

3 La idea de que los mexicanos vivían bajo un opresivo régimen católico era común entre la población estadounidense de la primera mitad del siglo XIX. El protestantismo norteamericano había heredado las actitudes europeas anticatólicas de la Reforma, pero estas actitudes se exacerbaron en los Estados Unidos, encendidas por obras populares de escritores como William H. Prescott, George Wilkins Kendall, Brantz Mayer y Waddy Thompson. Además, la severidad de las críticas de Rankin contra el catolicismo deben explicarse en el contexto del conflicto entre protestantismo y catolicismo por las mentes y corazones de los norteamericanos, como se describe en el capítulo II, nota 1. La descalificación de la religión enemiga, como la expresa Rankin, era una de las muchas estrategias empleadas en este conflicto religioso. John C. Pinheiro, "'Extending the Light and Blessings of Our Purer Faith': Anti-Catholic Sentiment among American Soldiers in the U. S.-Mexican War", *Journal of Popular Culture*, vol. 35, otoño 2001, pp. 129-52.

que se apiadaran de la condición indefensa de estas millones de almas moribundas bajo la bota de acero del poder papal, con todas sus influencias destructoras de almas? No podía evitar la impresión de que un importante deber recaía sobre el cristianismo evangélico para tratar de hacer algo por la elevación moral de esta gente, que durante tanto tiempo estuvo "sentada en la región y sombra de muerte". De hecho, sentí que el honor de la cristiandad estadounidense exigía de manera categórica que algo se hiciera de inmediato. Tan fuertemente me impresionó esto que escribí varios artículos para ser publicados, esperando generar un interés entre las iglesias y consejos misioneros; pero mis llamados no tuvieron respuesta, y resolví, con la ayuda de Dios, ir yo misma a México y hacer lo que pudiera para la ilustración de esta gente tanto tiempo olvidada. Aunque no podía predicarles el Evangelio, sentí que podría, de modo adaptado a mi propia esfera, hacer algo para hacer llegar sus bendiciones entre ellos.

La inestable condición de México evitó que yo fuera allá de inmediato, pero resolví voltear mi rostro hacia allá, y esperar las indicaciones de la providencia divina, con la confianza de que una oportunidad se presentaría para alcanzar mis preciados deseos. En búsqueda de este objetivo, cerré mis labores en Mississippi en mayo de 1847.[4] Fue con extrema renuencia que mis patronos accedieron a mis planes de dejarlos para marcharme con los mexicanos, aunque cuando comprendieron mis motivos, finalmente estuvieron de acuerdo. Por muy doloroso que me resultara alejarme de mis muy queridos amigos, comprendí que aún tenía una mayor prueba delante de mí, pues debía ir a Texas para luego poder entrar en México, y bien sabía que Texas, lo mismo que México, no era un sitio al que una mujer desprotegida aspirara a ir, pues no había

[4] En el párrafo previo, Rankin dice que permaneció en Mississippi hasta 1846, pero esta fecha –mayo de 1847– es más viable, dado que coincide con su entrada en Texas.

expectativas de comodidad ni tal vez de seguridad.[5] Pero sentí que la palabra era "adelante", y aunque las olas de incertidumbre me golpeaban fuerte y sonoramente, me debía aventurar hacia el simple mandato de Dios, creyendo que una promesa se añade igual a las circunstancias.

Me vestí la armadura de la fe; me despedí de los más amables amigos y me marché a Vicksburg para tomar un vapor río abajo en el Mississippi. Abordé sin una conclusión definida sobre la ruta que tomaría; si iría al este de Texas, por el río Rojo, o a Nueva Orleáns, y ahí tomar una embarcación rumbo al oeste de Texas.[6] Mi lugar final de destino ya estaba decidido, pero la ruta para llegar a él, debía confiársela a Él, que me hizo el llamado. De inmediato fui a mi camarote y me senté a contemplar mi empresa. Todo lo absurdo de encaminarme a Texas, con la perspectiva de ir a México, se permitió tomar posesión de mí. Cuán presuntuoso parecía ir a Texas, que aunque entonces anexada a los Estados Unidos, era, de acuerdo con los reportes y la impresión general, poblada por forajidos y renegados de otras tierras.[7] ¿Qué dirían

5 México y los Estados Unidos estuvieron en guerra en 1847, y un gran número de aventureros y fugitivos de la justicia habían gravitado hacia la región fronteriza.

6 Habla varias rutas para llegar a Texas. Con frecuencia se usaba el río Rojo, que tiene su origen en Nuevo México y deposita sus aguas en el Mississippi. Los viajeros y colonizadores del Sur Superior, así como los de Missouri y Arkansas, que llevaban rumbo al este y norte de Texas, utilizaban este río, que forma la frontera entre Texas y Oklahoma. Muchos del Sur Inferior llegaban a Texas por el camino de Nueva Orleáns. Algunos tomaban el sendero de Natchez, un camino de 640 kilómetros que se extendía de Nashville, Tennessee, a Natchez, Mississippi. Esta ruta fue el camino más recorrido a principios del siglo XIX. Un mapa que muestra el flujo de población hacia Texas aparece en David Pickering y Judy Falls, *Brush Men and Vigilantes: Civil War Dissent in Texas*, Texas A&M University Press, College Station, 2000, p. 6. Ver también "Tracing the Natchez Trace", *Austin-American Statesman*, 10 de mayo de 1992.

7 Muchos norteamericanos consideraban que Texas era un sitio peligroso donde prevalecía el racismo y la violencia. Un corresponsal tuvo que negar que Texas fuera "la gran penitenciaría de Estados Unidos, donde holgaban forajidos, ladrones y vagabundos". Citado por J. C. Furnas, *The Americans: A Social History of the United States, 1587-1914*, vol. 1, Capricorn Books, Nueva York, 1969, p. 363. Texas también tenía una tradición de actividad ilegal. Un notable texano, James Bowie, que luego se volvería famoso tras su muerte en el Álamo, estaba involucrado en el comercio ilegal de esclavos en la isla de Galveston con el pirata Jean Lafitte. Rankin tal vez

mis padres y amigos si conocieran mi loco propósito? Por otra parte, reflexioné así: ¿Por qué di este paso? ¿Cómo me poseyó la idea de acometer una expedición tan riesgosa? ¿Acaso no me vino de arriba? Sin duda, el Señor me puso esto en mi corazón, o nunca hubiese tomado la decisión de encaminarme hacia México. Él me ha inclinado a comenzar a andar, y yo confiaré en Él para que sea mi guía y protector. Mis agitados y ansiosos sentimientos se calmaron, y me puse en pie, salí y me apoyé en la barandilla del vapor. Mientras me hallaba en pacífica contemplación, mirando el bello escenario de los márgenes del río, llegó una niña, como de diez años, y se paró junto a mí. Le hablé como usualmente lo hago a los niños con quien me topo mientras viajo, preguntándole:

–¿Adónde vas?

En respuesta a mi pregunta ella respondió de buena gana:

–Voy a Texas.

–¡Ah! -dije- yo también voy a Texas.

Luego expresé la pregunta:

–¿A qué parte de Texas vas?

Ella respondió:

–No lo sé, pues nunca he estado allá, pero voy con mi tío a vivir con él.

Agregó:

–Voy a preguntarle a mi tío, y le diré a qué lugar de Texas vamos.

---

conocía las amenazas de muerte sobre algunos de sus predecesores, como Sumner Bacon, un predicador presbiteriano itinerante de Cumberland, activo desde finales de la década de 1820 hasta mediados de la de 1840, y John McCullough, quien administraba una escuela así como la primera iglesia protestante en San Antonio en la segunda mitad de la década de 1840. Para más información ver R. Douglas Brackenridge, "Sumner Bacon: the Apostle of Texas", *Journal of Presbyterian History*, vol. 45, 1967, pp. 163-79; William R. Williamson, "Bowie, James", *The Handbook of Texas Online* http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/BB/fbo45.html; William Wallace McCullough, *op. cit.*

Pronto fui al salón para mujeres, y tras estar sentada un breve tiempo, entró un caballero de aspecto muy respetable, quien se sentó cerca de mí, y me habló, diciendo:

–Mi sobrina me informa que usted va a Texas.
Contesté que allá iba.
Él preguntó:
–¿A qué parte de Texas va?

Aquí había un dilema, pero valientemente enfrenté la ocasión al responder:

–No tengo lugar de destino definitivo.
Esto propició una pregunta más directa:
–¿Pero por qué, y con qué propósito, va usted a Texas?

Entonces le di un breve detalle de los motivos que me inspiraban a volver mi atención en esa dirección. Pero, como dudaba si sería capaz de realizar el designio de ir de inmediato con los mexicanos, me propuse permanecer en Texas por un tiempo y ayudar en los intereses educativos y religiosos de ese nuevo estado.

El caballero casi saltó de su asiento, y con muy evidente placer me felicitó por una empresa tan encomiable. Agregó: "En verdad necesitamos buenos maestros en Texas, de hecho, es la mayor y urgente necesidad en esta etapa del progreso del estado".[8] También

[8] La urgencia expresada por este caballero refleja la necesidad vital de educación en la región fronteriza. Organizaciones eclesiásticas tuvieron un papel esencial para proveer la educación. Los evangélicos establecieron la Unión Norteamericana de Escuelas Dominicales en Filadelfia en 1824 con el propósito de establecer una escuela dominical en cada pueblo. Mark Noll ha escrito: "Antes del crecimiento de la educación pública masiva, las escuelas dominicales proveyeron la educación básica para los estudiantes de clases medias y bajas". Presbiterianos como Rankin proveyeron a la sociedad fronteriza de Texas con oportunidades educativas que no facilitaba el gobierno. Mark A. Noll. *A History of Christianity in the United States and Canada*, William B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1992, p. 229; Richard B. Hughes, "Old School Presbyterians: Eastern Invaders of Texas, 1830-1865",

dijo que antes de dejar Texas rumbo a Washington, hacía unos tres meses, los encargados de la Academia Femenina de Huntsville, Texas le habían solicitado que les buscara una maestra, pero que no la había conseguido, ya que había ocupado su tiempo en negocios con el gobierno respecto al establecimiento de rutas de correo en Texas, y no halló el tiempo. "Además", agregó, "Difícilmente se lo podría pedir a una joven bien preparada, por las impresiones desfavorables que prevalecen contra Texas, que viniera al 'estado de la estrella solitaria'". Dijo que suponía que el puesto se hallaba aún vacante, y propuso que yo fuera allá en su compañía y la de su sobrina para ocuparlo. Él lo consideraría un favor especial si yo me hacía cargo de la niña, y dijo que con gusto me daría el apoyo necesario para viajar en Texas, pues yo hallaría muchas dificultades por la falta de transporte adecuado.

Me incliné a creer que Dios, que me había dado tan alegre confianza al llevarme de la mano, había provisto este modo para que yo entrara en Texas, y yo estaba dispuesta a aceptar este tipo de propuestas con cuidadosa consideración, aunque fuera hecha por un completo extraño. Él iba por la ruta del río Rojo, y yo debía tener cerca de dos días de viaje antes de dejar el vapor, para los cuales ya había pagado el pasaje, en los cuales podría conocerlo mejor. Al cierre del segundo día, finalmente decidí desembarcar en la desembocadura del río Rojo, y viajar con mis nuevos amigos. La niña resultó una placentera joven compañía, y el caballero, en sus modales y conducta, inspiró mi confianza.

El bote en el que ascendimos por el río era muy pequeño, pues la profundidad de las aguas no admitían grandes vapores. El serpenteado curso de la corriente hizo nuestro viajen poco placentero, sin embargo la conciencia de que iba en camino a una tierra a la que el Señor me había llamado, aminoraba grandemente el tedio. Cuando llegamos a estar frente a Alexandria, Luisiana,

Southwestern Historical Quarterly, vol. 74, enero de 1971, pp. 329, 333.

nuestra nave encalló en un banco de arena e hizo una parada final. Todos los esfuerzos por liberar la embarcación parecieron inefectivos, y durante cuatro días permanecimos en medio del río, expuestos al quemante sol de junio. Difícilmente puede imaginarse una situación más incómoda, y los pasajeros y la tripulación se descorazonaron.

CAPÍTULO IV

Ruegos para que Dios nos libere – De nuevo en camino – Entrada en Texas – Un bello territorio – Situada en Huntsville – Interesante campo de labor – Víctima de la enfermedad – Recuperación – Asistencia en asuntos religiosos y educativos – Muy deseosa de llevar la antorcha de la verdad divina a millones de mexicanos.

El río iba perdiendo su caudal, y la esperanza de hallar otro medio de transporte no podía ser considerada. Los ferrocarriles, en esa época, especialmente en esa región, no se hallaban en cada esquina en espera de pasajeros para llevarlos a cualquier punto que indique la brújula. Tampoco, de hecho, había modo de conseguir diligencias en esa porción del país en que nuestra suerte nos tenía.

Como a mediados del cuarto día comencé a sentirme un poco como el peregrino de Bunyan en la cueva del Gigante Desesperanza. Su desesperación fue tal como para recordarle una llave olvidada que llevaba en el pecho, mediante la cual fue capaz de abrir las fuertes rejas de su prisión, y él y su compañero salieron de la sombría celda en la que se hallaban prisioneros, hacia la luz y la libertad. La duda surgió en mi mente: ¿es que no hay a bordo almas que recen? Sólo Dios puede ayudarnos, y haré mención del brazo de la omnipotencia, y veré si hay alguien que responda. Tañí la cuerda correcta y me regocijé al hallar a varios de los pasajeros que de inmediato captaron el impulso. "Debemos acudir a Dios antes de que llegue la salvación", se convirtió en nuestro lema. La tarde la invertimos repasando los encuentros que habíamos tenido con Dios en el pasado, y reconociendo nuestra dependencia de

él. Los medios empleados fueron benditos, pues creíamos en la respuesta a las oraciones, y antes de que cayera el sol nuestra embarcación quedó libre del cruel banco de arena que por tanto tiempo nos retuvo, y pronto reanudamos la marcha.

Durante nuestro retraso, mi caballeroso amigo fue a Alexandria, y ahí se encontró con uno de los consejeros de la Academia de Huntsville, quien le informó que aún estaban esperando a la maestra, y le solicitó que entablara conmigo los arreglos necesarios para que me encaminara directamente a Huntsville. Continuamos río arriba hasta Natchitoches, Luisiana, donde desembarcamos para ir a Texas. Se compró un carruaje y caballos y viajamos el resto del camino, que era de quinientos kilómetros, por tierra. El miserable y desolado territorio que yo había trazado en mi imaginación, suponiendo que eso era Texas, se transformó en una de las regiones más bellas que había visto. Los espléndidos árboles, las verdes planicies y la gran variedad de flores salvajes conspiraron para hacer la escena una encantadora. En vez de una población salvaje e inculta, encontré mucha gente altamente refinada e inteligente, que tenía poco tiempo de haber emigrado de los estados sureños a Texas. En Nacogdoches,[1] un sitio de considerable importancia, me solicitaron con urgencia que permaneciera ahí como maestra para varias familias. El caballero dijo: "Si no le gusta Huntsville, escríbanos, y enviaremos un carruaje para traerla de vuelta". Pero Huntsville me gustó.[2] Hallé un pueblo de unos qui-

[1] Ubicada como a ochenta kilómetros del río Sabinas en Texas occidental, Nacogdoches fue un puesto estratégico de comercio durante las eras española y mexicana. Fue el cuartel general de la fracasada rebelión de Fredonia de 1825-1827. También fue escenario de una de las primeras batallas por la independencia de Texas, cuando un batallón militar mexicano fue obligado a abandonar el área en 1832. Ver Archie P. McDonald, "Nacogdoches, Texas", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/NN/hdn1.html.

[2] Huntsville se encuentra en el condado Walker, como a 110 kilómetros al norte de Houston, y fue fundada en 1836, varios años antes del arribo de Rankin. El pequeño puesto comercial creció rápidamente, recibiendo un constante influjo de inmigrantes de los estados sureños. Sam Houston y otros texanos importantes vivieron en Huntsville. El pueblo tuvo una vigorosa vida religiosa, y esto generó una

nientos o seiscientos habitantes, la mayoría de los cuales habían llegado a Texas tras su anexión a los Estados Unidos. Varias de las familias tenían hijas, que habían sido parcialmente educadas antes de emigrar, y deseaban con ansia continuar su educación en su tierra recién adoptada. Mi recepción fue de lo más cordial, y en lo que uno tras otro me daba la bienvenida con las palabras más cálidas, me dije a mí misma, sin duda "las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos". ¿Es acaso raro que a veces yo haga que mi mente retroceda al tiempo de mis inicios en Texas, cuando, en mi solitario camarote en el vapor del Mississippi, me sumergí en soliloquios dolorosos y titubeantes sobre la aventura que estaba por acometer? Tras comprender tan maravillosas exhibiciones del amoroso cariño que mi Padre Celestial hacía por mí, ¿volvería a dudar de seguirlo a donde Él, en su providencia, quisiera conducirme? No, nunca; pero ya veremos. Hay otras pendientes por escalar antes de que se termine el trabajo de una vida, y la fe puede de nuevo flaquear... pero no nos anticipemos. "El día de mañana traerá su fatiga: basta al día su afán".

Inicié mis labores en Huntsville bajo los más favorables auspicios, y varias puertas útiles se abrieron ante mí. Además de las escuelas dominicales y de entre semana, le di mi mano de escritora a algunas publicaciones religiosas y educativas, que entonces se hallaban en sus inicios. Como no podía aventurarme entre los mexicanos en ese entonces, sentí que mi deber yacía, por el momento, entre los texanos. Todo conspiraba para que mi situación fuera peculiarmente placentera, y trabajé con un propósito equivalente a las necesidades. Seguro, pensé, estoy navegando en bellas aguas. Pero, oh, cuando pasó un año mi abatido sistema se

---

preocupación por la educación. En la década de 1840 se establecieron congregaciones metodistas, bautistas y presbiterianas. La Academia Masculina y Femenina de Huntsville, donde Rankin enseñó, se estableció en 1844. Cuatro años después se convirtió en una escuela exclusiva para mujeres. Ver Charles L. Dwyer y Gerald L. Holder, "Huntsville, Texas", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/HH/heh3.html

agotó, y renuentemente fui obligada a sucumbir. ¡Qué doloroso fue el golpe! Abandonar mi muy amado trabajo fue, en mi sentir, un infortunio sin paralelo. Mi sistema nervioso se vio muy afectado, y mi mente se involucró en reflexiones ociosas incómodas. Una responsabilidad incumplida parecía oprimirme y mi constante pena era que yo iba a morir, dejando incompleto el trabajo de mi vida. Por una parte estaba el inalcanzado propósito de una vida, y por el otro, un cuerpo zozobrante y moribundo. Me sentí muy aliviada un día con las palabras de consuelo de un querido amigo cristiano. Al comunicarle mis tristes lamentaciones, él contestó, con mucho énfasis: "Todavía no estás llamada a morir, sino que vivirás para hacerle algún servicio a Dios". Respondí, "Oh, si se me otorga esa bendición, disfrutaré la vida en cualquier tierra, y entre cualquier gente, por poco hospitalarias que sean". Tras varios meses de intensos sufrimientos, de cuerpo y alma, un nuevo aliento de vida se me otorgó, mediante una restauración parcial de mi salud, de modo que fui capaz de retomar nuevamente mis labores.

Mi amarga experiencia me enseñó a cuidar mejor la morada donde yo residía, e intenté limitar mis obligaciones al límite de la capacidad física que poseía. Ayudé en el establecimiento de escuelas, dedicando una porción de mi tiempo a escribir para ser publicada. Un pequeño libro, titulado *Texas, 1850,* fue producto de mi pluma, en el que intenté mostrar la gran necesidad de trabajadores evangélicos en Texas, no sólo por sí misma, sino por su eventual influencia sobre México.[3] No creo haber dado una gran muestra de calidad autoral, pero el deseo de beneficiar a esas tierras ignoradas al presentar su verdadera condición, y sus apremiantes

[3] Rankin había escrito para publicaciones periódicas religiosas antes de esto, pero *Texas en 1850* fue el primero de sus dos libros. El libro se dedica primordialmente a la importancia de Texas debido a su linde con México y a la potencial influencia espiritual que Texas, una vez expuesta totalmente al protestantismo, podría tener sobre su vecino católico del sur. El libro sería eventualmente reeditado por Texian Press en Waco en 1966, con una introducción informativa y anotada de John C. Rayburn. John C. Rayburn, "Introducción" en Melinda Rankin, *Texas in 1850,* Texian Press, Waco, 1966.

necesidades, tal vez ofreció una excusa por el intento. Permanecí ahí dos años más, construyendo escuelas en distintas partes del estado, y siempre y presta echaba un vistazo hacia las oscuras regiones lejanas, con serios anhelos para que llegara el momento cuando se me permitiera llevar la antorcha de la verdad divina a las millones de almas enterradas bajo los escombros de los errores y supersticiones papales.[4]

[4] Muchos protestantes de Texas compartían las opiniones de Rankin sobre el catolicismo. Algunos de sus contemporáneos también eran antimexicanos, aunque Rankin mostró una relativa tolerancia hacia la cultura mexicana. Estas opiniones se encuentran regularmente en las páginas del *Texas Presbyterian*, un semanario religioso que, pese a ser dirigido por presbiterianos de Cumberland, parece haber sido destinado a una audiencia multiconfesional. Ver, por ejemplo, *Texas Presbyterian*, 9 de enero de 1847, en el cual México se describe como poblado por "millones de católicos ignorantes", o una edición publicada a finales de febrero o principios de marzo de 1847, que incluye el siguiente pasaje: "Nos informó un caballero que reside... cerca da la frontera mexicana, que hay una gran insatisfacción en la mente de muchos papistas mexicanos con la jerarquía papal. Sienten que son gente arriada por curas, y están muy dispuestos a escuchar cualquier sugerencia que sirva para deshacerse del yugo de esclavitud bajo el cual están gimiendo".

CAPÍTULO V

Inicio de trabajos con los mexicanos – Importante información obtenida del Rev. Daniel Baker – Decidí ir a Brownsville – Población mexicana en ese lugar – Aparición de un mexicano en vivo – Simpatía de corazón por toda la nación – No podía obtener alojamiento – Mi casa – No podía entrar en México con la Biblia – Las leyes prohiben el cristianismo protestante – Abrí una escuela para niñas mexicanas en el lado norteamericano del río Bravo – Motivada en mis esfuerzos para enseñar la Biblia – Los padres no ponen objeción, sino que desean la Biblia para ellos mismos – Peligros de vivir en la frontera – Confianza en la Providencia – Trueque de la Biblia por un "santo" – Distribución de biblias entre los mexicanos en los lados norteamericano y mexicano del río.

En la primavera de 1852 creí que había llegado el momento para comenzar mi trabajo para los mexicanos. Había obtenido información muy importante respecto a mi probable éxito, a través del reverendo Daniel Baker, D. D. (doctor de divinidad), un ministro presbiteriano que, en 1850, había ascendido por el río Bravo hasta Roma, una distancia de más de trescientos kilómetros, para investigar las condiciones del país para el trabajo evangélico[1]

[1] Daniel Baker (1791-1857) nació el 17 de agosto de 1791, en el condado de Liberty, Georgia. Se graduó con honores en Princeton en 1815, tras de lo cual fue ordenado ministro presbiteriano en 1818. Durante un tiempo fue pastor en la Segunda Iglesia Presbiteriana de Washington, D. C., una congregación que incluía a John Quincy Adams y Andrew Jackson. Baker viajó después y trabajó en Texas, estableciéndose ahí permanentemente en 1848. Predicó en casi todo el estado, incluyendo la región en torno a San Antonio, en el centro-sur de Texas. Baker fue el impulso tras el establecimiento del Colegio Austin en Huntsville en 1849 y se convirtió en su rector en 1853. Además de enseñar extensivamente, escribió diversos panfletos y una compilación de sermones. Se le dio su nombre al Colegio Daniel Baker en

Describió a los mexicanos como accesibles, y muchos de ellos manifestaban el deseo de ser instruidos en la Biblia.

Salí de Jefferson, al este de Texas, en mayo, y fui a Nueva Orleáns[2] para abordar una embarcación hacia Brazos Santiago, cerca de la desembocadura del río Bravo. Me propuse ir a Brownsville, un sitio ubicado como cien kilómetros río arriba, frente a Matamoros, México. El vapor que yo esperaba trajo noticias sobre la invasión a Brownsville, por parte de indios, de carácter muy alarmante.[3] Este estado de cosas prevaleciente en mi lugar de destino, presentaba de algún modo un obstáculo en la manera como trataría de alcanzar mis objetivos, pues yo esperaba que las cosas se hubieran pacificado lo suficiente en la región fronteriza como para al menos garantizarme la seguridad personal. ¿Pero podría darme la media vuelta por las dificultades en el camino? Pensé en las penurias de "Peregrino", que se topó con leones en su camino, y también en el consejo que le dieron: "Mantenerse en medio del camino, y así los leones no le harían daño". Mi santo y seña eran "deber hacia Dios" y confié en que su poderoso brazo me protegería, así que decidí seguir adelante. Tras permanecer en Nueva Orleáns durante el día del Señor, asistí a lo que entonces era la iglesia del reverendo Scott, donde escuché un sermón de un fuereño (el doctor Scott se

Brownwood como reconocimiento al trabajo de su vida. Ver Thomas W. Currie Jr., "Baker, Daniel", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/BB/fba25.html.

2 Debido a su ubicación en el río Mississippi y a su proximidad con la costa, para finales de la década de 1820, Nueva Orleáns se había vuelto un centro comercial estratégico de los Estados Unidos y servía como importante plataforma para la expansión del país hacia el oeste. Los barcos de vapor eran de uso regular a partir de 1830, y para la década de 1850, un promedio de tres mil vapores atracaban anualmente en la ciudad. Con el comercio llegó el incremento de la población. Nueva Orleáns se convirtió en la ciudad de mayor crecimiento en los Estados Unidos y para 1830 era la tercera ciudad en tamaño, después de Nueva York y Baltimore. Un alto porcentaje de las exportaciones del país pasaban por Nueva Orleáns. En el periodo entre 1852 y 1860, 30 por ciento del total de las exportaciones salieron por ese puerto. Ver Donald McNabb y Louis E. Madere Jr., "A History of New Orleans", noviembre del 2003, http://www.madere.com/history.html.

3 Para información sobre ataques indios, ver más adelante las notas 11 y 12.

hallaba ausente) que estableció por completo mi fe en los tratos providenciales de Dios con su gente. Aunque ese fuereño, que era un extranjero, a juzgar por su dialecto, tal vez nunca sepa, en este mundo, el consolador mensaje que me entregó en esa ocasión, tal vez en un día futuro se revele que fue una palabra pronunciada a tiempo a al menos un alma. Con valor renovado me embarqué y crucé el golfo de México, tocando tierra en Brazos y, pasando sobre un brazo del mar, llegué a Punto Isabel. De ahí tomé una diligencia a Brownsville.

Una nueva sensación me asaltó cuando vi, por primera vez, a un mexicano, un representante de la nación por la que había acumulado tan profundo interés. No me sentí, como muchos otros han expresado, que ver a un mexicano era suficiente para sentir repugnancia por toda esa nación.[4] Se revivió en mí una sincera compasión, no debido al cautivador exterior, sin duda, sino porque un alma invaluable se hallaba atrapada dentro de él, por la que el Salvador había muerto. Y toda una nación de almas, sin acceso a la luz del evangelio de salvación, presionaba mi corazón con cada vez mayor influencia. Aunque estaba llegando a una tierra de escenas nuevas y desconocidas, sentí la presencia de Dios a mi alrededor, y repetí los versos de madame Guyon:

---

[4] Las actitudes de los anglos hacia la "repugnante visión" de los mexicanos merece ser estudiada. Arnoldo de León, que escribió un libro sobre el racismo que sufrieron los mexicanos en Texas, afirma que las raíces de este prejuicio racial se remontan a la Inglaterra elisabetiana y puritana y a la rivalidad que existía con España. Las características negativas atribuidas a los españoles como crueles, despóticos y fanáticos supuestamente se acrecentaron por el proceso de mestizaje con la población indígena del Nuevo Mundo, produciendo una "raza de descastados". Esta perspectiva racista se acentuaría en Texas, que tenía una población de anglos que mayormente provenía de los estados sureños, donde prevalecía una tradición de prejuicio contra los no blancos. De acuerdo con De León, los mexicanos en Texas eran vistos como "descastados, no civilizados y no cristianos: una parte del mundo salvaje que debía ser sometida. En México y Texas vivía un tipo de gente que amenazaba la marcha de la civilización blanca". Arnoldo de León, *They called Them Greasers: Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, University of Texas Press, Austin, 1983, pp. 4-6.

Ni de tiempo ni de espacio dueña soy,
Mi terreno está doquiera que yo voy;
Puedo estar en calma y sin preocupación,
En cualquier costa, pues ahí está Dios.[5]

Justo antes de arribar a Brownville, el conductor de la diligencia me preguntó dónde deseaba que me dejaran. Respondí: "Lléveme al mejor hotel del pueblo". Él respondió: "En Brownsville no hay hotel".[6] Esta información fue un balde de agua fría sobre mis sentimientos y planes, y medité sobre la incómoda condición de un fuereño que arriba a este lugar después de las nueve de la noche. Tras un instante, el conductor dijo: "Conozco a una alemana que a veces recibe a mujeres viajantes, la llevaré a su casa". De ese modo, fui llevada a la puerta de esa mujer, y me abrí camino al interior

[5] Jeanne-Marie Bouvier de la Motte Guyon nació en Montargis en la Orleanais en Francia el 13 de abril de 1648. Guyon fue una mística católica y escritora prolífica. Sus obras incluyen poesía religiosa, una autobiografía y ensayos teóricos del quietismo, una secta disidente de la que ella se contó entre los principales partidarios. La Iglesia católica consideraba herejes a los quietistas, de modo que, durante toda su vida, Guyon sufrió persecución religiosa, la cual culminó con una larga prisión en la Bastilla al final del siglo XVII. Tras ser liberada, Guyón vivió el resto de sus años en Blois, donde murió en 1717. Todos sus escritos se publicaron de manera póstuma, y su autobiografía tuvo muchas ediciones. Para más información, ver Jeanne-Marie Bouvier de la Motte Guyon, *Experiencing the Depths of Jesus Christ: The Autobiography*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, 2000, pp. VII-VIII, 9-52. El verso de Guyon que cita Rankin es de un poema titulado "El alma que Dios ama lo encuentra en todas partes".

[6] Brownsville era una población nueva cuando Rankin llegó en 1852. Se había fundado en 1848 en la ubicación del fuerte Brown, construido por el ejército de Zacarías Taylor durante la guerra entre México y Estados Unidos. Charles Stillman compró la tierra circundante y la hizo medir. Con Samuel Belden y Simon Mussina, Stillman comenzó a vender lotes urbanos. La población se incorporó en 1853, pero debido a las disputas legales sobre la propiedad entre Stillman y los herederos de José N. Cavazos, el propietario original del terreno, el título de propiedad no quedó arreglado sino hasta 1879. El pueblo creció rápidamente, y para 1853 tenía una población de unos 3 mil 500 habitantes. Muchos eran comerciantes europeos, dándole a esta ciudad una atmósfera cosmopolita en la que convergían diversas culturas e idiomas. Brownsville también se convirtió en un importante centro comercial frente a la población mexicana de Matamoros. También hubo una sana competencia en busca de almas: los católicos establecieron una iglesia en 1854, y para 1856 también había en la ciudad iglesias metodistas, presbiterianas y episcopales. Ver Alicia A. Garza y Christopher Long, "Brownsville Texas", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/BB/hdb4.html

y solicité hospedaje por esa noche. La mujer me recibió amablemente, y pasé la noche de manera muy confortable.



Brownsville durante la década de 1860, dibujado por la Sra. Harbert Davenport.
Fuente: Brownsville Historical Association.

A las diez de la mañana del día siguiente, salí en busca de alojamiento más cómodo. Hallé una familia norteamericana, que me invitó a permanecer con ellos unos días, pero no podían ofrecerme hospedaje permanente. Tras varias solicitudes de alojamiento, finalmente me sentí impulsada a proveerme yo misma una casa, lo cual hice, al rentar dos cuartos, uno como residencia y el otro con la intención de asignarlo a propósitos escolares. El día previo a la apertura de mi escuela, fui a mis habitaciones, pero no bajo circunstancias muy prometedoras. En la noche, no tenía cama donde dormir, ni sabía cómo iba a obtener mi desayuno, no digamos ya la cena. Pero antes de que llegara la hora de retirarme, una mexicana me trajo un catre, una norteamericana me envió una almohada, y una alemana vino y dijo que ella cocinaría para mí y me traería la comida. ¿Acaso no me sentía rica esa noche cuando me acosté sobre mi humilde catre? De hecho, nunca cerré mis ojos para dormir con sentimientos más profundos de agradecimiento a Dios. Estuve segura de que me hallaba

donde mi Maestro Divino me lo había solicitado –en la frontera de esa tierra donde deseaba estar desde hace mucho tiempo y para cuya gente yo confiaba que el Señor me haría eminentemente útil.

A la mañana siguiente abrí mi escuela con cinco alumnos, y la promesa de que habría más. La educación de los niños parecía el medio más factible de beneficiar a la gente en esa época, y abrí una escuela, si bien del lado norteamericano del río Bravo.[7] Las leyes de México, en ese entonces, prohibían terminantemente la introducción del cristianismo protestante en cualquiera de sus formas, y si yo iba al propio México con el propósito de enseñar la Biblia, habría sido puesta en prisión.[8]

Esa porción de Texas entre los ríos Bravo y Nueces había sido reclamada por México antes de la reciente guerra, pero los Estados Unidos habían vencido, y consecuentemente estaba bajo nuestro

[7] Estos humildes inicios precedieron el Instituto Femenil de Río Grande. El 3 de mayo de 1854, apenas dos años tras su arribo a Brownsville, Rankin, con la ayuda del clérigo presbiteriano Hiram Chamberlain, compró un lote de tierra y erigió un edificio escolar. A principios de 1858 la escuela quedó bajo el dominio del Presbiterio de Texas Occidental. Al inicio de la guerra civil, la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos obligó a Rankin a cortar sus lazos con la escuela debido a que era simpatizante de la Unión. La escuela permaneció cerrada durante casi toda la guerra y, tras su reapertura, enfrentó dificultades financieras al principio de la década de 1870. La escuela cerró en 1874, cuando el Presbiterio de Texas Occidental la entregó al Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras, que usó el edificio para entrenar misioneros que ingresarían a México. El Consejo de Misiones Extranjeras continuó utilizando el edificio con propósitos educativos hasta cerca del final del siglo. Ver R. Douglas Brackenridge, "Rio Grande Female Institute", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/RR/kbr9.html.

[8] La Iglesia católica había mantenido un lugar de privilegio en México desde la Conquista en el siglo XVI. Incluso tras la Independencia, la Constitución de 1824 hizo al catolicismo la religión oficial del Estado, prohibiendo todas las demás. Los abusos cometidos por sus miembros y la posición de poder de la Iglesia, que se mantenía como un estado dentro del Estado, provocó una reacción violenta entre los liberales, que promulgaron la Constitución de 1857, que incluía medidas que afectaban severamente la riqueza y privilegios del clero. La furiosa reacción a esta constitución por parte de la Iglesia católica y sus aliados conservadores provocó dos guerras civiles: la guerra de Reforma (1858-60) y la guerra de la Intervención francesa (1862-67). Una de las leyes de Reforma, decretadas durante la ebullición de la primera guerra, en diciembre de 1860, hizo oficial la libertad de culto, pero el casi constante estado de guerra no permitió una clara aplicación de la ley hasta que los liberales tomaron finalmente el poder en 1867.

gobierno. Algunos miles de mexicanos prefirieron quedarse a vivir en sus antiguas casas,[9] hecho que me dio la oportunidad de laborar entre mexicanos bajo la protección de nuestro gobierno. Estuve muy contenta de obtener en un breve periodo unos treinta o cuarenta niños mexicanos, y de darles diaria instrucción de la Biblia, contra lo cual sus padres no manifestaron objeción alguna. Hallé a algunos que sabían leer en español, y unos cuantos que habían adquirido conocimientos del inglés. Sus padres tenían muchos deseos de que sus hijos aprendieran el idioma inglés, y se norteamericanizaran, y por lo tanto mi escuela recibió el favor popular en ese respecto.[10] Ser capaz de poner la Biblia en manos de tres o cuatro docenas de niños mexicanos, y darles educación en sus benditas enseñanzas, lo sentí como un indecible privilegio. Aunque el trabajo puede parecer pequeño al ojo de la razón humana, la fe me ofreció la esperanza de que esto fuera un inicio, y yo estaba satisfecha de este trabajo, incluso en su pequeñez. Las parábolas de nuestro Salvador me ofrecieron mucho valor, en especial aquellas en que él compara el reino de los cielos a una

---

9 El tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado el 2 de febrero de 1848, obligó a México a ceder a los Estados Unidos los territorios de California y Nuevo México y declinar su reclamo de Texas. El río Bravo se convirtió en la frontera entre Texas y México, y los Estados Unidos acordó pagar 15 millones de dólares al gobierno mexicano y hacerse cargo de más de 3.2 millones en reclamaciones que sus ciudadanos tenían contra México. Otra cláusula del tratado fue que los mexicanos residentes en el ahora lado norteamericano tendrían la opción de permanecer allí y volverse ciudadanos estadounidenses o repatriarse a México.

10 La afirmación de Rankin desmiente una acusación hecha con frecuencia contra los mexicanos: que no tenían interés en educarse porque carecían de impulso y voluntad para superarse. De acuerdo con Arnoldo de León, muchos anglos creían que "los mexicanos parecían carecer el espíritu emprendedor, el impulso, la laboriosidad común a la civilización norteamericana. Más bien eran holgazanes y poco ambiciosos, y se revolcaban en la peor pobreza, sin hacer esfuerzos por mejorar su deprimente estado, por educarse... Sólo vivían en el presente, sin preocuparse por el mañana". Arnoldo de León, *op. cit.*, p. 25. De León afirma que los mexicanos tenían un deseo genuino para educarse, pero estaban limitados por muchas barreras, incluyendo la pobreza, el aislamiento y la discriminación. Los padres de familia mexicanos comprendieron que la educación era la clave para avanzar y aprovechaban cada oportunidad para enviar a sus hijos a la escuela cuando las circunstancias lo permitían. Arnoldo de León, *The Tejano Community, 1836-1900*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982, pp. 187, 193.

semilla de mostaza, la cual, cuando se siembra, es la más pequeña de las semillas, sin embargo de ella surge un árbol suficientemente grande para que las aves del cielo se alojen en sus ramas; también "a la levadura, que tomó una mujer (había mucha importancia en el hecho de que fuera una mujer), y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo hubo fermentado".

Mi situación expuesta me volvió tímida en exceso, especialmente de noche, pues se informaba que había indios en las afueras del pueblo, y propensos a irrumpir cualquier noche y cometer depredaciones.[11] Además, había cualquier cantidad de forajidos mexicanos pululando en los alrededores con el propósito de robar, etc.[12] Me dijeron que "había muchos que me matarían por robar el vestido que me quitaba de noche". Mi morada estaba cerca de una

11 El miedo a los ataques indios era común entre los misioneros presbiterianos de Texas. Esto se debió en parte a la naturaleza altamente itinerante que entonces tenía el ministerio protestante en Texas. Varios predicadores presbiterianos itinerantes, como Sumner Bacon y Richard Overton Watkins, precedieron a Rankin en Texas, predicando en las décadas de 1830 y 1840. Sobre sus temores de ataques indios, ver Richard Overton Watkins, "Rev. Richard Overton Watkins, Kemp, Texas, 1876-7" (manuscrito inédito), 1877, p. 14. No se aclara por qué Rankin nunca consideró evangelizar a los indios o los consideró maduros para el evangelio, pues otros muchos misioneros intentaron convertirlos. Para información sobre la evangelización de los indios, ver Mark A. Noll, *op. cit.*

12 La frontera era una tierra sin ley en el periodo tras la guerra México-Estados Unidos. Fred Rippy dice que los habitantes de la región "vivían bajo constante temor de una invasión india. Comanches, lipanes, kiowas, apaches y otros descendían frecuentemente a las poblaciones, llevándose el ganado y otras pertenencias, tomando mujeres y niños como prisioneros, a veces matando a desafortunados colonos, y luego escapando al chaparral a lo largo del río, o hacia las montañas más al norte". J. Fred Rippy, "Border Troubles along the Rio Grande, 1848-1860", *Southwestern Historical Quarterl*, vol. 23, octubre de 1919, p. 93. Por cierto, había invasores mexicanos que se introducían en Texas para robar ganado y regresaban a refugiarse en México, pero la situación criminal no se restringía a los indios y mexicanos. Por el laxo control del gobierno, los forajidos anglos hicieron de esta región su hogar. De acuerdo con Joseph Wilkinson, "había tanta matazón –legal, casi legal, y franco asesinato–, tanto peligro de robo y rapiña, tanto riesgo para la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, que el capitán L. H. McNelly, un *ranger* de Texas con la reputación de intrépido valor, le dijo a un comité del Congreso que no expondría a su familia a los riesgos de la vida en un rancho fronterizo". Joseph B. Wilkinson, *Laredo and the Rio Grande Frontier: A Narrative*, Jenkins Publishing Co., Austin, 1975, p. 331.

casa en la que residía Caravajal,[13] un general mexicano que había asediado Matamoros unos meses antes, y quien estaba propenso a que las autoridades de esa ciudad lo arrestaran en cualquier momento. Para repeler un ataque, mantenía un guardaespaldas apostado en torno a su casa por la noche. Sabiendo que yo estaba sola y desprotegida, amablemente me informó que su guardia proveería también amplia protección a mi propiedad; pero no sentí que mi seguridad aumentara al tener a Carvajal, con todos sus peligros, tan cerca de mí, pese a que él se había proporcionado medios para repeler a sus enemigos.

En caso de un ataque, mi domicilio, con sus delgadas paredes, sería lo mismo penetrado por las balas como el suyo. Durante el primer mes de mi residencia en Brownsville, sufrí mucha ansiedad, y mantuve una vigilancia casi constante a lo largo de todas las solitarias horas de la noche. Finalmente llegué a la conclusión de que, si mi casa era importunada por cualquiera de esos malhechores, sentiría que mi obligación sería dejar mis labores, por atractivas que fueran en otros aspectos. Pero tras vigilar otras semanas, sin que ocurriera algún contratiempo visible, resolví permanecer, con-

[13] José María de Jesús Carvajal fue un personaje controvertido y colorido en la historia de la frontera entre México y Texas. Nació como ciudadano mexicano en San Antonio y, con la ayuda de Stephen Austin, estudió en Virginia, donde se convirtió al protestantismo bajo la tutela de Alexander Campbell. Regresó a Texas como agrimensor, pero rápidamente se involucró en actividades políticas y militares. Participó en las guerras federalistas en el noreste mexicano en 1839-1840 con Antonio Canales y reclutó texanos para luchar contra el gobierno centralista de México. Más tarde, Carvajal luchó contra el ejército de Estados Unidos durante la guerra mexico-norteamericana. Siempre del lado del federalismo y mayor autonomía regional, encabezó una revuelta en 1850 contra el gobierno mexicano, una vez más, ayudado por filibusteros texanos. El conflicto, también conocido como "la guerra de los comerciantes", tenía como uno de sus propósitos establecer una nación independiente, la República de la Sierra Madre, compuesta de los estados norteños de México. Aunque Carvajal peleó contra el gobierno mexicano en numerosas ocasiones, siempre defendió a México de sus enemigos. Carvajal demostró esto no sólo en la guerra contra los Estados Unidos, sino también en la Intervención francesa, en la cual encabezó bandas guerrilleras contra los invasores franceses. Benito Juárez lo nombró gobernador militar de Tamaulipas. Ver Joseph Chance, *José María de Jesús Carvajal: The Life and Times of a Mexican Revolutionary*, Trinity University Press, San Antonio, 2006.

tinuar mi trabajo y confiar en la Providencia. Fui capaz de conquistar todos mis temores, y dormí tranquilamente, con un sentimiento de seguridad igual que si supiera que había un centinela en cada esquina de mi morada. "Torre fuerte es el nombre de Jehová: A él correrá el justo, y será levantado".[14] Mi escuela prosperaba, y me motivaba encontrar que los niños mexicanos eran susceptibles a mejorar moral y mentalmente. A muchos de ellos los encontré adictos a los vicios peculiares de su raza; pero con adecuada educación, pronto observé un cambio evidente. Un caballero estadounidense, que tenía un gran conocimiento del carácter mexicano, me dijo que robar era inherente a esa gente, y que no podía ser erradicado.[15] Mi experiencia contradice por completo esa afirmación, pues tras unos meses, los niños que se llevaban cosas que no les pertenecían se convencieron del error y abandonaron la práctica por completo.[16] Me dediqué a mostrarles que la Biblia era el libro de Dios, y lo que Él nos enseñaba en ella lo debíamos obedecer. La educación que se le daba a los niños era transferida a través suyo hacia los padres, y ellos también deseaban ver el libro del que provenía esa educación. La madre de una de las niñas en mi escuela vino a mi puerta un día, trayendo su "santo", como ella le llamaba; dijo que le había rezado toda la vida, y nunca le había resultado nada bueno, y me preguntó si aceptaba el "santo" y a cambio le daba una Biblia. Hice el trueque con mucho gusto. De hecho estuve más que complacida en darle dos biblias, ya que dijo que tenía una amiga en Matamoros que también quería el buen libro.*

[14] Proverbios 18:10.

[15] La propensión de robar y otros vicios también se atribuían a la población mexicana. De León provee amplia documentación en dos capítulos con títulos reveladores: "Gente indolente" y "Moral defectuosa". Ver Arnoldo de León. *They Called...*, capítulos 3 y 4.

[16] Rankin expresa la convicción de que el vicio podía erradicarse mediante la educación, una creencia bien cimentada en sus raíces en Nueva Inglaterra, donde se establecieron las primeras y más importantes instituciones educativas de la nación, la mayoría con orientación religiosa.

* Nota de Rankin: Esta mujer y su hija se convirtieron después en mis más eficientes ayudantes en la distribución de la Biblia en México.



José Maria de Jesús Carvajal, fotografía 1866.
Fuente: Biblioteca del Congreso de Estados Unidos. División de grabados y fotografías, LC-USZ62-123471.

Visité muchos hogares de mis alumnos, y donde encontraba a alguien de la familia que podía leer, dejaba una Biblia, o una porción de ella. Me puso contenta hallar que muchos de los adultos sabían leer su propio idioma. Este hecho aumentó mucho mi prospecto de beneficiar a los mexicanos, pues casi de manera uniforme manifestaron un gran deseo por ver que había en un libro que se les había prohibido. Yo consideraba la Biblia el principal instrumento para renovar esa raza por tanto tiempo ignorada, y me propuse extender su circulación entre todos los que pudiera por cualquier medio a mi alcance. Pero había millones en el otro lado del río Bravo, quienes, por las más estrictas leyes del gobierno, estaban encerrados en una oscuridad impenetrable.[17] Cuando puse mi mirada en ese país esclavizado por curas, mi corazón ansió su emancipación de la terrible tiranía de las leyes papales. Pero entre

[17] Rankin se refiere a la falta de libertad religiosa en México establecida en la Constitución de 1824 (ver nota 8).

mis inquietantes pensamientos una luz de pronto surgió al asegurarme que se estaban llevando biblias a esa oscura tierra por parte de los mexicanos en el lado norteamericano del río. Aunque yo sabía que acarrear biblias a México era una violación directa de las leyes del país, no sentí escrúpulos de conciencia al prestarles mi ayuda, pues pensé que la Palabra de Dios estaba por sobre toda ley humana, y ningún poder terrenal tenía el derecho de ocultarla a cualquiera de las criaturas de Dios.

Docenas de biblias se llevaron al otro lado del río, y se distribuyeron entre la gente, quienes gustosamente las recibieron. Me convencí de que podía hacerse el bien, incluso mediante esta leve escaramuza en las afueras del campo enemigo.[18] Los misiles que se enviaban eran de tal naturaleza para realizar poderosas ejecuciones; y yo no tenía duda de que al final se vería que, mediante ellos, daños esenciales se causarían en este reino de oscuridad, donde Satanás había reinado por mucho tiempo sin que nadie se le enfrentase.

[18] El texto de Rankin está tapizado de alusiones militares. Constantemente se compara a sí misma con un estratega militar que le hace la guerra a un enemigo implacable. Un comentario sobre su inclinación por el uso de términos militares se proporciona en la introducción.

CAPÍTULO VI

Reclutas del enemigo desde el extranjero – En Dios busqué ayuda contra los poderosos – Se propone un convento francés – Decidida a erigir un seminario protestante a su lado – Salida a Nueva Orleáns – Peligros en el mar – Los ministros de Nueva Orleáns consideran que el seminario propuesto es una quimera – No pude abandonar mi propósito – Los cristianos protestantes deben ayudarme a construir un seminario – Solicitud de fondos – Encuentros con dos hombres de negocios – Ayuda del Consejo Presbiteriano de Educación.

En medio de las expectativas más optimistas de hacer el bien en esta frontera, me sorprendí, un día, al escuchar que varios curas y monjas habían llegado de Francia para establecer su cuartel general en Brownsville.[1] Trajeron los medios para erigir un convento, con el evidente propósito de educar a la juventud del Valle del Río Grande. De pronto e inesperadamente, todos mis prospectos de ser útil parecieron frustrarse por completo, pues ¿qué podía hacer yo contra ese despliegue de influencias contra el protestantismo y la Biblia? Pero, ¿podría abandonar el terreno y dejarlo en manos de curas y monjas extranjeros? De hecho, no podía obtener mi propio consentimiento de huir ante el papado, mientras tuviera en mis manos un arma espiritual tan poderosa como la Palabra

1 Rankin se refiere a las Hermanas del Verbo Encarnado y el Santísimo Sacramento, que arribaron de Lyon, Francia y establecieron la Academia Villa María para niñas en 1853. Las religiosas fueron invitadas a Texas por Jean Marie Odin, quien fue nombrado en 1847 el primer obispo de la diócesis de Galveston, la cual incluía todo Texas. Sor M. Claude Lane. "Catholic Education", *The Handbook of Texas Online*. http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/CC/iwc1.html.

de Dios, y yo estaba capacitada para llevar el asunto al trono de la gracia, y esperar las instrucciones divinas. Pasé noches enteras rezándole a Dios. Durante una de esas temporadas en que ansiosamente buscaba un consejo, una luz de pronto iluminó mi mente, con estas palabras del libro del Apocalipsis: "Ellos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes: y los que están con él son llamados, y elegidos, y fieles".[2] La impresión que esas palabras hicieron en mi corazón inmediatamente resolvió la duda sobre mi permanencia. Aunque sin ayuda y sola, con la ayuda proveniente de estas palabras de la Escritura me sentí más fuerte que mis enemigos, y resolví quedarme y sostener mi puesto. Para hacer una defensa exitosa, necesitaba un edificio que pudiera compararse con el del grupo contra el que había de competir. Mis instalaciones hasta ese momento habían sido muy limitadas, y, como no podía obtener ayuda de los habitantes de esa región, resolví marcharme a los Estados Unidos y obtener los medios para construir un seminario protestante en Brownsville. Si Francia podía enviar 4 millones de dólares a los Estados Unidos con propósitos educativos (como lo hizo ese año), pensé que los cristianos protestantes de los Estados Unidos podrían enviar unos cuantos cientos hacia el río Bravo; de modo que cerré mi escuela y me encaminé a mi tierra natal, sintiéndome muy segura de obtener ayuda pronta y eficiente. La escena de mi partida fue calculada para profundizar mi interés por esa gente. Cuando estaba por abordar la diligencia a Brazos, me rodearon las niñas mexicanas y sus madres, cada una pronunciando la cariñosa solicitud: "vuelva pronto, vuelva muy pronto", y ahí se quedaron y me miraron con ojos llorosos hasta que me perdieron de vista. Cuando llegué a Brazos, no pude hallar más transporte a Nueva Orleáns, salvo una goleta, y muy pequeña e incómoda. Como era la época del año en que se daban violentos

[2] Apocalipsis 17:14.

"nortes", tuvimos un trayecto de lo más tempestuoso y peligroso. Estuvimos doce días en el mar, y durante cuatro o cinco, quedamos en medio del golfo, bamboleándonos entre las iracundas olas. Surgieron grandes temores de que nuestra endeble barca se fuera al fondo del mar; y durante varias noches no me metí en mi litera, pues el violento vaivén de la embarcación hacía imposible obtener un momento de descanso. A veces mi timidez natural dominaba y me decía a mí misma: "Si de nuevo vuelvo a pisar tierra, nunca más intentaré cruzar el golfo de México". Pero fui puesta a prueba de este modo temible hasta que fui impelida a exclamar: "Siempre que sea la voluntad de mi Padre Celestial, he de confiar mi vida a sus designios, y, si él cree adecuado llevarme de esta manera, yo diré, 'Aun así, ven a mí Señor Jesús'". Finalmente llegamos a Nueva Orleáns, y supe que sobre nuestra embarcación había aparecido en el *Daily Picayune*: "Se sospecha perdida en el mar". Con la gratitud por el cuidado de Dios, me apresuré a realizar mi precioso objetivo y fui a ver a mis amigos protestantes, quienes, estaba yo segura de que comprenderían su importancia y factibilidad como yo lo hice. Pero mi primera presentación se enfrentó a una desaprobación categórica. La idea de establecer una institución protestante en esa frontera papista se consideró quimérica y absurda en extremo. Los consejeros a los que acudí eran algunos de los clérigos más sabios y confiables del sur, y, ¿cómo podría yo tomar a la ligera el juicio y consejo de estos hombres cristianos? Sin embargo, cómo me iba a quitar la idea de que Dios había puesto el trabajo en mis manos y requería que yo lo realizara. Al inclinarme a seguir el consejo de mis amigos, salió a mi encuentro la sentencia escuchado por algunos en tiempos remotos: "¡Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí".[3] No podía deshacerme de mi deber hacia Dios en este asunto, como no habría podido deshacerme de mi existencia; así que resolví seguir adelante, y si

[3] Isaías 30:1.

era necesario, tomar mediante la violencia el reino de los cielos, en obediencia de mi verdadero Señor y Amo. Un seminario protestante debe instalarse en el Valle del Río Grande, bajo los auspicios de los cristianos protestantes de los Estados Unidos.

Permanecí un mes en Nueva Orleáns, y, perseverando con la presentación de mi causa, en todas sus diversas facetas y necesidades, mis más férreos opositores se volvieron mis más cálidos amigos. Externaron su principal duda, sobre si yo tendría la fortaleza suficiente para sobrellevar las dificultades con las que necesariamente me enfrentaría para obtener fondos, así como para sostener una institución protestante en medio de tantas influencias opositoras. Acudí, un día, a un caballero cristiano, quien muy amablemente me reprochó, diciendo que la misión era por completo incompatible con el carácter de una dama, y me aconsejó no exponerme en la colecta de fondos del modo como lo estaba haciendo. Dijo: "Recibirás desaires e insultos que matarán todos los sutiles instintos del alma". Sentí que había mucha verdad en lo que dijo, y, tras agradecerle sus cándidas expresiones, salí de su casa con la sensación de que nunca volvería a entrar en una casa de negocios con mi propósito. Pero otro negocio estaba a pocos pasos, el cual me habían informado que era la oficina de un buen hombre, y un impulso me envolvió, para entrar, y ver qué tenía que decirme. De ese modo, entré, y vi a varios caballeros sentados en sus escritorios, pero no sabia con cuál deseaba hablar. De prisa recorrí la mirada y seleccioné a uno que, pensé, poseía el semblante más benévolo, y me le acerqué. Él me solicitó muy cortésmente que me sentara. Me presenté mostrándole mis credenciales, que había recibido de los ministros de Nueva Orleáns, y comencé disculpándome por ser una mujer involucrada en una misión tan poco femenina.

"De ninguna manera", dijo él, "es contrario a la más refinada delicadeza del sexo femenino involucrarse en trabajos de filantropía para la elevación de la humanidad en caída. Es el llamado adecuado para una mujer. El Salvador santificó por siempre los servicios de

las mujeres con la encomienda que les dio. No dude en realizar cualquier trabajo de benevolencia al que su Señor le llame". ¿Acaso no fueron las oportunas palabras de este hombre bálsamo para mi lacerado corazón? Parecia que Jesús había hablado para decirme: "No temáis, porque al Padre ha placido daros el reino", y continué mi camino, decidida a nunca desalentarme de nuevo. Aunque no reuní mucho dinero en Nueva Orleáns, obtuve cartas de recomendación de varios de los hombres más influyentes de la ciudad.

Tras dejar Nueva Orleáns, fui a Louisville, Kentucky, y fui amablemente recibida; pero, como las iglesias estaban dedicadas a aportar sus contribuciones anuales para otros fines, no recibí ayuda alguna, pero me prometieron que en algún momento del futuro me apoyarían en mi empresa. Entonces fui a Filadelfia, a donde arribé el cuarto día de marzo de 1853, a las dos de la madrugada. A las nueve de esa misma mañana estaba en camino hacia las oficinas del Consejo Presbiteriano de Educación, con una carta de presentación del reverendo Dr. Hill, de Louisville, a los secretarios, doctores Chester y Van Rensselaer. Con estos caballeros reverendos pasé otra severa y terrible experiencia. Volvieron a exponer todas las dificultades de la aventura y las plantearon con considerable lustre. Los enfrenté con argumentos, que yo supuse debían tener peso, pero éstos parecieron impresionar muy poco a cualquiera de los caballeros, particularmente al doctor Chester. El parecia decidido a que mi aventura fuera un fracaso. Tras tomarme un tiempo, sin lograr ninguna aparente impresión favorable para la causa, me puse en pie y dije: "Caballeros, la responsabilidad de dar una adecuada educación a la juventud de esa porción del país la dejo en manos de ustedes. He hecho lo que he podido, y ya me he librado de la negligencia criminal de abandonar a la amada juventud del Valle del Río Grande a la torva influencia del papismo extranjero". El doctor Chester de inmediato se puso de pie y con mucho énfasis dijo: "No voy a echarme el río Bravo en mis hombros, usted es la única que debe llevar esa carga. Hemos puesto a rigurosa prueba

su conocimiento de esta difícil empresa, así como su capacidad para llevarla a cabo. Ahora estamos listos para escuchar sus necesidades". Yo respondí: "Me hace falta dinero". "¿Cuánto, preguntó, quiere de nosotros?" Me sentí avasallada y modestamente contesté: "Dos o trescientos dólares". Él contestó: "Usted no debe salir de Filadelfia con menos de quinientos. Si el Consejo de Educación no cree adecuado darle doscientos, el doctor Van Rensselaer y yo lo pagaremos de nuestros bolsillos, y con respecto a los restantes trescientos, yo le daré una mano para que los pueda obtener de las iglesias presbiterianas de la ciudad".

Permanecí un mes y obtuve la cantidad prometida, luego fui a Boston, y obtuve de las iglesias de esa ciudad otros quinientos. Me sentí muy confiada de que un seminario protestante alzaría la cabeza al lado del convento francés que ya se estaba erigiendo junto al distante río Bravo. ¡Ah, cómo se regocijaba mi corazón ante el prospecto de darle a la Biblia su lugar y extender su debida influencia sobre los corazones y mentes de la generación creciente de esa tierra!

CAPÍTULO VII

Trabajo laborioso para obtener dinero para los mexicanos – Algunos propusieron balas en vez de biblias – Distintos tratos – Ayudada por un católico – Tratada groseramente por una dama – No me desanimé – Hallé muchos amigos de la causa – Muchos donativos generosos – Finalmente obtuve suficientes fondos para mi edificio del seminario.

La fatiga de atender mis arduos deberes, me obligó a suspender mis labores durante una porción de los meses de verano. Al comenzar el otoño, me dirigí a Pittsburg, Pensilvania, en un vapor, con la intención de recorrer todo el curso de los ríos Ohio y Mississippi, deteniéndome en todos los pueblos y ciudades donde tuviera posibilidades de obtener dinero. Los prejuicios contra los mexicanos, engendrados durante la última guerra, a veces se volvían grandes barreras contra mi éxito. El sentimiento expresado por muchos era que los "mexicanos eran gente que merecía ser exterminada de la tierra". Incluso ministros del evangelio me dijeron "más vale enviar balas y pólvora a México que biblias".[1] A ellos generalmente les preguntaba: "¿A qué clase de personas vino nuestro Salvador del cielo a salvar, a los justos o a los malvados?" Justo a esa clase

1 Rankin tiene razón al afirmar que la antipatía racial se debió, en parte, a la guerra entre Estados Unidos y México que había apenas concluido cinco años antes. Asimismo, debe recordarse que muchos sureños habían sufrido la pérdida de familiares o amigos en la guerra por la independencia de Texas, diecisiete años antes del viaje de Rankin. En la región por la que atravesaba Rankin los angloamericanos invocaban reiteradamente la crueldad de la masacre de Goliad: cincuenta y cuatro hombres de Kentucky y ciento cuarenta y uno de Alabama así como muchos de Georgia fueron víctimas de ese suceso. James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, New York University Press, New York, 1992, pp. 31-34.

de pecadores como los mexicanos. A veces recibía donativos de este modo: "No nos interesan los mexicanos, pero viéndola a usted tan devota a su causa, le daremos algo para usted". Un hombre, tras aplicar todos los epítetos despreciables a los mexicanos que se le ocurrieron, dijo, "Sólo porque siento lástima por usted, cuya apariencia y espíritu me agrada, y aunque tenga tan mala causa en sus manos, le daré diez dólares para su propio uso personal". Decliné recibirlos para mí misma, diciendo: "El dinero no puede compensarme lo que estoy haciendo, pero si me lo da para que yo le dé el uso que quiera, lo haré bajo mi propia responsabilidad". Estuvo de acuerdo, pero no lo puedo catalogar como un "feliz donador". En algunos lugares donde me detuve, si podía obtener diez dólares al día, me quedaba diez días hasta obtener cien. En algunas ciudades, como Cincinnati y Louisville, recibí ayuda muy generosa. Abriéndome un arduo camino "a través de rudos y tormentosos escenarios" arribé a Natchez, Miss., en marzo de 1854. Aquí hallé gente rica y benevolente, y di veloces pasos hacia la terminación de mi empresa. La clase adinerada vivía mayormente en el campo, o plantaciones, y mi colecta la hacía por lo general a cierta distancia de la ciudad. Ocasionalmente, amigos ofrecían llevarme, pero por lo general caminaba, y con frecuencia viajaba entre doce y dieciséis kilómetros al día; pero mi labor fue tan generosamente recompensada, que me olvidé de la fatiga del camino. Un día fui a ver a una mujer que me recomendaron como muy benevolente. Al preguntar por ella, me dijeron que estaba ausente, pero que su marido estaba en casa y podría verlo si así lo deseaba. Me encaminaron a su habitación, y tras un saludo respetuoso, le dije: "Vine a ver a su esposa".

Él muy amablemente respondió que tal vez él me podría servir, y, si yo gustaba, podría darle a él mi mensaje. Animada, le delineé con mucho cuidado la gran necesidad de trabajadores evangélicos en esa tierra papal, especialmente porque estaba siendo invadida por el catolicismo romano extranjero. Fui inusualmente elocuente en el tema, ya que mi oyente manifestó un profundo interés.

Cuando terminé, fue a su escritorio, tomó veinte dólares y me los entregó, diciendo: "Supongo que usted no sabe que soy un católico romano".

Unas cuantas "plumas cayeron de mi sombrero" en ese momento, y la más profunda mortificación tomó posesión de mí. Pero su sonriente rostro me dio confianza, y tímidamente dije que no sabía que era católico.

Él respondió: "Lo soy sólo de nombre. Mis padres y todos mis ancestros fueron católicos romanos, pero no tengo preferencia por esa religión. Mi mujer es episcopal, y yo voy a su iglesia. Estoy convencido de que usted le hará bien a esa gente, y con mucho gusto le ayudo con mi contribución".

Nos despedimos como buenos amigos, y le dije que en el futuro tendría los ojos más abiertos, pues podría toparme con una situación más peligrosa que la que tuve con él.

Mi placentera experiencia en Natchez tal vez disculpe el relato de un pequeño episodio, el cual muestra una de las más duras vicisitudes a las que podemos estar sujetos quienes recolectamos dinero.

Me indicaron, cuando estaba en Natchez, que visitara a una dama muy adinerada. Ella pertenecía a la Iglesia Presbiteriana, y aunque algo peculiar, se pensaba que una adecuada presentación de mi caso podría provocar un donativo generoso. Toqué a su puerta y un sirviente me llevó a su presencia. Me presenté a mi manera usual y expuse el motivo de mi visita con suma propiedad; pero parece que ella estaba de un humor poco elegante, pues respondió con gran vehemencia: "No tengo nada para darte, además no sé nada sobre ti. Podrías ser una impostora, como hay tantas por ahí con tu misma facha".

Su injusta alusión me hirió en lo más profundo y me apresuré a mostrar mis papeles, algunos de los cuales eran recomendaciones de miembros de su propia iglesia. Dije: "No me importa su dinero, pero deseo convencerla de que no soy una impostora". Pero no puso atención a lo que dije, y con las más iracundas demostracio-

nes le ordenó a su sirviente que abriera la puerta y me mostrara el camino. Salí, por supuesto, pero con la más profunda humillación que experimenté en mi vida.

Con el rostro sonrojado y lacrimoso, seguí mi camino hasta que di con otra majestuosa mansión a la que también me habían recomendado visitar. Titubeé en entrar, pues dada mi experiencia reciente me hubiese gustado evitar exponerme de nuevo a la crueldad amarga y sin corazón. Pero, reflexioné, la benevolencia y la humanidad no han perecido en la tierra por la conducta de esta mujer, su espíritu es la excepción, no la regla. Entré, aunque con un corazón tembloroso, pero desde la presentación supe que tenía enfrente a un tipo de persona diferente de la que acababa de encontrarme. La dama de la casa me recibió con la mayor gentileza, me hizo un donativo generoso, y cuando partí me acompañó hasta el portón, y señaló la casa que acababa de dejar, diciendo: "Ahí vive mi hermana, vaya allá. Sé que le dará algo para su causa". No le dije que ya había estado ahí. No iba a herir sus sentimientos con el relato del comportamiento de su hermana hacia mí.

Dos o tres años después, iba yo de viaje por un negocio conectado con mi trabajo, y me detuve en una ciudad norteña, donde me informaron de un terrible accidente de ferrocarril que acababa de ocurrir en las cercanías. Una mujer que había visitado la escena del desastre, me habló de una de las víctimas, una mujer de Natchez, Miss. Por la descripción, me sentí segura de que era la persona que me había tratado tan descortésmente. La pobre mujer, con miembros rotos y piel lacerada, lloraba su gran aflicción, y la dolorosa privación de las comodidades de su palaciego hogar en Mississippi. Una casucha, de donde no podía marcharse, era todo lo que tenía para habitar. Mi corazón se conmovió cuando me contaron sus penas y, de haber podido ir a visitarla, con gusto habría intentado darle consuelo. Sólo pude orar para que Dios la consolara, y la perdonara por juzgarme mal. Pero pronto me marché, y nunca supe más de ella.

CAPÍTULO VIII

Retorno a Brownsville – Catorce meses fuera – Construido el convento – Contraté un hombre responsable para erigir mi edificio – Renté cuartos y abrí de nuevo mi escuela – Pronto se llenó la escuela – Comencé la distribución de biblias y folletos – Incredulidad de protestantes – Grandes pruebas debido a eso – En 1854 entré en mi nuevo seminario – Dedicatoria – Motivación por las nuevas formas de ser útil.

Pero me he desviado de mi narración y volveré a mi viaje hacia la tierra de mi adopción. De Natchez fui a Nueva Orleáns, y abordé una embarcación con destino a Brazos. Llevaba catorce meses ausente de Brownsville y comencé a sentir una gran ansiedad por saber cuál era la situación en mi destinada tierra de labor.

Cuando llegué a Brownsville, encontré el convento terminado: un espacioso edificio de tres niveles, situado en la parte más conspicua del pueblo, y en él se hallaban la mayor parte de las niñas de Río Grande. Nada intimidada, contraté a un hombre responsable para que erigiera mi edificio del seminario; renté mis antiguas habitaciones, y abrí de nuevo mi escuela. Al principio fueron pocos los asistentes, pero antes de cerrar el segundo mes ya habían vuelto todos mis anteriores alumnos, y varios nuevos. Poseía una ventaja importante, a saber, que los mexicanos deseaban que sus hijos aprendieran inglés, y como ese idioma se enseñaba imperfectamente en el convento, muchos lo dejaron y volvieron conmigo por esa razón.[1] Mi escuela prosperó más allá de mis más optimistas

[1] Se puede pensar que las monjas francesas no eran tal vez las más efectivas maestras de inglés. El comentario de Rankin sobre los estudiantes mexicanos que

expectativas. Renové mi distribución de biblias y folletos, y hallé un cada vez mayor interés por la Palabra de Vida, tanto en el lado texano como mexicano del río Bravo. Aquí déjenme contar una dolorosa prueba que hube de enfrentar. Lo más amargo contra lo que luché fue la incredulidad que prevalecía entre la población norteamericana sobre cualquier beneficio que se le ofreciera a los mexicanos. Algunos cristianos protestantes declarados estaban entre ellos; y, de hecho, me duele decirlo, mis mayores opositores estaban entre quienes creían haber recibido las bendiciones del Evangelio de Cristo.

"¿Qué podemos hacer por esa raza perdida?" era la sugerencia usual cuando intentaba demostrar la importancia de la labor evangélica con los mexicanos. Mi respuesta uniformemente era: "Denles el Evangelio, que es el antídoto para todos los males morales. La extrema degradación en la que los hallamos es por su necesidad de la edificante influencia de la cristiandad bíblica". Algunos llegaron incluso a decir: "Los mexicanos tienen una religión buena para ellos, y más nos vale dejarlos solos".[2] Mi dedicación y esfuerzos se consideraban una especie de locura, y más le temía a encontrarme con un cristiano protestante en mis rondas de distribución de biblias que a un cura papista. De este último esperaba persecución, pero del primero tenía razones para buscar solidaridad cristiana. A veces casi me tambaleé bajo las tergiversaciones que se le hacían a las labores misioneras para los pobres y despreciados mexicanos.

Un domingo por la tarde yo estaba sentada en mi habitación, meditando sobre las probabilidades de cualquier resultado favorable de mis esfuerzos, y llegué muy cerca de caer en la visión incrédula de mis amigos protestantes. Mis reflexiones fueron: "¿Por qué habría de presumir que soy más sabia que aquéllos

eligieron su escuela como una institución que les podía enseñar mejor inglés corrobora la afirmación de Arnoldo de León sobre que los mexicanos estaban conscientes de la necesidad de aprender inglés para ascender socialmente. Ver capítulo V, nota 10.

2 Una explicación de estas opiniones racistas se provee en el capítulo V, nota 4.

que conocen mucho mejor el carácter mexicano que yo? Seguro, pensé, soy bastante independiente en mis opiniones, y suspenderé mis locas operaciones". Al arribar a esta etapa de mis soliloquios, de arriba llegó una voz, aunque no escuchada por oídos mortales, y sin embargo igualmente impresionante: "Id por todo el mundo; predicad el evangelio a toda criatura". "¿Toda criatura?" me dije, "¿acaso esta orden no incluye a los mexicanos? Seguro que sí; y fue Cristo quien dio la orden, y yo lo voy a obedecer aunque ofenda a todos los demás". Me puse en pie de inmediato decidida a cumplir con mi deber; y aunque todos los mexicanos habrían de estar en el lado izquierdo en el gran día, como mis amigos protestantes los habían condenado a estar, de mí se dirá: "Hizo lo que pudo" para su salvación. Tomé unos libros y salí de nuevo a administrar la Palabra de Vida, y en todas partes me recibieron con agradecimiento.[3] "Muchas gracias", me fue uniformemente expresado cuando les entregaba alguna porción de las Escrituras. Sentí que estaba sembrando la semilla que Dios me había ordenado sembrar "sobre todas las aguas" y me decidí a perseverar, creyendo que "su palabra no volverá vacía, antes hará lo que él quiere, y será prosperada en aquello para que la envió".

Hallé oportunidades para enviar cientos de biblias y cientos de miles de páginas de los folletos de la Sociedad de Publicaciones,[4] en español, a México; y aunque un maestro viviente no podía acompañarlos, yo tenía fe para creer que el mismo Espíritu que

[3] Según Mary Martina Rakow, la experiencia de Rankin con lo divino era una de tensión y resolución, donde la voz resolutiva era una experiencia de Dios como palabra o palabras que le hablaban. Comúnmente la situación sería una en que Rankin estaba tomando una decisión, para la que Dios le mostraría la respuesta. Mary Martina Rakow, "Melinda Rankin and Magdalen Hayden: Evangelical and Catholic Forms of Nineteenth Century Christian Spirituality", tesis doctoral, Boston College, 1982, pp. 123.

[4] La Sociedad Norteamericana de Publicaciones se fundó en Nueva York en 1825. El grupo estuvo formado por varias organizaciones protestantes y promovió la unidad interconfesional, con la esperanza de evangelizar tanto a los Estados Unidos como a otras naciones. Para más información, ver Elizabeth Twaddell, "The American Tract Society, 1814-1860", *Church History*, vol. 15, junio de 1946, pp. 116-132.

señalaba la Palabra podía iluminar el sentido espiritual de esa gente en el conocimiento de esas verdades mediante las cuales sus almas podrían liberarse de la esclavitud del pecado y Satanás, aunque encerrados en la prisión del poder papal.[5]

En el otoño de 1854 entré en mi nuevo seminario.[6] Fue un evento favorable. Los días de trabajo y ansiosas colectas quedaron olvidados la mañana en que acomodé a mis pupilos por primera vez en esta institución protestante. Les expliqué que el edificio había sido donado por parte de unos amigos cristianos para su beneficio, y me esmeré en impresionarlos con la vasta importancia de mejorar los privilegios que éste les ofrecía con las mejores ventajas posibles. Con mis niñas mexicanas, consagré el nuevo edificio a Dios leyendo una porción de la Escritura y rezando. Las Sociedades Norteamericanas de la Biblia y Publicaciones de Nueva York continuaron proveyendo mis demandas de libros; aunque a veces me cuestionaba su generosidad, considerando el trabajo tan impopular que tenía en mis manos. Con frecuencia pensaba que, en relación con la indiferencia que prevalecía tan extensamente hacia México y su gente, el Señor me había elegido para este trabajo porque soy muy insignificante, y poco importaba si gastaba mi pobre vida y servicios entre los mexicanos. A veces echaba un vistazo al estupendo carácter de la misión: el inicio de un trabajo en una nación que posee ocho millones de almas inmortales. Me preguntaba por qué el Señor no eligió a un agente más eficiente, un ministro del Evangelio cuya capacidad fuera la adecuada para esta gran exigencia. Entonces me venía la declaración del Apóstol: "Acaso Dios no escogió lo debil del mundo para avergonzar lo

---

5 Es probable que muchas de esas biblias se quedaron sin leer, ya que la mayoría de la población no sabia hacerlo. Durante este periodo, la educación en México era sólo para los ricos. En 1842 había como mil 300 escuelas en México y cubrían menos del uno por ciento de la población. La educación pública no sería una realidad sino hasta la República Restaurada, después de 1867. Michael C. Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987, pp. 360-61, 407.

6 Para entonces, era oficialmente el Instituto Femenil de Río Grande.

fuerte; para que ninguna persona se jacte en su presencia".[7] Hube de admitir que fue el designio de Dios elegir un instrumento tan débil como yo. Su palabra, que era mi principal apoyo, resultó tan poderosa en mis débiles manos como en las de un experto doctor de divinidad. Cuando surgía el desaliento por no ver los resultados inmediatos de mis labores, una voz parecía decirme: "¿Qué significa eso para ti? Sígueme tú". Tuve la voluntad de trabajar toda mi vida, bajo las simples órdenes y promesas de Dios, aunque nunca llegara a atestiguar ningún resultado visible, con la creencia de que habría una cosecha, aunque pudiera no ocurrir hasta que yo estuviera en mi tumba.

[7] Corintios 1:27-29.

CAPÍTULO IX

Necesidad de ayuda – Se hace la solicitud – Se expone el caso – La Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera publica la carta – Se hace un esfuerzo por hallar un *colporteur* adecuado – No pudo hallarse ninguno – Yo misma me convertí en *colporteur* – La AFCU provee una asistente para mi escuela – Incidentes del trabajo bíblico – Asesinato de un protestante alemán.

En 1855 sentí la necesidad de ayuda, y me aventuré a escribir una carta al Rev. Dr. Kirk, de Boston, Mass.,[1] pidiéndole un *colporteur* para la frontera mexicana. La carta, para mi sorpresa, fue publicada en la revista de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera en agosto de 1855.[2] Copio la carta, y también los comentarios del editor. Su encabezado fue:

[1] Edward Norris Kirk fue un prominente ministro presbiteriano de origen escocés. Tras graduarse del Seminario Teológico de Princeton en 1820, Kirk viajó a lo largo del Sur como un agente para el Consejo Presbiteriano de Misiones Extranjeras. Renunció a su apostolado debido a su mala salud en 1837, viajando a Londres y París y encabezando los primeros servicios presbiterianos norteamericanos en Europa. Como veinte años después, Kirk ayudó a establecer la primera capilla para presbiterianos estadounidenses en París. El ministro se estableció en Boston a principios de la década de 1830, donde trabajó como pastor de la iglesia congregacional de Mount Vernon hasta retirarse en 1871. Ver David O. Mears, *The Life of Edward Norris Kirk, D. D.*, Lockwood, Brooks, and Company, Boston, 1877; también "Edward Norris Kirk", *Virtualology.com*, http://www.famousamericans.net/edwardnorriskirk/.

[2] La revista de la AFCU era *Christian World*. Aunque dice que se sorprendió, desde el principio Rankin usó los medios masivos para publicitar su causa; Rayburn menciona que había estado enviando reportes a esa revista desde principios de la década de 1850. John C. Rayburn, "Introducción" en Melinda Rankin, *Texas in 1850*, Texian Press, Waco, 1966, p. IV.

Una voz desde el río Bravo

La siguiente carta de la señorita Rankin, una de las valiosas hijas de Nueva Inglaterra, quien, a través de mucho sacrificio e indomable perseverancia, ha logrado establecer un seminario para damitas mexicanas, en Brownsville, en el lado texano del río Bravo, el cual separa a los Estados Unidos de México, será leída con mucho interés.

Fue dirigida a alguien del Consejo Directivo (un amigo personal) con el propósito de obtener un misionero laico para ese importante, si bien despreciado campo en el que ella ha entrado tan generosa y encomiablemente, y el cual, bajo la bendición divina, ella cultiva, con el prospecto de los resultados más estimulantes. No fue concebida para publicarse Confiamos, sin embargo, que la escritora nos perdonará por compartirla con nuestros lectores, cuya solidaridad y oraciones y caridad deseamos solicitar a favor de la gente con quienes ella ha elegido para hacer su morada.

Vale la pena agregar que el Consejo está ahora haciendo esfuerzos para conseguir un trabajador adecuado y enviarlo a ese lugar. Pero no es suficiente un trabajador. En ese gran valle y a lo largo de la frontera mexicana deberían emplearse muchos misioneros, y a aquéllos a quienes Dios les ha otorgado los medios para su sostenimiento deben ellos apelar para obtener los fondos necesarios para sostenerlos. Hemos hecho poco, ¡ay!, muy poco, por esa interesante porción de nuestra propia nación, y ojalá los datos contenidos en la carta anexa conduzcan a generosos donativos para su beneficio. Pero a la carta:

Brownsville, abril de 1855

REV. DR. KIRK:

Estimado señor—Convencida de que usted se siente inclinado por todo lo que respecta al interés del reino de Dios, me tomo la libertad de solicitar su atención a esta remota tierra, donde, y en la frontera de la cual, hay miles de almas inmortales bajo la influencia del papado, en su forma más esclavizante y apabullante. Usted conoce bien el romanismo, y, por lo tanto, no debo describirle el carácter de esta agencia destructora de almas del archienemigo Satanás. También presumo que no hace falta describir las dolorosas emociones que despiertan en el corazón al atestiguar diariamente la triste influencia de ese sistema, tan sabiamente calculado para conducir las almas inmortales a su ruina eterna.

Tenemos en Brownsville unos tres o cuatro mil mexicanos, que han escapado a la temible influencia del clero corrupto de su propio país, en cuya condición moral y necesidades mis deseos y solidaridad están profundamente arraigados, y por cuyo favor hoy escribo. La empresa en la que estaba comprometida la última vez que estuve en su ciudad la he, con la bendición de Dios, llevado a cabo exitosamente. Un seminario protestante se ha fundado frente al México papista, y dentro de sus muros se reúnen niñas mexicanas cuya superación me motiva a esperar que sus conciencias puedan iluminarse, y que adopten el Evangelio, que puede salvar sus almas. Confío en que al final se verá que esta institución es uno de los instrumentos por los que Dios pretende liberar al iletrado México del dominio papal.

El propósito al que más particularmente quiero llamar su atención es la importancia de tener un *colporteur* aquí para distribuir biblias y otras publicaciones religiosas entre los mexicanos en general. Para convencerlo de la importancia de esto, mencionaré algunos hechos de mi propia experiencia. Aunque sentí que mi

llamado era dar instrucción a niños y jóvenes, pese a mis esfuerzos por beneficiarlos, mi espíritu no podía tener descanso sin intentar hacer algo para ilustrar a los adultos. Tenía poca fe en mi éxito, ya que los mexicanos parecían tan completamente envueltos en la oscuridad de la superstición, y tenían seis curas jesuitas para cuidar su ignorancia. Pero resolví hacer el intento; y en consecuencia envié a las sociedades norteamericanas bíblica y de publicaciones, y solicité libros en el idioma español y comencé la distribución en la cara de los curas, con los que me encontraba en casi cada esquina. En casi toda instancia los libros fueron recibidos con agradecimiento; y en muchos casos me aseguré de que fueran leídos fielmente. Hace como dos meses recibí otra caja de biblias y folletos de Nueva York. Le pedí a un mexicano que abriera la caja y le expliqué por qué estaban ahí, le di una biblia, y le dije que podía hablar con sus compatriotas sobre ellas. Volvió al día siguiente y dijo que una mexicana había estado leyendo su biblia, que ella creía que era la verdad, y le pidió que le consiguiera una; y también otros habían solicitado lo mismo.

Desde esa fecha ha habido una constante petición de biblias y testamentos. Apenas pasa un día sin que haya mexicanos a mi puerta solicitando una copia de las Escrituras. Desde que estoy escribiendo esta carta, he puesto ocho copias en manos de esta gente iletrada. ¿No hemos de esperar que la bendición de Dios los acompañe y que la influencia iluminadora del Espíritu Divino conduzca a estos engañados lectores a abrazar la salvación que sus páginas revelan? Sólo puedo pensar que el Espíritu de Dios está tocando los corazones de esta gente, e induciéndolos así ansiosamente a buscar la verdad que es capaz de salvar sus almas. Es una fuente de indecible satisfacción para mí atestiguar su hambre por la palabra de Dios. Nadie puede imaginar las jubilosas emociones que ocasiona sino aquellos que han sentido una similar solicitud dolorosa para las almas inmortales. Si bien odio el papismo hasta detestarlo, amo las almas que éste esclaviza, y soportaría cualquier sacrificio o pri-

vación para rescatar sus desdichados súbditos de su poder destructivo. En este trabajo creo que la Biblia es el agente más eficiente. El romanismo no puede existir a la luz de la palabra de Dios, y donde se proclama, esa forma terrible de mal debe pronto desaparecer.

Disculpe esta digresión del asunto principal por la que le envío la presente. ¿No cree usted, señor, que el caso, como arriba dicho, justificaría el envío de un *colporteur* aqui? Me parece que esta tierra presenta motivos tan urgentes como cualquier otra en el mundo. Creo totalmente que Dios no abrirá la puerta de México a los trabajadores protestantes hasta que hagamos lo que podemos con aquellos dentro de nuestra esfera de inf.uencia. Incluso si nadie viene a ayudarme, trajinaré con fe y esperanza, creyendo que aunque el reino de Dios en esta instancia no es sino una semilla de mostaza, eventualmente crecerá hasta ser un árbol cuyas ramas se volverán una bendición para esta gente abandonada desde hace tanto tiempo. Y con esta creencia, pido la intercesión y las oraciones de la gente de Dios.

Tal como lo dijo el Secretario de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, se hizo un esfuerzo para procurar un hombre adecuado para el trabajo; pero tras un tiempo de buscar a la persona indicada, me informaron que un hombre cristiano, que entendiera el español, no podía ser encontrado, y que eran incapaces de hacer nada más. Más que ver tan importante trabajo languidecer por la necesidad de alguien que lo hiciera, le propuse al Consejo de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera que si ellos me daban los medios para contratar un maestro asistente en mi escuela, yo me convertiría en su *colporteur* y lectora de la Biblia. La propuesta fue aceptada, y en enero de 1856 quedé bajo los auspicios de esa sociedad. Reforzada por una maestra competente,[3] me

[3] Tal vez era la hermana de Rankin, Harriet Kimball. Con el apoyo de la AFCU, Harriet fue a enseñar al instituto a mediados de la década de 1850. Ver Seymour V. Connor, "Rankin, Melinda", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.

vi grandemente fortalecida, y la escuela y distribución de biblias recibieron un impulso. Visité todas las casas de los mexicanos en Brownsville y sus alrededores, y le di una biblia a toda familia donde hubiese alguien que supiera leer. Sólo ocasionalmente encontraba a alguien que la rechazaba. Me decían mis amigos estadounidenses: "Los mexicanos aceptan tus biblias para entregárselas a los curas y que ellos las quemen". Seguí mis investigaciones hasta que quedé satisfecha de que eso no era verdad. De hecho, nunca supe de alguna biblia que fuera destruida. Pero sí supe que los mexicanos las escondían de manera muy cuidadosa, guardándolas y leyéndolas por la noche, como ellos decían "cuando los curas no andan alrededor". Una vez fui a la casa donde residía una de mis pupilas, para preguntar sobre su ausencia, y también para preguntar por la Biblia que le había dado. Un reporte había llegado a la escuela de que ella se la había cambiado a las monjas por un "santo" y que ellas la habían quemado. La madre de la niña me encontró en la puerta, y con ojos llorosos me dijo que su hija había muerto de fiebre amarilla poco tiempo antes. Le pregunté si tenía la Biblia. Ella respondió: "No, puse la Biblia en su ataúd, pues ella la quería mucho y la enterramos con ella". Me topé con otro caso similar, donde un padre había puesto la Biblia junto a su hijo en el ataúd. Aunque no podía coincidir por completo con este uso de la Palabra de Dios, había algo patético y sugerente en el acto de estos desolados padres mexicanos.

Pedidos me llegaban de Monterrey y de lugares en el interior de México, por docenas de biblias, con el dinero para pagarlas. A veces temía que los curas estaban tras el asunto, pero luego de preguntar, ¿para qué quieres una biblia? la respuesta regular era: "Hemos leído la Biblia y nos parece un buen libro y queremos conseguir muchas para distribuirlas entre la gente gratuitamente, para que vean que los curas los han engañado, al decirles que la Biblia

edu/handbook/online/articles/RR/fra39.html.

no es un libro que deban leer". A través de un protestante alemán, también, grandes cantidades de lectura evangélica se llevaron al interior. Este hombre era un pintor itinerante de retratos, y la naturaleza de su negocio le daba acceso a las familias mexicanas, quienes con gusto recibían la palabra de Dios y le pagaban por ella. Como esto fue antes de que se retirara la prohibición, con frecuencia se topaba con una violenta oposición; sin embargo, sentía tan profundamente las privaciones espirituales de México, que estaba dispuesto a veces a correr grandes riesgos, no sólo de perder sus efectos personales, sino también su vida. En una ocasión, le robaron su sombrero y tuvo que viajar unos quince kilómetros sin cubrirse la cabeza, lo cual, bajo los abrasadores rayos del sol mexicano, no fue poca cosa. Finalmente perdió su vida en México, si lo mataron por distribuir la Biblia o con propósito de robarle, nunca estaremos seguros. Se sabe que se detuvo a pasar la noche en un pueblo llamado Comer, a medio camino entre Monterrey y Matamoros,[4] pero sus amigos no supieron más de él. Era sobre todo un hombre de Dios y, estuvimos seguros que como el mártir Esteban,[5] se había "dormido en Jesús" aunque se permitió que una muerte violenta fuera la suya.

[4] Rankin tal vez se refiera a La Coma, un pequeño asentamiento en el municipio de China, que de hecho está en el camino entre Monterrey y Matamoros.

[5] Rankin se refiere al personaje bíblico de Esteban, quien es considerado por muchos como el primer mártir cristiano. Su historia puede hallarse en Hechos 7:54-60.

CAPÍTULO X

Aguas turbulentas – Una tormenta de persecución – Falsas impresiones hechas por enemigos – Casi acaban con la escuela – Se pronuncian juicios de Dios – Someto el caso a Dios y espero una manifestación – Repentina remoción del instigador de la persecución – Sigue una gran calma – Se reanuda el trabajo y la escuela se llena de nuevo.

¿Pero acaso navegué en aguas tranquilas durante estos años de labor entre los romanistas de Brownsville? Claro que no. El espíritu del papismo estaba muy vivo, y en actividad violenta para contrarrestar mi influencia. La prosperidad de mi escuela era motivo de gran molestia. Que los católicos eligieran enviar a sus hijas a una escuela que ellos, los curas, habían denunciado desde el púlpito como "el atajo al infierno" no debía tolerarse. La revista que contenía la carta en que dije "yo odiaba el romanismo" fue llevada al convento para leerse y discutirse ante los alumnos. Todo el asunto que contenía contra el papado, y, por supuesto, no era nada elogioso, se me adjudicó; y se hizo creer que yo era la autora del libro, y me había ido el año anterior al norte para escribirlo. Los curas fueron con los padres de mis alumnas, y les dijeron: "La señorita Rankin dice que odia a los católicos, ¿por qué permiten que sea la maestra de sus hijas?" Algunos de los padres que conocía, respondieron: "No podemos creer que la señorita Rankin odie a nuestros hijas; las trata con cariño, les da ropa y libros, y viene a visitarlas cuando están enfermas". Dicho esfuerzo combinado parecía estar hecho contra mí, y tuve mucho miedo de que el edificio de mi seminario fuese destruido, y varios de mis amigos expresaron la misma ansiedad. En una de mis cartas al secretario de la AFCU

hice alusión a este temor, y él, con poco juicio, la publicó, bajo el encabezado: "Los romanistas intentan destruir el edificio del seminario protestante en Brownsville". Con esta flamante exageración, la más profunda sensación se produjo entre los curas, que estaban versados en la revista que contenía la carta, y se esparció el comentario por el pueblo de que "la señorita Rankin era culpable de las peores falsedades". Todo el lugar se dejó llevar por el impulso. Incluso los protestantes que me habían dicho "tememos por tu edificio" no se atrevieron a hablar en mi defensa. El periódico de Brownsville, cuyo director, temporalmente, era católico romano, tomó el asunto, con todo su poder e influencia. Los curas fueron de casa en casa, entre mis patrocinadores, y bajo la influencia del entusiasmo desenfrenado, algunos de mis mejores amigos mexicanos sacaron a sus hijas de la escuela. De hecho, perdí más de la mitad de mis alumnas. La atmósfera parecía llena de maldiciones e imprecaciones contra mí, sin embargo, me sentí encerrada en el "pabellón de Dios". Es el "horno de fuego ardiendo" y la "guarida del león" los que enseñan a los hijos de Dios dónde yace su protección y fuerza. Aunque la naturaleza humana puede encogerse al enfrentar la "ira del hombre", sin embargo se declara que la "ira del hombre" será invalidada por la gloria de Dios. Yo me confié en el brazo de la Omnipotencia, y quedé en paz bajo la sombra del Todopoderoso. Escuché, un día, que una mujer católica, una norteamericana, por cierto, dijo con mucho énfasis: "El juicio de Dios debe caer sobre la señorita Rankin". De inmediato respondí: "También yo dejaré el asunto al juicio de Dios. Si soy en verdad culpable de un mal, como usted asegura, dejemos que el juicio divino caiga sobre mi cabeza, pero si su gente es culpable, dejemos que el merecido juicio les sea aplicado". Me sentí segura de que me sería dada una señal manifiesta y esperé en Dios con humilde expectativa, aunque la manifestación podía ser "con tremendas cosas en justicia". "El Padre Superior" que había sido el espíritu líder en esta persecución, fue obligado a viajar para atender un

asunto relacionado con la construcción de una iglesia que estaban erigiendo en Brownsville. Tras arreglar todo contra mí de acuerdo con sus deseos, abordó el vapor Nautilus rumbo a Nueva Orleáns. El golfo de México está sujeto a violentos tornados en la temporada del año en que él se embarcó, y cuando el vapor llegó a ochenta kilómetros del Paso Sudoeste, un repentino vendaval lo azotó, y se fue a pique con todos a bordo, excepto un hombre, que se salvó sobre una puerta que flotó con él. Como a los diez días llegaron a Brownsville las noticias del terrible desastre, y se sintió una enorme pena por la pérdida de muchas vidas valiosas. Entre ellas estaba el Padre Superior, y por supuesto, su repentina muerte fue un severo golpe para sus amigos.[1] La mujer que había pronunciado el juicio de Dios sobre mí fue la primera, tras la llegada de las noticias, en tomar su libro de oraciones e ir a la iglesia para rezar por el alma del padre. Toda la variedad de "misas" se organizaron en busca del mismo propósito, pero si obtuvieron la paz para el alma del Padre Superior, no lo sé de cierto. Pero la paz de mi alma sí se aseguró, no porque un compañero mortal haya sido de pronto llamado a la eternidad en esta horrible manera, sino porque la atención de mis enemigos se desvió lejos de mi a las circunstancias solemnes de la inoportuna muerte de su adorado padre. Las olas de persecución se detuvieron y siguió una gran calma. Visité a mis amigos mexicanos y fui cariñosamente bienvenida como su verdadera amiga. En menos de dos meses mi escuela estaba llena, y nunca más fui perseguida del mismo modo.

---

[1] Es la segunda vez que Rankin se refiere al castigo de alguien que la atormenta (la otra fue la mujer mutilada por un tren, un incidente que se menciona al final del capítulo VII). No sabemos si Rankin de veras consideraba que a la gente le ocurría lo que ella pensaba era su merecido, pero queda claro que sí creía en el "juicio divino".

CAPÍTULO XI

Una revolución por la libertad religiosa – El Partido de los Curas y el Partido Liberal – Inmensos recursos del partido clerical – Juárez, un líder capaz del Partido Liberal – La justicia de la causa da esperanzas – Cartas escritas a la AFCU en ese entonces – Las escrituras van rápido a México – Mil quinientas copias de las Escrituras y más de doscientas mil páginas de folletos – Gran felicidad en el trabajo – Gran aflicción y enfermedad – Conmovedora fidelidad de una mexicana – El bandido Cortina – Brownville invadido – Cuatro semanas ausente en Matamoros – Una escuela con Nuevos Testamentos – Dos mexicanas se preguntan por qué le rezaban a los santos – Otra quema sus imágenes – No evitaron que su hijo muriera – De haber conocido la Biblia antes, habrían creído en ella – Triunfo final del Partido Liberal – Una gran demanda de biblias y folletos para México – Proveen las sociedades norteamericanas de biblias y publicaciones.

En 1857, comenzó en México una revolución en busca de libertad religiosa. Las partes involucradas eran el "Partido de la Iglesia" y el "Partido Liberal".[1] El primero, con los poderes eclesiástico, político,

[1] La guerra de Reforma fue más que una revolución en busca de libertad religiosa. Fue la guerra civil mexicana, la que enfrentó a liberales y conservadores y duró tres años, de enero de 1858 a diciembre de 1860. La guerra tuvo sus orígenes en la Constitución de 1857, la cual limitó el poder de la Iglesia católica y provocó una feroz reacción de los conservadores. Los liberales, encabezados por Benito Juárez, estaban convencidos de que el clero y el ejército, dos instituciones poderosas que prácticamente operaban fuera de la ley, debían sujetarse a las leyes civiles. El propósito era establecer un gobierno fuerte capaz de modernizar el país. Como en la guerra civil de los Estados Unidos, la lucha fue feroz y las muertes fueron cuantiosas. Los liberales finalmente dominaron militarmente, y Juárez pudo entrar en la Ciudad de México en enero de 1861. Los conservadores se rehusaron a aceptar su derrota y comenzaron a planear su retorno al poder. Esto los condujo a invitar a un monarca extranjero para venir y gobernar México, pavimentando el camino para la guerra de la Intervención francesa.

civil, militar y monetario de todo el país poseía ventajas que dejaban al Partido Liberal con poco prospecto de éxito. La justicia de la causa de los últimos parecía ser su única esperanza, y fue objeto de las más caras súplicas al Autor de la conciencia humana, que el poder divino se interpusiera a favor de esta nación, por tanto tiempo bajo un gobierno directamente opuesto a los mejores intereses de su gente, tanto temporales como espirituales. A ojos del hombre, la esperanza casi no podía sostenerse. Con Miramón,[2] uno de los generales mexicanos más capaces, encabezándolos, respaldados por el clero, rico en recursos, el partido de la Iglesia no carecía de poder mundano. Se dice que los curas eran los grandes banqueros de México, teniendo control total de todos los ingresos de la Iglesia, que eran inmensos.[3]

2 Miguel Miramón fue uno de los estrategas mexicanos más brillantes. Encabezó los ejércitos conservadores contra los liberales en la guerra de Reforma y, dadas sus victorias militares, fue nombrado presidente interino de México en 1859 a la edad de veintiocho años. Fue derrotado por el general liberal Jesús González Ortega en la batalla de Calpulalpan, la batalla decisiva de la guerra de Reforma, en diciembre de 1860. Con otros conservadores, Miramón apoyó el imperio de Maximiliano, y cuando los liberales triunfaron, él y otro general conservador, Tomás Mejía, fueron fusilados junto con Maximiliano en Querétaro, el 19 de junio de 1867, terminando así la guerra de Intervención francesa.

3 La creencia de que la Iglesia católica era una institución inmensamente rica fue alimentada por libros y periódicos en el periodo previo y durante la guerra México-Estados Unidos. Pinheiro dice: "Estos textos proveyeron la opinión que los norteamericanos, incluyendo los soldados, tenían de México". De hecho, la creencia de que la riqueza de la Iglesia era magna y podía robarse se volvió un poderoso motivante para muchos de los voluntarios estadounidenses en la guerra contra México. Creían que tendrían la oportunidad de cazar "jesuses de oro" que supuestamente estaban por todas partes para ser tomados durante el saqueo a iglesias. Ver John C. Pinheiro, "Extending the Light and Blessings of Our Purer Faith': Anti-Catholic Sentiment among American Soldiers in the U. S.-Mexican War", *Journal of Popular Culture*, vol. 35, otoño 2001, pp. 136, 138-139. El tema de las riquezas de la Iglesia ha sido estudiado por diversos investigadores. Jan Bazant admite que calcular esta riqueza no es cosa fácil porque no se halla disponible toda la información. No obstante, estima que el valor total de los activos del clero era alrededor de 100 millones de pesos, de un veinte a un veinticinco por ciento de la riqueza nacional. Jan Bazant, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875): aspectos económicos y sociales de la Revolución liberal*, 2a. ed. Colegio de México, México, 1977. Robert Knowlton asegura que la Iglesia católica "era el más rico propietario en México" y que "el ingreso de las propiedades sumaba millones cada año". Estima que la riqueza total de la Iglesia se hallaba entre 100 y 150 millones de pesos, y asegura que tal vez sea una estimación conservadora. Robert J. Knowlton, *Church Property and the Mexican Reform, 1856-1910*, Northern Illinois University Press, DeKalb, 1976, pp. 13-14, 225, 236-37.

Sin embargo, como "ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes", abrigamos la esperanza de que, al final, el bien prevaleciera en esta memorable lucha. Había hombres con capacidad probada en el Partido Liberal. Juárez,[4] con sus compatriotas, parecía decidido a acabar con el dominio eclesiástico, que como la plaga de Egipto había por mucho tiempo ensombrecido la tierra, y así establecer un gobierno más en armonía con los derechos del hombre y el espíritu de la civilización moderna.

Juárez buscaba construir un gobierno de la gente, por la gente y para la gente, y deseaba establecer el principio del sufragio directo de todos los ciudadanos en la elección de funcionarios de gobierno. La constitución, que incluye los principios de libertad de los mexicanos, se promulgó el 8 de febrero de 1857.[5] Aunque el clero fue derrotado en el campo de batalla y en el congreso, no se dio por vencido, sino que continuó su resistencia con determinación. Juárez, con fe en la gente, avanzó pese a todos los obstáculos, en busca del objetivo del que dependía la vida de toda la nación. Los eventos que transpiraban desde México me motivaron grandemente en la creencia de que la libertad religiosa prevalecería en esa tierra justa, y que yo podría llegar a plantar ahí mi pie con una Biblia abierta en mi

4 Benito Juárez, nació en Guelatao, Oaxaca, en 1806 cuando México aún se hallaba bajo el poder español. Estudió leyes e ingresó a la política, llegando a ser gobernador de Oaxaca y más tarde presidente de la Suprema Corte de Justicia. En esa instancia, y bajo la Constitución de 1857, reclamó para sí la presidencia en enero de 1858 cuando el presidente Ignacio Comonfort fue obligado a dejar el poder tras la revuelta militar que dio inicio a la guerra de Reforma. Cuando los conservadores tomaron el poder, Juárez huyó y finalmente estableció su gobierno en Veracruz, desde donde dirigió con éxito a los liberales hasta la victoria de diciembre de 1860. Tuvo poco tiempo para disfrutar su triunfo, pues los franceses, invitados por los derrotados conservadores, invadieron México y establecieron el imperio de Maximiliano. Juárez de nuevo recorrió el país, en una increíble odisea que lo llevó a Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez) en Chihuahua, en la frontera con los Estados Unidos, donde dirigió efectivamente la guerra contra los invasores. Su retorno triunfal al poder en 1867 le permitió finalmente gobernar durante un breve periodo de relativa calma hasta su muerte en 1872. Por su tenacidad y valor en defender a la nación, por su inmutable fidelidad a la Constitución, y por su objetivo fijo de establecer una nación progresista y moderna, Juárez es el héroe nacional más querido de México y su mayor símbolo histórico.

5 La fecha correcta de la promulgación fue el 5 de febrero de 1857.

mano. ¿Será posible, con frecuencia me exclamé a mí misma, que alguna vez se me permita seguir esos rayos de luz que han fluido secretamente hacia esa tierra oscura, y personalmente atestiguar los gloriosos resultados? Creía, sin duda alguna, que había allá muchos corazones que habían adoptado las benditas verdades del Evangelio, como se revela en la Palabra de Dios, y rezaban en silencio por ayuda adicional de un maestro de carne y hueso. Mi corazón con frecuencia palpitaba en jubilosa expectación, pero debí aún esperar en la fe y oración y seguir trabajando. Un extracto de una carta que le escribí a la AFCU dará una idea del avance del trabajo en esta época.



Benito Juárez
Tomado de: Ulick Ralph Burke, *A Life of Benito Juarez: Constitutional President of Mexico*, Remington and Company, Londres y Sidney, 1894. DeGolyer Library, Southern Methodist University, Dallas, Texas.

Yo digo:

Durante los últimos tres meses he vendido cincuenta copias de las Escrituras, varias *Historias de la Reforma*, de D'Aubigne, también seis mil páginas de otras lecturas evangélicas en México. Con frecuencia siento la verdad de estas palabras: "he dado una puerta

> abierta delante de ti, la cual ninguno puede cerrar; porque tienes un poco de potencia, y has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre".[6] Debemos sentirnos motivados mientras nuestras oportunidades de extender la verdad en México se agrandan. Tanto del poder papal se ha visto obligado a ceder ante la luz de la verdad divina, que bien podemos agradecer a Dios y armarnos de valor. Cada copia de las Sagradas Escrituras enviada a México reclama libertad religiosa. Donde se disemina la palabra de Dios, los cerrojos y barras que aprisionan el intelecto humano y la conciencia se abren. En la lucha desesperada, que ahora se libra en esa tierra, donde el papado ha tenido el supremo control por tanto tiempo, vemos el intenso deseo manifestado por los derechos inalienables que Dios ha conferido a todas sus criaturas inteligentes. Si ha llegado por completo el tiempo de Dios para la redención de México, no es seguro. Un día escuchamos sobre el triunfo de los liberales; al día siguiente, tal vez lo contrario. Aunque se retrase la victoria, la justicia y libertad triunfarán al final en total derrocamiento del error y los engaños de los curas.

Pese a mis brillantes esperanzas sobre ese país, una oscura sombra flotaba sobre mi hogar y trabajo. En septiembre de 1858, mi amada hermana, que había sido mi maestra asociada durante casi tres años, cayó de pronto enferma de fiebre amarilla. Mi dolor era muy intenso, aunque con abundantes esperanzas para ella, cuya muerte fue invencible. Sin embargo su muerte para mí, no sólo por su compañía, sino por la gran ayuda que me daba en mi trabajo, parecía casi irreparable. Pero la gracia de Dios resultó suficiente en esos días de severa aflicción, y yo fui capaz de continuar mi camino, bajo la consoladora seguridad de mi Divina Amistad. "Yo, estoy contigo todos los días".[7]

El año de 1859 estuvo marcado también por una experiencia que me puso a prueba. En agosto de ese año, me atacó la fiebre amarilla,[8]

[6] Apocalipsis 3:8.
[7] Mateo 28:20.
[8] Las epidemias, en especial de cólera y fiebre amarilla, devastaron a Texas en

y por un tiempo pareció que yo también tendría que tirar la armadura; y calladamente me resigné a morir, si ésa era la voluntad de mi Padre celestial; pero la pena y la ansiedad que manifestaron mis amigos mexicanos hicieron que me renacieran las ganas de vivir, así que le pedí a Dios que me reservara para hacer más servicios por su causa. La amable asistencia de esta gente me dio voluntad de vivir más, así fuera sólo para bien de ellos. Un incidente, deseo decirlo, que muestra una fase del carácter de la mujer mexicana, que, aunque no nueva para mí, puede servir para ilustrar a los que las conocen menos, que "de Nazaret puede haber algo bueno". Conectada con mi escuela había una familia de seis niños, que había hallado en mis recorridos entre los jacales mexicanos poco después de que fui a Brownsville; eran huérfanos, y los mantenían su abuela y dos tías. Como eran muy pobres, y dependían por completo de su trabajo diario para mantener a estos niños, yo cooperaba dándoles ropa y libros. Su superación y buena conducta me recompensaban ampliamente por todo lo que hice por ellos. La mañana tras de mi ataque de fiebre, tres o cuatro niñas vinieron a la escuela, y cuando se les informó que estaba enferma, pidieron permiso para venir a mi habitación. Se les concedió, y vinieron y estuvieron junto a mi cama, y parecían muy preocupadas. Luego fueron a casa, llorando, y solicitaron a su abuela (que era una enfermera con experiencia) que "fuera a cuidar a la señorita Rankin y no la dejara morir". La abuela vino de inmediato a mi casa, contó lo que las niñas le habían dicho, y ofreció cuidarme. Yo con gusto acepté su oferta, pues sólo tenia a dos muchachas en mi casa, y la enfermedad, en esos tiempos, reinaba por todo el pueblo, al punto que no podía uno apoyarse en amigos y vecinos. Esta mujer mexicana se quedó y me cuidó tan cariñosamente como una madre lo hubiese hecho, siguiendo con puntual precisión todas las órdenes

---

el siglo XIX. Chester Burns ha escrito que la gente de Galveston sufrió unos nueve ataques de fiebre amarilla entre 1839 y 1867. Sólo en uno de esos brotes, en 1853, fue afectado el 60 por ciento de la población y hubo 523 muertes. Ver Chester R. Burns, "Epidemic Diseases", *The Handbook of Texas Online*. http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/EE/sme1.html.

de mi médico, dejando de lado sus raíces y hierbas, remedios usados por los mexicanos en casos similares. Tras algunos días de constante cuidado, vino a mí una mañana, diciendo que había recibido una llamada para atender a tres fuereños que habían caído enfermos de la persistente fiebre, con la oferta de quince dólares al día, pues el caso era de lo más urgente. Yo le dije, ¿va a ir, verdad? y la apremié para que lo hiciera, pues conocía su necesidad de dinero. Ella dijo de la manera más enfática: "No la voy a dejar hasta que sepa que ya no está en peligro, para ir y cuidar a otros, aunque ellos me pagarían mucho. Pero", ella agregó, "tengo mucha gratitud en mi corazón por lo que usted ha hecho por mí y los míos, para aceptar cualquier pago por lo que he hecho por usted; no la voy a dejar", y no lo hizo, hasta que estuvo perfectamente convencida de que ya no necesitaba sus servicios.

Mi experiencia con los mexicanos ha demostrado que son gente amable, si se les trata con amabilidad. Puedo decir que nunca he encontrado amigos más firmes y mejores entre ninguna nación de personas que los que tengo entre algunos de los mexicanos. A muchos, demasiados, nunca cesaré de amar y respetar mientras haya vida.

La peste apenas había cesado su trabajo de devastación cuando nuevos peligros amenazaron Brownville. El nefasto Cortina[9] inició su

[9] Juan Nepomuceno Cortina fue una temible presencia en la región fronteriza durante casi dos décadas. Nacido en Camargo, Tamaulipas, en una familia aristocrática de terratenientes en el área de Brownsville, Cortina peleó por México en su guerra contra los Estados Unidos. A lo largo de la década de 1850 desarrolló un odio por los estadounidenses al ver a los abogados, jueces y políticos corruptos del sur de Texas expropiar tierras a los rancheros mexicanos. Hizo la guerra contra ellos durante el otoño de 1859, ocupando Brownsville brevemente antes de ser derrotado por una compañía de *rangers* de Texas en diciembre de ese año. Este episodio fue llamado la "Guerra de Cortina". En 1861 de nuevo cruzó la frontera y asaltó el pueblo de Carrizo en el condado de Zapata, pero fue derrotado por el capitán confederado Santos Benavides en la segunda Guerra de Cortina. Colaboró con Benito Juárez en la lucha contra los franceses durante la Intervención, y en varias ocasiones se declaró gobernador del estado de Tamaulipas. A principios de la década de 1870 se creía que regenteaba una banda de cuatreros que constantemente cruzaba a Texas para robar ganado. La presión de los comerciantes y ganaderos de Texas eventualmente forzó al gobierno mexicano a retirar a Cortina de la región fronteriza y detenerlo en la Ciudad de México, donde viviría hasta su muerte en 1894. Jerry Thompson, "Cortina, Juan Nepomuceno". *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/CC/fco73.html

carrera fuera de la ley en septiembre de ese año, la cual ha continuado en esa frontera, mediante lances de asesinato y robo, con incesante energía, hasta el presente. Cortina es norteamericano de nacimiento, y ha sido una especie de terrateniente en el lado texano del río Bravo. Se ha dicho que fue un ciudadano tranquilo e inofensivo, hasta que concibió la idea, justa o no, de que algunos de los estadounidenses de Brownsville le habían hecho una mala jugada con respecto a sus propiedades. Decidió, parece, quitarles la vida, porque como él dijo: "no podía obtener reparación de otro modo".[10] Las tropas estadounidenses, bajo las órdenes del general Twiggs,[11] habiendo sido retiradas de la frontera, prepararon el camino de Cortina para ejecutar su designio asesino. Reunió a unos sesenta mexicanos, con carácter como el suyo, y él con ellos, en la mañana del 28 de septiembre, entraron en el pueblo y anunciaron su llegada con la descarga de mosquetes, y tomando su posición en el centro del pueblo, proclamaron "mueran los estadounidenses". Procedieron a hacer el trabajo que anunciaron asesinando a varios ciudadanos prominentes. Sus víctimas ya estaban elegidas, y fueron a sus casas y les pidieron que vinieran, y cuando lo hicieron, sin sospechar, los mataron en presencia de sus familias.[12]

10 Rankin maquilla la historia. Cortina no era un "ciudadano tranquilo e inofensivo" antes de alzarse contra la población anglo. Era fuerte de carácter y se le había acusado de robar ganado en la década de 1850. En 1859 atestiguó que un oficial de la ley maltrataba brutalmente a un mexicano que había trabajado con él, y se encendió. Disparó contra el oficial e inició su guerra contra los anglos del sur de Texas.

11 El general David Emanuel Twiggs nació en el condado de Richmond, Georgia, en 1790. Luchó valientemente en la guerra México-Estados Unidos, recibiendo un reconocimiento por gallardía del Congreso norteamericano. Se le nombró comandante del departamento militar de Texas en 1857 y en ese puesto se hallaba cuando inició la Guerra de Cortina. Twiggs se hizo famoso durante la Crisis de la Secesión porque se negó a hacer la guerra a los texanos que habían roto con la Unión. Fue relevado de su puesto por el presidente James Buchanan en 1861. Poco después de haber sido nombrado comandante confederado de las fuerzas en Luisiana, Twiggs se enfermó y murió cerca de Augusta, Georgia, en 1862. David Paul Smith, "Twiggs, David Emanuel", The Handbook of Texas Online, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/TT/ftw3.html.

12 El asalto a Brownsville realizado por Juan Cortina es una historia bien conocida. Jerry Thompson provee un relato objetivo; menciona que Cortina y unos 75 invasores atacaron el pueblo al despertar la mañana del 28 de septiembre de 1859, con la intención de vengarse de varios residentes de Brownsville que habían maltra-



Juan N. Cortina, 1864
Fuente: Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, División de grabados y fotografías, LC-USZ62-119579

Tan pronto como fue posible, los ciudadanos se organizaron en grupo para defenderse; pero sólo pudieron hallarse como 150 hombres que fueran considerados confiables. Uno de los comerciantes tenía una cantidad de armas a la mano, así es que estuvieron tolerablemente bien equipados para la defensa. Cortina se atrincheró a poca distancia del pueblo, esperando su oportunidad para regresar y completar su trabajo de muerte. En poco tiempo fue reforzado con reclutas adicionales, de modo que sus efectivos superaban a los nuestros. Fue sólo por la más cuidadosa vigilancia y la intrepidez de los ciudadanos que

tado a los mexicanos. De acuerdo con Thompson, seis personas fueron asesinadas, de las cuales sólo tres eran anglos. Había una lista negra, pero la mayoría de la gente en la lista se las arregló para escapar: uno de ellos, el jefe de policía, al esconderse presuntamente en un horno. "Aunque la gente de Cortina requisó armas, municiones y licor y robó algunos caballos, nunca hubo en el asalto pillaje o violencia indiscriminada. De hecho, varias veces Cortina le dijo a los ciudadanos que no le tuvieran miedo; que había venido a Brownsville sólo a matar lo que él llamaba norteamericanos "malos". Jerry Thompson (ed.), *Fifty Miles and a Fight: Major Samuel Peter Heintzelman's Journal of Texas and the Cortina War*, Asociación Histórica del Estado de Texas, Austin, 1998, pp. 23-24.

esta banda asesina fue repelida. De noche y de día nuestros hombres debieron permanecer en constante guardia, hasta que quedaron casi exhaustos. Cortina se propuso cortar toda la comunicación, si bien con mucha dificultad un mensajero eludió su emboscada, y pudo llegar al capitolio para informar al gobernador del estado sobre nuestra peligrosa condición. De inmediato enviaron tropas a rescatarnos, y Cortina fue obligado a retroceder con su banda de forajidos.

Durante dos semanas tras el asalto de Cortina, permanecí en casa y continué con mi escuela, pues sabía que sus designios asesinos eran sólo para sus enemigos. Mientras tuviese su propia banda de hombres, bien instruidos sobre contra quienes cometer actos de violencia, no sentí la aprehensión de que algún daño fuese a ocurrirme. Pero cuando fue reforzado con forajidos de todas partes, me convencí de que yo estaría en peligro en caso de que pudieran entrar en el pueblo. Fui a Matamoros y permanecí allá tres o cuatro semanas.[13] Aunque invitada a quedarme con una familia estadounidense, preferí hospedarme con una mujer mexicana, a la que conocía considerablemente por haberle provisto con biblias, de vez en vez, para que las distribuyera en Matamoros. Esta mujer me visitó tras el primer ataque de Cortina y me invitó a su casa, así que cuando sentí que había verdadero peligro, acepté con gusto su ofrecida hospitalidad. Ella había provisto a muchos de sus amigos con libros, y mi estadía con ella me dio una oportunidad de comprobar su influencia. Quedé muy gratificada por encontrar entre ellos una evidente apreciación de la palabra de Dios. Muchos dijeron: "De haber conocido la Biblia antes, habríamos creído en ella".

También encontré una escuela, con unos treinta chicos, provista del Nuevo Testamento, que leían a diario. El maestro, que era un anciano mexicano, tenía una biblia, que había obtenido muchos años antes en un barco británico que atracó en un puerto mexicano.

[13] Ésta era una práctica común, muchos comerciantes tenían casas en ambos lados del río para que pudieran tener un refugio en caso de conflicto o peligro en cualquier lado.

Visité su escuela y él me expresó gran gratitud por proveerlo, de modo que pudo poner el libro bendito en manos de todos sus pupilos. Me dijo que había aprendido en la Biblia a deshacerse de ídolos y a confiar en Cristo para su salvación. La mujer mexicana me dijo que este hombre, al hablar de mí, estaba acostumbrado a llamarme "hermana" y me complació corresponder al apelativo reconociendo en él a un hermano en Cristo.

La idolatría de imágenes, me di cuenta, decrecía bajo la luz de la Verdad Divina. Un día escuché a dos mexicanas conversando de modo que indicaba que se había abatido su fe en los "santos", cuyas imágenes pendían de las paredes. Una mujer le dijo a la otra: "Qué tontería es que le recemos a esas cosas", señalando las imágenes, y agregó, de manera muy enfática: "¿Por qué lo hacemos?" La otra mujer respondió del mismo modo: "¿Por qué?" Una mujer, que llegué a conocer, me dijo que ella había quemado todas sus imágenes, pues no le daban ninguna ayuda en tiempos difíciles. Había perdido a su marido por muerte, y poco después, su único hijo, un adulto, yacía a punto de morir por la fiebre. Dijo que tenía varios santos importantes a los que se había acostumbrado a brindar sus devociones diarias, y por supuesto, acudía a ellos en busca de ayuda en este momento de angustia. Les ofreció todas sus propiedades, que eran considerables, para la Iglesia, si intercedían y salvaban a su amado hijo de la muerte. Pero, como ella dijo, "No le prestaron atención a mis penas, y dejaron que mi hijo muriera". En perfecto desprecio e indignación los rompió en pedazos y los echó al fuego, excepto a uno, con el que se quedó como recuerdo, por ser un regalo de boda de su difunto marido.

Muchos corazones en México, estuve segura, ansiaban una religión que satisficiera las necesidades de sus almas. Con cuánta frecuencia, durante esos años en que atestigüé esas aspiraciones por una fuente de consuelo más exaltada, grité en agonía del alma: "¿Hasta cuándo, oh Señor, hasta cuándo habrás de surgir y vengar la sangre de tus siervos, que fue derramada?" ¿Hasta cuándo las leyes humanas bloquearán la verdadera luz, que fue prevista para alumbrar cada

alma de nuestra raza caída, incluso las de los pobres y despreciados mexicanos? "¿Será quitada la presa al poderoso? o ¿será liberado el cautivo que sufre?"

Así dijo el Señor: "Cierto, la cautividad será quitada al valiente, y la presa del robusto será librada; y tu pleito yo lo pleitearé, y yo salvaré a tus hijos".

Cerca del final de 1859, una luz finalmente surgió tras la larga noche de oscuridad en México. El 25 de diciembre, Juárez y el Partido Liberal entraron en la capital. La noche anterior la habían abandonado Miramón y el remanente de su conquistado y completamente desmoralizado ejército.[14]

¿Acaso no era una brillante era en la historia mexicana? Había roto en pedazos "las puertas de bronce" y "desmenuzó los cerrojos de hierro", y ocho millones de almas arrojaron los grilletes del papado y emergieron hacia la libertad con la cual Dios libera a su gente. Las manifestaciones populares: el tañido de campanas y los disparos de cañón generalmente expresaban su gran alegría por la preciosa bendición de la libertad religiosa. Cuando el ruido de Matamoros llegó a mi oído, pensé que nunca había escuchado sonidos tan placenteros, y mi corazón palpitó con jubilosa expectación de que la Palabra de Dios ahora tendría libre el camino, podría correr y ser glorificada.

Inmediatamente llegaron hombres de Matamoros en busca de biblias y folletos, diciendo: "Ahora podemos distribuir libros protestantes sin riesgo, y le pagaremos por todo lo que usted nos pueda dar". Les proveí todo lo que pude, y escribí a las sociedades bíblicas y de publicaciones para que me enviaran más suministros.

---

[14] El ejército liberal entró en la Ciudad de México el 1 de enero de 1861, y Juárez entró en la capital diez días después. Michael C. Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 384.

CAPÍTULO XII

Escribí a la Sociedad Bíblica para solicitar un agente – El Rev. Sr. Thompson recibe el nombramiento – Va a México – Trae dos mexicanos a Brownsville, que se unen a la Iglesia Protestante – Primeros frutos – El trabajo se interrumpe por la guerra civil norteamericana – Deseosa de ir a Monterrey – Impedida por la Intervención francesa y la guerra civil – Se nombra al Rev. Sr. Hickey agente de la Sociedad Bíblica – Distribuye biblias por el país – La Intervención francesa amenaza el protestantismo – Maximiliano y Carlota – Fluctuaciones de Maximiliano – Locura de Carlota – El Papa se rehúsa a ayudar a Maximiliano – Se retiran las tropas francesas – Maximiliano es finalmente ejecutado – La libertad religiosa noblemente supera la tormenta.

Tras unos meses de constante demanda por la Biblia y otros libros evangélicos, llegué a la conclusión de que se requería un agente especial, y que se justificaría que la Sociedad Bíblica Norteamericana pusiera uno en este campo relegado y necesitado. Aunque lo sentí casi como un favor personal, decidí hacer la solicitud; y para asegurarme cuanto fuera posible de obtener el hombre que yo pensaba haría el trabajo aceptablemente, pues ya tenía algún conocimiento de los mexicanos y su idioma. El reverendo señor Thompson,[1] que la Iglesia Metodista episcopal había enviado al sur, para trabajar en el Valle del Río Grande, asintió a mi propuesta, y escribí al secretario para que lo asignara a trabajar en México. Tras un poco de retraso en lo que se hacían las

---

[1] Poco se sabe sobre B. P. Thompson, salvo lo que menciona Rankin. A su solicitud, la Sociedad Bíblica Norteamericana lo designó trabajador de tiempo completo en el norte de México, lo que le condujo a llevar biblias y testamentos al otro lado del río Bravo.

investigaciones necesarias de la información que envió el señor T. sobre su carácter e idoneidad, él recibió el puesto y comenzó con sus responsabilidades en octubre de 1860. Fue a México y, como yo lo esperaba, lo recibieron con gusto. Las autoridades le dijeron que podía predicar, instalar escuelas, construir iglesias, promover la Biblia y hacer cualquier cosa que beneficiara a la gente.

Fue hasta Monterrey y se dio cuenta de que la Biblia lo había precedido, y muchos la habían leído para ilustrarse. En Cadereyta, un sitio a cincuenta kilómetros de Monterrey, se topó con un hombre que, tan pronto lo vio, le preguntó: "¿Acaso es usted un maestro de Biblia? He soñado con un hombre de aspecto como el suyo; sabía que en algún sitio había un maestro de carne y hueso de ese libro". El señor Thompson vio que este hombre conocía bien las escrituras. Me escribió, era raro encontrar en la comunidad protestante un hombre que conociera mejor la Palabra de Dios que este mexicano. Comprendía esos pasajes que nosotros creemos que se aplican a la Iglesia de Roma; había desechado todo el sistema papal; y abrazaba la religión de la Biblia, y dio evidencia de verdaderamente haber "nacido de nuevo". Cuando el señor Thompson regresó a Brownsville en marzo de 1861, este hombre y su hijo mayor vinieron con él, y, tras examinarlos, los recibimos en una iglesia protestante. Fueron los primeros mexicanos que se atrevieron a venir y públicamente confesar la fe protestante.[2] Tras comprobar el hecho de que un mexicano podía ser otra cosa que un católico, otros lo siguieron; y fue una inexplicable satisfacción dar la mano derecha de camaradería cristiana a gente de una nación que se había considerado más allá del alcance de una cristiandad pura. De hecho, me regocijé,

2 Rankin está exagerando o tal vez esté mal informada. Los predicadores itinerantes habían distribuido biblias protestantes en español desde inicios de la década de 1830, lo que tal vez condujo a unas cuantas conversiones de mexicanos. Además, se sabe que unos cuantos que abiertamente se declararon presbiterianos mexicanos de Cumberland se congregaban en San Augustine cerca de Nacogdoches a finales de la década de 1840. Ver *Texas Presbyterian*, 11 de septiembre de 1847; Richard Overton Watkins, "Rev. Richard Overton Watkins, Kemp, Texas. 1876?" (manuscrito inédito), 1877, pp. 6-7.

creyendo que estos primeros frutos eran una señal de la cosecha que la fe me había conminado a esperar, y no tuve dudas de que muchas más almas preciosas serían removidas de esos dominios oscuros de error y superstición y llevadas al verdadero rebaño de Cristo.

El señor Thompson continuó sus labores con esperanza de éxito hasta que la guerra civil en los Estados Unidos evitó que tuviésemos comunicación con el norte. Todos los puertos sureños estaban bloqueados, y entre ellos el puerto de Brazos, y no pudimos obtener más biblias de Nueva York. El señor Thompson vino a Brownsville, y tras esperar un tiempo para que cambiaran los vientos, finalmente decidió dejar el trabajo y regresar a Texas.

Parecía que el trabajo bíblico en México se había topado con un repentino obstáculo, sin embargo aún confiaba yo en el mismo Brazo derecho, que se había hasta ahora interpuesto para ayudar a las millones de almas moribundas de ese infortunado país. No confié en vano, pues unos pocos meses después se abrió un puerto del lado mexicano del río Bravo,[3] y otra vez nos pudimos comunicar con la Sociedad Bíblica de Nueva York. Como al mismo tiempo, el Rev. James Hickey,[4] *colporteur* de la Sociedad Norteamericana

[3] Ese puerto provisional era el de Bagdad, que sirvió al puerto principal de Matamoros, que se encontraba río arriba por el Río Bravo. Ubicado en el río Bravo al otro lado de Brownsville, Matamoros se convirtió en puerto por decreto mexicano en 1826 y rápidamente se desarrolló como el principal conducto de comercio entre el noreste mexicano, los Estados Unidos y Europa. Fue de crucial importancia para la Confederación durante la guerra civil porque, como puerto mexicano, no podía ser bloqueado por la naval de la Unión. Así, buena parte de las exportaciones de algodón y las importaciones de material bélico y otros bienes requeridos por el Sur pasaban por Matamoros. Para manejar el alto volumen de comercio, el puerto de Bagdad se creó en la desembocadura del río Bravo. Los dos puertos trabajaron en conjunto para mantener una puerta abierta para el Sur a lo largo de la guerra. El auge comercial trajo prosperidad sin paralelo a Matamoros durante el breve periodo de la guerra civil.

[4] A James Hickey, cuya biografía se provee de manera sucinta en la introducción, nota 28, lo adoraba mucha gente del noreste de México, donde se le conocía cariñosamente como "don Santiago". Debido a sus modales y evidente amor por sus prójimos, su breve trabajo en México dejó una impresión duradera. Un fragmento de una carta escrita por uno de sus admiradores refleja esto. Walter Scott escribió: "Casi no hay casa, mansión o choza, en esta frontera que Hickey no haya visitado; muchas fueron las privaciones que sufrió, el calor, el frío, hambre y sed, y a pesar de todo viajó en su caballo con sus 65 años como si fuera un muchacho de veinte,

de Publicaciones para Texas, bajo acusaciones de ser un "hombre de la Unión", fue obligado a huir a México para preservar su vida, como todas las personas en el sur tuvieron que hacerlo en ese entonces, que eran leales al gobierno de los Estados Unidos. El señor Hickey fue a Matamoros, y viendo ahí el buen trabajo en progreso, participó con mucho entusiasmo. Vino a Brownsville y le proveí biblias, y él no sólo hacía circular la Palabra, también la predicaba, con todo su poder salvador. Habiendo adquirido conocimiento del idioma español en Texas occidental, pudo predicar comprensivamente a la gente. Al ver su celo y adaptación al trabajo, con su consentimiento escribí a la Sociedad Bíblica para que lo nombraran agente para México.[5] A consecuencia de la irregularidad del correo, el señor H. no recibió su nombramiento hasta el verano de 1863. Sin embargo, había ido a Monterrey previendo que la Sociedad Bíblica lo aceptaría, y encontró un promisorio campo de labor. Reunió una congregación de mexicanos y pronto bautizó a varios, quienes dieron evidencia de la conversión. En Cadereyta también encontró a algunos que evidentemente habían aceptado la verdad en el amor por ella, leyendo solos la Biblia. Una mexicana dijo, había estado buscando, mediante la más estricta observancia de todos los requerimientos de la Iglesia católica, consuelo para su alma; pero nunca lo halló, hasta que leyó, en el Nuevo Testamento de Cristo y su salvación; y esto ocurrió antes de que llegara ahí algún maestro protestante.

---

recorriendo sesenta u ochenta kilómetros al día bajo un sol quemante". Citado en Thomas M. Westrup, *Principios: Relato de la introducción del Evangelio en México*, ed. Enrique Tomás Westrup, Monterrey, 1948, pp. 14, 16-17.

[5] Es la versión de Rankin de cómo Hickey fue a México. Westrup ofrece una versión distinta. Dice que invitó personalmente a Hickey a Monterrey después de que un abolicionista inglés llamado Butler le habló de él. Según Westrup, Hickey arribó a Monterrey en noviembre de 1862 con su esposa, Olivia. Westrup también contradice a Rankin cuando ella dice que obtuvo el puesto de Hickey como agente de la Sociedad Bíblica Norteamericana, diciendo que esto lo hizo Hickey por iniciativa propia. El nombramiento llegó en febrero de 1863, pero debido a la interrupción del correo, Hickey no se enteró hasta agosto de ese año. Thomas M. Westrup, *op. cit.*, pp. 4, 14, 30.

Como los deberes legítimos del señor Hickey eran, de acuerdo con las reglas de la Sociedad Bíblica, la distribución y venta de escrituras, no permaneció mucho tiempo en Monterrey, sino que puso ahí el trabajo en manos de uno de los conversos* y salió a diseminar la transmisión de la Palabra de Vida sobre el territorio circundante. La avidez con que muchos recibieron la Biblia de sus manos fue en verdad motivante.

Debí ir a Monterrey de inmediato cuando se proclamó la libertad religiosa, pero diversas cosas me retuvieron. No pude conseguir una persona adecuada a quien pudiese encargarle el seminario de Brownsville, y dudé en partir hasta que pudiera hacerlo. Las dificultades que surgieron de la Intervención francesa en México,[6] tam-

---

* Nota de Rankin: Thomas Westrup, un joven inglés, convertido por la intervención del señor H.

[6] Luego de que Benito Juárez y los liberales volvieron al poder en 1860, el nuevo gobierno se tambaleó en el borde de la bancarrota. El régimen suspendió todos los pagos de deuda externa, lo que provocó una violenta reacción de tres naciones europeas: Gran Bretaña, España y Francia. Estos paises decidieron invadir México para forzar el pago de la deuda Una vez en tierras mexicanas, los británicos y españoles aceptaron la promesa del gobierno de Juárez de pagar tan pronto como fuera posible, pero Francia, que abrigaba sueños de expandir su imperio colonial, continuó con sus planes de invasión. El ejército francés se enfrentó primero a una derrota en la batalla de Puebla, el 5 de mayo de 1862, pero regresó fortalecido para ocupar la capital mexicana al año siguiente. Parte de la estrategia del gobernante francés, Napoleón III, consistía en establecer un gobierno de paja encabezado por el archiduque Maximiliano, de Austria. El joven príncipe Habsburgo y su tenaz esposa, Carlota, aceptaron el ofrecimiento que les hicieron los conservadores mexicanos y la promesa de apoyo por parte de Napoleón III con la creencia de que podrían gobernar con autonomia y ayudar a modernizar México con una monarquía ilustrada. Al arribar a México en abril de 1864, Maximiliano y Carlota descubrieron que la empresa no seria fácil. Benito Juárez encabezaba la resistencia contra la Intervención francesa y el imperio de Maximiliano, llevando su gobierno al interior de México, manteniéndose a distancia de las tropas francesas en avance, ganando tiempo y organizando una efectiva y mortífera guerra de guerrillas que comenzó a diezmar a los invasores. Maximiliano también encontró resistencia entre los conservadores, especialmente la Iglesia católica, por su apoyo a las leyes liberales de la Reforma, a las que se oponía el clero. Estas consideraciones, más la presión de los Estados Unidos sobre el gobierno francés para que retirara sus tropas de México, propiciaron serias complicaciones para Maximiliano. Cuando Napoleón decidió sacar su ejército de México en noviembre de 1866, el destino del emperador quedó sellado. Mientras Carlota viajaba a Europa para persuadir a Napoleón de cambiar de opinión, Maximiliano marchó a Querétaro, al norte de la Ciudad de México, para encabezar las tropas imperiales de 8 mil efectivos. Pronto

bién volvieron imposibles las condiciones para partir; pues hubo un tiempo en que el protestantismo parecía peligrosamente amenazado. Tras la ocupación de México por parte de los liberales, Miramón y otros líderes del partido de la Iglesia, fueron a Francia y relataron que el país se había deshecho de toda restricción, y estaba en un estado de completa anarquía, y que, a menos que un poder interviniese, se iría a la completa ruina.[7] Napoleón III concibió que esta noticia pudiera servir como pretexto para apoderarse de México, y, como en los Estados Unidos prevalecía una guerra civil, razonablemente supuso que el gobierno norteamericano no le estorbaria.

Decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba de establecer un imperio en México, y le propuso a Maximiliano que fuera y ocupara el trono imperial. Al principio Maximiliano tuvo objeciones; se rehusó en base a razones muy satisfactorias para sí mismo. Pero Carlota, siendo una incondicional católica, concibió que la propuesta hecha a su marido para ir a México "era una llamada del cielo para ir y restaurar la Iglesia caída". Maximiliano fue finalmente convencido de venir a México, y, así se cree, con el propósito de beneficiar al país y a su gente. Evidentemente, fue muy engañado tanto por Napoleón como por los representantes mexicanos. Los verdaderos hechos del caso no pueden presentarse

se vio sitiado por 40 mil juaristas. Tras su captura, una corte militar lo sentenció a muerte, y Maximiliano fue ejecutado el 19 de junio de 1867. Fue la última ocasión en que un poder europeo utilizaría la fuerza contra México. Para más información, ver Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, Colegio de México, El Colegio de México, México, 2000, pp. 608-31; Douglas W. Richmond, *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change* Prentice Hall, Upper Saddle River, N. J., 2002, pp. 174-81; Michael C. Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987, pp. 385-401.

7 Es cierto que Miguel Miramón se oponía al gobierno liberal, y que pudo desear alguna forma de intervención europea, pero inicialmente no apoyaba la idea de invitar a un monarca europeo para gobernar México. Argumentó que habría poco apoyo para el proyecto en el país. Otros conservadores, como José María Gutiérrez de Estrada y José Hidalgo, fueron quienes gestionaron la intervención europea en México. José Manuel Villalpando César, *Maximiliano*, Clío, México, 1999, p. 90.

mejor que utilizando las palabras precisas de Abbe Domenech,[8] capellán francés, que llegó a México con Maximiliano. Él dice:

> Todo fue un engaño. Tristemente, había muchas partes interesadas. Sin embargo, fuera como fuera, nos engañaron por todos lados, y nos vimos apremiados, si bien no por un sentimiento caballeroso como el que nos condujo a tomar las armas por los cristianos de Siria y por la independencia de los italianos, al menos por un sentimiento de alta política, a que Francia interviniera en México, y sustituyera, a favor del archiduque Maximiliano, un régimen republicano por una monarquía.

Pero resultó un fracaso.[9]

La falsedad de los informes de Miramón[10] y lo absurdo de las concepciones de Carlota quedaron plenamente demostrados cuando Maximiliano, al arribar, encontró a la gran mayoría de los mexicanos opuestos a una intervención extranjera, y también al reestablecimiento del partido clerical. Aunque aún existían remanentes de ese partido en México, ya era cosa de una minoría. Y cuando Maximiliano, instigado por el Papa,[11] exigió que se devolvieran a la Iglesia las inmensas riquezas que una vez le pertenecieron, resultó que los libera-

---

[8] Probablemente el primer cura católico ordenado en Texas, Emmanuel Henri D. Domenech, nació en 1825 en Francia. Lo reclutó el obispo Jean Marie Odin y viajó a los Estados Unidos en 1846. Se ordenó en 1848, tras lo cual predicó en varios lugares de Texas hasta 1852, cuando, debido a su precaria salud, volvió a Francia. Sus experiencias se relatan en el libro *Missionary Adventures in Texas and Mexico*, publicado en inglés en 1858. El libro es un importante recuento de primera mano de la vida en la frontera texana a finales de la década de 1840. Domenech acompañó al ejército francés a México en 1864 y participó en la guerra de intervención como secretario de prensa de Maximiliano. De vuelta en Francia, en 1868, publicó un trabajo de tres tomos sobre México, que también incluye datos históricos sobre Texas. Murió en 1903 en su tierra natal. Ann Lozano, "Domenech, Emmanuel Henri Dieudonné", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/DD/fdo9.html.

[9] El imperio de Maximiliano fracasó por diversas razones. Ver nota 6, arriba.

[10] El papel de Miramón se aclara en el capítulo II, nota 2, y en la nota 7, arriba.

[11] Se refiere a Pío IX, que ocupó el papado de 1846 a 1878.

les tenían tan absoluta posesión de ellas que se descartaba cualquier esperanza de recuperarlas. Una complicación de dificultades acosó a Maximiliano, sin embargo él perseveró por sobre todas. Prohibió la religión protestante,[12] y durante un tiempo el señor Hickey no pudo continuar con su trabajo. Pero la gente estaba decidida a resistir el poder reinante, y el emperador, dándose cuenta de que la gran mayoría de la gente estaba a favor de la libertad religiosa, decidió pasarse a ese lado, esperando que tal vez, al hacerlo, ganaría sus simpatías hacia el imperio que vanamente trataba de establecer. Pero se dio cuenta que ya no estaban dispuestos a volverse súbditos de su reino imperial ni someterse al despotismo religioso. Miramón y otros, que habían sido sus amigos, lo abandonaron y dejaron el país.[13]

El Papa hizo contra él todas las denuncias de que es capaz su infalible personaje, pero Maximiliano se mantuvo firme, atreviéndose a responderle que "creía que la tolerancia a todas las religiones, que no estuviesen contra la moral y la civilización, era esencial para la prosperidad de cualquier país". Éste fue un punto brillante de la carrera de Maximiliano en México, y siempre lo recordaré con agradecido aprecio por la firme defensa de esos principios de los que dependía el bienestar de México.

---

12 Maximiliano no prohibió la religión protestante, como dice Rankin. De acuerdo con el historiador Jasper Ridley: "Maximiliano expidió un decreto el 27 de diciembre de 1864... en el que declaró que la religión católica romana era la única oficial del imperio mexicano, pero que todas las otras sectas tendrían tolerancia religiosa, y que la confiscación y venta de las tierras de la Iglesia llevada a cabo por el gobierno de Juárez se reconocía como válida". Jasper Ridley, *Maximilian and Juárez*, Constable, Londres, 1993, p. 179-80. Meyer y Sherman declaran que Maximiliano era un masón que simpatizaba con las leyes de Reforma, que habían molestado profundamente a la Iglesia católica. Dicen que incluso imponía préstamos forzosos contra la Iglesia cuando requería fondos. Ver Michael C. Meyer y William L. Sherman, *op. cit.*, p. 395.

13 Miramón no desertó. De hecho, fue enviado por el emperador a Berlín para que estudiara tácticas prusianas de artillería. Esto fue considerado una especie de exilio forzado, pues Maximiliano, que intentaba ganarse a los liberales, no quería un conservador tan importante cerca de su gobierno. Miramón volvió a México en otoño de 1866, peleó y murió junto al emperador en junio del año siguiente. José Manuel Villalpando César, *op. cit.*, pp. 176, 212.

Pero la situación del emperador Maximiliano estaba lejos de ser placentera. Con enemigos dentro y rivales fuera, navegaba en un mar de problemas. Napoleón, quien había sido quien lo puso en esa situación, de pronto anunció su intención de retirar las tropas francesas de México, aduciendo que el imperio estaba tan bien establecido que la ayuda extranjera ya no era necesaria. Que de veras abrigara esta idea absurda es dudoso en extremo, pues la realidad contradecía por completo esta suposición. Es más probable que el temor de los Estados Unidos lo llevara a retirar sus tropas, pues nuestro gobierno ya había superado sus propias dificultades y era capaz de encargarse de las de sus vecinos. Hubo demostraciones claramente manifiestas de que los Estados Unidos no permitiría el establecimiento permanente de un gobierno monárquico en este continente, y Napoleón no tenía muchas ganas de caer en su poder, ya distinguido por combates victoriosos contra poderosos enemigos.[14]



Maximiliano y Carlota
Fuente: Nettie Lee Benson Latin American Collection. University of Texas Libraries. University of Texas at Austin.

[14] Diversos factores condujeron al retiro de las tropas francesas. Ver nota 6.

Carlota, con instinto femenino, viendo las fatales consecuencias a los intereses del imperio si dejaba de ser apoyado por bayonetas extranjeras, viajó a Francia, y rogó a Napoleón que se abstuviera de su amenazante propósito. Al no prevalecer con él, fue al Vaticano, e imploró al Santo Padre para que ejerciera su poder en favor del alicaído imperio. El Papa, aún herido, sin duda, por la arrogancia de Maximiliano al oponerse a sus pontificias órdenes en relación a asuntos para los cuales México tenía importancia para él, puso oídos sordos a sus ruegos.

Esta negativa causó la destrucción de la razón de la encantadora Carlota. Su cerebro recibió un golpe fatal, y la sacaron del Vaticano convertida en una maniaca sin remedio. Como podría esperarse, cuando las tropas francesas salieron de México, Maximiliano quedó sin apoyo alguno. ¿Y por qué no se marchó con el ejército en retirada? Siempre será motivo de gran tristeza que no saliera de México en ese momento; pues aunque su fama pudo haberse manchado por un intento fracasado de establecer un trono imperial, al hacerlo, se habría guardado para sus amigos y su país por más tiempo.

Sin embargo se quedó y fue de nuevo engañado por Miramón y otros, quien, en esta coyuntura, volvió a México. Ellos le dijeron que una inmensa riqueza estaba aún en manos del partido clerical, y Maximiliano acabó por creer que había suficiente poder para sostenerlo como líder del imperio. Al aceptar el apoyo del partido clerical, abjuró los principios que tan valientemente había declarado a favor de la libertad religiosa. Fue una oscura mancha en su integridad y honor. Tal vez su desesperación lo forzó a aceptar el plan. En su primer intento por llevarlo a ejecución, cayó en una trampa fatal, y, con Miramón y Mejía,[15] expió, con una muerte

[15] Tomás Mejía fue un general conservador que se distinguió en la guerra Méxi-

ignominiosa, el malvado designio de esclavizar de nuevo a los millones de mexicanos bajo el dominio papal.

Nadie puede dejar de lamentar el sacrificio de la vida de este hombre de buen corazón y mala cabeza, ni deplorar la ruina mental de la "pobre Carlota", quien aún vive: un monumento de la ambición decepcionada.

Este gran sacrificio puede rastrearse claramente hasta el necio designio de Napoleón, quien montó la traicionera trampa que llevó a dos inocentes víctimas a la ruina.[16] Pero como ya pasó a un tribunal más alto, el juicio humano debe dejarlo ahí. Sin embargo, la libertad religiosa se sobrepuso a la tormenta, superando las conjuras y contraconjuras de los más potentes enemigos, y México presentó el mismo aspecto esperanzador para el trabajo misionero que antes.

co-Estados Unidos. Mejía más tarde peleó contra Benito Juárez y los liberales en la guerra de Reforma y fue uno de los generales de Maximiliano durante la Intervención francesa. Fue ejecutado con Maximiliano y Miguel Miramón en junio de 1867.

16 Rankin culpa a Napoleón por el destino de Maximillano, pero el asunto fue más complejo (ver nota 6).

CAPÍTULO XIII

Forzada a dejar mi seminario – Un ministro presbiteriano exige las llaves – Razones dadas – No soy partidaria de la Confederación sureña – Fui a Matamoros – Feliz de estar en suelo mexicano – A los seis meses tuve que entregar mi casa – Obligada a partir – Resolví ir a los Estados Unidos – Retrasada en Bagdad – No hay habitación en el hotel – Alojada en una goleta – Los rebeldes asesinaron a uno de nuestro grupo – Salida de Bagdad – Bajo las barras y las estrellas – Me ruegan que me quede en Nueva Orleáns.

Mientras estos eventos ocurrían en México, yo tenía experiencias variadas, si bien enriquecedoras, en la frontera. En septiembre de 1862 me obligaron a dejar mi seminario y trabajo en Brownsville, mediante las órdenes más perentorias. Un ministro presbiteriano me envió las órdenes por escrito, diciendo que estaba autorizado a ordenarme que abandonara el edificio y le entregara a él las llaves.

Le respondí que deseaba retener el seminario por los propósitos por los cuales lo fundé –o sea, la educación de niñas mexicanas– y formulé la pregunta: "¿Por qué quiere que lo abandone?" Él respondió, en una declaración escrita: "Usted no es partidaria de la Confederación sureña, y a ningún maestro, salvo a éstos, puede permitírsele ocupar dicha institución;" también, "usted está en comunicación con un país llamado Estados Unidos".[1] De nuevo

[1] La mayoría de los presbiterianos —de la "vieja escuela" o de Cumberland— simpatizaban con los confederados. Sin embargo Rankin, tal vez por sus orígenes y crianza en Nueva Hampshire, se oponía a la esclavitud y continuó siendo una fuerte partidaria de la Unión. Para una exposición de los argumentos utilizados por los esclavistas y los antiesclavistas dentro de las distintas denominaciones protestantes, y el modo en que este asunto dividió las iglesias, la mayoría de ellas hasta bien

protesté y continué ocupando el edificio que había procurado con tan inmensa cantidad de labor y sacrificio hasta que otra orden por escrito* llegó anunciando que era la "tercera y última", con el evidente significado de que se usaría la violencia si no dejaba voluntariamente las instalaciones.

En vez de ser echada por la fuerza militar, lo que sin duda este hombre solicitaría, escribí una respuesta que, en obediencia a su orden, dejaba el edificio y todas sus responsabilidades en sus manos, y que a él lo dejaba en manos de Él, que ha dicho: "Justicia y juicio son el asiento de mi trono".[2]



Matamoros durante la guerra civil de Estados Unidos
Fuente: Brownsville Historical Association.

Con la ayuda de amigos pude ir a Matamoros, con mis libros, muebles, etc., aunque el ministro rebelde fue con el oficial confederado y lo apremió para que confiscara todas mis posesiones. El oficial me informó esto él mismo; y aunque era un católico

entrado el siglo XX, ver Edwin S. Gaustad y Leigh E. Schmidt, *The Religious History of America*, ed. rev., Harper San Francisco, San Francisco, 2002, pp. 190-195.

* Nota de Rankin: Aún conservo los documentos.

2 Salmos 89:14.

romano, me contó que le dijo a mi amigo protestante que ya era suficiente tragedia para un hombre estar afligido con los horrores de la guerra, y que él no tenía corazón para arrebatarle a una mujer sus artículos necesarios de mobiliario.

Pude hacerme de una casa, y abrí una escuela en Matamoros, y estuve sumamente feliz al hacerme cargo de verdaderos trabajos para los mexicanos en tierra mexicana. Ésta era la época de las dificultades que prevalecían en México, y no creí que fuese prudente ir más al sur del país. Permanecí en Matamoros hasta marzo de 1863, cuando ya no pude tener casa bajo ninguna circunstancia. La gran cantidad de bienes que pasaban por Bagdad, el nuevo puerto que se había abierto para dar servicio a la Confederación sureña, se almacenaban en Matamoros, y cada edificio disponible se requería con ese propósito. No era poco frecuente el caso de que hubiese cien embarcaciones atracadas; no sólo descargaban bienes, también recibían grandes cantidades de algodón para puertos extranjeros.[3] Dados los problemas que prevalecían en ambos países, creí que lo mejor era descontinuar cualquier trabajo en México hasta que las aguas se tranquilizaran. Decidí ir a Nueva Orleáns, que entonces se hallaba ocupada por los federales, y proceder al norte. Un transporte de los Estados Unidos fue enviado de Nueva Orleáns para llevar refugiados que hubiesen huido del sur por el riesgo que corrían sus vidas, y estuviesen esperando en Matamoros

---

3 El voluminoso comercio que fluyó por Matamoros y Bagdad durante la guerra civil se mencionó en una nota previa (capítulo 12, nota 3). Para una mayor descripción, ver Annie Cowling, "The Civil War on the Lower Rio Grande Valley", tesis de maestría, Universidad de Texas en Austin, 1926; LeRoy P. Graf, "The Economic History of the Lower Rio Grande Valley, 1820-1875" tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1942; Robert W. Delaney, "Matamoros: Port of Texas during the Civil War", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 58, abril de 1955; James Arthur Irby, "Line of the Rio Grande: War and Trade on the Confederate Frontier, 1861-1865", tesis doctoral, Universidad de Georgia, 1969. Una compilación de éstos y otros trabajos sobre el comercio durante la guerra civil puede hallarse en Mario Cerutti y Miguel Ángel González Quiroga (eds.), *Frontera e historia económica: Texas y el norte de México, 1850-1865*, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993.

una oportunidad para volver a los Estados Unidos.[4] Abordé, y con mis dos sobrinas,[5] y otras dos familias que nos acompañaban, fui a Bagdad, donde yacía la embarcación. Un muy complicado banco de arena obstruía la entrada, y justo antes de que llegáramos, otro "norte" surgió, el cual volvió tan complicado el banco que nos fue imposible cruzar; en consecuencia nos vimos obligados a buscar refugio en Bagdad hasta que el temporal cesara.

Era de noche cuando arribamos, y fuimos de inmediato a un sitio llamado hotel. Los propietarios nos informaron que no nos podían dar habitación y salimos y estuvimos afuera, sin tener idea de qué hacer. Entendimos la razón por la que no se nos permitió quedarnos en el hotel, pues era bien sabido que Bagdad se había establecido especialmente para los rebeldes, y era famosa por su arraigado odio contra los "yanquis", como le llamaban entonces a la gente de la Unión.

Mientras estábamos ahí afuera, expuestos a los inhóspitos vientos del "norte" mexicano, un joven pasó, y amablemente nos invitó a abordar una pequeña goleta que yacía dentro del banco de arena. El joven, que era un novoescocés, dijo que escuchó la negativa de los encargados del hotel, y pensó: "¿Qué tal si mi madre y mis hermanas estuvieran en la misma situación?" y el pensamiento lo impulsó a ofrecernos el hospedaje del que era capaz.

---

4 La cantidad de refugiados de la Unión que escaparon de Texas es imposible de cuantificar. Claude Elliot estima que alrededor de dos tercios de los texanos eran unionistas o neutrales: "Los caminos que conducían fuera de San Antonio, particularmente a Monterrey y Matamoros, se atascaron con unionistas poco antes de que el ruido de la batalla se escuchara". Claude Elliot, "Union Sentiment in Texas, 1861-1865", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 50, abril de 1947, pp. 450, 459. Algunos de los refugiados viajaron al interior de México, pero muchos se quedaron en Matamoros, en espera de una oportunidad para ir a Nueva Orleáns. L. Pierce al Departamento de Estado, 30 de abril de 1863 y mayor general J. Herron al Departamento de Estado, 2 de febrero de 1864, Despachos consulares, Matamoros, 1826-1906, Registros del Departamento de Estado de los Estados Unidos, Grupo de Registros 59, Archivos Nacionales, Estados Unidos (en adelante citados como AN DC, Matamoros), microfilme, carrete 4.

5 Eran las hijas de su hermana, Harriet Kimball, que había muerto durante una epidemia de fiebre amarilla en 1858. Ver capítulo 11.

Muy agradecidos, aceptamos su invitación, y lo acompañamos a la goleta; si bien hallamos poco espacio para nuestro grupo, que consistía de ocho personas. Apenas podíamos mantenernos erguidos, y en cuanto a nuestros aposentos, barriles, cajas y cosas así constituían nuestras camas. Pasamos la noche muy divertidos, en nuestros crudos intentos de descansar. Llegó la mañana, y en nuestros intentos por desayunar, hallamos que los rebeldes estaban determinados a no dejar que los "yanquis" tuviesen algo para comer. Sin embargo, mediante una estrategia, nuestros amigos de la goleta pudieron obtener algo que parecía a un desayuno.

El banco de arena continuaba escabroso, y nos vimos obligados a permanecer, e hicimos varios intentos fútiles durante el día para procurarnos habitaciones más cómodas; pero finalmente nos vimos obligados a permanecer otra noche en la goleta. Al día siguiente, el propietario de una mayor goleta, al saber de nuestra situación, nos ofreció abordar su embarcación, diciéndonos que podíamos ocupar la bodega. Era un hombre del norte, pero que obtenía dinero de los confederados, y no quería poner en riesgo su lucrativo negocio si se sabía que él manifestaba cualquier favor hacia la gente de la Unión. Aceptamos su invitación, y tomamos posesión de nuestro nuevo alojamiento, que el propietario había de algún modo preparado al barrerlo, aunque no lo "adornó".

Nuestro mobiliario consistía de una pequeña pila de madera, una paca de algodón, y algunas cuerdas y velas. Esto último nos sirvió como aposentos, que no fueron las más cómodas camas que han existido, y sin embargo nos sentimos agradecidos incluso por este alojamiento. Permanecimos nueve días en estas condiciones; el dueño de la embarcación nos proporcionaba alimento, y nos trataba tan bien como lo permitían las circunstancias. De hecho, siempre tendré un recuerdo agradecido de la amabilidad y hospitalidad de este hombre.

Nuestra estadía se prolongó por un acto altamente escandaloso de los rebeldes contra algunos de los nuestros que esperaban

cruzar para ser transportados. Una banda de rebeldes, encabezada por un importante oficial confederado, llegó al lado mexicano del río Bravo durante la noche, y tomó a dos hombres importantes de la Unión, los ató, y se los llevó al otro lado del río al campo de los rebeldes. Estos dos hombres eran refugiados de Texas: uno era el juez Davis, ex gobernador de Texas, y el otro, el capitán Montgomery,[6] quien se vio obligado a huir, dejando a una esposa y varios hijos en Texas. Estos hombres fueron llevados de inmediato a Brownsville, y como a medio camino el capitán Montgomery fue ahorcado, decapitado, y su cabeza se llevó a Brownsville como trofeo. Al juez Davis lo dejaron en el campamento, cerca del pueblo, tal vez para sacrificarlo después. Entretanto, llegó información a Matamoros sobre el agravio cometido en territorio mexicano, y el agravio fue de carácter más injurioso por el hecho de que al juez Davis lo habían sacado de la casa de un importante funcionario del gobierno mexicano, donde se había instalado en busca de protección. El gobernador, excesivamente furioso, exigió que devolvieran a los hombres o detendría de inmediato todo el transporte de bienes por el río Bravo. Su amenaza fue atendida, y el juez Davis fue devuelto, pero el capitán Montgomery ya había sido víctima de

6 Rankin se refiere a un incidente que involucró a Edmund J. Davis, el gobernador texano de la era de reconstrucción. Davis nació en Florida en 1827 y fue a Texas en 1848. Fue admitido en la Barra de Abogados de Texas y trabajó como juez en Brownsville durante la Guerra de Cortina. Davis se oponía a la secesión, y cuando esto ocurrió, fue removido de su puesto. En octubre de 1862 se le nombró coronel y se le autorizó formar una división de caballería para las fuerzas de la Unión, la que se convirtió en la Primera Caballería de Texas. Mientras reclutaba soldados en Matamoros en marzo de 1863, soldados confederados apresaron a Davis y a un oficial llamado Montgomery y llevaron a los dos al otro lado del río Bravo, en una clara violación de la soberanía mexicana. Montgomery fue ahorcado, pero Davis fue perdonado y liberado tras de que México aplicó presión diplomática sobre el gobierno de Texas. Promovido a general en 1864, Davis tuvo acción en Mississippi, pero regresó a Texas y estuvo presente cuando el estado se rindió a las fuerzas de la Unión. Después de la guerra, participó en la política, y en 1869 fue electo gobernador como candidato republicano. Su administración generó una fuerte oposición porque Davis aplicó estrictas medidas de reconstrucción, y fue derrotado categóricamente por Richard Coke, un demócrata, cuando buscó reelegirse en 1873. Carl H. Moneyhon, "Davis, Edmund Jackson", *The Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/DD/fda37.html.

la crueldad confederada, y su familia quedó en la desolación y el llanto. Oh, fueron tiempos sangrientos en Texas, ¿y acaso podrán borrarse las manchas de esas escenas trágicas? Aunque el paso de los años pueda arrojarlas lejos, las villanías que se cometieron durante ese horrible reino del terror, la memoria nunca cesará de recordar, por doloroso que sea.

Pero voy a volver a nuestro transporte que esperaba fuera del banco de arena. Cuando se cometió este temible agravio, un oficial en Bagdad, se aventuró, con riesgo de su vida, a cruzar hacia la embarcación e informar al capitán, quien de inmediato se fue a Galveston para conseguir un cañonero y resistir cualquier posterior ataque que pudieran hacer los rebeldes.

Cuatro días después, la embarcación regresó, y el banco de arena se volvió lo suficientemente blando para cruzar, así que salimos de nuestros tristes aposentos, y proseguimos al transporte, verdaderamente felices de encontrarnos de nuevo bajo las queridas "barras y estrellas" de nuestra amada patria. Nuestra embarcación, originalmente empleada para el transporte de ganado, no resultó muy cómoda. Nuestro grupo, que consistía en unos cien refugiados, halló que el alojamiento era algo limitado. Pero durante esos días de penuria nacional, todos los que de veras amábamos a nuestro país, y nos solidarizábamos con sus peligros, éramos como de la familia: nuestros intereses eran tan afines que cada uno se sentía con ganas de ayudar y consolar al otro.

Llegamos a la desembocadura del Mississippi la noche del quinto día, y de uno de los cañoneros atracados ahí, vino un caballero a nuestra nave, el cual ocupaba un puesto importante en el ejército, y quien me instó a que me quedara en Nueva Orleáns, diciendo que en ese momento eran muy necesarias ahí las mujeres de la Unión.

CAPÍTULO XIV

Se presenta nuevo trabajo – Visita a los hospitales – Apoyos solicitados en Nueva Orleáns – Distribución personal de éstos – Escenas de sufrimiento – Directora de la escuela para hombres liberados – Un viejo predicador aprende el alfabeto – Manifestaciones de gracia divina – Deseosa de volver a mi trabajo mexicano.

Tenía toda la intención de ir al norte y alejarme de las tensiones durante una temporada, pero tras considerarlo decidí quedarme en Nueva Orleáns.[1] De inmediato se me entregó una residencia y pronto estuve muy cómoda en la "Ciudad de la Medialuna". Diversas formas de ser útil se abrieron ante mí, pero sentí que el trabajo más importante, de ser posible, era ayudar a la causa de mi país. De hecho, parecía ser el único trabajo en ese momento, y sentí que cualquier otra consideración debía subordinarse.

El asedio a Port Hudson[2] pronto comenzó, y cientos de nuestros valientes hombres fueron traídos a Nueva Orleáns heridos de la manera más impresionante. El 27 de mayo de 1863, fue marcado

[1] Nueva Orleáns cayó en manos de la Unión a finales de abril de 1862 cuando el oficial superior David Farragut encabezó una flota por el golfo de México, sorteando dos fuertes confederados y capturando la ciudad sin resistencia. Esta victoria de la Unión aseguró el control del mayor puerto del Sur y su segunda ciudad más grande, y acercó la meta de ganar el control sobre el valle del Mississippi. Robert A. Divine *et al., America Past and Present*, 7ma. ed., Pearson, Nueva York, 2005, p. 432.

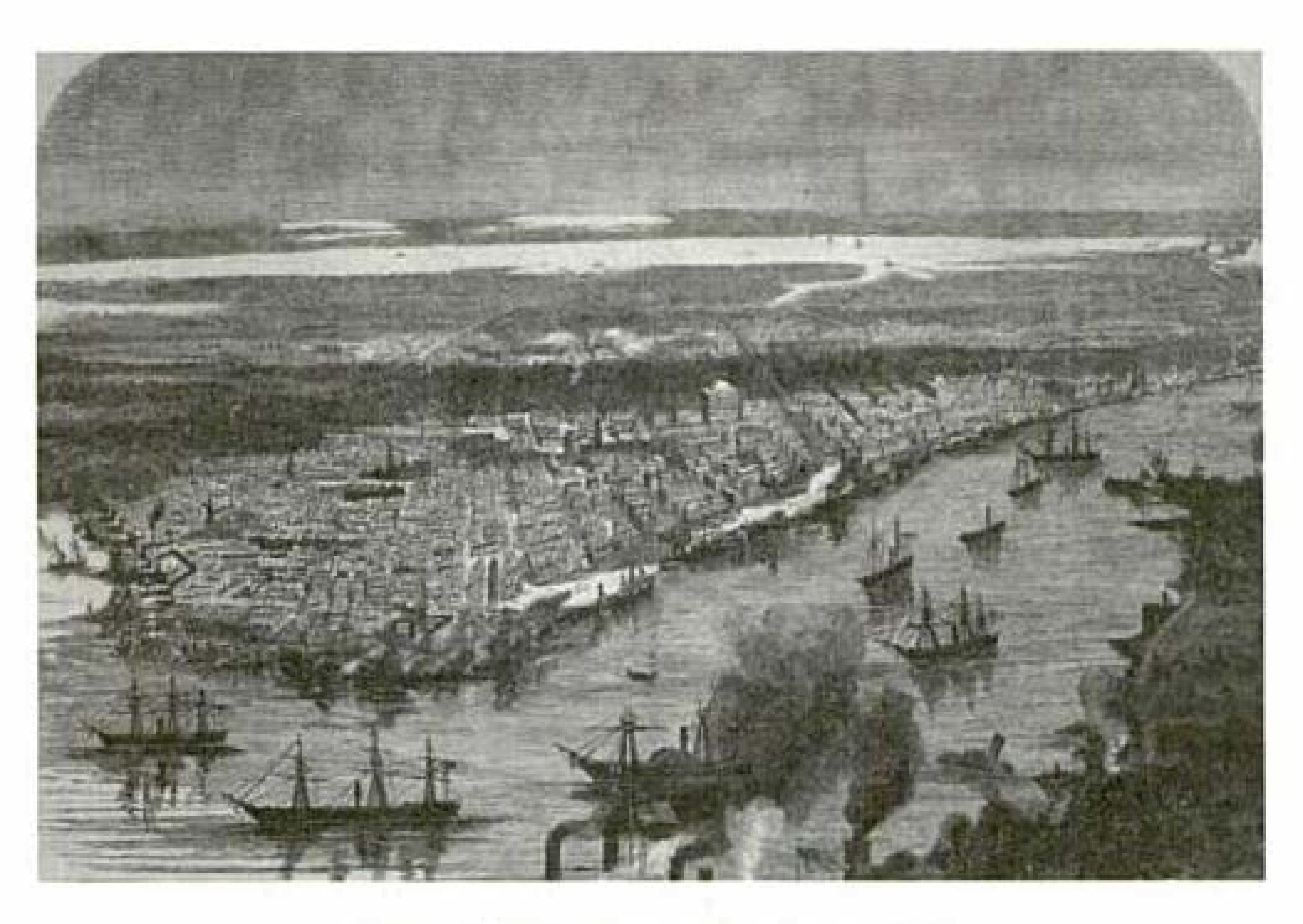
[2] En concierto con el asalto de Ulysses S. Grant a Vicksburg, el general Nathaniel P. Banks encabezó las fuerzas de la Unión en la campaña para liberar Port Hudson, Luisiana, del control confederado. El asedio ocurrió a lo largo de mayo y junio de 1863. Vicksburg cayó el 4 de julio, y Port Hudson capituló cinco días después. David Paul Smith, "Banks, Nathaniel Prentiss", *Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/BB/fba56.html.

por uno de esos fútiles intentos de tomar el fuerte; su único resultado fue la masacre de una gran cantidad de soldados. Unos trescientos de aquéllos que podían moverse fueron traídos en un vapor al día siguiente de la batalla. Un testigo ocular me relató la escena de cuando los bajaron del barco para llevarlos al hospital St. James. Me conmovió el relato, y de inmediato decidí que haría algo para consolar a esos hombres mutilados. No sabía si me permitirían visitar el hospital, pues ninguna mujer podía obtener pases por culpa de la insolencia de las mujeres rebeldes, que habían, alguna vez previa, visitado a los enfermos confederados que eran prisioneros en el hospital. Estaba consciente de este hecho, sin embargo pensé que haría el esfuerzo, por el bien de aquellos soldados que sufrían. Como pertenecían a la "Expedición de Banks"[3] yo sabía que habían dejado sus hogares de Nueva Inglaterra apenas el otoño anterior, y pensé en quienes habían quedado atrás –esposas, madres y hermanas–, en el intenso sufrimiento y ansiedad que sentían a menos que se enteraran de la condición de sus amados. Resolví intentar obtener acceso, y tan pronto como llegó el momento justo, me apresuré al hospital y pregunté al centinela en la puerta si podía ver al doctor a cargo. Él respondió que había estado muy ocupado toda la tarde, vendando heridas, pero enviaría a alguien a averiguar. Un mensajero fue despachado y muy pronto el doctor hizo su aparición.

Expliqué sucintamente el motivo de mi visita, y, mirándome con dureza, preguntó: "¿No será usted una norteña?" Yo contesté: "Lo soy". Entonces hizo la pregunta, muy enfáticamente: "¿Está usted a favor de la Unión?" Le dije que creía que sí, y que los rebeldes también lo pensaban, ya que recientemente me habían expulsado de sus dominios. Tras de que mi nacionalidad e ideas políticas quedaron en claro, lo cual, en ese entonces, era de lo más

[3] La "Expedición de Banks" se refiere a la campaña del río Rojo que lanzó Nathaniel Banks en marzo de 1864 para asegurar un mayor control de Texas, Luisiana y Arkansas por parte de las fuerzas de la Unión. Esto ocurrió como un año después de la campaña de Port Hudson, en la que Rankin sirvió como enfermera.

importante, el doctor me preguntó: "¿De qué modo propondría usted ayudar a los soldados heridos y enfermos?" Yo le di una evidencia de mi carácter "yanqui" al responderle con otra pregunta. Inquirí: "¿Acaso los alimentos que se proporcionan son suficientes para la salud de los hombres?" (Esto fue antes de que se enviaran amplias provisiones por parte de la Comisión Cristiana.) Él respondió: "No, ¿pero qué puede usted hacer a este respecto?" Yo dije: "Saldré a solicitar donativos con ese propósito de los ciudadanos de Nueva Orleáns". El doctor dijo: "Podría ser una buena manera de probar la lealtad de los residentes actuales, pues hace poco, a todos los que no hicieron el juramento de lealtad al gobierno de los Estados Unidos se les pidió que abandonaran la ciudad. Los que se quedaron supuestamente son gente de la Unión".



Nueva Orleáns durante la Guerra Civil
Fuente: Louisiana State Museum.

Decidimos llevar a cabo el plan, y el doctor me solicitó que fuera al hospital a la mañana siguiente, y diseñaríamos el método correcto para ejecutarlo. Así, a las diez en punto del día siguiente, yo y mis dos sobrinas estábamos en el hospital para recibir instrucciones y la autoridad adecuada para hacer un llamado a nuestros amigos de Nueva Orleáns. Hechos todos los arreglos necesarios, comenzamos con nuestro trabajo de misericordia, y hallamos a muchos que con gusto aportaron dinero, u otras cosas igualmente valiosas. Tal como lo esperaba, algunos con gusto se hubiesen rehusado a dar cualquier cosa a los "soldados yanquis", pero como su negación podría evidenciar que su juramento de lealtad al gobierno de la Unión no fue tanto por su amor a él, sino por la conservación de sus propios intereses privados, dieron algo, por mera política tal vez.

A las cuatro de la tarde regresamos al hospital con nuestras provisiones. El encargado nos propuso amablemente relevarnos del trabajo de su distribución, ya que él y las enfermeras podían administrarlas. No vi esta oferta con buenos ojos. Dado que varias personas habían sugerido que tal vez los necesitados no recibirían los obsequios, había empeñado mi palabra asegurando que me aseguraría de que cada cosa dada llegara a su fin deseado. Protesté contra la propuesta del encargado, pero parece que él pensaba que tenía algo de autoridad en el asunto, y para ponerla a prueba, solicité la presencia del doctor a cargo. Él vino y dijo: "Claro que sí, señoritas, vayan a las salas y distribuyan ustedes mismas las cosas. Los pacientes estarán contentos de ver mujeres que se sienten tan interesadas en su bienestar, su visita personal será tan bienvenida como sus obsequios".

Con la compañía del doctor comenzamos a hacer las rondas; pero ¡oh! ¿Cómo describir las dolorosas escenas, que, tras el lapso de años, están aún vívidas? A algunos los hallamos más allá de la esperanza de recuperación. Un pobre hombre, cuyos pulmones habían sido penetrados por una bala, estaba jadeando, pero fue capaz de decir: "¡Cuánto consuelo es ver a mujeres amables que se compadecen de nuestro sufrimiento!" Otro, cuya garganta había

agujerado una bala, no podía pronunciar palabra, pero una mirada de reconocimiento agradecida, era incluso más expresiva. Me parecía que cada forma de sufrimiento humano estaba representada, y en una ocasión mis sentimientos flaquearon, y exclamé con el espíritu agónico: "¡No puedo soportar la visión de tanto sufrimiento!" Una de mis sobrinas exclamó: "Hazlo, tía, sigue adelante por el consuelo que serás capaz de dar". Me recuperé y continué soportando la dolorosa experiencia hasta que visitamos todas las salas. Administramos reconstituyentes a quienes podían recibirlos. De hecho, no hubo quien no pudiese recibir una pequeña cantidad de las medicinas que felizmente poseíamos. Cuando les dije a estos hombres, que apenas habían dejado recientemente sus hogares de Nueva Inglaterra, que yo también era neoinglesa, su júbilo no tuvo límites; y un joven soldado, quien era de mi pueblo natal, casi saltó de su almohada cuando se enteró.

Durante tres horas nos abrimos camino por estas escenas de llanto y alegría –pues había algo de placer mezclado con el dolor– y al anochecer volvimos a casa. ¿Dormí esa noche? No, pues mi mente estaba muy ocupada con las escenas que había atestiguado, si bien la triste retrospectiva fue mitigada por el placer de creer que algún consuelo se había impartido a esos soldados en sufrimiento. Día tras día continuamos, alternando, obteniendo provisiones un día y administrándolas al siguiente, cuyo plan aminoraba la opresión de la labor.

Antes de la rendición de Vicksburg,[4] que abrió Port Hudson, los vanos intentos de tomar esta última llenaron cada hospital de Nueva Orleáns hasta el tope, y cada hotel, excepto el St. Charles, se usó con propósitos hospitalarios. En un momento dado, no se tenía suficiente

[4] Tras un largo asedio, las fuerzas de la Unión, encabezadas por Ulysses S. Grant, tomaron Vicksburg el 4 de julio de 1863. Ese mismo día, Robert E. Lee fue obligado a retroceder de los campos de Gettysburg. Ambas batallas fueron cruciales en la eventual victoria de la Unión. El triunfo en Vicksburg, ubicada junto al río en el estado de Mississippi, y la conquista de Port Hudson, Luisiana, días después, le dio a las fuerzas norteñas el control sobre todo el valle del río Mississippi y efectivamente dividió la Confederación sureña. Robert A. Divine *et al.*, *op. cit.*, p. 441.

material para vendajes, y se solicitó ayuda a las damas. Durante los ardientes días soleados de junio, atravesé las calles de Nueva Orleáns, llamando a las casas de las damas adineradas, pidiéndoles material para cubrir las heridas de nuestros soldados. A veces me rechazaban mujeres que decían: "Los yanquis no tienen por que haber venido aquí a resultar heridos, así que no te daré nada para ellos". Pero yo les decía: "Están aquí entre ustedes y están sufriendo y ¿acaso la piedad no la impulsa a usted a entregar un trozo de lino, o aunque sea de algodón, que yo sé que a usted le sobra?" Mediante mi continua impertinencia generalmente conseguía algo, aunque me lo dieran con desgana.

Continué visitando los hospitales hasta que ya no hubo necesidad absoluta; y en el otoño de 1863, ayudé en el establecimiento de las primeras escuelas para los hombres liberados. Acepté el puesto como directora de una escuela en una iglesia presbiteriana del tercer distrito. En este trabajo tuve una nueva experiencia. Aunque había enseñado entre un pueblo tan ignorante como la raza negra, aún así, nunca había encontrado en ningun pueblo un deseo tan fervoroso por la instrucción como el que encontré entre esta raza que había nacido y se había formado en una tierra civilizada y cristiana, sin tener las nociones mas elementales de la educación. Algunos casos altamente interesantes quedaron bajo mi observación.

Un hombre que se presentó como un pupilo, dijo: "Tengo sesenta años y he sido un predicador del Evangelio durante cuarenta años", y sin embargo no conocía una letra del alfabeto. Me contó su experiencia religiosa, que constituía el tema de su predicación. Dice: "Cuando pensé que me hundiría en la angustia eterna, debido a mis pecados, apareció Uno ante mis ojos que me indicó sus manos y costado agujerados, y dijo: 'Todo esto sufrí para que tú fueras salvado del castigo de tus pecados'. Ah, caí a los pies de este amoroso Salvador, y él me puso de pie, diciendo: 'Tus pecados han sido perdonados'. Fui con otros y les hablé de este amoroso Jesús, y no puedo decirle la gran cantidad de personas que he hecho que se sientan pecadores, y luego se regocijan en el mismo amor que todo perdona.

Aún cuento la maravillosa historia, y aunque fue hace cuarenta años que conocí el amor del Salvador, sigue siendo novedosa".

Así es, mi amigo negro, esta historia del "amor del Salvador" continuará siendo novedosa cuando "cuarenta" millones de años hayan hecho su ronda, y esta historia del Evangelio del Hijo de Dios está destinada a convocar a todos los elegidos de Dios, y nunca perderá su poder en la tierra, "hasta que toda la Iglesia secuestrada de Dios sea salvada para que no peque más".[5] ¡Cómo me conmovió el alcance de las labores que este pobre ignorante de color hacía por Cristo y las almas! No dudo que en el gran día él será capaz de presentar más joyas para la corona de su amo que miles de otras personas de Cristo que poseen las ventajas del aprendizaje humano.

Encontré entre muchas de esas personas maravillosas manifestaciones de gracia divina a su favor; y me sentí convencida de que sus privaciones habían sido compensadas con una mayor medida del poder y la influencia del Espíritu Santo. Me hubiera gustado continuar este trabajo, pero ya estaba comprometida con otro de igual importancia, y esperé que se abriera el camino para mi retorno a mi área de trabajo divinamente asignada.

---

5 Estas palabras provienen de un himno escrito por el conocido poeta y compositor de himnos William Cowper a finales del siglo XVIII. Originalmente titulado "Alabemos la fuente abierta", en tiempos modernos el himno se conoce como "Hay una fuente llena de sangre". El himno se basa en el pasaje bíblico hallado en Zacarías 13:1. Para la letra completa del himno, ver William Cowper, *The Poetical Works of William Cowper*, vol. 3., Little, Brown, and Company, Boston, 1856, pp. 15-16.

CAPÍTULO XV

Brownsville tomado por tropas de los Estados Unidos – Queman el fuerte – Intento de quemar el pueblo – Regreso a Brownsville – Hallé el edificio del seminario muy dañado – Lo reparé y abrí mi escuela – Influencia religiosa del ejército – Las tropas se retiran – Obligada a marcharme – Regreso a Nueva Orleáns – Maximiliano decide sostener la libertad religiosa en México – Salida a Monterrey – Otra visita a Bagdad – Fin de la guerra – Qué pensaba la gente de Bagdad – Asesinato del presidente Lincoln – Demostraciones irrespetuosas prohibidas por el general confederado de Brownsville – Llegué a salvo a Monterrey.

En noviembre de 1863, el general Banks tomó Brownsville,[1] y mi edificio del seminario me fue devuelto. A principios de 1864 crucé el golfo y tomé posesión, pero lo hallé considerablemente dañado por la explosión de pólvora. Los confederados fueron tomados por sorpresa; no tenían sospechas de que los federales se acercaban, hasta que desembarcaron en Brazos. Por supuesto, apenas se les dio poco tiempo para la evacuación, en el modo acostumbrado.

[1] El general Nathaniel P. Banks había sido gobernador de Massachusetts antes de recibir una comisión como general de división de voluntarios para la Unión en la guerra civil. Tras su exitoso asalto a Port Hudson, Banks fue enviado a la desembocadura del río Bravo en un esfuerzo para acabar con el comercio confederado a lo largo de la frontera con México. Sus fuerzas tomaron el control de Brazos Santiago el 2 de noviembre de 1863, y procedieron hacia el oeste, ocupando varios puntos sobre el río Bravo, incluyendo Brownsville. Sin embargo, fueron infructuosos los intentos por controlar el Valle del Río Grande y detener el comercio. La ocupación de Brownsville por parte de fuerzas de la Unión duró hasta el 30 de julio de 1864, cuando el pueblo fue retomado por las fuerzas texanas comandadas por John Salmon (Rip) Ford. Smith, "Banks", *Handbook of Texas Online*, http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/articles/BB/fba56.html.

Todo debe ser destruido, y el general a cargo de inmediato ordenó que incendiaran el fuerte, y para facilitar la destrucción del pueblo, se colocó pólvora de tal manera que hiciera un trabajo rápido. Debido a un repentino cambio del viento sólo unos cuantos edificios del pueblo fueron quemados, pero los que restaron quedaron más o menos dañados por la explosión de la pólvora. Las paredes del seminario, al ser de ladrillo, estaban cuarteadas en varios sitios, y todas las ventanas estaban rotas.

Me gasté doscientos dólares de mis propios medios privados en la reparación, y abrí mi escuela y pronto tuve sesenta alumnos. La ocupación de Brownsville por el ejército federal mejoró grandemente el carácter del pueblo. Que la presencia de un ejército cause un aumento de influencias religiosas y morales es una situación muy poco común. Varios de estos oficiales eran cristianos, y, con los capellanes y agentes de la Comisión Cristiana, se constituyó una comunidad bastante religiosa. Durante la primavera de 1864, prevaleció una esperanzadora revitalización de la religión, y muchas conversiones se dieron lugar entre los soldados. Las iglesias se volvieron sonoras cada noche de la semana con cantos de alabanza, y Brownsville, al menos por entonces, dio la impresión de tener gente adoradora de Dios. ¿Acaso no es cierto que había un aspecto decididamente religioso en todo el ejército? Muchos de nuestros soldados fueron al ejército sin conciencia ni preocupación por sus almas, pero se volvieron decididos cristianos.

Estuve muy interesada en la conversión de un joven irlandés en Brownsville, que era un católico romano antes de unirse al ejército. Le agradeció a su Dios haberse enlistado como soldado, pues mediante la Biblia y otros medios de gracia había conocido una religión que le hacía "bien a su alma". Fue placentero vivir en Brownsville en esos días, y fue con las más dolorosas emociones que fuimos enterados de la necesidad de evacuar y dejar el pueblo de nuevo en manos de los confederados. La derrota del general Banks en el río Rojo hizo necesario que las tropas que ocupaban Brownsville fueran despla-

zadas a servir en la localidad del desastre. Esta orden para nosotros en Brownsville fue un evento triste y de lo más inesperado y estoy consciente de que ningún evento de la guerra me ocasionó tanto dolor personalmente que ser obligada de nuevo a abandonar mi trabajo y entregar mi casa reparada en manos de aquéllos que, yo sabía, la tratarían con abuso sacrílego. Incluso solicité a algunos de los confederados que averiguaran si podía permitírseme permanecer y continuar con mi escuela. Me dijeron que probablemente recibiría abusos e insultos, así que acaté la imperativa necesidad de deshacer de nuevo mi establecimiento.*[2]

El general Herron,[3] que estaba al mando, me proporcionó toda la ayuda necesaria, y me facilitó, junto con otras mujeres, medio de transporte a Nueva Orleáns. Al arribar allá, pronto me involucré de nuevo en la enseñanza en escuelas de color, y le agradecí a Dios que en todas las diversas vicisitudes de guerra, se me habían dado oportunidades de ser útil.

Permanecí en Nueva Orleáns hasta marzo de 1865,** tiempo en el que me convencí de que las dificultades que habían prevalecido en México se habían vuelto mucho menos graves, de modo que se

* Nota de Rankin: luego de que la guerra terminó, el seminario en Brownsville fue ocupado por la señora Jeremiah Porter, cuyo marido era agente de la Comisión Cristiana. La señora Porter se encargó muy exitosamente de la escuela por varios años. Cuando el reverendo Porter fue enviado a Fort Sill, como capellán del ejército de los Estados Unidos, el seminario quedó al cuidado del Presbiterio de Texas Occidental, y se espera que el edificio continúe prestando servicio al objeto para el que fue fundado.

2 Para la evolución del seminario de Rankin, ver capítulo 5, nota 7.

3 Un nativo de Pensilvania, Francis Jay Herron, que peleó para la Unión, fue un héroe muy condecorado de la guerra civil (se le otorgó la medalla de honor por heroísmo en la batalla de Pea Ridge). En un momento el general de división más joven del ejército de la Unión, Herron fue nombrado comandante del Ejército de la Frontera. Participó con Ulysses S. Grant en la apabullante victoria de la Unión en Vicksburg. Más tarde viajó a Brownsville para hacerse cargo de las fuerzas de la Unión en el río Bravo de octubre 1863 hasta agosto 1864. Después de la guerra participó durante un tiempo en la política de Luisiana hasta que se retiró a Nueva York. David Stephen Heidler (ed.), Encyclopedia of the American Civil War, vol. 2, ABC-CLIO, Santa Bárbara, 2000, pp. 967-968.

** Nota de Rankin: es el tiempo en que Maximiliano decidió que hubiera libertad religiosa en México.

justificaba que comenzara a marchar hacia ese largamente deseado puesto de utilidad.[4] En consecuencia, abordé un transporte de los Estados Unidos y fui a Brazos, ya que ese puerto aún lo retenían los federales. Tras permanecer ahí una noche, fui llevada en una ambulancia del gobierno al lado opuesto de Bagdad. Un grupo de soldados nos acompañó, ya que no había seguridad, pues los confederados estaban al acecho. Varias balas nos silbaron al pasar. Crucé el río Bravo y hallé Bagdad muy mejorado desde el tiempo en que no se podía hallar otro alojamiento además de una goleta. Se habían erigido negocios de todo tipo, y su apariencia general indicaba que era un pueblo comercial de primera clase. Vastas cantidades de bienes de todas partes del mundo habían pasado por Bagdad, por el que todo el Sur había recibido sus suministros.

Fui al hotel St. Charles, y no hallé dificultad en hallar hospedaje, hasta que pudiera obtener transporte a Matamoros. Mientras estaba ahí, llegaron noticias de la rendición del ejército del general Lee,[5] y tuve la oportunidad de atestiguar los efectos de esa dolorosa información sobre aquellos que habían apostado todo al triunfo eventual de la Confederación sureña.

Se hicieron expresiones como esta:

"No puede ser posible que fracase nuestra legítima causa. La justicia y el derecho van a prevalecer".

---

[4] A lo que tal vez Rankin se refiere es a la reforma de Maximiliano a las leyes restrictivas pro eclesiásticas. Maximiliano insistía que toda la gente pudiera recibir los sacramentos de la Iglesia católica sin pagar, apoyó un sistema de cortes separado y educación pública secular, y decretó el registro civil de nacimientos y muertes, uniones maritales y cementerios seculares. Maximiliano también decretó que la Iglesia católica quedara bajo jurisdicción estatal y que no pudiera independientemente poseer propiedades. Para más información, ver Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: versión 2000*, Colegio de México, El Colegio de México, México, 2000, pp. 617-31; Douglas W. Richmond, *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change* Prentice Hall, Upper Saddle River, N. J., 2002, p. 176. Sobre la posición de Maximiliano en cuanto a la libertad religiosa, ver capítulo 12, nota 12.

[5] Robert E. Lee, el famoso general confederado, presentó su rendición al general de la Unión, Ulysses S. Grant el 9 de abril de 1865, en el juzgado de Appomattox, en Virginia.

Otro dijo:

"Es un acto de estrategia de parte del general Lee. Está fingiendo que evacua Richmond, y retirará su ejército para acabar con Sherman[6] y toda la caterva de yanquis".

"¡No teman! Veremos más batallas de las que hemos visto hasta ahora, y sin duda el sur saldrá victorioso". Este hombre parecía un oráculo entre ellos, y la esperanza surgió en todas las mentes, de que las noticias recibidas eran puros engaños.

También se discutió la calamidad que sería para Bagdad si la guerra terminara. Un hombre expresó su gran pena al decir:

"Si estas noticias son verdaderas no se embarcará por Bagdad más algodón ni bienes".

Muchos como él hubieran estado contentos de que la guerra y el derramamiento de sangre continuara indefinidamente, si con eso podían continuar ganando dinero.[7]

Tan pronto como fue conveniente, fui a Matamoros y busqué transporte a Monterrey, el lugar de mi destino. Mientras, allí llegó la noticia del asesinato del presidente Lincoln, y muy triste fue la noticia para muchos corazones. Yo quedé muy satisfecha

---

[6] El general William Tecumseh Sherman, que se volvería uno de los más célebres oficiales de la guerra civil, había apenas completado a finales de 1864 su famosa "Marcha hacia el Mar", en la que causó gran devastación ecológica y material en la Confederación, avanzando hacia el sur por Atlanta y luego al este, por Carolina del Sur, culminando con un importante ataque sobre los confederados, a quienes derrotó en Savannah. Subsecuentemente, Sherman se volvió muy célebre en el Norte y profundamente despreciado en el Sur.

[7] Inmensas fortunas se hicieron con el comercio durante la guerra civil, en ambos lados de la frontera. Para dar unos breves ejemplos, José San Román, un comerciante español afincado en Brownsville y Matamoros, consolidó una enorme empresa comercial que abarcaba buena parte del mundo atlántico. Charles Stillman hizo una enorme fortuna, la cual él y su hijo, James, convirtieron en una de los mayores imperios financieros de Estados Unidos. Richard King usó sus utilidades bélicas para establecer el mayor rancho en Norteamérica. Del lado mexicano, Patricio Milmo y Evaristo Madero (abuelo del líder revolucionario mexicano Francisco I. Madero) también hicieron grandes fortunas, que más tarde invirtieron en la banca, la minería y la producción industrial. Ver Miguel Ángel González Quiroga, "La puerta de México: los comerciantes texanos y el noreste mexicano, 1850-1880", *Estudios Sociológicos*, vol. 11, enero-abril de 1993, pp. 209-236. Para otras fuentes del comercio durante la guerra civil y sus beneficiarios, ver capítulo 13, nota 3.

con las demostraciones que hizo el oficial confederado al otro lado del río. El comandante general prohibió cualquier expresión irrespetuosa hacia el presidente asesinado, bajo pena de un castigo severo. Algunos tipos, sin embargo, de la más baja ralea, vinieron a Matamoros y montaron una parodia de funeral, cuyo acto recibió la condena de mexicanos y estadounidenses en general.

Tras esperar varios días, se anunció que una diligencia partiría a Monterrey, si era posible sortear los obstáculos que obstruyeran el camino. No menos de tres gobiernos diferentes había en existencia. Matamoros estaba en posesión de los imperialistas, Monterrey de los juaristas, y en medio de los dos, Cortina había establecido su gobierno.[8] Me preocupaba partir bajo esas circunstancias, pero finalmente decidí hacerlo, y la mañana de la partida le dije a un amigo: "¿Qué piensas de mi pretensión de ir a Monterrey?" Él respondió: "Si se tratara de otra persona, pensaría que es extremadamente peligroso, pero tú pareces a prueba de desastre o accidente". Partí, y tuve la suerte de tener un caballero norteamericano como compañero de viaje, quien muy amablemente me dio toda la ayuda necesaria. El conductor, que era mexicano, resultó un experto en pasar por las líneas de los distintos gobiernos, y tras seis días de viaje llegamos a salvo a Monterrey. Yo estaba de veras feliz, tras tantos retrasos, de hallarme en mi tan deseado campo de trabajo.

[8] Mexico estaba en medio de la guerra de Intervención francesa, en la que la violencia era endémica en muchas partes del país. El norte, especialmente el puerto de Matamoros, se consideraba una región estratégica porque el boyante comercio de la Confederación proporcionaba ingresos muy necesarios para las fuerzas contendientes. Un año antes del viaje de Rankin a Monterrey, Benito Juárez había establecido su gobierno durante un breve periodo en la ciudad, pero fue forzado a huir a causa de las cada vez más cercanas tropas francesas.

CAPÍTULO XVI

En busca de un cuartel general protestante – Ninguna sociedad misionera había entrado en México – El agente de la Sociedad Bíblica Norteamericana distribuye la Biblia – Frutos aparentes – Necesidad de una misión protestante permanente – Monterrey considerado el punto más importante – Edificios adecuados necesarios – Resuelta a ir a los Estados Unidos por dinero – Viaje de Monterrey a Matamoros – Prisioneros de Cortina – Ladrones nos tratan bien – Suerte de otros viajeros – "Sacos azules" pasan ilesos.

El señor Hickey llevaba dos años esparciendo el mensaje de la Biblia en el norte de México, y se notaban los preciosos frutos. Había ya muchos conversos, y teníamos razón para creer que mucha fruta esperaba para ser cosechada en vista de las semillas ya sembradas. Mis impresiones eran que las prometedoras indicaciones justificaban el establecimiento permanente de una misión en algún punto del norte mexicano.

Monterrey, a causa de su actividad comercial, era la ciudad más importante de esta porción del país, y contenía una población de unos cuarenta mil habitantes.[1] Era centro de fuertes influencias católico romanas, y si plantar una misión donde la silla de Satanás parecía estar tan firme, era una pregunta vital. Algunas personas que conocían los prejuicios ahí existentes, me aconsejaron buscar un lugar bajo menos poder papista. Pero tras deliberación madura, llegué

[1] Rankin tiene razón al atribuirle importancia a Monterrey. La ciudad no era grande en términos de población y carecía de una base industrial durante este periodo, pero estaba estratégicamente ubicada entre Matamoros y las regiones minera de Durango, Zacatecas y San Luis Potosí. Por lo tanto, fue un importante centro comercial a lo largo de la mayor parte del siglo XIX.

a la conclusión de que si habríamos de tener la mentira contra la cual competir en cualquier ubicación a la que fuéramos, más valía atacar sus bases, y "lidiar contra el príncipe de las tinieblas en su trono", estableciendo la verdad en el mero corazón de sus dominios.[2]



Monterrey a mediados del siglo XIX
Fuente: Brantz Mayer, *Mexico, Aztec, Spanish and Republican*, S. Drake and Company, Hartford, 1851. DeGolyer Library, Southern Methodist University, Dallas, Texas.

Las armas que optamos por emplear eran de un calibre que justificaba nuestro avance contra los batallones de Satanás, aunque radiante con su selecta artillería. Haciendo acopio de toda la información y consejos posibles, tras tres meses de investigación, decidí fijar el cuartel general del protestantismo en Monterrey. Para asegurar todas las ventajas necesarias, determiné que debía-

[2] Para poner las percepciones de Rankin en perspectiva, Monterrey estaba lejos de ser la ciudad más religiosa de México. El catolicismo era la religión del pueblo, pero el fanatismo religioso no era fuerte en esta región. De hecho, años antes, en 1857, Santiago Vidaurri había encarcelado temporalmente a unos cuantos curas y expulsó al obispo tras una disputa sobre la aplicación de las leyes anticatólicas de Reforma. Además, había una creciente comunidad extranjera en la capital de Nuevo León, y una actitud de tolerancia comenzaba a desarrollarse entre la población.

mos tener un edificio, sobre el cual pudiésemos ejercer control absoluto. Durante los tres meses que había estado en Monterrey, había rentado tres casas, y tuve que mudarme las mismas ocasiones, pues tan pronto como los curas se enteraban de que enseñaba la Biblia, siempre hallaban el modo de desposeerme de la casa. El culto protestante lo realizaban los conversos en sus propias casas, sin embargo pude ver lo mucho que facilitaría la causa, y le daría prestigio, tener un lugar adecuado para el culto divino. También requeríamos sitios para escuelas, pues había encontrado que estos auxiliares son indispensables para la prosperidad de una misión protestante. Resolví ir a los Estados Unidos, que había terminado su larga noche de guerra, cosa que me puso feliz, y ver si podía obtener ayuda para la erección de edificios adecuados para la misión proyectada. Salí de Monterrey en agosto de 1865, y no está de más compartir algunos de los incidentes de mi viaje.

Durante mi estadía en Monterrey, los imperialistas habían tomado el poder. Nos retiramos una noche como súbditos de una república, y nos levantamos la mañana siguiente bajo el dominio de un imperio; los republicanos[3] evacuaron en silencio durante la noche, y los imperialistas tomaron posesión. En consecuencia, Monterrey y Matamoros se hallaban ahora bajo el mismo gobierno, pero Cortina aún mantenía su reino en el territorio intervenido, para la inquietud de la gente, especialmente de los viajeros. Su intención principal era acosar al gobierno de Maximiliano al cortar toda la comunicación por correo, y entorpecer el tráfico de bienes. Pero no tenía escrúpulos a quien encontrara, con tal de obtener un botín.

Había asumido el papel de cabecilla de una guerrilla regular, teniendo bajo su control alrededor de mil villanos de carácter parecido al suyo. Se había vuelto extremadamente peligroso viajar por estos dominios, y cada diligencia que intentaba pasar se topaba con porcio-

[3] Los "imperialistas eran los conservadores mexicanos y simpatizantes de Maximiliano; los "republicanos" eran los leales a Benito Juárez.

nes de su comando, y los pasajeros eran desposeídos de todo lo que tenían, escapando sólo con sus vidas. No había para mí otro modo de ir a la frontera que sortear estos bandidos, ya que se extendían en todas direcciones, para interceptar a todos los viajeros.[4]

Esperé algún tiempo indicaciones más favorables antes de sentirme justificada a partir. Finalmente llegó a Monterrey un tren con mercancías de Matamoros, protegido del alcance de Cortina por un convoy de varios cientos de soldados franceses, y aunque constantemente amenazado, pudo hacer su recorrido. Este convoy había de regresar a Matamoros, y se creía que las diligencias podían ir seguras bajo su protección. Había dos líneas de diligencias, el propietario de una era norteamericano; el de la otra era un mexicano. El primero de inmediato decidió ir, y algunos comerciantes creyeron prudente enviar una considerable suma de dinero: cien mil dólares o más. Primero se propuso un millón, pero se consideró que esa cantidad sería muy peligrosa.

El norteamericano me invitó a ir en su diligencia. Me dijo: "Mi intención es llegar sano y salvo, y veré que usted también lo haga".

Aunque otros amigos me aconsejaban que lo hiciera, no tenía deseos de ir bajo la protección de soldados franceses. Mi impresión era muy fuerte de que los franceses no tenían derecho de estar en México, y sentí que no podía pedirle a Dios que me protegiera mediante estos agresores extranjeros. Además, sabía bien que Cortina sería informado sobre el valioso premio, y que no escatimaría ningún esfuerzo para apropiarse de ese botín. Las balas, no lo dudé, volarían de la emboscada de los bandidos, y no tenía intención de atravesarme en su camino.

Decliné, por mis propias convicciones personales, pero algunos otros, que habían estado esperando transporte, abordaron y

4 Rankin se refiere a una situación que era común en casi todo México, donde los franceses tenían bajo su control la mayoría de las principales ciudades. Las fuerzas republicanas, encabezadas por Juárez, operaban sobre todo en áreas rurales y optaron por la guerra de guerrillas para debilitar el imperio. Cortina se hallaba activo en ese papel.

salieron de Monterrey. El día tras la partida de esta diligencia, el propietario de la otra línea propuso partir, y hacer su recorrido sin convoy. De inmediato decidí ir, por razones satisfactorias para mi propia mente. En primer lugar, nos solicitaron que no lleváramos equipaje, así no le ofreceríamos premio a Cortina. Otra razón de peso fue que el conductor era mexicano, el mismo con el que había viajado meses antes, y ya conocía sus poderes de conciliación con su propia gente, y tenía razones para creer que era un experto en tratar con los rufianes que pudiésemos encontrar.

Algunos otros decidieron ir, entre los que había dos mujeres, una alemana, la otra mexicana. Mis amigos me proporcionaron los suministros necesarios para cualquier emergencia; y una amiga gentil, que había hecho amplias provisiones, como dijo ella, para una velada en el campamento de Cortina, dijo con muy evidente tristeza: "Me hubiera sentido mucho mejor por ti si te hubieras ido con el convoy".

A las cuatro de la tarde del segundo día tras la partida de la otra diligencia, arrancamos, y cuando pasábamos por las afueras de la ciudad, estuve consciente de un convoy que nos acompañaba, pero no de "soldados franceses". Todo el miedo cesó, y viajamos sin que nos molestaran hasta el final del quinto día. Ocasionalmente alguno decía: "¡Ahí están los ladrones!" Pero si ahí estaban, no nos molestaron. Nos detuvimos, con la intención de permanecer unas pocas horas, pero nos informaron que el convoy había pasado apenas tres horas antes. Esto se consideró una peligrosa cercanía, pues no teníamos deseo de compartir sus riesgos de escapar a Cortina. Nuestro conductor de inmediato tomó otro camino (pues los caminos abundan en México) y viajamos toda la noche, excepto unas pocas horas para que las mulas descansaran. Por la mañana, llegamos a un rancho, y al preguntar, nos enteramos de que estábamos a muy corta distancia del campamento de Cortina. Entonces no había retroceso, y creímos mucho mejor seguir adelante que intentar evadirlo, así que continuamos valientemente. Pronto nos topamos con una compañía de jinetes, que nos informaron que debíamos ir al campamento en ca-

lidad de prisioneros. Al arribar ahí, nos dijeron que Cortina estaba a unos quince kilómetros, y que él debía llegar antes de que se tomara cualquier decisión sobre nosotros. Nuestro carruaje fue conducido al centro de un amplio espacio, en torno al cual se hallaban estacionados muchos hombres armados, algunos a pie y otros a caballo, evidentemente preparados para una emergencia.

Nuestras mulas fueron desenganchadas y permanecimos sentados en la diligencia. Mirando alrededor, vi a varios hombres sobre la hierba, evidentemente enfermos. El pensamiento me surgió de inmediato: trataría de aliviar sus sufrimientos, y dejaría que esta gente viera que soy una amiga para ellos, aunque fuera su prisionera. En consecuencia, tomé unos artículos de comida y medicinas, salí del vehículo, y caminé muy decidida entre los enfermos. Al hallar a algunos con muy alta fiebre, les administré dichos remedios. Uno solicitó alcanfor, lo que sentí mucho, no pude darle. Pero me sentí gratificada incluso al dar un rayo de consuelo a la humanidad en sufrimiento, aunque fuera una clase tan ruda de seres humanos. Volví a la diligencia, y pronto me vi rodeada de hombres que parecía que también querían un poco de mi ayuda. Dispuse de mi amplio suministro de provisiones entre ellos, y hallé que rápidamente hacía amistades en mi nuevo entorno. Al conocer tan bien el carácter mexicano, estaba perfectamente segura de que había ganado considerable terreno en asegurar protección personal en cualquier emergencia en la que yo pudiese estar.

Un oficial, que parecía estar a cargo, se acercó en su caballo y le pregunté si tenía alguna razón para aprehender el peligro. Pareció muy mortificado por mi sugerencia y respondió: "Una norteamericana no será dañada". En alrededor de cinco horas la llegada de Cortina fue anunciada por una banda de música marcial, y pronto él, con su guardia personal, estuvo ante nosotros. Era la completa personificación del jefe de una guerrilla. Su cara india y mirada malvada exhibía el carácter criminal que durante muchos años había mostrado en la frontera; y no nos sentimos nada cómodos

mientras él se hallaba sobre su caballo en silenciosa contemplación, evidentemente considerando qué haría con nosotros. Mis peores aprehensiones era que se quedara con nuestro vehículo y mulas y nos dejara desamparados en medio del camino.

Tras un tiempo de suspenso, Cortina puso su mano sobre su estómago, y mirándonos severamente dijo: "Yo tengo hambre". De inmediato entendimos que quería su cena, y no fuimos lentos en ofrecer nuestras mejores provisiones para la ocasión, enviándolas a un jacal cercano. Cortina y su personal entraron, y, tras permanecer ahí como media hora, salió, con aspecto muy afable, y, tras conversar con nuestro conductor, le dio un salvoconducto, y nos dijo que nos fuéramos en paz.

Me informaron, mientras estábamos en el campamento, que Cortina saldría esa noche a atacar el convoy y la diligencia, y obtener el dinero, del que estaban perfectamente bien informados. Con tal premio a la vista nos dejó ir por ser comparativamente de poca importancia. Me sentí ansiosa por los pasajeros, algunos de los cuales conocía, pero no podía hacer nada por ellos, sino alzar una oración a Dios para que salvara sus vidas.

A causa de una cuarentena en Brazos, estuve detenida en Brownsville unas cuatro semanas. Grandes aprehensiones se sintieron por la otra diligencia, y pasaron hasta tres semanas antes de que se pudiese obtener cualquier información confiable sobre su suerte. Un mensajero, llegó de Monterrey con las noticias de que Cortina sí atacó el convoy, matando y tomando prisioneros a muchos de los soldados, y robando el dinero de la diligencia, pero permitiendo a los pasajeros regresar.

Un ex general confederado y su asistente, que viajaban en su propio carruaje, fueron asesinados, en tanto 4 mil dólares en oro, su caballo y carruaje quedaron en manos de Cortina.[5]

---

[5] El general asesinado fue Mosby Monroe Parsons, de Missouri. Jerry Thompson y Lawrence T. Jones escribieron que Parsons, "junto con varios miembros de su personal y sus familias, fueron asaltados y brutalmente asesinados por una banda

Se decía en aquella época que un hombre de "saco azul" podía pasar indemne el campamento de Cortina, mientras que de uno de "saco gris" acabaría siempre por no saberse más de él. La actitud que asumió el gobierno de los Estados Unidos con respecto a expulsar a los franceses de México, y también los designios del Sur hacia México en caso de triunfo de la Confederación, eran bien comprendidos por los mexicanos.[6] Esto explicaba la diferencia del trato.

de bandidos vagamente asociados con los liberales en un rancho a siete millas de China, Nuevo León, en el camino de Camargo a Monterrey". Este relato difiere del de Rankin, pero coincide esencialmente con el periodo y el área en que ocurrió el crimen. Ver Jerry Thompson y Lawrence T. Jones III, *Civil War and Revolution on the Rio Grande Frontier: A Narrative and Photographic History*, Asociación Histórica del Estado de Texas, Austin, 2004, p. 97; *Christian World*, vol. 16, noviembre de 1865, p. 348.

6 Cortina puso en práctica una actitud que era común entre la mayoría de los mexicanos con respecto a la guerra civil de los Estados Unidos. No es seguro, como dice Rankin, que la mayoría de los mexicanos entendieran la posición del gobierno norteamericano con respecto a la Intervención francesa en México. Lo que sí resulta claro es que la mayoría de los mexicanos apoyaban a Benito Juárez y los republicanos en su lucha contra los franceses. Juárez repetidamente solicitó a los Estados Unidos el repudio al imperio de Maximiliano. Probablemente por esa razón la mayoría de los mexicanos deseaba un triunfo de la Unión. El cónsul de los Estados Unidos en Monterrey, M. M. Kimmey, expresó esto cuando declaró que la población mexicana estaba a favor de la Unión y que él "nunca había visto a un mexicano que admitiera ser un secesionista". Ver Kimmey a Seward, 9 de mayo de 1864, AN DC, Monterrey, microfilme, carrete 1.

CAPÍTULO XVII

Llegada a Nueva York – La Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera aprueba mi plan – No hay dinero en su tesorería para un edificio – Obligada a solicitar donativos individuales – Primer donativo de quinientos dólares – Otros donativos generosos – El mayor donativo, 10 mil dólares, de un individuo – Obtuve la cantidad necesaria – Regreso a Monterrey – Muerte del Rev. Hickey – El señor Thomas Westrup nombrado por la S. B. como sucesor – Compré un edificio para la misión protestante – Debe ser ampliado y remodelado – Conversos mexicanos serían buenos misioneros – Decido emplear a cuatro – Escribí a la AFCU para solicitar los medios – No podían dar dinero – Decidí ir a los Estados Unidos para obtenerlo – Aprobada por el consejo – Viaje a N. Y. – Colecta con mujeres cristianas – Respuesta favorable de las mujeres de Hartford y New Haven, Conn. – Suficientes medios obtenidos para emplear ocho hombres de distintas fuentes – Regreso a Monterrey – Edificio de la misión listo para ocuparse – Comisioné a los lectores de Biblia para que comenzaran su trabajo – Éxito de su labores en torno a Monterrey.

Tan pronto se levantó la cuarentena en Brazos, tomé el primer vapor a Nueva Orleáns; y desde ahí, fui a Nueva York por mar, donde arribé el primero de octubre. Mi plan de erigir una iglesia y escuela en Monterrey fue aprobado por el Consejo de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, pero no se me aseguró ayuda por parte de la sociedad, ya que no había fondos en la tesorería para propósitos de construcción. Fui arrojada a la benevolencia de los individuos, y de nuevo me vi obligada a hacer solicitudes personales. La propuesta de obtener 15 mil dólares, la cantidad

que me parecía necesaria para el propósito, fue considerada por el consejo algo extravagante, y algunos miembros solicitaron que modificara mis expectativas. A como estaba el tipo de cambio en ese entonces, quince mil en efectivo era apenas equivalente a diez mil en especie,[1] y, bien lo sabía, no podría comprar un edificio para responder a los propósito necesarios por menos de 10 mil dólares. Estaba consciente de que había mejorado la opinión de mis amigos norteamericanos sobre México, y de verdad creía que yo debía encontrar a esas personas que contribuirían generosamente.

Comencé con la tarea ardua y exigente, y quedé muy gratamente sorprendida cuando de mi primera solicitud recibí una donación de quinientos dólares por parte de un comerciante, el señor T. N. Dale, de Nueva York. Continué recibiendo generosos donativos de caballeros cristianos, tanto en Nueva York como Boston. Pero la corona de mis donaciones fue una de 10 mil dólares, por parte de un particular, el señor E. D. Goodrich, de Boston.[2] Esta generosidad fue un gran avance con respecto a lo que recibí en mis primeras colectas para México. En otros tiempos estaba satisfecha y agradecida con donativos de "un dólar", y "no habiendo menospreciado el día de las pequeñeces", el Señor me recompensó con esta notable manifestación de su fe y amor. "Sobre poco has sido fiel; sobre mucho te pondré".

En mayo de 1866, ya había conseguido suficiente dinero y ofrecimientos para mi propósito; y de nuevo volteé el rostro hacia México, en verdad feliz y agradecida con mis amigos que tan generosamente me habían ayudado en mi empresa.

Al llegar a México, encontré de nuevo una república, aunque en condiciones agitadas.[3] Juárez había regresado a la capital, y la

---

1 Rankin se refiere al tipo de cambio en oro o plata.

2 No pudo hallarse información sobre T. N. Dale y E. D. Goodrich, pero era común que los empresarios contribuyeran a la causa misionera. John M. Hart atribuye esta generosidad a los más amplios objetivos del capital norteamericano y su expansión hacia México, y ve el papel de los misioneros en el contexto de la expansión imperial de los Estados Unidos. Ver John M. Hart, *Empire and Revolution: The Americans in Mexico since the Civil War*, University of California Press, Berkeley, 2002, p. 43.

3 Rankin confunde la fecha. El imperio duró hasta el 15 de mayo de 1867, cuando

ley y el orden se estaban restableciendo dentro de lo que cabe, bajo las dificultades que abundaban por todo el país.

Renté una casa, abrí una escuela y comencé a buscar una ubicación favorable para un edificio o comprar uno ya existente, y remodelarlo, para que respondiese a nuestras necesidades. La distribución de la Biblia avanzaba con perspectivas estimulantes, pero en medio de las útiles labores del señor Hickey, en noviembre de 1866, él fue subitamente removido por la muerte.[4] Más que un efímero tributo se debe a este hombre por su incansable labor de hacer circular la Palabra de Verdad entre la gente iletrada de México. Se perdió un valioso amigo para la causa de la religión evangélica cuando este buen hombre fue convocado a dejar su armadura para su descanso en las alturas. Su nombre aún vive entre esta gente con la que él trabajó, y durante mucho tiempo esos cerros y valles que atravesó tendrán los frutos de las preciosas semillas que él esparció. La Sociedad Bíblica Norteamericana nombró a otro agente, el señor Thomas Westrup,[5] que también llevaba la evangelización mexicana en el corazón, y el trabajo continuó prosperando.

Tras algunos meses de búsqueda, espera y consejo, decidí una ubicación para plantar la primera misión protestante del norte de México, en cuanto a instalaciones misioneras se refiere. Un edificio, que ocupaba una posición muy favorable en la ciudad, que un cura católico había construido y poseído, estaba en venta, y parecía adaptado a nuestras necesidades. Escuché el consejo de per-

---

el ejército de Maximiliano fue derrotado en Querétaro.

4 Hay un desacuerdo sobre la muerte de Hickey. Deborah Baldwin escribe que Hickey murió en Brownsville el 10 de diciembre de 1866. Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, p. 21.

5 Westrup recibió su nombramiento el 1 de febrero de 1867. Comenzó su correspondencia con el Consejo Bautista de Misiones en 1869, y lo invitaron a Nueva York. A principios de 1870, fue nombrado el primer misionero bautista en México. Deborah J. Baldwin, *op. cit.*, p. 21. Para más información sobre Westrup, ver la introducción, nota 30.

sonas juiciosas que estaban interesadas en la misión, y su opinión correspondiente con la mía, finalmente me llevó a la conclusión de hacer la compra. Jueces competentes consideraron que el precio que pagué por esa propiedad fue muy bajo. El hombre al que le compré recibió al día siguiente una oferta de quinientos dólares en oro; pero este mexicano, en su honor, respondió: "Ya le he dado mi palabra a la dama, y ella habrá de tenerlo".

Aunque el edificio tenía buenos acabados para una casa mexicana, requería ampliarse y remodelarse para responder al triple uso de capilla, escuela y residencia. Me recomendaron un inglés, del que se decía era un hombre competente, y lo contraté, con una justa compensación, para que hiciera el trabajo.* Varios meses pasarían antes de que el edificio estuviese en condiciones de ocuparse, y miré a mi alrededor para descubrir qué trabajo se presentaba en el ínter.

Se habían multiplicado los conversos a la fe protestante; y algunos hombres, mediante el estudio continuo y devoto de las Escrituras, se habían vuelto muy capaces de enseñar a sus compatriotas las verdades que a ellos les parecían preciosas para sus propias almas. Se me ocurrió que de esos conversos mexicanos podía hacerse una buena fuerza de trabajo, para propagar el Evangelio en México. De hecho, yo creía que estaban mejor preparados para un eficiente servicio que cualquier misionero extranjero que fuese traído a este sitio, quien, por supuesto, desconocería por completo las peculiaridades del carácter mexicano y sus costumbres. Aunque ignorantes de cualquiera de las ciencias, salvo lo que habían aprendido en la Biblia, yo no tenía duda de que podrían explicar la salvación a través de Cristo, para salvar muchas almas.

Entonces elegí a cuatro de los conversos, y les pregunté si estarían dispuestos a ir entre la gente de tierras lejanas y predicar a Cristo.

* Nota de Rankin: Se hizo el contrato y las escrituras fueron trazadas por un competente hombre de negocios, un norteamericano, y amigo de la misión.

Dijeron que les gustaría, pero tenían familias que mantener con su trabajo diario, y, en consecuencia, no podían dar todo su tiempo.

Les pregunté por la cantidad que requerían sus familias.

Dijeron: "Como treinta dólares al mes".

Entonces hice la pregunta: "¿Si yo proveyera para sus familias, darían todo su tiempo para diseminar el Evangelio".

Respondieron afirmativamente, pero deseaban que quedara claro que no se les pagaría por predicar el Evangelio; pues, ellos decían, "eso debe hacerse sin dinero y sin precio".

Una vez que el asunto se arregló satisfactoriamente, escribí a la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, solicitando los medios para poner a estos hombres en el campo, que "ya estaba listo para la cosecha". Recibí como respuesta que no podía concederse dinero para el trabajo propuesto, pues su tesorería ya estaba agotada con el trabajo en otras tierras. ¿Pero acaso un trabajo como ése que se me presentó habría de detenerse por esta negativa?

¿Acaso debe dejarse que las almas, por las que Cristo murió, perezcan en México por la falta de dinero? No, a ver cómo, yo lo conseguiría. Él, que ha declarado, "que la plata y el oro son suyos", sin duda abrirá los corazones de su gente para proveer los medios, de modo que su nombre sea glorificado en la salvación de las almas, incluso en México. Así que de nuevo puse mi vida en mis manos, o mejor dicho, la puse en manos de mi siempre leal Preservador, y realicé otro peligroso viaje fuera de México, arribando a Nueva York en mayo de 1867.

Mi plan fue aprobado por la Sociedad, y se me otorgó permiso total para realizar colectas independientes para mi objetivo. No creí adecuado ir a las iglesias, ya que la mayoría estaba ya haciendo donativos a la Unión, pero decidí acudir a las mujeres cristianas de esa tierra para que ayudaran a enviar fuera a estos maestros locales del Evangelio en México.

Mi decisión no resultó una vana especulación. Mientras esperaba en Nueva York las indicaciones divinas, recibí una carta de



las damas de Hartford, Conn., en la que me invitaban a ir allá y dar informes del trabajo en México. Consideré la invitación como una esperanzadora indicación de la providencia de Dios, y me apresuré a responder. Se convocó a una reunión, y encontré una audiencia receptiva. Estas damas cristianas comprendieron el alcance de mi propósito, apoyaron el plan de todo corazón, y ofrecieron mil dólares anuales para mantener a los lectores de Biblia locales y *colporteurs* en México. Con cartas de recomendación, fui a New Haven, Conn., y se convocó a una reunión similar, y hubo otro ofrecimiento de mil dólares. ¿Acaso necesito encarecer las emociones de gratitud en mi corazón ante esta noble demostración del amor de estas mujeres por su Divino Maestro? Me sentí con ganas de aplicar esas preciosas palabras que nuestro Salvador usó en relación a los servicios de alguien del pasado: "Dondequiera que se predique el Evangelio en el mundo, esto que esas mujeres han hecho se habrá de mencionar como un homenaje a ellas". De verdad agradecí a Dios y tomé valor, creyendo que habría de ver el Evangelio predicado en México por parte de los propios mexicanos.

Como aún no llegaba el tiempo de mi retorno, decidí continuar mis colectas y así obtener dinero para poner a trabajar a más conversos nativos, pues sabía que podría encontrarlos. Visité otros sitios de Nueva Inglaterra y del estado de Nueva York, y de las mujeres cristianas obtuve, tras unos meses, suficientes fondos para emplear a siete u ocho hombres.

Con grandes esperanzas, regresé y hallé mi edificio listo para ser habitado.[6] En él comenzamos el culto público los domingos, sosteniendo también dos reuniones por semana; y abrí una escuela para niñas mexicanas. Tan pronto como fue posible, reuní mi banda misionera de trabajadores locales, enviándolos fuera de dos

[6] Sería el primer establecimiento protestante permanente en Monterrey, y tal vez en México.

en dos, así como nuestro Salvador envió a sus primeros discípulos, lo cual estuvo de acuerdo con sus opiniones, pues creían que los ejemplos de la Escritura eran su única guía. La Biblia, distribuida por los agentes de la Sociedad, había preparado el camino, y muchas almas estaban ansiosas de recibir más luz e instrucción.

La mañana en que comenzaron con su trabajo, cuando vinieron por sus instrucciones, noté que dos de los más jóvenes lucían preocupados, y pregunté por la causa.

Dijeron que tenían miedo de encontrarse con opositores, y que tal vez no serían capaces de refutar los argumentos que los enemigos presentarían contra la Biblia; particularmente temían a un cura que esperaban encontrarse en el camino.

Les leí el décimo capítulo de Lucas, que relata cuando Cristo envía a los setenta, e hice hincapié en la expresión "los cuales envió de dos en dos delante de sí, a toda ciudad y lugar a donde él había de venir", en particular la última cláusula.[7] Les dije: "Ustedes van en nombre de Cristo a predicar su Evangelio, y pueden esperar su presencia y bendición, tal como lo prometió". Su confianza pareció renovada, y muy jubilosamente tomaron su manojo de libros y partieron.

¿Hace falta decir que me resultó una mañana llena de buenos augurios? A medida que estos mensajeros de un Evangelio puro avanzaban para ofrecer luz y verdad en esa oscura tierra papal, mi corazón estalló en alegres exclamaciones por el bien de México: "Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti".

Al cierre del mes todos regresaron, cada uno con un reporte favorable. Los habían recibido amablemente y escucharon las valiosas instrucciones que ellos fueron capaces de impartir. Los dos jóvenes que habían salido temblando, volvieron felices y diciendo: "Todos escucharon nuestras enseñanzas sin oposición; e incluso el cura al que tanto le temíamos no dijo nada contra la Biblia".

---

[7] Lucas 10:1.

Pasé a la escena del retorno de los trabajadores de Cristo y leí sobre los setenta que regresan de nuevo con alegría, diciendo: "Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre".[8]

Así continuaron estos hombres, de mes en mes, atravesando el país dentro de un radio de 160 kilómetros en torno a Monterrey, enseñando y predicando las cosas relativas al reino de Dios. Fueron de casa en casa y de rancho en rancho, y muchas almas fueron sacadas de la oscuridad hacia la luz y la libertad del Evangelio.

[8] Lucas 10:17.

CAPÍTULO XVIII

Regiones más allá – Envié lectores de Biblia al estado de Zacatecas – Influencia de un caballero norteamericano – Se organiza iglesia en Cos – Carta del *Christian World* que da los resultados de las labores de los lectores de Biblia – Sr. Westrup, agente de Biblia, bautiza cuarenta conversos – La misión fue transferida, en 1871, por la AFCU, al Consejo Presbiteriano de Misiones – Se multiplican conversos en Monterrey y alrededores – Cartas escritas al *Christian World* – Detalles del trabajo – Incidentes interesantes – Los curas se incomodan – Le temen a una Biblia abierta – Diversos conflictos – Nuestros lectores de Biblia perseveran.

Sintiendo que debíamos penetrar "las regiones más allá", decidí enviar dos de los colaboradores al estado de Zacatecas, a distancia de quinientos o seiscientos kilómetros. Seleccioné a los dos jóvenes ya mencionados, quienes, con dos de los *colporteurs* de la Sociedad Bíblica, fueron a divulgar el Evangelio en toda su ruta. Arribaron a un lugar llamado Villa de Cos, donde permanecieron varias semanas, enseñando y predicando con gran éxito. El estado de Zacatecas había sido altamente favorecido durante unos años por la estancia de un norteamericano, un decidido caballero cristiano, cuya influencia, sin duda, había preparado el camino de algún modo para los sobresalientes frutos que resultaron de las labores de nuestros lectores nativos de la Biblia.[1]

[1] Rankin se refiere al doctor Julio Mallet Prevost, cuyo papel en extender el protestantismo se explica en la introducción, nota 39. Ver también Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, pp. 21-22.

Tal vez no tenga mejor modo de presentar el aspecto del trabajo de esa época que insertando una carta publicada en el número de diciembre de 1868, en el *Christian World*, órgano de la AFCU. Fue escrita por un caballero que ocupaba un distinguido puesto social y político, un residente de Zacatecas. La carta se fechó en Cos, el 4 de julio de 1868. Dice:

> Creo que les será satisfactorio conocer el desarrollo que el sentimiento religioso está experimentando en este país; y cuán cierto es que, como lo hemos considerado, si los ministros evangélicos vinieran aquí a trabajar, la luz de la verdad se extendería y disminuiría la influencia de ese fanatismo que el clero papista ha establecido. Debido a que algunos de los vendedores de biblias y otros libros religiosos han venido aquí desde Monterrey, la atención pública ha despertado de manera muy vital...
>
> Varias personas interesadas por la mera lectura de las Escrituras se unieron con el propósito de estudiarlas diligentemente. Al principio hubo pocos, pero gradualmente han aumentado, hasta, con la llegada del señor Westrup, agente bíblico, como cuarenta personas recibieron bautismo (por vertimiento) y tomaron parte en la comunión, de acuerdo con el sentido protestante de ésta, como un solemne recuerdo del sacrificio de Cristo.
>
> ¿Alguno de ustedes predijo algo así? Probablemente no; conscientes como están de la terrible influencia de nuestro clero, que ahora, sin embargo, está asombrado por la amplia brecha que se ha abierto en su dominio. Observen cómo, al primer rayo de luz sobre estas regiones, descubrimos que la tierra es fértil, y sólo requiere trabajadores inteligentes para cultivarla de modo que acabe con el dominio sacerdotal que ha ocasionado indecibles males a este país, degradando y desmoralizando a sus habitantes.[2]

---

[2] Para la publicación original, ver *Christian World*, vol. 19, diciembre de 1868, pp. 403-404.

Entre los que profesaron la conversión hubo dos mexicanos con educación superior: padre e hijo, quienes, tras la partida de nuestros lectores de Biblia, se hicieron cargo del trabajo y lo realizaron con éxito. Pronto establecieron un periódico, llamado *Antorcha Evangélica*, el cual circulaba extensivamente, ilustrando el sentimiento público, y defendiendo con valor la Verdad contra los más violentos opositores.[3] Me tomo la libertad de presentar una breve historia de este trabajo en Zacatecas.

Dos años después de comenzar este trabajo, hubo una membresía de la iglesia de 170 miembros, y un edificio se había levantado, sobre todo por los propios mexicanos. En 1871 se hizo una urgente solicitud a la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera en busca de un misionero para el exterior. Este Consejo no pudo proporcionar un hombre que pudiese hablar español, y, como el Consejo Presbiteriano de Misiones, tenía un hombre que había laborado en Sudamérica a quien podían poner de inmediato a trabajar, se pensó que mejor la AFCU transfiriera la misión al Consejo Presbiteriano; y desde noviembre de 1871* esta misión ha estado bajo sus auspicios, y estoy feliz de saber que recibe una buena cuota de prosperidad.

Pero para regresar a la misión de Monterrey y sus alrededores, tal vez no tenga mejor manera de exhibir el aspecto del trabajo, como se presentó en esa época, que copiando algunas de mis cartas publicadas en el *Christian World*.

Para un observador desinteresado, no lo dudo, mis descripciones pueden parecer algo maquilladas, pero un grado de tolerancia puede hacerse por mi punto de vista. Habiendo visto México años antes, encerrado en la oscuridad papal, sin escasamente un rayo

---

3 *Antorcha Evangélica* se publicó en español, iniciando en 1868 o 1869 y es una rica fuente para el estudio de la transformación religiosa de México en su periodo temprano. Ediciones de 1869-1871 en microfilme están disponibles en la Colección Latinoamericana Benson de la Universidad de Texas en Austin.

* Nota de Rankin: Por causa de una revolución en México, no se enviaron misioneros sino hasta noviembre de 1872.

de esperanza, ¿cómo habría de sentirme sino jubilosa y entusiasmada ante la evidencia manifiesta del poder de la evidencia sobre la superstición y el error?

¿Acaso el soldado que ha realizado escaramuzas durante mucho tiempo en las afueras del territorio enemigo, con casi ninguna esperanza humana de alguna vez tomar una posición ventajosa, no se sentiría sino jubiloso cuando al fin se planta en el corazón de esa tierra y encuentra que todas las barreras contra su ocupación permanente van desapareciendo gradualmente? Estoy segura de que no. Pero a las cartas. La siguiente está fechada en Monterrey, diciembre de 1868:

> No desde los gloriosos días de Martín Lutero, en los cuales la verdad divina electrificó a los sujetos ciegos de la iglesia apóstata hacia una nueva vida, ha existido un mejor ejemplo de su potencia que el que estamos atestiguando en el presente en México. Es en verdad gratificante ver con cuánta satisfacción estos tanto tiempo engañados seguidores de Roma toman las preciosas verdades de la Palabra de Dios en lo más profundo de sus corazones.
>
> Todas las eras y condiciones son influidas de manera semejante por su poder transformador. Un hombre que ha aterrorizado su entorno, por su conducta salvaje, ha sido cambiado de tal modo que tiene el espíritu de un cordero. Su esposa, que fue obligada con frecuencia a esconderse para escapar a sus golpizas, providencialmente conoció a una chica pobre, que se había convertido a la verdad, a quien relató el trato brutal que con frecuencia recibía de su marido. Esta chica le contó sobre la religión que enseñaba la Biblia, en la cual a los esposos se les ordenaba "amad a vuestras mujeres, y no seáis desapacibles con ellas". La infortunada mujer fue de inmediato tocada por la bendición de dicha religión, y rogó a la chica que fuera por el libro que la contenía, y tal vez podría hacer que su marido lo leyera. La chica no tenía una Biblia, pues no sabía leer, pero había escuchado lo que le dijo a la mujer en la reunión protestante.

A una mujer mexicana, que era cristiana, se le pidió que viniera y les leyera la Biblia a ella y su marido. Y por extraño que parezca, el salvaje escuchó con atención su primer contacto con la Palabra de Dios. Se interesó profundamente, y tras abandonar un pecado tras otro, se ha convertido por completo en un hombre cambiado de corazón y conducta. Tan pronto como su mente comenzó a iluminarse, destruyó sus imágenes, que abundaban en su casa, y se deshizo de ellas. Su propio lenguaje a uno de nuestros *colporteurs*, de inmediato tras su gran cambio, fue: "Nos han enseñado a adorar demonios en vez de a Dios. La Iglesia de Roma es tan diferente a la Iglesia de Cristo, como lo es el infierno del cielo. Qué bella es la religión de Cristo".

Su mujer también se regocija con él en la verdad. Han pasado tres meses desde la conversión, y él parece volverse más y más consciente de cuán pecaminosa fue su vida pasada, y del gran agradecimiento que le debe a Dios por haberlo rescatado "como a una brasa de las llamas".

A dondequiera que van nuestros lectores de Biblia, las almas regresan al reino. Dos fueron, hace dos semanas, a Montemorelos, un pueblo de algunos miles de almas. Me escriben: "Nunca hemos visto gente tan deseosa de escuchar la verdad, como se expresa en las Sagradas Escrituras. Casi no tenemos tiempo para comer y dormir, tan ansiosos están de escuchar nuestras lecturas de la Palabra de Dios. Varios han profesado su conversión, y dado evidencia de que han nacido de nuevo. Entre los conversos está una mujer de 69 años, y un chico de trece. Dos hombres que amenazaron con disparar a los *colporteurs* si venían con sus biblias, ahora están sentados a los pies de Jesús con todos sus sentidos". Que México está maduro para el Evangelio, lo muestran datos en abundancia. Y es igualmente evidente que Dios está de manera maravillosa alzando la voluntad de los nativos para cultivar este campo promisorio.

En relación con esta carta, escrita en 1868, insertaré un extracto del "Missionary Herald" (órgano de la ABCFM) de febrero, 1875,[4] en el que se hace mención de la misión en Montemorelos. Deseo hacer esto para mostrar a mis lectores que este trabajo pionero de los lectores de Biblia nativos no fue evanescente, sino que ha demostrado por sus frutos que es un genuino trabajo evangélico. Pero al extracto:

> En octubre (1874) el señor Herrick visitó de nuevo varias estaciones externas. En Montemorelos siete personas fueron recibidas en la iglesia, tres de ellas cabezas de familia. El señor Herrick dice que ninguna de sus iglesias está aumentando en número tan rápido como la de Montemorelos, y él cree que los conversos son de un tipo valioso[5]

En otra carta de 1868, que copié de *Christian World*, yo dije:

> Aunque escribí hace poco tiempo, confío en que otra comunicación de parte mía y de México no salga sobrando. Incidentes de un carácter interesante están ocurriendo entre nosotros, los que estoy segura les van a interesar. El Evangelio ha echado raíces en México, y está produciendo frutos en verdad agradables. Nunca, en ninguna tierra de oscuridad papal, la Palabra de Dios se había mostrado para "ser más aguda que una espada de dos filos" con más certeza que en México, un país donde el 'misterio de inequi-

[4] Para la publicación original, ver *Missionary Herald*, febrero de 1875, pp. 56-57.

[5] De acuerdo con Jean Pierre Bastian, el principal investigador del protestantismo en México, los conversos al protestantismo venían principalmente de grupos sociales en transición, lo que incluía trabajadores mineros y de empresas textileras y agricultura de alto volumen. También estaban incluidos los trabajadores temporales e incluso pequeños propietarios. "Esos sectores medios, que no incluían ni a los indígenas ni a los peones de las haciendas tradicionales, ni a los burgueses ni a los oligarcas, se caracterizaban tanto por la precariedad de su situación económica como por el vínculo que los unía al capitalismo naciente como trabajadores asalariados". Ver Jean Pierre Bastian, *Los disidentes: Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 1989, p. 15.

dad' ha prevalecido por tanto tiempo, y el 'diabólico' se ha mostrado con tanto descaro, "a aquel inicuo, cuyo advenimiento es según operación de Satanás, con grande potencia, y señales, y milagros mentirosos". La gente que ha gemido durante tanto tiempo bajo el opresivo yugo de ese sistema falso está feliz de encontrar una religión más tolerante en sus exigencias.

Los que han abrazado la religión de la Biblia reconocen la libertad que la Verdad les ha dado. Me topé, ayer, con un anciano de setenta años, quien se convirtió recientemente. Su rostro brillaba con felicidad cuando le pregunté: "Esta nueva religión le parece placentera, ¿verdad?", él respondió: "Ah, sí, no hay yugo, sino que es fácil, y no hay carga, sino que es ligera".

Vino de un pequeño pueblo, como a sesenta kilómetros de Monterrey. Me informó que doce personas, en pocos meses, habían aceptado el Evangelio, y estaban felices por eso. Cuatro de su propia familia, además de él, estaban entre ellos. Este trabajo de gracia fue instrumentado por la voluntad de un hombre, (mexicano), que se convirtió hace como un año en Cadereyta. ¿Quién puede dudar que este hombre esté llamado a predicar a Cristo, cuando dichos frutos son manifiestos? Nunca he atestiguado un trabajo más verdaderamente evangélico, ni he visto ejemplos más correctos de verdaderos evangelistas que los que tenemos entre los conversos mexicanos.

El domingo pasado vinieron a nuestra escuela dominical dos jóvenes, que evidentemente, por su comportamiento, vinieron con el propósito de renegar y poner en ridículo nuestra religión. El superintendente los encontró en la puerta, les pidió que tomaran asiento y se sentó junto a ellos. Tras un titubeo, uno de ellos preguntó con impertinencia: "¿Cómo se hacen llamar ustedes? ¿Metodistas, episcopales, bautistas o presbiterianos?" El superintendente, muy tranquilo, respondió: "Nos llamamos cristianos".

Entonces el otro visitante preguntó con respecto a nuestras creencias. Se le respondió mostrándole el tercer capítulo del Evan-

gelio de Juan, el que se le pidió que leyera. Observé que su expresión cambiaba en lo que leía las solemnes declaraciones de nuestro Salvador con respecto a la necesidad de "nacer de nuevo" para convertirse en un verdadero cristiano y apto para el reino de los cielos. De inmediato, tras terminar de leer, se pusieron de pie diciendo: "Volveremos", y cortésmente salieron. Lo que más me llamó la atención fue la manera en que su impertinencia fue enfrentada.

Su aspecto indicaba que pertenecían a la principal clase social. Sin duda eran defensores de la religión católica romana, pero las simples verdades de la Palabra de Dios los desarmaron por completo, y pude rápidamente percatarme del maravilloso éxito que corona las labores de esos mexicanos conversos. Presentan la verdad tal como es en Jesús, y nunca deja de dar sus resultados legítimos. No hallan mejores argumentos que las más benditas palabras de nuestro Salvador, y en ellas se apoyan.

En otra carta dije:

Nuestros lectores de la Biblia viajan por estos cerros y montañas, enseñando a la orilla de los caminos, en los ranchos, villas y ciudades, dondequiera que puedan hallar gente que los escuche, y es raro que hallen a la gente de otro modo que ansiosa por escuchar algo acerca de la nueva religión, de la cual ya tienen un indistinto conocimiento. Algunos expresan la mayor sorpresa de que los protestantes enseñen cosas tan buenas, ya que los curas les han dicho que eviten las enseñanzas de los protestantes más que al asesinato o cualquier otro crimen terrible.

Casi no se halla entre ellos el espíritu de controversia. Temas particulares, en los que habían confiado para apoyar su religión, se presentan para ser explicados. Por ejemplo, a un lector de Biblia le pidieron que explicara cómo las palabras de Cristo podían entenderse de manera que no pareciera que Pedro era la roca sobre la cual se construyó la iglesia. Se les explicó, para satisfacción de

quienes preguntaron, que Cristo era la principal piedra angular, y que se refería a sí mismo, y no a Pedro, cuando dijo: 'Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.' Seis mexicanos inteligentes se encontraban presentes, todos los cuales expresaron la mayor gratificación de que este fuerte bastión del papado se removiera tan fácilmente. ¿Acaso no resulta evidente que el poder papal se tambalea entre esta gente? Los mexicanos han sido remojados y teñidos en la religión católica romana, y no más de hace doce años Satanás se sentaba en su trono sin que nadie lo molestara, con "puertas de bronce" y barras de hierro, apresando a los miserables súbditos de su reino.

¡Pero ala! La Palabra de Dios se abrió camino en estas regiones oscuras, y reveló a esta gente subyugada por curas que la ley humana no tenía derecho de esclavizar las conciencias de las criaturas de Dios. Estos súbditos largamente esclavizados por el dominio papal se levantaron masivamente, y, tras años de desesperada lucha, obtuvieron la libertad religiosa. El reino de Satanás ahora se desmorona, para nunca ser reestablecido en México.

Se han hecho esfuerzos por reestablecer la supremacía de la religión papista; pero las bayonetas extranjeras y el poder imperial resultaron inadecuados ante la voluntad de un pueblo decidido. Los principios de libertad religiosa se han arraigado de tal manera en los mexicanos, que ninguna cadena papal podría esclavizarlos de nuevo. Así como las fuerzas de la naturaleza no pueden ser detenidas por esfuerzos humanos, el progreso de la verdad no puede evitarse cuando se fija firmemente en la mente. La Palabra de Dios no puede ser reprimida, y no lo será, hasta que México haya conocido sus verdades con todo su poder salvador. Que el Señor lo conceda cuando así lo disponga.

Una carta subsiguiente muestra algunas de las molestias a las que estuvimos sujetos en este periodo, demostrando que alguien sentía que le pisaban un callo. La carta dice:

Roma, cada vez en cuando, se molesta mucho, y ejerce todo su poder para arrojar la religión de la Biblia en México. Ha tenido varias pugnas severas en Monterrey desde que este edificio se ha dedicado al culto protestante. Durante la reciente visita del obispo, cada medio se utilizó para interrumpir nuestro culto, y de haber ocupado instalaciones de las que nos pudieran desposeer, a nosotros, sin duda, nos habrían echado. Pero permanecimos seguros "bajo nuestra propia viña e higuera" y dejamos a Satanás rugir, hasta que aparentemente llegó a la conclusión de que no nos podían mover, y entonces cesó su clamor.

El romanismo aún vive en México, pero parece haber perdido buena parte de su sutileza, pues en sus intentos por oponerse a la Verdad, con frecuencia derrota sus propios malos designios. Hace como dos meses, dos de nuestros lectores de Biblia fueron a la ciudad de Durango, con sus biblias y otras verdades impresas. Los curas azuzaron a la población contra ellos a tal grado que sus vidas estuvieron en peligro inminente. La orden de estos supervisores espirituales era: "Detengan esas enseñanzas heréticas o desháganse de esos hombres". Sin amedrentarse por las amenazas, nuestros hombres recurrieron a las autoridades y una guardia de soldados fue inmediatamente enviada para protegerlos, y continuaron sus enseñanzas a mucha gente deseosa de conocer la verdad. El alcalde les dijo "prediquen lo que les dicte el corazón, y si es necesario un regimiento de soldados para su seguridad, les será otorgado".

Evidentemente al papado se le anuló su más potente elemento –el poder de coerción– y en gran medida su pasada gloria se ha marchado. En proporción, a medida que se propaga una cristiandad pura, en la misma medida su poder sobre los corazones de la gente se debilita.

A medida que se quiebran los baluartes de esa iglesia apóstata, "las hojas que eran para la sanidad de las naciones" se requieren de manera especial. Los folletos de la Sociedad Norteamericana de Publicaciones tienen una gran demanda; la verdad impresa, distri-

buida masivamente sobre el país que está descubriendo la Biblia, ahora se requiere imperativamente. Dios ha hecho surgir de manera maravillosa las voluntades para sembrar las semillas de la Verdad Divina, y 'el desierto y la soledad' se vuelven felices ante los heraldos del Evangelio, que son enviados para proclamar sus verdades.

Con la debida humildad y desconfianza en sí mismos, parecen estar muy conscientes de su incapacidad para hacer ellos mismos el bien. Dependen del Divino Maestro, quien, ellos lo creen confiadamente, los llama a hacer su trabajo. Confío en que las damas cristianas que tan noblemente se han hecho cargo de apoyar a estos heraldos de la cruz, no fallarán ni flaquearán hasta que la verdad se establezca en esta oscura tierra.

CAPÍTULO XIX

Se inicia una misión en la Ciudad de México – La Sociedad Bíblica Británica había hecho circular biblias – La AFCU envía al Rev. Henry C. Riley – Su visión del trabajo, y éxito – Carta de un inglés – Campos listos para la cosecha.

No sólo tuve ocasión para regocijarme con el promisorio aspecto del trabajo en el norte de México; también de otras partes del país llegaron excelentes noticias. En 1869, la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera envió al Rev. Henry C. Riley a la Ciudad de México.[1] El señor Riley había pasado buena parte de su vida en Sudamérica, en consecuencia conocía bien el idioma y también el carácter español; además, era un caballero cristiano bien calificado para inaugurar y dirigir una misión protestante en esta importante zona. El señor R. había sido, por un tiempo previo, ministro de una iglesia en la ciudad de Nueva York, compuesta por hispanohablantes. En el verano de 1868, estuve en Nueva York y me encontré con el señor Riley, que desde hacía tiempo era un amigo personal. Nuestra reunión fue en la Casa Bíblica, y tras los saludos usuales, me dijo: "Señorita Rankin, ¿por qué no va a la Ciudad de México, donde hay doscientas mil almas, en vez de trabajar en Monterrey, donde sólo hay cuarenta mil?" Respondí que pensaba que estaba en el sitio adonde me había llamado la providencia de Dios; además, pensaba que cuarenta mil almas era una buena cantidad. Entonces hice la pregunta: "Señor Riley, ¿por

[1] Para más información sobre Riley, ver Prefacio, nota 6.

qué no va usted a la Ciudad de México?" "Ah", me dijo, "no puedo dejar mi iglesia hispánica en Nueva York; apenas ayer una señora cubana se puso a llorar porque escuchó un reporte de que yo me iría". "¿Qué tan grande es su iglesia y congregación?" "Como dos o trescientos". "Pero, señor Riley, ¿cree justificado permanecer aquí y predicar a unos pocos cientos que están rodeados de privilegios evangélicos, cuando podría ir a la Ciudad de México donde hay doscientas mil almas sin un solo predicador del Evangelio?" El señor R. echó la mirada al suelo, y se mantuvo quieto sin hablar durante varios minutos; luego alzó la vista con un rostro alegre y dijo: "Señorita Rankin, voy a ir. El próximo agosto usted escuchará sobre mí en la Ciudad de México". Nos despedimos, y por supuesto, tuve noticias del señor Riley, en la fecha que me propuso, de la Ciudad de México, y ahora escuchemos lo que dice de su nuevo campo de labor. Lo cito: "Hay un huracán perfecto de sentimiento protestante alzado contra la Iglesia romana. Me siento como si de pronto me hallara yo mismo en la época de la Reforma. Lo mejor que podemos hacer es plantar iglesias e instituciones cristianas tan rápido como sea posible".

"Desde hace mucho tiempo estos cristianos nativos han buscado con esperanza su hermandad en los Estados Unidos. Ojalá ahora sus esperanzas se vuelvan realidad. Si la Iglesia norteamericana hace un esfuerzo digno de la oportunidad que Cristo les ha dado en esta tierra, México podrá escribir una de las páginas más brillantes y profundamente interesantes de la historia misionera en el curso de unos cuantos años por venir".*

La visión del Sr. Riley, creo, no era entusiasmo sin bases, sino el resultado de impresiones sugeridas por las manifestaciones en esa zona. Parecía totalmente evidente que el Espíritu Santo estaba rondando toda esa tierra, y que sólo los medios apropiados debían

* Nota de Rankin: Dos años después de que el Sr. R. fue a México, tenía una iglesia con 400 miembros, y esta misión se volvió la más importante de todo el país, y aún lo es.

emplearse para que Él descendiera con todo su poder sanador en los corazones de multitudes de mexicanos, que se habían disgustado profundamente con la religión de Roma, y esperaban una religión mejor adaptada a las necesidades de sus naturalezas inmortales.

Para demostrar que otros vieron cosas altamente alentadoras, copiaré una carta que un caballero inglés, que tenía muchos años de residencia en México, escribió al *Christian World*. Como algunas de las representaciones que hemos hecho el señor Riley y yo se han tildado de algo "color de rosa",[2] espero que las opiniones de este serio inglés sirvan para remover la imputación y corroborar nuestros comentarios sobre las circunstancias de esta gente necesitada y olvidada. La carta fue fechada en la Ciudad de México, el 17 de mayo de 1869. Dice:

> Es imposible observar el estado presente de este país (México) sin percatarse de que ahora es el momento justo para que cada sirviente del Altísimo, para cada creyente en el bendito Salvador, para cada cristiano de esforzarse al máximo para ayudar a este infeliz pueblo, que ahora está listo y ansioso de recibir felices noticias del Evangelio. Si la hermandad cristiana de los Estados Unidos pudiese ver lo que veo, y sentir lo que siento, cuando asisto a las reuniones de la hermandad evangélica; si pudieran ver más de doscientas personas unidas en sus súplicas a Dios, leyendo y escuchando el Evangelio, cantando los expresivos y bellos himnos con un intenso sentimiento de devoción, estarían convencidos de que no hay país que requiera o merezca más su atención que éste. Mucho se ha obtenido con los esfuerzos de algunos dedicados trabajadores en esta buena causa.

---

2 Rankin le arroja una piedra a sus detractores, quienes aseguraban que exageraba sus logros en el norte de México. Rankin era una publicista efectiva para el trabajo misionero en México, y sabía cómo usar los medios masivos, para los cuales hizo numerosas "representaciones".

* * *

La llegada del Rev. H. C. Riley les ha dado un mayor estímulo a estos trabajadores en el viñedo, ya que él nos ha mostrado cómo dirigir nuestros esfuerzos, y al enseñar a los niños a cantar, ha perfeccionado nuestro culto, y casi ha doblado nuestra congregación.

"Ya hay cinco o seis congregaciones que enérgicamente nos solicitan ayuda, ya sea por predicadores o libros. Los primeros son muy difíciles de procurar, y los últimos se requieren por miles... Tras leer uno, ruegan encarecidamente por más. Ven la Biblia citada en ellos, y su curiosidad se excita, y sus conciencias se despiertan. Preguntan: '¿Son estas cosas posibles?'. Consiguen la Biblia para examinarla".

"Consideren una población de ocho millones de almas que deben salvarse, casi todas están dispuestas,[3] y miles de ansiosos por aprender el camino a la vida eterna, lo que harán si leen esos libros, y entonces serán conducidos al estudio de las Escrituras. Me es imposible hallar las palabras para expresar la profunda convicción que siento, que ahora es el momento adecuado para introducir la verdadera religión".

"Trabajadores, artesanos e incluso soldados asisten a nuestras reuniones. Son pobres y, por lo tanto, más dispuestos a seguir a Cristo; son ignorantes, pero aprenden todo lo necesario para la salvación en la Biblia, y los folletos que los ayudan a entenderla. Que nuestro Padre Celestial incline sus corazones para que nos ayuden"

[3] El optimismo expresado aquí no corresponde a la realidad. Pese a los hercúleos esfuerzos de los misioneros, tanto locales como extranjeros, para 1910 sólo 68,839 personas se habían convertido al protestantismo, menos del uno por ciento de la población. Ver Jean Pierre Bastian, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 1989, p. 141.

CAPÍTULO XX

Organización de Sociedades – Sociedad Evangélica de Oaxaca, también una en Saltillo – Esta última está desocupada – Debería ocuparse por un misionero protestante – Me pareció necesario que el trabajo de Monterrey se organizara adecuadamente – Contraté los servicios del Rev. John Beveridge – Muy pronto organizó cuatro iglesias – El señor Westrup decide volverse bautista – La mayoría de los conversos mexicanos deciden no irse con él – Intentos fútiles para cambiarlos – Ordenación de dos ministros – Se organizan dos iglesias más – Ocho escuelas en operación – Se abren campos en las "regiones más allá".

Era muy común para los mexicanos, en este periodo, tras obtener algún conocimiento de la Biblia, organizar "sociedades" con el propósito de instruirse mutuamente.[1] El sentimiento que parecía prevalecer era que algo debía hacerse como manifestación de su absoluto rechazo a la Iglesia de Roma, y era una seria expresión de deseo por algo mejor.

Voy a insertar un artículo que se publicó en ese entonces, llamado "Una invitación". Estaba fechado:

> Oaxaca, mayo 24, 1868.
> Señores:
> Jesucristo, al establecer su religión, tenía como propósito la moralización de la humanidad, y ya sabemos cuánto ha avanzado la

[1] Arnoldo de León provee información sobre la gran cantidad de sociedades de ayuda mutua que surgieron en la comunidad mexicana en Texas durante el siglo XIX. Arnoldo de León, *The Tejano Community, 1836-1900*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982, pp. 194-95.

civilización en consecuencia de la promulgación de sus doctrinas, tanto en Europa como en América. Pero en México nuestros conquistadores trajeron el catolicismo, o sea, la doctrina desfigurada de Jesucristo, ajustada más para brutalizar que para moralizar y civilizar. Ahora, ese bello sistema del libre examen de conciencia se nos presenta, un sistema que tan bien armoniza con la democracia que nos gobierna, las doctrinas de Jesucristo deberán ser de una buena vez adoptadas sin ninguna mezcla o interpretación, sino puras, como salieron de sus Labios Divinos. Debemos hacer esto porque vemos que las naciones que lo han hecho son aquéllas en la vanguardia de la civilización, Inglaterra en Europa, y los Estados Unidos en América.[2]

¡Miren nuestro país! ¿Qué ha hecho el catolicismo por nosotros? Transformó la mayor parte de nuestra gente en fanáticos, ignorantes y necios, y al resto en filósofos indiferentes... Por lo tanto, cada mexicano que desea el bien de su país deberá trabajar con todos los medios dentro de su alcance para que toda sombra de retroceso desaparezca.

Para obtenerlo, y que todo esto no sea puramente visionario, es necesario establecer una sociedad que tenga como objetivo instruirnos en la doctrina de Jesucristo, teniendo sus reuniones en el dia del Señor; y es necesario abrir la comunicación con otras sociedades de este tipo.

---

2 Muchos liberales mexicanos del siglo XIX hicieron la conexión entre democracia, progreso, y la religión protestante. Observaron el progreso que se hacía en Estados Unidos y Europa Occidental y vieron las ventajas de introducir el protestantismo en el país. Algunos argumentaron que serviría para promover la colonización por parte de los europeos, que traerían las habilidades y valores requeridos para que México se desarrollara. Ver Jesús Reyes Heroles, *El liberalismo mexicano*, tomo III, La integración de las ideas, 2da. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pp. 281-82. Ignacio M. Altamirano, uno de los mayores defensores del liberalismo, estaba interesado en los valores democráticos promovidos por el protestantismo. Ver sus interesantes observaciones al visitar una ceremonia protestante en Thomas H. Nelson a Hamilton Fish, 29 de abril de 1871, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States*, vol. 1871, núm. 383, Imprenta del Gobierno, Washington, D. C., 1871.

> Esta sociedad, una vez establecida la libertad de Oaxaca será una realidad, y, sin duda, si somos firmes, consistentes y sacrificados, nuestra gente progresará.

Otra sociedad similar se formó en Saltillo, capital de Coahuila, estado vecino de Nuevo León, llamada "Sociedad de Artezaus", la cual muestra los primeros pasos de este gran movimiento hacia un cristianismo puro. Me entero con frecuencia de sus operaciones a través del agente de la Sociedad Bíblica, quien a veces predicaba en sus reuniones. Tres o cuatro años después de que fui a Monterrey, recibí una carta, firmada por veinte hombres, expresando el deseo de que debería enviar un ministro evangélico para instruirlos en sus deberes; también pidiendo algunos libros que traten particularmente sobre la Biblia. Me dieron una descripción detallada de su origen y diseño.

Su rompimiento con la Iglesia de Roma, parece ser, ocurrió varios años antes de la proclamación de la libertad religiosa en México, y se produjo por leer la Biblia que les facilitó un protestante alemán (el mismo hombre al que proveí en 1857 y 1858), y tuvieron reuniones secretas hasta que se concedió la libertad de conciencia, tras de lo cual las operaciones se volvieron públicas. Habían establecido y sostenido varias escuelas, de las que se excluyó el catecismo católico y fue sustituido por la Biblia.

Respondí a su solicitud de libros, pero no pude enviarles un ministro. Me duele decir que Saltillo nunca ha estado ocupada permanentemente por un misionero protestante,* hasta ahora, no se ha obtenido un hombre adecuado.[3] Muchos elementos hay para convertir

---

* Nota de Rankin: El Rev. Sr. Park, un misionero independiente, fue ahí en 1869, pero se quedó sólo una breve temporada.

3 No queda claro cuándo se estableció una presencia misionera permanente en Saltillo, pero en 1877, dos años después de que se publicara el libro de Rankin, Henry C. Thompson, un misionero bastante capaz, se estableció en esa ciudad. Ver V. G. Clark a Consejo Presbiteriano, 25 de junio de 1877. Correspondencia e Informes, 1833-1911, Consejo de Misiones Extranjeras, Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América, Colección Latinoamericana Benson, Universidad de Texas en

a Saltillo en un centro misionero altamente importante, y espero que pronto pueda convertirse en sitio de poderosas influencias protestantes mediante la intervención de un consejo misionero.

En 1869 me convencí de que nuestros conversos en Monterrey y sus alrededores deberían organizarse adecuadamente en iglesias. Hasta ahora, las congregaciones se habían reunido para el culto, y habían elegido hombres para ponerlos aparte y que administraran los sacramentos. El Rev. Sr. Hickey, el segundo agente de biblias en el norte de México, administró los primeros bautismos por inmersión, ya que esta modalidad correspondía con la creencia de la Hermandad de Plymouth, de cuya sociedad él era miembro. Tras su muerte, su sucesor, el señor Thomas Westrup, bautizó a los conversos tanto por inmersión como vertiendo agua en la cabeza. En Villa de Cos, el señor Westrup bautizó a cuarenta con esta última modalidad.

A principios de 1869 me vi obligada a venir a los Estados Unidos para recaudar fondos para la misión, y antes de partir le pregunté al señor Westrup, que entonces era agente de la Sociedad Bíblica, si podía redactar una "Confesión de Fe" que incluyera los principales artículos en que creían nuestros conversos mexicanos, recalcando que con frecuencia me cuestionaban acerca de sus doctrinas, y deseaba algo que mostrar que pudiera satisfacer a quienes me cuestionaban.

Agregué, también, que lo deseaba más particularmente como relato suyo (del señor Westrup), pues yo sabía que la Sociedad Bíblica se sentía algo aprehensiva de que él pudiese estar introduciendo algo de carácter confesional a sus labores; cuando su deber era, de acuerdo con las reglas establecidas, la distribución de la Biblia, sin notas ni comentarios. El señor Westrup aceptó mi solicitud de muy buena gana y redactó una confesión de fe, sobre la que dijo que "cada converso mexicano podría suscribirse", admitiendo tres modalidades de bautismo: aspersión, inmersión

Austin (en adelante citado como BFM), microfilme, carrete 162.

y vertimiento, aclarando enfáticamente que "la importancia no radicaba en la modalidad".

Estuve satisfecha con el documento, y lo llevé a Nueva York, mostrándoselo a la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, y a la sociedad Bíblica, y los funcionarios de esos consejos expresaron su total satisfacción.

Yo llevaba como dos meses en Nueva York cuando recibí una carta del señor Westrup, en la que decía que se hallaba en la necesidad de informarme que había cambiado de opinión desde mi partida en cuanto al tema del bautismo. Dijo que él y todos los conversos habían decidido convertirse en bautistas, y que "en adelante las iglesias mexicanas practicarían sólo la inmersión, y habría comunión sólo con aquéllos que fuesen bautizados del mismo modo". De inmediato escribí una respuesta, que "mi objetivo había sido llevar las almas a Cristo en México, y que, en la elección de su modalidad de bautismo no tenía indicaciones que dar". Como misionera de la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera, no tenía el derecho de oponerme a que se formara una iglesia bautista con los conversos mexicanos. Cerré mi carta diciendo: "Dejo el importante asunto en manos del Gran Líder de la Iglesia". Ahí lo dejé, sin sentir particular ansiedad sobre el asunto, si sólo las almas pudieran salvarse, y continué mi trabajo de recaudar fondos para la misión. Algunas veces se me ocurría la idea: "¿Por qué debo trabajar para llevar almas a Cristo con las que no se me permite la comunión en su mesa?"

Pero mi impresión dominante era que el señor Westrup laboraba bajo un gran malentendido respecto a los sentimientos de nuestros cristianos mexicanos. Aunque había algunos que preferían la inmersión, sabía bien que ellos habían, por consentimiento voluntario y unido, abandonado por completo la doctrina de comunión cerrada,[4] que el señor Hickey había instituido. Luego

[4] La doctrina de comunión cerrada era común entre los bautistas sureños land-

de que ocupamos la casa de la misión, la comunión estuvo abierta a todos los que amaran a nuestro Señor Jesucristo. No podía creer que ellos consintieran ser restringidos de nuevo. Su idea era que en la Iglesia papista siempre habían sido sujetos a las formas, y que rechazaban absolutamente cualquier cosa que supiera a exclusividad o poca caridad. Su gran deseo, lo sabía, era profesar a Cristo de manera que los pusiera en relación fraterna con toda su gente verdadera.

En mis comunicaciones a Monterrey, no hice alusión al tema, sólo di instrucciones a mis *colporteurs* y maestros, y el trabajo continuó como siempre. Tras unos tres meses, recibí una carta de una persona que había dejado a cargo ahí, preguntando: "¿Por qué no dice algo sobre la cuestión bautista, pues sé que está enterada de los hechos, porque el señor Westrup leyó la carta que usted le escribió ante la congregación. Muchos de los cristianos locales dijeron: 'La carta es bella, y que usted había hecho más por llevarles el Evangelio de lo que cualquier hombre había hecho'. Vienen todos los días a preguntar cuándo va usted a regresar. Pero no se apure y termine sus asuntos, pues casi todos los conversos se mantienen firmes en la vieja plataforma. Don Brígido**[5] ha mantenido

markistas, quienes argumentaban que las suyas eran las únicas iglesias verdaderas y que sólo los miembros de sus iglesias específicas locales podían participar en comunión. Así, estaba cerrada para los demás. Para más información, ver Hugh Wamble, "Landmarkism: Doctrinaire Ecclesiology among Baptists", *Church History*, vol. 33, diciembre de 1964, pp. 429-47.

** Nota de Rankin: Nuestro principal predicador nativo.

[5] Brígido Sepúlveda, que Hickey convirtió al protestantismo, se convirtió en el ministro nativo más efectivo del noreste mexicano. Trabajó estrechamente con Rankin, estableciendo congregaciones en Monterrey y pueblos cercanos como Apodaca y Agualeguas. Le fue fiel a Rankin, quien lo alabó generosamente en las páginas de *Christian World*. En la disputa entre Rankin y Westrup, Sepúlveda se alió decididamente con Rankin y encabezó la causa del presbiterianismo. Fue la figura más prominente de esa religión durante sus primeras tres décadas en México y estuvo presente durante los momentos más importantes del desarrollo del presbiterianismo en Monterrey: en noviembre de 1869, cuando se organizó la primera congregación presbiteriana; en noviembre de 1884, cuando se estableció su primera iglesia organizada; y en abril de 1895, cuando el primer templo se consagró. Murió poco después del último evento, en 1895. Ver Saúl Tijerina González, *Huellas imborrables: historia de la Iglesia Nacional Presbiteriana*, Publicaciones El Faro,

su puesto bajo la mayor presión del Sr. W. Unos tres o cuatro en Monterrey, y como la misma cantidad en Cadereyta, han decidido ir con el señor Westrup y convertirse en bautistas". Tras recibir esta información, concluí que, como los mexicanos habían decidido las cosas por sí mismos, tomaría las riendas y les ayudaría con todos los medios adecuados y cristianos a organizar iglesias, en las cuales, me sentí segura, la gran mayoría de los miembros se uniría en una comunión.[6]

Muy pronto procuré un ministro evangélico, el Rev. John Beveridge,[7] que había trabajado varios años en Sudamérica, e inmediatamente organizó iglesias en Monterrey, San Francisco y Mezquital. En Cadereyta, el Rev. Sr. Parke,[***][8] un misionero independiente, había organizado previamente una iglesia evangélica, así que teníamos cuatro iglesias en fraternidad y que cooperaban juntas en armonía. Las disensiones parecían cicatrizar rápidamente, cuando el señor Westrup decidió renunciar a su conexión con la Sociedad Bíblica, con la visión de aceptar un puesto del Consejo Bautista de Misiones de Nueva York para trabajar en Monterrey.

Monterrey, 1984, pp. 24, 31.

[6] Como resultado de estas diferencias, estalló una seria disputa interconfesional entre los presbiterianos, encabezados por Rankin, y los bautistas, influidos por Westrup. Esto se relata en la introducción.

[7] Luego de que Westrup abandonó su rebaño, Rankin contrató a Beveridge, quien había tenido experiencia misionera en Sudamérica y hablaba español. Al principio, Rankin hablaba muy bien de Beveridge, y lo dejó a cargo en Monterrey cuando ella partió en 1872. Años después, cuando Beveridge había arruinado la misión, Rankin se refirió a él como "un hombre decididamente sin principios" y lamentó que hubiese hecho tanto daño a la misión. Ver Rankin a F. F. Ellinwood, 23 de julio de 1877, BFM, microfilme, carrete 163.

*** Nota de Rankin: Posteriormente contraté al señor Parke para trabajar con nosotros, y permaneció empleado durante unos dos años.

[8] Andrew Park (ortografía correcta) fue un misionero independiente que introdujo la Biblia en el noreste de México en la década de 1860. Fue el primer evangelista en Cadereyta, una de las mayores ciudades de Nuevo León. También hizo labor misionera en Saltillo, capital de Coahuila. Rankin lo contrató en 1869, y durante los siguientes dos años trabajó en la misión de Monterrey. Se fue tras un rompimiento con Rankin. Thompson a Ellinwood, 19 de diciembre de 1878, BFM, microfilme, carrete 164; Thomas M. Westrup, *Principios: relato de la introducción del Evangelio en México*, ed. Enrique Tomás Westrup, Monterrey, 1948, pp. 8, 11, 18, 36.

Me he asegurado a través de los secretarios de ese consejo que recibieron información (aunque no de alguien en el lugar de los hechos) que había bautistas entre los mexicanos conversos de Monterrey. También que habían escrito al señor Thomas Westrup, para hacer preguntas, y, si tal era el caso, ofrecerse para asumir el sostenimiento de la misión, nombrándolo a él para que la encabezara. Estos hechos explican el repentino cambio de los sentimientos del Sr. W.

Me siento perfectamente confiada en que si la hermandad bautista de Nueva York hubiese entendido el asunto como era en realidad, tal como se evidenció después, no habrían hecho lo que hicieron, sembrando discordias entre esos recién convertidos miembros de la misión mexicana. Estos "bebés en Cristo" no estaban preparados para entender asuntos confesionales, siendo incapaces de comprender cómo la desunión podría existir entre los verdaderos seguidores de Cristo.[9]

El señor Westrup fue a Nueva York, renunció a su agencia de la Sociedad Bíblica, recibió ordenación y una comisión de la Sociedad Misionera Interna Bautista,[10] y en agosto de 1870 regresó a Monterrey, y comenzó más vigorosamente el trabajo de partir todas nuestras iglesias y formar iglesias bautistas. Durante varios meses estuvimos en agitación constante, ya que el señor W. y sus seguidores visitaban nuestros miembros en sus casas, y en cualquier manera posible intentaban inducirlos a unirse a los bautistas, diciéndoles, como fuimos confiablemente informados, que nosotros "no éramos mejores que los romanistas, ya que rechazábamos las órdenes expresas de Cristo".

---

9 Rankin culpó al Consejo Bautista de Misiones de Nueva York por esta división en Monterrey, pero no sustenta su aseveración.

10 Jonathan Going y John Mason Peck organizaron la Sociedad Misionera Interna Bautista en 1832, con la intención de realizar tareas evangélicas a lo largo de los Estados Unidos a nombre de la Iglesia Bautista. Para más información, ver "John Mason Peck", Biblioteca y Archivos Históricos Bautistas del Sur. http://www.sbhla.org/biopeck.htm.

Puede fácilmente imaginarse que esta situación entre los protestantes era una gran fuente de delicia entre los curas, y durante algunos meses estuvimos luchando con dificultades en la que la persecución que nos hacían los romanistas no tuvo comparación.[11]

Sin embargo, durante ese periodo tuvimos varias adhesiones a nuestra comunión, no sólo en Monterrey, sino en otros sitios. Nuestras iglesias se nombraron "evangélicas", pues ese término correspondía con la idea mexicana de una Iglesia de la palabra de Dios. El señor W. organizó una iglesia bautista en Monterrey, y en algunos otros lugares pudo tener prosélitos.****[12]

Pronto se agregaron dos iglesias adicionales a nuestra cantidad, y nos pareció necesario ordenar a algunos más de nuestros nativos, que ya se habían vuelto predicadores muy aceptables, de modo que estuviesen bien calificados para administrar los sacramentos, y hacerse cargo por completo de iglesias. En consecuencia, dos fueron ordenados, y enviados a sus zonas respectivas. Seis iglesias ya operaban exitosamente, y más que esa cantidad de escuelas protestantes se instalaron en diversos lugares, además de una escuela para niñas y niños en el edificio de la misión de Monterrey. Para estas últimas escuelas, me vi obligada a contratar maestros extranjeros; pero para las otras empleé nativos, quienes, aunque poseían conocimientos limitados de las ciencias, eran muy

---

[11] La historiadora Deborah Baldwin apunta que las disputas interconfesionales eran comunes entre las denominaciones protestantes de México. De hecho, eran "tan comunes como los conversos durante esos primeros años". Deborah J. Baldwin. *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, p. 22.

**** Nota de Rankin: Me han informado recientemente que la Sociedad Bautista de N. Y. le retiró el apoyo, y el señor Westrup se marchó a Texas.

[12] En 1871 Westrup informó que había cinco iglesias bautistas en Nuevo León, con cuatro ministros ordenados y 110 miembros. Estas iglesias estaban ubicadas en Monterrey, Cadereyta, Santa Rosa, Los Ébanos y Montemorelos (donde se ubicaba la casa de Westrup). También mencionó que cada iglesia era independiente de las otras y que dos de estas congregaciones (Santa Rosa y Los Ébanos) tenían pequeños edificios en construcción. 6 de junio de 1870, Asuntos Eclesiásticos, caja 8, Archivo General del Estado de Nuevo León, Monterrey, Nuevo León, México.

competentes para instruir a sus pupilos en el conocimiento de las Sagradas Escrituras.

Una carta que escribí en esa época, publicada en el *Christian World*, tal vez de una mejor idea de la situación y del trabajo de lo que puedo ahora explicar. Dice:

> Tenemos abundantes pruebas del protector cuidado y la bendición espiritual del Gran Líder de la Iglesia en los eventos del año pasado. Creo por completo que esta misión mexicana nunca habrá de pasar una prueba más severa; y como ha pasado por ésta indemne, tenemos razón para esperar que su futuro progreso sea más brillante y exitoso que nunca. Dios ha sido mejor con nosotros que nuestros temores. Nunca ha habido una época en que nuestras congregaciones hayan sido más influidas por la Palabra de Verdad que durante estos últimos meses. Muchas almas se han arrancado de las ataduras del romanismo, y han abrazado el verdadero evangelio de salvación.
>
> Hoy tenemos en Monterrey a diez que están bajo examen, y tal vez serán bautizados en nuestra siguiente comunión. También, en otras iglesias hay prometedores súbditos que expresan el deseo de unirse a la gente de Dios. Profesamos mucho cuidado en admitir miembros, y a nadie se recibe en comunión hasta que tenemos evidencia de que de verdad ha "nacido de nuevo"...
>
> Los años por venir deben atestiguar un mayor plan de operaciones en este país por tanto tiempo ignorado. Nos hemos dedicado a abrir varias misiones nuevas en un radio de 160 kilómetros de Monterrey, y ya hemos enviado hombres a preparar el camino haciendo circular lecturas evangélicas, reuniendo congregaciones e instalando escuelas dominicales y de entre semana. Hallamos que las escuelas son grandes auxiliares, ya que mediante ellas puede introducirse la Biblia. Los medios para mantener nuestras escuelas han sido provistos por escuelas dominicales e Instituciones de Señoritas de los Estados Unidos... Nuestros evangelistas nativos y

> *colporteurs* han recibido también todo su sustento de las damas en Estados Unidos y confío en que su interés no flaqueará. Estas nobles mujeres cristianas vinieron al rescate en un momento cuando la indiferencia general e incluso la repugnancia prevalecían contra México y los mexicanos, y tengo confianza de que no desertarán la causa en tanto el Salvador de tal evidente testimonio dé su aprobación por esa generosidad en beneficio de las almas por las que Él murió.

En una carta de junio de 1870, digo:

> Como las iglesias de estos rumbos ya tienen quién las maneje adecuadamente, he convocado a cuatro hombres para que vayan a los estados de Zacatecas, Durango y San Luis Potosí, una distancia de seiscientos kilómetros, y los estoy encaminando con biblias y otros libros. Mi plan es abrir nuevas zonas en las regiones más allá,[13] y ojalá tuviera los medios para enviar a veinte hombres en vez de cuatro. El campo está listo para la cosecha, y solicita trabajadores. Mi espíritu no reposa en vista del gran trabajo que puede hacerse de inmediato en México... Aunque hemos tenido pruebas durante el año pasado, el trabajo ha avanzado, y nunca antes había parecido tan interesante y motivante como ahora.

Un caso altamente interesante se nos presentó un poco después, ofreciendo otra ilustración del poder de la Biblia, sin interven-

---

[13] El deseo de Rankin de "abrir nuevas zonas en las regiones más allá" se duplica en un editorial del *Christian World* escrito en 1869, luego de que Henry Riley había comenzado operaciones en la Ciudad de México el año anterior. La apertura de este segundo frente, ahora en el corazón de México, para la expansión del protestantismo, creó un eje Monterrey–Ciudad de México para expansión futura. Esto generó optimismo y un llamado en busca de apoyo económico: "Afirmamos enfáticamente que en la faz de la tierra no hay campo más abierto, más necesitado, más deseoso, y más esperanzado de veloces y amplios resultados del esfuerzo cristiano que la amplia línea del país que se extiende de la Ciudad de México a Monterrey, pasando por Zacatecas. Es la sección que proponemos ocupar tan pronto como se pueda. Habiendo comenzado hace mucho, desde Monterrey, ahora avanzamos por una segunda línea desde la ciudad capital". *Christian World*, vol. 19, abril de 1868, p. 122.

ción humana. Agua Leguas,[14] un lugar como a 150 kilómetros de Monterrey, estaba situado muy lejos de cualquier acceso público, y nunca, hasta donde se sabía, la había visitado cualquiera de los agentes o *colporteurs*. En el verano de 1871 uno de nuestros *colporteurs*, estando en esa parte del país, pensó en ir a Agua Leguas y ver si algo podía hacerse ahí. Fue, y para su sorpresa, encontró una comunidad bastante protestante, o, al menos, varias familias que se habían, por un buen tiempo, congregado con el propósito de estudiar las escrituras. Nuestro *colporteur* regresó e informó sobre los hechos. Don Brígido Sepúlveda, nuestro ministro nativo, acompañado por un hermano laico, fue a examinar y a ayudar a esta pequeña banda de lectores de Biblia en busca de la verdad. Esta hermandad permaneció un tiempo, y halló a doce que dieron evidencia satisfactoria de haber recibido la verdad en el amor de ella. Con instrucciones del señor Beveridge, se organizó una iglesia de mexicanos creyentes, cuya instrucción se había derivado sólo de la Biblia y otro libro, una denuncia del romanismo, llamada "Noches con los romanistas", uno de los folletos de la Sociedad de Publicaciones. Parecía que estos libros habían llegado a sus manos por algún medio, y la gente, al no estar sujeta al control de los curas, era libre para investigar por sí misma, y su conclusión fue que el sistema de catolicismo romano, como se mostraba en "Noches con los romanistas", era falso, y que la religión de la Biblia, como la aprendieron en ese libro, era la única verdadera religión. Esta iglesia en Agua Leguas demostró ser una de nuestras más fieles iglesias; y nos da a pensar que puede haber muchos oasis de carácter similar en este gran desierto moral. Los agentes han distribuido miles de biblias en esa tierra, ¡y no sabemos el trabajo silencioso que pueda estarse logrando mediante la intervención del Espíritu Santo de Dios!

---

[14] Agualeguas se sitúa como a cien kilómetros al norte de Monterrey, cerca de la ruta entre esa ciudad y Ciudad Mier, en la frontera.

CAPÍTULO XXI

Imagen de la virgen destruida – Se sospecha de protestantes – Peligros, evidentes y ocultos – "Mueran los protestantes" dice una muchedumbre – Un amigo de color – Recurro a las autoridades mexicanas; también al ministro estadounidense – Obtengo protección – No se sabe quién destruyó la imagen – Se supone que fue instigada por los curas – Se evitan persecuciones para bien de la misión.

Durante el invierno de 1869 y 1870 los romanistas nos molestaron mucho. El 14 de diciembre, la noche antes de que comenzaran las devociones especiales para la virgen María, una imagen de la virgen, que se hallaba situada en una parte conspicua de la ciudad de Monterrey, fue derribada y rota en pedazos.[1] La destrucción de este objeto, que desde hace mucho tiempo se considera de sagrada devoción, por supuesto produjo una muy profunda sensación entre los devotos ciegos. La mañana tras el evento, se hicieron violentas demostraciones contra la casa-misión. Personas pasaban y arrojaban piedras a las puertas y ventanas, con diversos otros insultos. No estábamos conscientes de la causa, pues no habíamos escuchado sobre la destrucción de la imagen; y al saber que era un "día santo", supusimos que las manifestaciones eran tan sólo una ebullición[2] de su piedad, lo que con frecuencia se exhibía en dichas ocasiones. Nuestras escuelas continuaron sus operaciones, y todo nuestro trabajo se realizó

1 Rankin se refiere a la virgen de Guadalupe, el símbolo religioso más importante de México, cuya aparición en el cerro del Tepeyac ante el indio Juan Diego en diciembre de 1531 inició una tradición religiosa que se celebra con gran devoción cada año, el 12 de diciembre. Muchos católicos creen que la virgen de Guadalupe es el reflejo de la virgen María en su primera aparición en las Américas.

2 Una repentina y violenta exhibición de emociones.

como de costumbre, aunque las piedras con frecuencia volaban contra nuestras ventanas, rompiendo el cristal. Al avanzar la tarde, una multitud de hombres y chicos se reunió frente a la casa, arrojando piedras, y también voceando con lenguaje amenazante.

Mediante un muchacho vecino me enteré de que habían destruido la imagen de la virgen, y que se sospechaba que los protestantes eran la causa. Yo estaba convencida, con esta información, de que estábamos en serio peligro, y de inmediato envié a alguien al cuartel de policía. Tras un tiempo, varios policías llegaron y dispersaron a la multitud, arrestando a algunos que fueron capaces de capturar, y los enviaron a prisión: sin embargo algunos grupos permanecieron alrededor, escondiéndose de las autoridades, y continuaron con sus fechorías cuando hallaban una oportunidad. Se apostó un guardia en la casa, pero yo tenía poca confianza en la policía, pues ellos mismos, según me había enterado, estaban llenos de indignación contra los protestantes. A una hora avanzada de la noche fui a la puerta y hallé a uno de los policías sentado en los escalones, con su cabeza inclinada, aparentemente dormido. Le hablé, y mientras lo hacía, llegó un hombre de la casa del gobernador, al otro lado de la calle, y me dijo en inglés: "No confíe en estos hombres, porque cierran los ojos para no ver lo que ocurre. Los he escuchado hablar y no son amigos de usted".

Le pregunté quién era.

Dijo que era un hombre de color de Kentucky, que había venido a México y se unió al ejército,[3] y estuvo acuartelado en el

[3] No era poco común que soldados negros sirvieran en el ejército mexicano. Una relación armónica existió entre esclavos negros y mexicanos en Texas a mediados del siglo XIX, tal vez porque compartían el mismo estado de opresión. De acuerdo con James Leiker, más de cuatro mil esclavos huyeron y hallaron refugio en el norte de México, y a los mexicanos en Texas con frecuencia se les acusaba de ayudarlos a huir. Durante la década de 1860 la mayoría de las tropas de la Unión apostadas a lo largo del río Bravo eran negras, y algunos de estos soldados simpatizaban con los liberales en su lucha contra los franceses. "Algunos soldados negros dados de baja, así como varios desertores, cruzaron el río y se unieron a los juaristas en el ejército del norte de México". James N. Leiker, *Racial Borders: Black Soldiers along the Rio Grande*, Texas A&M University Press, College Station, 2002, pp. 26-28.

Obispado (un puesto militar cerca de la ciudad); que esa noche lo habían asignado como centinela en casa del gobernador. "Pero", agregó, "le echaré un ojo a su casa, y si veo cualquier cosa que la ponga en peligro, le voy a advertir, o le notificaré al alcalde".

Le di las gracias, me retiré y dormí un poco.

A la mañana siguiente llamaron varios amigos; algunos aconsejaban que saliéramos de inmediato del país, pues nuestras vidas estaban en inminente peligro; decían que durante la noche anterior una cantidad de pólvora se había obtenido para hacer estallar el edificio; que se detectaron grupos que inyectaron pólvora en las cañerías bajo el edificio. Aunque esto no fuese verdad, sentí que tenía razones para temer que algo parecido pudiera hacerse. Sin embargo, no consentí en dejar el trabajo, sino que decidí permanecer y establecer mi derecho legal.

Con un caballero amigo, un francés, fui a la casa del alcalde, y le pregunté si los estadounidenses tenían derecho a ser protegidos en México.

"¿Por qué no?", dijo él. "Sin duda los estadounidenses tienen los mismos derechos y privilegios que los mexicanos".

Entonces le relaté mis preocupaciones, las cuales él ya conocía hasta cierto punto. Expresó su más profunda pena y dijo que no escatimaría en esfuerzos para suprimir cualquier posterior disturbio. A pesar de la celosa vigilancia de las autoridades, se cometían tropelías a diario contra el edificio de la misión, mostrando que el sentimiento público no se había apaciguado por la pérdida de su adorado ídolo.

Se escribió "Mueran los protestantes" con enormes letras, ocupando cada espacio disponible en el exterior de la casa. Como

---

Lucius Avery, el agente comercial de los Estados Unidos en Matamoros, corroboró esto. En octubre de 1865 informó que el general liberal Mariano Escobedo estaba a punto de atacar Matamoros con una gran fuerza "entre los que se decía había varias compañías de negros, hechas de desertores y soldados dados de baja del ejército de los Estados Unidos". Avery al Departamento de Estado, 26 de octubre de 1865, AN DC, Matamoros, microfilme, carrete 4.

el edificio era de piedra y no había material combustible externo, no tenía causa para preocuparme de que pudiesen incendiarlo, pero no podía evitar tener serias aprehensiones de que pudiese hacerse un intento por destruirlo con pólvora. Nuestros conversos mexicanos se solidarizaron profundamente con mis angustias, y, durante varias semanas, uno o dos mantuvieron vigilancia dentro y alrededor de las instalaciones día y noche.

Tan pronto comenzaron los disturbios, le escribí al señor Nelson, ministro de los Estados Unidos en la Ciudad de México,[4] pero por causa de una revolución que prevalecía en los alrededores de la capital, no obtuve respuesta durante seis semanas; pero cuando la carta llegó, era todo lo que yo había deseado. El señor Nelson expresaba la más amable solidaridad, y dijo que yo habría de ser protegida en mi pacífica misión, y me dio instrucciones para obtener del gobernador del estado una garantía oficial de total y completa protección en el futuro. En caso de que mi presentación no obtuviera la atención adecuada, yo debía informarle, y él expondría las cosas al gobierno general en la capital.

Seguí sus instrucciones, y, tan pronto como fue posible, se expidieron los documentos, firmados por las autoridades competentes, lo que aseguró protección total para mí y todos mis intereses.

Nunca se supo quiénes fueron los autores de la destrucción de la imagen. No creo que algún protestante haya participado en eso, aunque hicieron que así lo creyera la población. Muchos creen que los curas instigaron todo el asunto con el propósito de alzar una tormenta de persecución contra nosotros, para obligarnos a salir del país, o para que la turba nos asesinara.[5] Un norteamericano

---

4 Thomas H. Nelson, de Indiana, sirvió como ministro de los Estados Unidos en México del 16 de abril de 1869, hasta su remoción el 16 de junio de 1873. Para más información, ver el sitio web del Departamento de Estado de los Estados Unidos en http://www.state.gov/r/pa/ho/po/com/10948.htm

5 Joseph Ulrich, el cónsul de los Estados Unidos en Monterrey, mantuvo informado al Departamento de Estado sobre la presencia protestante en la región. Informó que estaba seguro de que los misioneros nada tuvieron que ver con la profanación de la imagen, pero especuló que sus enseñanzas pudieron provocarla. Ulrich también

confiable, que era un católico romano, me dijo que cuando el obispo visitó Monterrey ese año, censuró duramente a los curas por permitir que los protestantes hicieran tantos avances frente a sus ministerios, y les dijo que si no se ponían a estudiar y predicar como se debe, y mantenían a su gente lejos de las reuniones protestantes, los iba a deponer. Si los curas pensaron que era mejor acabarnos con explosivos que con prédicas, "su servidora no lo sabe". Las persecuciones cesaron, y nada de tan seria naturaleza ha ocurrido desde entonces.

---

estableció que si el acto lo habían perpetrado los curas, serían malas noticias, "pues eso mostraría que se ha declarado la guerra". Ver Ulrich al Departamento de Estado, 9 de diciembre de 1869, AN DC, Monterrey, microfilme, carrete 1.

CAPÍTULO XXII

Revolución de 1871 – Comenzó en Monterrey – Insatisfacción con Juárez – Dificultad para obtener soldados – Tras los lectores de Biblia – Trabajo de *colporteur* muy afectado – Mexicanos amantes de la paz – Mexicanos provistos con armas – Se pelean batallas – Gobierno envía tropas – Gran consternación en Monterrey – Batalla a diez kilómetros de la ciudad – Los generales huyen y los soldados van a la ciudad a robar y matar – Casas como fortalezas – Decidida a proteger la misión – Soldados en la puerta y ventana, exigen el dinero o la vida, los conformo con bocadillos – Cuatro hombres asesinados en mi banqueta – Escapo con amigos – Se restablece el orden.

Es mi triste deber relatar otro caso de la plaga y desgracia del pobre México: la revolución.[1]

Ah, ¿por qué no se han apaciguado las aguas de conflicto por las influencias cicatrizantes del Evangelio de paz en México? Ah, la naturaleza humana aún prevalece en México como en todas partes. La

---

[1] Mexico estuvo envuelto en conflictos durante la mayor parte del siglo XIX. El periodo entre 1824 y 1854 es conocido a veces como "la anarquía", porque se caracteriza por un estado casi constante de conflicto. Los federalistas peleaban contra los centralistas, los liberales contra los conservadores, y los caudillos regionales controlaban sus respectivas regiones fuera del dominio de la ley. El ejército mexicano y la Iglesia católica hacían sus propias reglas. El país fue sacudido por golpes militares, revueltas regionales, guerras civiles internas e invasiones externas, culminando con la guerra contra Estados Unidos. El conflicto interno no cesó con el tratado de Guadalupe Hidalgo, sino que continuó hasta que Porfirio Díaz tomó la presidencia en 1876 y pacificó el país. En los cincuenta años entre la independencia mexicana y la ascensión de Díaz al poder, la presidencia había cambiado de manos 75 veces, un indicador revelador de la inestabilidad política. Manuel López Gallo, *La violencia en la historia de México*, Ediciones El Caballito, México, 1991, pp. 221-34; Michael C. Meyer y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987, p. 432.

ambición y los celos políticos no cesarán de dominar a la pobre humanidad caída hasta que el brillante día de la paz y gloria milenaria.

En el otoño de 1871 comenzó una revolución, principalmente inaugurada por el general Treviño, gobernador de Nuevo León, el estado del que Monterrey es la capital, y asumió proporciones considerables.[2] La insatisfacción surgió con la previa reelección de Juárez; un grupo alegaba que había obtenido su elección mediante el fraude, y parecía determinado a derrocarlo y colocar a otro hombre en la silla presidencial. Porfirio Diaz[3] se permitió ser proclamado como el eventual presidente de la república, y se hizo cargo él mismo de las acciones. El sentimiento que prevalecía era que Juárez estaba de algún modo asumiendo el carácter de dicta-

---

2 Rankin se refiere a un conflicto regional que era parte de un mayor movimiento nacional encabezado por Porfirio Díaz en 1871 para derrocar el gobierno de Benito Juárez. Díaz se rebeló después de que una elección muy disputada por la presidencia fue decidida por el Congreso a favor de Juárez. Declaró su Plan de la Noria el 8 de noviembre de ese año, pero encontró que el apoyo de los estados era escaso. Uno de los estados que lo secundó fue Nuevo León, gobernado por Gerónimo Treviño, el caudillo más prominente del estado durante ese período. De hecho, Treviño se pronunció contra el gobierno en septiembre, incluso antes de que Díaz declarara su Plan de la Noria, pero es posible que esto hubiese sido planeado. Treviño, nacido en Cadereyta en 1836, el año que Texas obtuvo su independencia, entró en el ejército y sirvió con distinción en las guerras de Reforma y de Intervención francesa, ganándose el reconocimiento y la popularidad para obtener la gubernatura de Nuevo León en 1867. Fue la plataforma que usó para convertirse en el hombre fuerte del estado por casi dos décadas, hasta 1885. Como militar, forjó una fuerte alianza con Díaz que le permitió ejercer más tarde como secretario de guerra.

3 Uno de los más famosos líderes del siglo XIX en Latinoamérica, Porfirio Díaz no sólo consolidó el poder del gobierno mexicano, también modernizó la nación al construir ferrocarriles, los cuales atrajeron industria, comercio e inversión extranjera. Díaz gobernó desde 1876 hasta 1911 (con un breve receso de cuatro años en 1880-1884) y vino a ser considerado un dictador autoritario, debido principalmente a sus políticas que ensancharon la brecha entre los ricos y la mayoría empobrecida. Muy popular en los Estados Unidos, en particular porque los capitalistas de los Estados Unidos hicieron fortunas durante el período, el porfiriato llegó a su final abrupto en mayo de 1911, cuando Francisco I. Madero encabezó una exitosa revolución contra el gobierno de Díaz. La Revolución mexicana se desarrolló en los siguientes diez años. Para más información, ver Luis González, "El liberalismo triunfante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, Colegio de México, El Colegio de México, México, 2000, pp. 652-701; Douglas W. Richmond, *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change* Prentice Hall, Upper Saddle River, N. J., 2002, pp. 188-209.

dor, y habiendo estado en la presidencia catorce años, se creía en general que un cambio conduciría al bien del país.

Como los mexicanos son famosos de expresar sus sentimientos con palabras, se infería que no faltaría la unión de esfuerzos para derrocar a Juárez. Pero cuando el asunto se puso a prueba, se descubrió que apenas dos o tres estados se involucrarían en verdadero combate. Nuevo León fue uno de los más conspicuos a causa de ciertas injusticias particulares que se suponía que Juárez había impuesto sobre la gente, y consecuentemente el gobierno consideró al estado como el cuartel general de la rebelión.[4] En consecuencia, Monterrey estaba en una condición peculiarmente peligrosa, pues estaba sujeta a un ataque del gobierno en cualquier momento. El invierno de 1871 y 1872 estuvo lleno de inquietudes, pues estábamos en constante aprehensión de ataques, y también nuestro trabajo se interrumpía por el esfuerzo de conseguir hombres para propósitos militares. Nuestros *colporteurs*, maestros y, en algunos casos, nuestros predicadores, eran solicitados para que prestaran servicio. Aunque nuestros ministros ordenados estaban exentos del deber militar bajo las leyes de México, comoquiera a veces los buscaban, y sus congregaciones eran diezmadas porque los miembros varones se vieron en la necesidad de esconderse para evitar ser obligados a entrar en el ejército. Una estampida general de cientos de mexicanos, a los cerros, fastidió grandemente todo tipo de actividades. Los préstamos forzosos se imponían constantemente a los comerciantes y a todos los que pudieran pagar cualquier cantidad. Yo estuve obligada a satisfacer la exigencia, bajo amenaza de que me confiscarían la propiedad de la misión.

---

[4] Como gobernador, Treviño criticó agriamente al gobierno central, encabezado por Juárez, por no proveer los recursos necesarios para defender la frontera norte de los asaltos de los indios, los que desolaban el campo. Pero otros gobiernos también habían sido negligentes en cumplir con esa obligación. Lo más probable es que Treviño hubiese estado preparando la opinión pública para una acción contra el gobierno de Juárez.

A juzgar por la gran insatisfacción expresada por la mayoría de los mexicanos bajo estas rigurosas exigencias, debo decir que no había gente bajo el sol que fuese más adversa a la guerra que estos mismos pobres mexicanos, de quienes todos creen que están listos para ir a la guerra por el puro amor a ésta. Sin patriotismo que les inspirara, se escondían, y los líderes de la revolución tenían que recurrir a cada tipo de estrategia para obtener suficientes hombres para tener una presencia aceptable. Mi opinión es que se trata de una muy pequeña porción de la población la que le ha ganado al país la reputación que tiene. Este elemento está mayormente formado del carácter indio,[5] y cuando no hay causa para una revolución, estos bandidos se involucran en aventuras guerrilleras con el propósito de robar.

Antes, las revoluciones se realizaban sin mucha pérdida de vidas, pues sus armas consistían en viejos fusiles, comparativamente inofensivos, de modo que los combatientes salían por lo general todos vivos, listos para otra revolución cuando se presentaba otra oportunidad.

Pero desde la Intervención francesa, y nuestra guerra civil, se proporcionaron armas de calidad mejorada, y las batallas eran bastante sanguinarias: a veces quedaban miles muertos en el campo. Si esto es una condición mejorada de las cosas, no me atrevo a decirlo, pero algo es evidente: el elemento de discordia de la sociedad mexicana se minimiza ante estos encuentros sangrientos, y tal vez en unos pocos años esta facción disminuya de tal modo

[5] Atribuirle naturaleza violenta a parte de la población por su origen indio era un prejuicio racista del periodo. Por supuesto, la propensión para usar la violencia no es exclusiva de ninguna raza. H. Rap Brown, el militante de derechos civiles de los años sesenta, que no fue una autoridad académica, pero conocía el asunto, declaró que la violencia era tan estadounidense como la tarta de cerezas. Richard Brown, quien de hecho es una autoridad sobre la violencia, nos recuerda que la "violencia ha sido un determinante tanto de la forma como de la sustancia de la vida estadounidense" y ampliamente describe la violencia que los anglos practicaban contra los indios, negros y entre sí. Richard M. Brown, *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*, Oxford University Press, Nueva York, 1975, pp. 4, 25, 28.

que el grupo amante de la paz predominará y la guerra civil y la revolución cesará de ser la plaga y desgracia de esta tierra justa.[6]

Varias batallas sangrientas se pelearon en un radio de 160 kilómetros de Monterrey, y en el interior, Díaz condujo una campaña que fracasó; fue obligado a huir a los cerros, donde pronto murió de una enfermedad.[7] El grupo revolucionario continuó con sus esfuerzos, tras de que toda esperanza de tener éxito difícilmente podía mantenerse.

En el mes de mayo se anunció que las tropas del gobierno se acercaban a Monterrey; por supuesto, prevaleció una gran consternación. Cada hombre disponible fue presionado para prestar servicio, ya fuera en la construcción de fortificaciones o para pelear. Se exigieron préstamos forzosos; algunos de los principales comerciantes se rehusaron a cumplir la exigencia por la incapacidad de facilitar el dinero. En ese caso, fueron obligados a trabajar en las fortificaciones; y un español, que había sido cónsul de España, literalmente se desplomó, completamente agotado por el intento de trabajar bajo el inclemente sol. Sus amigos lo llevaron a casa, y mediante un acuerdo: un pago de 4 mil dólares, en vez de seis mil, como primero se exigió, fue liberado.[8]

El general Treviño salió con su ejército, pretendiendo encontrarse con el enemigo a unos treinta kilómetros de Monterrey, pero

[6] Rankin plantea una solución novedosa para acabar con las revoluciones en México: dejar que los revolucionarios se maten entre sí. El problema con esta solución era que no tardaban en aparecer nuevos revolucionarios.

[7] Si Díaz hubiese leído esto, podría haber respondido como Mark Twain, que los reportes sobre su muerte habían sido muy exagerados. Es evidente que Rankin no estaba bien informada acerca de lo que ocurría en México, especialmente tras su partida en 1872. También indica que hizo poca investigación sobre el contexto político global del entorno de su historia. Lo que resulta en verdad intrigante es que Díaz era una importante figura en México cuando el libro fue publicado.

[8] El cónsul español era Valentín Rivero, que fue arrestado junto con once empresarios que se rehusaron a dar un préstamo forzoso de 40 mil pesos. El préstamo fue decretado por Genaro Garza García, secuaz de Treviño, que tenía fuerte aversión contra los extranjeros, especialmente contra los norteamericanos. Rivero, que tenía 55 años, debió permanecer en cama durante un tiempo tras el incidente. Ulrich al Departamento de Estado, 24 de mayo de 1872, AN DC, Monterrey, microfilme, carrete 2.

fue incapaz de llegar a tiempo y fue obligado a tener un enfrentamiento a diez kilómetros. Las familias tomaron las providencias para tener seguridad en caso de que el enemigo entrara en la ciudad.

Entendí mejor que nunca por qué las casas se construían con el estilo que hallé en México. Los muros son de piedra, y con grosor de una vara (84 cm), y las ventanas se hacen con barras de hierro, que se extienden del extremo superior al inferior como con ocho centímetros de separación.[9] Las puertas son de la madera más resistente, y se aseguran con pesadas barras de hierro. Todas las casas viejas se construyeron tan seguras como las fortalezas, pero algunas casas modernas están un poco menos protegidas. Nos preparábamos para lo peor; sabíamos bien que si el grupo revolucionario era derrotado, la vida y la propiedad se hallaban seguras sólo dentro de nuestras moradas.

Hallé los medios para enviar a una de mis maestras a los Estados Unidos poco después del inicio de la guerra, pero con la otra no tuve manera, se quedó, y la acomodé en casa de amigos en un sitio muy seguro de la ciudad.

El ruido del cañón se escuchaba claramente, y la batalla se desató durante varias horas. Nubes de polvo que podíamos ver en la distancia indicaban que las tropas se acercaban rápidamente a la ciudad. No sabíamos si eran tropas revolucionarias regresando victoriosas para defendernos, o las del enemigo que venían para completar su propósito con el que habían amenazado de destruir cada vestigio de la ciudad rebelde. Bastaron unos minutos para resolver esto, pues pronto llegaron cuadrillas de soldados de caballería con el uniforme del gobierno y recorrieron diversas partes de la ciudad. No estuve particularmente alarmada hasta que siete u ocho llegaron hasta mi casa. Tres fueron a la puerta y comenzaron a golpearla con una violencia que indicaba que estaban decididos

[9] Hay otra y mejor razón para el grosor de las paredes. En el clima extremoso de Monterrey, esas paredes mantenían las casas frescas durante el verano y cálidas durante el invierno.

a entrar incluso si había que derribarla. Los otros llegaron a la ventana, y apuntando sus rifles, exigieron "el dinero o la vida". En ese entonces tenía en mi casa a un caballero mexicano, nuestro profesor protestante, que amablemente se había ofrecido a venir y ayudarme en la protección de la casa y las propiedades. También tenía a dos chicos mexicanos, uno de catorce y otro de nueve años. El señor Ayala,[10] mi amigo mexicano, fue conmigo a la ventana, y le aseguramos a los soldados que no teníamos dinero, y como no éramos sus enemigos, esperábamos que no nos hicieran daño. Pero fueron persistentes, y creyendo que el señor A., por ser mexicano, sería más capaz de negociar con ellos que yo, retrocedí, y fui a una habitación contigua.

Pronto el señor Ayala fue conmigo, su cara blanca de pánico, diciendo: "Me van a matar si me quedo".

Le dije que se cuidara y que yo me haría cargo de la casa. Mis pensamientos se ocuparon por un momento en la aprehensión de que él no podría escalar el muro, ya que los muros de nuestros patios eran muy altos; pero muy pronto sentí la necesidad de poner mi atención en mi propio peligro. Los golpes en la puerta continuaron con renovada violencia, y como mi puerta no estaba asegurada con barras de hierro, resultaba evidente que pronto estarían dentro, si no hacía algo de inmediato. Al mismo tiempo, los chicos me gritaban: "Vayase, señorita Rankin, ya rompieron la puerta". Pronuncié mi oración audiblemente: "Oh, Dios, ¿qué voy a hacer?" La idea me llegó de inmediato, les daría algo para apaciguarlos; y tan pronto como me fue posible tomé unos bocadillos que había preparado para una emergencia y fui a la ventana a enfrentar a esos truhanes, quienes con rifle en mano, sabía que no dudarían un momento en dispararme. En ese preciso momento, un hombre al que habían disparado yacía muerto en el pavimento frente a mí. Mi corazón se encogió ante tal visión, y con manifiesta emoción, me acerqué

[10] Jesús Ayala se menciona más adelante en el texto.

y me mantuve cara a cara para decir: "Estoy sola y sin protección. Supongo que no lastimarán a una mujer indefensa". Al mismo tiempo les entregué los bocadillos, que ellos tomaron ansiosamente; y aquéllos en la puerta se reunieron con ellos. Me pidieron brandy, el cual, de haberlo tenido, no habría titubeado en darles, incluso bajo los principios más estrictos de abstinencia, pero les dije que no tenía. Entonces me pidieron agua; y al intentar pasar un vaso entre las barras de hierro, fracasé, ya que la anchura no lo permitía. Hubo un horrible dilema, pues yo sabía que estaban muertos de sed, ya que sus rostros cubiertos con mugre y polvo así lo indicaban, y mi pensamiento fue, ahora me van a ordenar abrir la puerta, y en caso de que me rehúse, me van a disparar. Me quedé tiesa y confusa, cuando uno alzó la vista hacia mí y con expresión amable en su rostro, me dijo: "No importa, pondremos las bocas entre las barras y usted vierte el agua de la jarra". Eso hice, mientras uno tras otro llegó para que le sirviera. Aunque fue un modo muy novedoso de atender huéspedes, creo que nunca había disfrutado mayor satisfacción de cualquier modo de entretenimiento que jamás antes había adoptado. Ellos estaban muy divertidos con el hecho, y tras preguntar si la casa del general Treviño estaba al otro lado de la calle, partieron. Escuché que entraron a la casa y dispararon al hombre que quedó a cargo (la familia había partido). También destruyeron y arruinaron todo lo que no pudieron llevarse. Para este momento, la ciudad estaba llena de soldados, totalmente dedicados al asesinato y el robo.

Cuatro hombres fueron asesinados a muy poca distancia de mi casa; de hecho, cada persona, hombre, mujer o niño, encontrada en la calle, era asesinada. El mayor esfuerzo se hacía para romper puertas, con hachas y balas, y en algunos casos lo lograban. En una de las principales casas comerciales, un joven fue muerto al instante cuando estaba en su escritorio, con una bala disparada por el ojo de la cerradura, y que penetró en su cuello.

Durante cuatro horas estuve sola en la casa con mis dos niños, a los que mantuve escondidos, pues de lo contrario podían verlos

y matarlos. Sabía que ninguno de mis amigos podría acudir en mi ayuda, y tenía mucho miedo de permanecer toda la noche, y yo sabía que esas terribles personas se emborracharían tanto para esa hora que yo fracasaría en mis intentos de conciliar con ellos.

Cerca del anochecer cesó la marcha de caballos y los disparos de arma parecían estar en la distancia; y me aventuré a mirar por la ventana y no pude ver a nadie en ningún lado de la calle. Sentí que era mi momento para escapar, y le dije al mayor de los niños que abriera la puerta, y, tomando al más pequeño, salí, diciéndole al que dejé: "Quédate aquí y cuida la casa, y tan pronto como sea posible voy a enviar a alguien por ti". Me apresuré a salir. No había salido de la casa antes de ese día, desde hacía un mes, por enfermedad, y sentí que sólo podía caminar. No había avanzado ni una cuadra rumbo a mi lugar de refugio cuando el niño miró hacia atrás, y dijo: "Ahí vienen". Eché un vistazo y vi a varios jinetes a toda velocidad, con los rifles en la mano, como a tres cuadras atrás. Pensé que ya había pasado por muchos peligros esa tarde como para que me mataran en la calle; así que aceleré el paso con una fuerza que casi apenas sabía que poseía y pude llegar con mis amigos, quienes habían sufrido la más intensa ansiedad por mi vida. A alguien le habían ofrecido una cantidad de dinero si iba por mí, pero cuando se hizo el intento, la visión de los muertos en la calle, le evitó llegar a mi casa.

Al oscurecer, algunos funcionarios del gobierno llegaron a Monterrey, y pusieron en orden a los hombres. Cuando la batalla terminó, parece que ambas partes se creyeron derrotadas; y los generales, al estilo mexicano, huyeron del campo de batalla, dejando a sus hombres por supuesto en perfecto desorden. Carrillo, el general del gobierno, corrió y no se detuvo hasta llegar al río Grande, para nunca volver, pero se supo de él tiempo después en Veracruz. Treviño, estando más en casa, se detuvo cuando estaba como a cincuenta kilómetros, y tras un pequeño retraso, asegurándose de que no había sido vapuleado, volvió a la mañana siguiente y tomó posesión del campo, reuniendo a sus soldados dispersos.

Tres coroneles del gobierno, al quedar solos en el campo, y al darse cuenta de que su general estaba perdido, concluyeron que había ido a Monterrey, vinieron, y al hallar la ciudad en las condiciones que estaba, tomaron posesión. Uno de los tres coroneles se constituyó gobernador provisional, y se estableció un gobierno que permaneció cinco días en el poder, al final de los cuales, el general Treviño y sus tropas llegaron y tomaron posesión, desplazando al gobernador recientemente electo y echándolo en prisión.[11]

[11] Este episodio, que ridiculiza a dos generales mexicanos, es corroborado por el cónsul Ulrich. Ver Ulrich al Departamento de Estado, 5 de junio de 1872, AN DC, Monterrey, microfilme, carrete 2.

CAPÍTULO XXIII

Aún en manos de los revolucionarios – La gente decidida a que cesen los problemas – los generales aceptan negociar con Juárez – Tres hombres son enviados a la Ciudad de México – Juárez los rechaza – Su muerte ocurre diez días después de que arribaron. Lerdo de Tejada sube al poder – Se proclama una amnistía – Se declara la paz – Tropas de gobierno toman posesión de Monterrey – La casa de la misión se exige para el Gral. Rocha – Me resistí – La misión prospera de nuevo – Obtengo un maestro competente para escuela de entrenamiento de jóvenes en Monterrey – Treinta pupilos a su cargo.

Nuestra situación no mejoró nada, pues aún quedabamos en manos de los revolucionarios, y sujetos a continuas molestias por parte del grupo del gobierno, que, todos estábamos conscientes, no dejaría la contienda hasta que Monterrey estuviera en sus manos. Los regiomontanos y, de hecho, todo el estado estaba completamente abrumado con los horrores de la guerra, y los ciudadanos, con voz unánime, solicitaban a los comandantes que llevaran a término el infeliz evento.

Como la presión era tan grande, Treviño y Quiroga[1] consintieron, siempre y cuando Juárez garantizara ciertas condiciones que propusieron, y tres de los hombres más confiables de Monterrey fueron elegidos para ir a la capital y dialogar personalmente con

---

[1] Julián Quiroga fue un militar forjado en combate contra los indios y en la guerra de Reforma y en la guerra de la Intervención francesa. Era una figura elusiva y controvertida que siguió a su jefe, Santiago Vidaurri, cuando éste peleó contra Juárez y apoyó el imperio de Maximiliano. Sobrevivió a ese error y fue rival y a veces aliado de Treviño a lo largo de la década de 1870. Conocido por su valor y capacidad militar, derrotó a Treviño y a Porfirio Díaz en una batalla cerca de Monterrey durante la rebelión de Tuxtepec en 1876. Cuando Díaz subió al poder, mandó fusilar a Quiroga en enero de 1877.

Juárez. En consecuencia, partieron, dejando Monterrey a mediados de junio, y arribando a la Ciudad de México como a mediados de julio. Obtuvieron acceso al presidente y presentaron los términos de la capitulación ofrecida por los generales revolucionarios. Juárez rechazó obstinadamente los términos, y no hubo esperanza de que se mostrara cualquier concesión para los rebeldes, ya fuera de manera personal o en asuntos de Estado. Éste era el estado de las cosas al momento de la muerte de Juárez, la cual ocurrió unos diez días después de la llegada de esta comisión.

La muerte de Juárez abrió el camino a Lerdo de Tejada para tomar el poder,[2] quien felizmente, era el favorito de todas las facciones. Los revolucionarios habían ofrecido dejar las armas unos meses antes, si Juárez dejaba la silla presidencial a favor de Lerdo, quien, ellos decían, había recibido más votos en la elección previa que Juárez.

Lerdo de inmediato expidió una amnistía, y en menos de dos meses todos los grupos estaban satisfechos, y la paz reinó una vez más en México.

Lerdo fue hecho presidente por una vasta mayoría cuando llegó el tiempo de las elecciones; y la posición que ha tomado a favor de los más altos intereses del país augura progreso y prosperidad. Puede haber, sin embargo, un remanente de discordia y revolución, y no sabemos cuán pronto se convierta en actividad hostil. No obstante, la mejora se halla incuestionablemente estampada en México, si bien aún puede estar sujeta a algunos tropiezos, pero será, no lo dudo, cuando totalmente encaminada, una nación merecedora de respeto. Se están estableciendo escuelas públicas a lo largo del país; buenos edificios escolares se están erigiendo, y

---

2 Juárez, que se había vuelto cada vez más impopular para 1871 tras decidir buscar un cuarto periodo presidencial, murió de un infarto masivo en julio de 1872. Sebastián Lerdo de Tejada, un juarista y presidente de la Suprema Corte, tomó la presidencia, gobernando hasta que Díaz lo derrocó en la rebelión de Tuxtepec de 1876. Ver Luis González, "El liberalismo triunfante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, Colegio de México, El Colegio de México, México, 2000, p. 658; Douglas W. Richmond, *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change* Prentice Hall, Upper Saddle River, N. J., 2002, p. 184.

la asistencia general de los jóvenes es obligatoria. La futura generación de mexicanos, sin duda, portará el sello de las grandes y estupendas bendiciones de la libertad religiosa.

Regreso a nuestra condición en Monterrey. Cerca del primero de julio, Rocha,[3] general del gobierno, recapturó la ciudad, y el orden, comparativamente, fue restaurado. Aunque anticipamos más rapiña ante la llegada de las tropas, escapamos felizmente. Los generales revolucionarios, al ver que la resistencia no era ya posible, tomó al apresado gobernador y, reinstalándolo en el mando de la ciudad, salieron con sus fuerzas y armamento.

La mañana de la llegada de las tropas del gobierno, me llegó una orden para que la casa de la misión hospedara al general Rocha y su personal.

Alrededor de cien casas de la ciudad también fueron requeridas para hospedar oficiales y sus subordinados. No me complació nada la propuesta, y me decidí a resistir su cumplimiento, y busqué de inmediato al gobernador y alcalde para que su influencia retirara la orden. Estos funcionarios ya habían dejado la ciudad para encontrarse con el ejército, el cual se esperaba que arribara a las doce. Nada podía hacerse hasta su arribo, pero nos preparamos para lo peor, y removimos cada cosa de la casa, sabiendo que los ocupantes, con sus numerosos subordinados, acabarían por arruinar libros, muebles y todo lo demás que se halla en una casa protestante, así sea por su mera negligencia. Le informamos al cónsul estadounidense,[4] y él, con

3 Sóstenes Rocha, nacido en 1831, peleó del lado de los liberales durante la guerra de Intervención francesa y participó en la toma de Querétaro, la batalla final de la guerra. Fue fiel a Benito Juárez, apagando las revueltas contra su gobierno. Murió en 1897.

4 Joseph Ulrich fue un comerciante de Texas cuando comenzó el movimiento de secesión y la guerra civil norteamericana. Sus inclinaciones abolicionistas lo volvieron despreciable ahí, y huyó a México, estableciéndose en Monterrey, donde se involucró en el comercio. Sirvió como cónsul de los Estados Unidos de 1866 hasta su renuncia en 1875. Fue un activo defensor de los intereses norteamericanos en la región, incluyendo los misioneros protestantes. Aunque simpatizaba con su valor, al compararlos con los abolicionistas del sur, cuestionaba sus metas, diciendo que tratar de cristianizar una nación cristiana era como "llevar piedras al río". Ulrich al Departamento de Estado, abril 21 de abril de 1874 y 27 de abril de 1874, AN DC,

otros amigos, se encontró con el general Rocha cuando éste entró en la ciudad, informándole que la casa era propiedad de extranjeros, y ocupada por damas norteamericanas. Estos datos propiciaron las disculpas sinceras del general por el error, como él lo llamó, ya que la propiedad extranjera está exenta, por las leyes mexicanas, de uso militar. La bandera estadounidense, que yo tenía en la casa ese día, recibió los honores adecuados, y a mí me divirtió escuchar a los mexicanos decir, cuando pasaban: "Si algún daño se le hace a esa casa, habrá más lío en México del que hasta ahora ha habido". Recibimos las atenciones más amables de los oficiales, encontrando entre ellos algunos decididos protestantes.

Nuestra misión, que había visto algo mermadas sus operaciones, pronto se recuperó, y nuestros *colporteurs* pudieron salir de nuevo a hacer su trabajo. Nuestros ministros ordenados resultaron de gran ayuda y tuvimos la fortuna de obtener los servicios de un maestro protestante muy bien educado. Este hombre, Jesús Ayala, se había convertido en Zacatecas, mediante la intervención de uno de nuestros *colporteurs* de la Sociedad Bíblica, de quien obtuvo una Biblia, y con la instrucción que el *colporteur* fue capaz de darle, se convirtió en un decidído cristiano protestante. Vino a nosotros, sin pretensiones, y aunque tenía certificados de carácter expedidos por Juárez y otros hombres distinguidos, no nos los presentó como recomendaciones. Cuando le pregunté, tiempo después de haberlo conocido, por qué no nos mostró esas credenciales cuando arribó, él respondió: "Preferí ganarme su buena opinión con mi conducta".

Lo empleamos en una "escuela de entrenamiento de jóvenes", y dio buenos resultados para nuestra perfecta satisfacción. Él, con su esposa, se unió a nuestra Iglesia, y demostró ser una valiosa adquisición para la misión.*

Monterrey, microfilme, carrete 3.

* Nota de Rankin: Me duele decir que ya abandonaron nuestra misión y regresaron a Zacatecas.

CAPÍTULO XXIV

Frágil salud – Sentí que debía dejar el campo, o morir pronto – Amargura del cáliz – La renuncia es voluntad del Señor – Viaje a Nueva York – La AFCU declina recibir mi renuncia – Querían que permaneciera al frente de la misión – Finalmente me dejan transferir la misión según mi criterio – Decidí transferirla a la ABCFM – Aceptada.

Ahora debo llegar al evento más difícil de mis veinte años de vida misionera entre los mexicanos. Las labores y preocupaciones de muchos años iban dejando consecuencias que me advertían que mi capacidad física para el trabajo continuo era muy precaria. Una enfermedad, contraída en mi primera entrada a Texas en 1847, fiebre intermitente, aumentó a tal grado que me volví casi postrada. También, un severo ataque de enfermedad que tuve en el mar, en mi regreso de los Estados Unidos en 1871, ayudó mucho a minar mi salud. Había abrigado la esperanza de que pudiera continuar mi labor, y morir en el trabajo. De hecho, había sido un deseo mucho tiempo ansiado por mi corazón, que pudiera tener mi última morada entre los mexicanos, y con ellos alzarme en la mañana de la resurrección, como un testimonio de que había deseado su salvación.

No obstante, era una seria cuestión, si había de permanecer con la impresión de que podía vivir apenas un breve tiempo, o si debía poner el trabajo en otras manos y buscar un clima más amable para mi diezmada salud. La última alternativa parecía más consistente, pues al hacerlo, mi vida se prolongaría para dar más servicio en el viñedo de mi Señor. Pero fue una lucha dolorosa contemplar el abandono de mi trabajo tanto tiempo amado y apreciado. ¿Cómo podía consentir dejar a esos conversos nativos con quienes había

disfrutado tan dulce comunión cristiana, para ya no encontrarlos en la placentera adoración del santuario de Dios? Nunca me parecieron tan preciosos los trofeos del amor de Cristo como cuando sentí que debía arrancarme de ellos. Y a los evangelistas, maestros y *colporteurs*, ¿cómo podía dejarlos y ya no guiarlos en su trabajo para Cristo y las almas, enviándolos a trabajar y esperando su retorno con informes que tanto regocijaban mi corazón?

Aunque amaba el trabajo más que mi vida, parecía haber un deber en el asunto, y llevé mis penas a mi Divino Maestro, quien, yo creía, había puesto el trabajo en mis manos, y había sido, durante todos esos años de labor, mi guía y apoyo. En humilde confidencia, estuve impelida a creer que era su voluntad que me retirara de las arduas labores, y entregar la misión en manos de otros trabajadores que Él llamaría al campo. La misión había adquirido proporciones que requerían ministros ordenados; y parecía adecuado que la dirección general de todo el trabajo debía estar en sus manos. Esta consideración, y la frágil condición de mi salud, parecían ser el encuentro de dos providencias directas que conducían a las mismas conclusiones.[1]

Me sentí agradecida de que Dios me hubiese dado salud y fuerza para trabajar por México cuando nadie más condescendía a ocuparse de esa zona perdida. Pensé en las veces que había volteado y llorado porque nadie parecía tener interés por las almas de los pobres mexicanos. Pero ahora, cristianos evangélicos con un corazón y una mente, dicen con sus acciones: "Tomaremos México para Cristo". ¡Qué feliz contraste! Misioneros de todas las denominaciones protestantes* se esfuerzan para extender el Evangelio entre esta gente por tanto tiempo olvidada.[2]

---

1 Baldwin no está convencida de que esas razones fueran los únicos factores involucrados en la renuncia de Rankin. Sugiere que la AFCU, cansada de los conflictos entre Rankin y Westrup, ya había decidido descontinuar el apoyo monetario a la misión. Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*. University of Illinois Press, Urbana, 1990, p. 21.

* Nota de Rankin: Varios consejos misioneros entraron en este campo después de 1870.

2 La Sociedad de Amigos y la Iglesia Bautista del Norte entraron en México en

En vista de estos hechos, mi corazón se sintió aliviado de su carga, y yo llegué pacíficamente a la conclusión de que el cambio evidentemente necesario estaba en el orden de la providencia de Dios, y de acuerdo con su propio propósito sabio. Arreglé todos los asuntos relativos a la misión tan bien como pude, y encomendé la supervisión del trabajo al reverendo señor Beveridge, hasta que se hicieran arreglos permanentes. El mes de septiembre de 1872, llegué a Nueva York para dialogar con la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera con la cual había estado relacionada desde 1856. Los directores declinaron aceptar mi renuncia, pues deseaban que yo retuviera la misión bajo mi control, e hiciera mucho o poco, según mi salud lo permitiera. Yo no podía sentir que más trabajo misionero en el campo fuera aún mi deber, sin embargo, en consecuencia de esta decisión de ellos, esperé a que la Providencia diera nuevas señales. Continué solicitando fondos para el sustento de la misión como hasta entonces, hasta enero de 1873, momento en el cual la Unión Cristiana Norteamericana y Extranjera se convenció de que se sentirían obligados a dejar todo su trabajo extranjero, a causa del retiro del apoyo de varias denominaciones. Los directores me notificaron el hecho, y dejaron que yo dispusiera de la misión mexicana como mi juicio y elección me dictaran.

Decidí dialogar con el Consejo Norteamericano, para transferirles la misión a ellos, y el mes de marzo de 1873, fui a Boston y presenté el asunto al Comité Prudencial de ese consejo. Les di la historia de la misión desde su inicio, con todas las circunstancias pertinentes, con tanta precisión como me fue posible; y tras deliberar propusieron recibirla, con todas sus condiciones y responsabilidades. Aunque tenía total confianza en el Consejo Norteamericano, cuando efectivamente fui a entregarles mi amadísimo tesoro, "los

1871, seguidas por la Iglesia Presbiteriana del Norte y la Iglesia Congregacional en 1872, las Iglesias Metodistas del Norte y del Sur en 1873, y la Iglesia Presbiteriana del Sur en 1874. G. Báez Camargo y Kenneth G. Grubb, *Religion in the Republic of Mexico*, World Dominion Press, Londres, 1935, pp. 87-89.

frutos de muchos años de lamentaciones y de portar la preciosa semilla", mi corazón de nuevo se encogió, y exclamé: "¿Cómo puedo entregarla?" Dejé las oficinas del Consejo sin ser capaz de decir: "Dejo la misión en sus manos", y me retiré a mi morada, pasando la noche meditando sobre el deber que sentía que se presentaba ante mí. "Y cerca de la cuarta vigilia" de la noche, apareció Uno, que en otras escenas de prueba había llegado "andando sobre la mar" de tormenta y calmaba mi ansioso corazón. Por la fe comprendí la solidaridad de mi Divino Maestro, y sentí la consoladora seguridad de que la misión era suya, y que él se haría cargo de todos sus preciosos intereses. De hecho, estuve consciente de que ésta era incluso más querida para Él que para mí. A la mañana siguiente volví a las oficinas, y con el total consentimiento de mi corazón, entregué la misión y todos sus intereses en las manos del Consejo Norteamericano.

Fue recibida con aprecio favorable, y yo me sentí confiada de que tendría consideración en el futuro. Renuncié a cualquier futuro trabajo o responsabilidad; el Consejo asumió todo el sustento de la misión, y así me relevaron de cualquier otra colecta de fondos. Cuatro nuevos misioneros se requieren para ocupar la extensión de todo el territorio asumido por el Consejo.[3]

[3] El territorio que menciona Rankin probablemente incluía los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas.

CAPÍTULO XXV

Reflexiones finales – Lugares en el norte de México deben ser ocupados inmediatamente – Forma realista de como tratar a los católicos – El consejo del diácono Stoddard – El espíritu del papismo sigue vivo en México – El martirio de Stephens – La mayor alegría de mi trabajo entre los mexicanos.

Otros misioneros deben inmediatamente ocupar puntos importantes en el norte de México para reunir congregaciones, organizar iglesias y ejercitar el talento y la capacidad nativos. México debe evangelizarse sobre todo mediante la participación de los propios mexicanos, si bien necesitan ser guiados hacia el mejor modo de trabajar, y requieren una mente líder que los dirija. Son muy sumisos, y la mayoría se deja llevar pasivamente con consejos e instrucción.

Mucha semilla preciosa han sembrado los agentes bíblicos y *colporteurs* sobre un ancho territorio en el norte de México, y está, no lo dudo, destinada a traer abundante cosecha. No deben escatimarse medios para el completo desarrollo de este trabajo de fe y oración, y se espera que las iglesias estadounidenses no cesen en su obligación de apoyar la labor del Consejo con todos los medios necesarios para llevar a cabo este trabajo tal como lo exige su importancia.

Se ha estado contemplando un edificio para iglesia en Monterrey, para que se construya en un lote que compré al mismo tiempo que adquiri el edificio del seminario. Por razones prudentes diferí su erección, aunque había tenido los fondos para hacerlo durante cuatro o cinco años.[1] Pensé que era mejor no hacer demasiado a

[1] Uno de los sucesores de Rankin en la misión de Monterrey, Henry C. Thompson, escribió duramente del manejo de fondos que hacía Rankin. Declaró al Con-

un tiempo, sino esperar a que la mente de la gente estuviera algo preparada para ver una iglesia protestante auténtica en su entorno, especialmente cuando el edificio del seminario era suficientemente amplio para permitirnos una muy cómoda capilla para los servicios religiosos.

Creo que es sabio, en la medida de lo posible, evitar azuzar prejuicios en nuestras labores entre los católicos romanos. La tenacidad con que ellos se adhieren a su religión debe reconocerse y evitar cualquier cosa que tienda a vejarlos e irritarlos, incluso si con esto llegamos a consentir un poco sus prejuicios. Ha sido uno de mis principios fijos no atacar su religión, sino presentar la Verdad, y dejar que ésta haga su trabajo. Este proceder, que he encontrado eminentemente juicioso, se lo debo a un hombre de santo recuerdo, el difunto diácono Charles Stoddard,[2] de Boston, Mass., a quien consulté en mis primeras labores para Mexico. Tras hacerme un donativo generoso para el propósito que tenía en mis manos, dijo: "En tus labores entre los romanistas asegúrate de no hacer demostraciones evidentes contra su religión; sólo preséntales la verdad. Si deseas alumbrar una habitación, llevas una vela y la colocas dentro de ella, y la oscuridad se dispersa por sí sola".

La aplicación de esta idea siempre ha sido pertinente para mí, y recomiendo su adopción a todos los demás que sean llamados a este departamento de labor cristiana. Mientras se nos obliga a ser "inofensivos como palomas" debemos también procurar ser "sabios

sejo Presbiteriano de Misiones en Nueva York que alguna gente creía que Rankin especulaba con el dinero que recibía de los donativos, mientras que otros simplemente pensaban que era torpe en el uso de los fondos. Con respecto a los fondos para el edificio del seminario, Thompson asegura que totalizaban 3 mil 500 dólares y que Rankin había prometido a los donadores que el dinero se usaría para construir una capilla en Monterrey. El hecho de que no cumpliera su promesa, de acuerdo con Thompson, daba de que hablar. Thompson a Ellinwood, 4 de agosto de 1877 y 12 de febrero de 1878, BFM, microfilme, carretes 163 y 164.

2 El diácono Charles Augustus Stoddard era un clérigo y académico de Boston que escribió varios libros y ocupó puestos importantes en la AFCU y la Sociedad Norteamericana de Publicaciones. *Who Was Who in America*, vol. 1, 1897-1942, Marquis Who's Who, Chicago, 1966, p. 1190.

como serpientes". Debe evitarse un aspecto de timidez, y también es igualmente importante evitar una evidente audacia. Con la Verdad de Dios en nuestros corazones y manos, podemos permitirnos ser valientes, con una valentía sagrada; y en un país donde las leyes son tolerantes, debemos aprovechar cada ventaja que la ley da para resistir la persecución. El espíritu papal sigue vivo, como se ha mostrado recientemente en la brutal masacre de un misionero protestante en el occidente de México.[3] Los curas nunca hicieron algo menos sabio por el catolicismo; con este acto el protestantismo, sin duda, dará unos pasos que hubiesen tomado años para dar, ya que el espíritu de intolerancia así manifestado tendrá que ser condenado por la mejor clase de mexicanos, y puede esperarse que se emplearán medios para evitar que se repitan actos similares.

Aunque podamos derramar lágrimas de tristeza por la inoportuna muerte de nuestro hermano caído, con su muerte muchas más cosas se alcanzarán por la causa que él amaba, de lo que pudo haber logrado continuando su labor. El martirio, con frecuencia, ofrece frutos preciosos.

Es gratificante saber que otro ha tomado el estandarte del llorado Stephens, y avanza para alcanzar el mismo trabajo glorioso.

Tal vez Satanás haga más intentos por mantener su trono en México, pero sólo para verse a sí mismo confundido y frustrado. La Biblia rápidamente está esparciendo sus sagradas influencias, y se volverá una barricada contra la que no prevalecerán las puertas del infierno.

3 Rankin se refiere al misionero John Stephens, un joven idealista de veintitantos años que fue asesinado en Ahualulco, Jalisco. Stephens trabajaba sobre todo con niños y gente pobre. Su notable éxito ofendió a un grupo de católicos, quienes, tras horas de beber aguardiente durante una celebración local la noche del 7 de abril de 1874, decidieron hacerle una visita y enseñarle una lección. Armados con machetes, palos y mosquetes, la turba, gritando "vivas" a la religión católica y al cura local, irrumpieron en casa de Stephens y lo sacaron junto con un colega protestante, Jesús Islas. Las autoridades locales voltearon la cara mientras Stephens era "horriblemente mutilado y su cráneo cortado en pedazos". Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, El Colegio de México, México, 1993, p. 27.

Para mí, la mayor alegría del trabajo en México es el triunfo de la Verdad Divina sobre la superstición y el error, demostrando más allá de la duda que la Biblia es el medio ordenado por el cielo para elevar a la humanidad caída, y para hacer volver un mundo apóstata a la comunión con Dios. Si hay una nación de gente con la que más me gustaría deleitarme al unirme en el canto de la canción del Amor Redentor en el día cuando la gran multitud, que ningún hombre puede contar, se presente ante el trono de Dios, estoy segura de que es la nación mexicana.[4]

"Y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y al Cordero sea la bendición, y la honra, y la gloria, y el poder, para siempre jamás".[5]

FIN

[4] Es otra manifestación del optimismo de Rankin, que no fue respaldada por los eventos posteriores. Los modestos avances en la obtención de conversos protestantes se expresan en el capítulo 19, nota 3.

[5] Apocalipsis 1: edición de varios versículos, que van del 5 al 13.

APÉNDICE A LA SEGUNDA EDICIÓN

Tras preparar mi libro para la imprenta, ocurrió otro violento acto de persecución contra el protestantismo en México. La masacre de varios cristianos protestantes en Acapulco[1] muestra que el espíritu del romanismo aún existe, y está listo para mostrar sus verdaderos colores cuando las oportunidades se presenten.

Parece que la luz de una cristiandad pura había comenzado a distribuir sus purificadoras influencias entre los corazones de algunos de los nativos de esa región oscura, hecho que azuzó la enemistad de Roma al punto de decidirse a destruir las vidas de esos celosos buscadores del verdadero Evangelio de salvación. Estos enemigos de los derechos humanos alcanzaron sus nefastos propósitos en cuanto a la destrucción de seis o siete individuos se refiere, pero la Verdad aún vive, y triunfará sobre las tumbas de estas martirizadas víctimas de la persecución papal. Lentamente, tal vez, pero con certeza, un árbol de justicia brotará de ese suelo teñido con la sangre de esos amados mártires; y las personas que instigaron esta trama asesina habrán de esconderse, como los demonios poseídos en tiempos de nuestro Salvador, en las profundidades de un mar inconmensurable.

Se ha producido la impresión en el extranjero que la libertad religiosa es apenas un vocablo en México, de lo contrario dichas

---

1 El 6 de febrero de 1875, una revuelta asesina se dio en Acapulco cuando fanáticos católicos, armados con machetes y rifles, atacaron la misión protestante. Las tropas federales fueron llamadas para restablecer el orden. Un reporte señala que cinco protestantes fueron asesinados y once heridos; otra fuente afirma que los muertos fueron quince. Deborah J. Baldwin, *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990, p. 25; William Butler, *Mexico in Transition from the Power of Political Romanism to Civil and Religious Liberty*, Hunt and Eaton, Nueva York, 1892, p. 301.

masacres no se habrían cometido. Quisiera corregir esta impresión, ya que mi conocimiento personal del sentimiento que prevalece entre la mayoría de los mexicanos garantiza la creencia de que dichos eventos trágicos se consideran con la más profunda pena, no sólo por los funcionarios del gobierno, sino por los amantes de la paz, de los cuales hay muchos en México, sin importar las muchas indicaciones de lo contrario.

Los hechos muestran plenamente que el gobierno mexicano ha peleado una guerra mortal contra el poder papal. En ningún otro país donde el papado tuviera un poder indisputado ha habido una acción tan decidida como en México. Hace muchos años el partido de la Iglesia fue derrocado, y la propiedad fue retirada de las manos sacrílegas de los curas y asignada al bienestar general de la gente; y estos despojados tiranos espirituales fueron obligados por el brazo fuerte de la ley a buscar su sustento con las limosnas de la gente, en vez de llenar sus cofres con el tesoro público, como antes. Se les impuso que dejaran a un lado sus sotanas, y ahora un cura católico no se distingue en la calle de cualquier otro ciudadano ordinario. Las procesiones religiosas están prohibidas bajo las más severas penas de la ley. El servicio matrimonial que lleva a cabo el clero no se reconoce como legal, pues ellos han abusado de esa sagrada institución, al punto que fue necesario eliminar su poder, y el matrimonio por la ley civil fue puesto en vigor.[2]

[2] Las estrictas medidas contra la Iglesia católica se relajaron pocos años después de que Rankin escribiera esto. Porfirio Díaz, que comenzó su largo régimen en 1877, estableció una política de conciliación con la Iglesia como medio para asegurar su apoyo y contribuir con la pacificación del país. El catolicismo prosperó bajo esta política, reestableciendo su antiguo estatus y creando nuevas diócesis y seminarios y haciendo retornar algunas órdenes religiosas. Las prácticas religiosas que habían prohibido los liberales –prácticas como realizar procesiones religiosas o usar sotanas en público– reaparecieron, para incomodidad de no pocos protestantes. Jean Pierre Bastian, "Las sociedades protestantes y la oposición a Porfirio Díaz en México, 1877-1911", en Jean Pierre Bastian (ed.), *Protestantes, liberales, y francmasones: sociedades de ideas y modernidad en América Latina, siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 148.

Los monasterios se cerraron y los edificios se expropiaron para asignarse a otros propósitos, y los monjes se vieron obligados a buscar asilo en países más tolerantes a la religión católica que México. Más recientemente se encontró necesario suprimir la orden de las Hermanas de la Caridad[3] y cerrar los conventos, y el Congreso aprobó una ley, durante el año pasado, con ese efecto. Muchas personas en el extranjero lo han visto como el acto más extraordinario del gobierno mexicano, pues se sabe que las Hermanas de la Caridad son una clase de personas que, en numerosas instancias, son benefactoras de la humanidad que sufre. El gobierno no ordenó la suspensión de sus trabajos de misericordia, sino que recomendó su continuación, pero les ordenó dejar de un lado su peculiar y distintiva vestimenta, y que asumieran la que visten las otras mujeres en México. Pero las iracundas monjas, en vez de renunciar a su supuestamente santo ropaje, salieron del país y buscan refugio en éste y otros países, donde la vestimenta del romanismo no provoca tanto rechazo como en México.

Las objeciones a los conventos surgieron por su reclusión, y porque permiten la proliferación de grupos de carácter excesivamente sospechosos. Estos claustros religiosos estaban sujetos al indisputado control de los curas, entre los cuales se supone que la virtud no existe, en México. Para confirmar esta suposición voy a relatar, como evidencia, un hecho que observé hace algunos años. Un caballero que residía en uno de los principales pueblos junto al río Bravo, un comerciante con muchos negocios, me informó que tenía una sobrina que deseaba colocar en un convento mexi-

[3] La orden religiosa católica de las Hermanas de la Caridad había arribado a México en 1844. Tres décadas después, la orden se convirtió en víctima en la disputa entre el gobierno liberal y la Iglesia católica. El presidente Sebastián Lerdo de Tejada, quien asumió el poder tras la muerte de Juárez, tomó una línea más dura contra la Iglesia y decretó varias medidas contra ella. Una de éstas fue la expulsión de todas las órdenes religiosas, incluyendo las Hermanas de la Caridad, lo que ocurrió a principios de 1875. Bastian afirma que había unas cuatrocientas órdenes religiosas en el país y que la medida causó mucha amargura. Jean Pierre Bastian, *op. cit.*, p. 74.

cano, donde pudiera, junto con otras virtudes, familiarizarse con el idioma español. Preguntó a personas que habían viajado mucho por México y que hubiesen tenido los medios para familiarizarse con el carácter de los conventos, y mediante estas fuentes, que él consideraba confiables, se había enterado que apenas "una de cada veinte muchachas" que entraban en estos enclaustrados dominios papales emergía con pureza de corazón y carácter.

Este caballero, que era un judío inteligente, dijo que no tenía prejuicios relativos a esa religión, pues para él, el catolicismo se basaba en lo mismo que el protestantismo; pero sobre la naturaleza de los conventos de México, sentía el más profundo horror y falta de respeto.

Opino que este caballero actuó sin aprehensiones, y que estas pretendidas instituciones educativas ejercían una influencia desmoralizante que se sentía en cada departamento de la sociedad. El gobierno no podía ignorar esto, por eso la solución de este "acto extraordinario".

Es muy evidente que el gobierno mexicano está saliendo, aunque con grandes tribulaciones, de desolaciones apenas concebibles por aquéllos que no tienen conocimiento definitivo de las calamidades que han asolado al país a lo largo de la terrible influencia del catolicismo romano. La avalancha de horrores no puede rectificarse de inmediato, y tal vez no durante la presente generación. Los muchos aspectos tristes que este infortunado país exhibe de vez en vez deberían considerarse con una mirada de caridad, y mostrar tolerancia hacia el lento avance que parece llevarse a cabo en México.

Los curas aún ejercen considerable control sobre una porción de las masas ignorantes. Hay que admirarnos de que pese a esa fuerza sutil y determinada, el protestantismo haya ganado el terreno que ahora tiene. Tan visiblemente el poder divino se ha ejercitado en el establecimiento de una cristiandad pura en México, que no debemos dudar de que al final triunfe. Y no debe permi-

tirse que el enemigo prevalezca más en una causa que es por sobre todo la causa del Señor. La historia de todas las misiones cristianas presenta el mismo registro que en México. El establecimiento del reino de Cristo en este mundo requirió un costoso sacrificio, y para extender y perpetuar este reino, no debemos amedrentarnos ante ningún esfuerzo que el deber hacia Cristo pueda exigir.

Dejando a un lado la desmoralizante influencia del romanismo, los mexicanos, por lo general, son gente sencilla e inofensiva. Siendo una mezcla de razas, encontramos características que casi no existen en otra nación. Tal vez domina el elemento indio, pues sus hábitos corresponden más a esa raza; sin embargo se exhiben muchas particularidades del carácter español. A veces se observa una combinación muy favorable, donde la sangre fría del indio se mezcla felizmente con la sangre caliente del español. Los mexicanos tienen mentes calculadoras de penetración rápida e ingeniosa, quienes, si nacen y se crían bajo otras circunstancias, podrían volverse luces del mundo.

Juárez era un hombre de rara capacidad natural, y sin importar las grandes desventajas con las que laboraba, exhibió un carácter moral y mental que reflejaría honor en cualquier país. Incluso Santa Anna encarnaba una gran cantidad de genio, aunque era deficiente en principios morales. Pocos hombres de cualquier nación son capaces de ejercer una influencia más amplia y poderosa que este tirano político durante su dominio sobre México.[4]

[4] Antonio López de Santa Anna fue el más famoso caudillo mexicano del siglo XIX. Nació en Jalapa, Veracruz, en 1794 y participó en la mayoría de los importantes eventos históricos de México en sus tres primeras décadas como nación independiente. Su carrera política y militar semejó un paseo en montaña rusa. Intrépido militar, peleó contra el movimiento de Independencia, pero más tarde se unió a Agustín de Iturbide y peleó a favor. Más tarde le hizo la guerra al gobierno de Iturbide. Combatió contra el ejército español que trató de reconquistar México en 1829 y se ganó el respeto nacional. Santa Anna se convirtió en presidente de México durante la década de 1830 y encabezó un ejército contra Texas, que peleaba por su independencia. Fue decisivamente derrotado en la batalla de San Jacinto en abril de 1836 y quedó sumido en la ignominia. Volvió a ganar prestigio dos años después cuando combatió a la expedición francesa enviada a México durante la llamada

Aunque hay unas mentes sobresalientes en México, la mayor porción de su gente es pasiva, bajo el mando de sus superiores. A diferencia de los indios norteamericanos, se vuelven fácilmente súbditos de la voluntad de otros. El peonaje, una especie de esclavitud, ha prevalecido desde el primer periodo, y aún existe, sin embargo va desapareciendo gradualmente. Aunque una especie de esclavitud, el peonaje es voluntario, pues el individuo se vende a sí mismo por una suma de dinero y se compromete a trabajar para la persona que lo compró hasta que paga su deuda. Los salarios los determina el hombre que paga el dinero, y éste tiene el cuidado de que sean tan bajos que el pobre hombre nunca puede obtener los medios, más allá de la manutención de su familia, para su liberación; en consecuencia permanece siendo un peón toda la vida, ya que no puede trabajar para otro amo sino para aquél con quien contrajo la obligación. Los padres a veces disponen de sus hijos de esta manera poco natural, en casos de extrema necesidad. Poco después de llegar a Monterrey, observé a un chico en la calle vendiendo dulces, y captó mi atención porque con frecuencia se detenía y observaba mi escuela a través de las barras de las ventanas. A veces yo hablaba con él y descubrí que era un chico inteligente de unos once años. Él decía que también le gustaría ir a la escuela, que creía que podía aprender de los libros tan bien como los demás. Averigüé sobre este chico y me enteré de que su padre lo había vendido por diecisiete dólares, y que su dueño le daba una bicoca (seis centavos diarios) por sus servicios.

Guerra de los Pasteles. El caudillo estableció un gobierno dictatorial a principio de la década de 1840, pero fue echado del país. Se le permitió regresar en 1847 porque México lo necesitaba para encabezar sus fuerzas en la guerra contra Estados Unidos. Santa Anna fue obligado de nuevo a dejar el país tras la derrota, pero volvió en 1853 para encabezar un gobierno conservador y tomó la presidencia de México por undécima ocasión en su carrera. Convirtió a ese gobierno en una dictadura grotesca y de nuevo fue derrocado y enviado al exilio en 1855. Aunque más tarde le ofreció sus servicios al imperio de Maximiliano, su oferta fue rechazada. Se le permitió regresar a México en 1874, y murió en 1876, como una figura patética y olvidada.

La lúcida apariencia del chico me interesó, y averigüé sobre su conducta, y me satisfizo su carácter esperanzado, y le propuse a su padre que si me daba control del chico durante cinco años, yo pagaría su libertad, me haría cargo de él, lo vestiría y educaría. Él aceptó la propuesta, y Filemón se convirtió en un miembro de mi familia y pupilo en mi escuela. Manifestó la más profunda gratitud y demostró que era merecedor de mi confianza y afecto. Sus estudios fueron altamente gratificantes, y cuando expiró su término educativo, fue capaz de enseñar, y lo pusimos a cargo de una de nuestras escuelas.

Los mexicanos son susceptibles a las amistades más estrechas, y siempre los he encontrado sinceros y fieles cuando les daba mi confianza. Rara vez ha ocurrido que un mexicano se muestre traidor conmigo, aunque esa característica se le achaca con frecuencia a esta gente.

A la mujer se le trata con la mayor consideración. La mujer tiene la posición más alta en la familia, y se le obedece sin oposición. Las necesidades de esta gente son pocas y sencillas, por eso existe poca necesidad de trabajar, y son, en consecuencia, habitualmente indolentes. El clima contribuye a este fin, pues como prácticamente no existe el invierno, no tienen necesidad de prepararse para el futuro. Parvadas y manadas subsisten en los cerros y en las praderas con poca atención, y los productos del campo abundan casi espontáneamente, o con necesidad de muy poco trabajo, de modo que sus alimentos se obtienen fácilmente. El principal pan de los mexicanos es la tortilla, un pequeño panqué de maíz, hecha más o menos como un pastel a la plancha, que las mujeres muelen entre dos piedras. Aunque hay molinos donde el trigo se convierte en harina, y el maíz puede molerse también en harina, los nativos prefieren el modo primitivo, y la mayor porción de trabajo desempeñado por las mujeres es moler su maíz y hacer tortillas. Los mexicanos considerarían incompleta su comida sin este tipo de pan, el cual, con frijoles (una judía pequeña) y carne

muy condimentada con chile, ajo y cebolla, constituye el principal alimento. Los platos a veces se preparan con un guisado de carne y vegetales, y condimentados de manera que ni los extranjeros los desprecian. Su modo usual de tomar sus alimentos es sentarse en sus talones o en el suelo, en torno a las vasijas en que se cocinó su comida, y tomando la comida con los dedos, o cuando la necesidad lo requiere, convierten su tortilla en una especie de cuchara. Este modo primitivo se practica por lo general, sin embargo entre la mejor clase de los mexicanos se adopta un estilo más civilizado. No creo, sin embargo, que pueda hallarse una docena de familias en Monterrey que tengan un cuchillo o un tenedor en sus casas que utilicen para comer. Es apenas en los años recientes que se utilizan las sillas, y ahora se consideran en las casas más como adorno que para su uso. La mujer del gobernador me dijo un día: "Me canso tanto sentada en una silla, que debo sentarme en el suelo para descansar".[5]

En muchos respectos, los mexicanos son verdaderos niños de la naturaleza, pues siguen sólo los hábitos que les dicta la inclinación. Yo he dudado en romper sus costumbres por tanto tiempo establecidas, cuando no veía que de ellas surgiera alguna evidente inmoralidad, así ellos no confundirían las mejoras externas con la reformación interna del corazón y el carácter. Sin embargo, siempre hemos insistido en cambios en la forma de vestir para la iglesia y la escuela, ya que sus modos eran muy ligeros y abiertos para que se ajustaran a nuestras ideas de propiedad. Los conversos siempre manifestaron estar de acuerdo con los cambios y nunca dejamos de solicitar la modificación de los hábitos en cualquier respecto que consideráramos que un principio moral estaba involucrado.

El afecto familiar es una característica prominente del carácter mexicano. Aunque la vida doméstica ha estado sujeta a vicisitudes

[5] Rankin está expresando una creencia que, según otras fuentes, no se ajusta a la realidad.

que pudiesen destruir todos los vínculos familiares, el afecto ha unido a esa gente donde no existía otro lazo. Antes de que se estableciera la libertad religiosa, el matrimonio estaba sujeto al clero, y como los dignatarios de la Iglesia no tenían sino un propósito mercenario, su tarifa para llevar a cabo la ceremonia era tan exorbitante que poca gente era capaz de costearla, en consecuencia, la gran mayoría de los mexicanos que vivían juntos en la relación familiar nunca habían estado unidos por el matrimonio. Los males que pudieron brotar de este libertino estado de los asuntos no fueron tan desastrosos como pudo ser, ya que la mayoría de los que se juntaban de este modo poco escritural permanecían fieles durante su vida en todos los deberes y relaciones.

La práctica de los curas en este asunto, tan importante para el bienestar de la sociedad, muestra cuánto les importaba la moral de sus súbditos, y si no fuera un hecho bien conocido, parecería muy perfectamente absurdo para ser creído. Escuché un incidente algo divertido relacionado con un cura que exigió un burro para efectuar el servicio matrimonial, y como cada mexicano es capaz de poseer un burro, el cura fue abrumado con solicitantes que deseaban casarse, hasta que su corral se llenó con estos humildes animales. La providencia favoreció a este benevolente cura al volver necesario que se acarreara agua desde cierta distancia para proveer al pueblo, y entonces pudo utilizar sus burros para obtener ganancias.

Este animal abunda en México, hasta los limosneros andan en burro cuando van de puerta en puerta los días que la ley les permite. Mendigar es tan común en México que debe ser restringido a cierto día de la semana, y ese día las calles están repletas y los donadores generalmente tienen sus obsequios preparados, pues las peticiones se repiten de manera excesivamente molesta, y entre antes se deshaga uno del limosnero, mejor.[6]

[6] Esto es muy cómico; aunque la práctica de limosnear debió ser muy común, no hemos podido verificar que hubiese un día oficial dedicado a esa actividad.

Aunque hay muchas tristes exhibiciones del carácter mexicano, también se hallan muchas redentoras. Al moverme entre esta gente durante veinte años, he sentido una conciencia de seguridad producida por la impresión que mantuve instintivamente de que un mexicano nunca le haría daño a una dama. He vivido con frecuencia sola en mi casa, y no obstante, sin ningún temor. Una y otra vez he viajado sin más protección que unos mexicanos, y con frecuencia me vi obligada a dormir en casas mexicanas, rodeada por gente de la que no sabía nada; sin embargo, por raro que parezca, pude dormir tranquilamente, porque sabía que mi fiel guardia, el dueño de la diligencia, se aseguraría de que ningún daño me ocurriera, dejando su descanso para velar, para asegurarse de que la persona bajo su cargo no sufriera molestia alguna.

Los mexicanos tienen un caballeroso respeto por la mujer, y una estimación, he pensado con frecuencia, casi aliada con la reverencia sagrada. Su deidad es una mujer; la gente por lo general no tiene mayor concepción de la divinidad que la virgen María, y creo firmemente que no se atreven a tratar a una mujer sino con respeto, pues de lo contrario podrían ofender a su amada *madonna*. No es poco frecuente que los caballeros que viajan con dinero, o bajo otras circunstancias peligrosas, se hagan acompañar de mujeres, sabiendo que la peor clase de mexicanos se amedrentan ante la presencia de una dama. Durante las revoluciones, los hombres casados están a salvo de la leva cuando están junto a su mujer, pues el oficial no insultaría a una dama al ejecutar la comisión sobre su esposo en la presencia de ella. Así, durante esos temibles tiempos, a un hombre rara vez se le ve fuera de casa, o si se ve obligado a salir a la calle, se asegurará de mantener junto a él a su media naranja.

Por lo general se acepta que la civilización de un país puede medirse por la estimación en que se tiene a la mujer, y la inferencia natural sería que México ha arribado a un grado más alto de civilización del que los hechos claramente muestran. No podemos saber cuánto ha servido este sentimiento caballeroso para apaci-

guar el carácter mexicano, ni qué grado de barbarie pudo haber prevalecido entre gente de tan desafortunado origen y educación.

En mi labor misionera entre los mexicanos, he experimentado muy grandes ventajas de este sentimiento prevaleciente. Mucha sorpresa se ha expresado ante mi audacia de plantar instituciones protestantes justo en los dientes del romanismo, particularmente en Monterrey, en el mero corazón del papismo, y en un periodo tan temprano que la libertad religiosa apenas se había aceptado como una realidad. Los curas, sin duda, miraron con ojo celoso esta singular invasión de su territorio sagrado; y sin embargo, ¿qué podían hacer, si una mujer estaba en el fondo del asunto?, y ¿cómo podrían poner manos violentas sobre ella? El protestantismo y la Biblia avanzaron con firmeza en México, y la mano persecutoria del romanismo fue detenida. No presumiría al decir que estuvo en la sabiduría de Dios poner a una mujer en las primeras filas del protestantismo en México, pero si diré que una mujer se mantuvo firme en un terreno en que un hombre hubiese sido desposeído, y tal vez con la pérdida de su vida.

Es de poca importancia comparativamente por intervención de quién una cristiandad pura ha adquirido presencia permanente en México, pero es asunto de gran importancia y jubilosa exaltación que la luz verdadera emana ahora de muchas partes del México papal, y envía sus influencias purificadoras hacia los corazones de miles de sus olvidados pobladores. Creo por completo que si las iglesias norteamericanas hacen su labor como la Providencia de Dios parece indicar, no pasarán muchos años antes de que México tome su lugar entre las naciones evangelizadas de la tierra.

Aunque las revoluciones puedan prevalecer en México, y aunque una rebelión pueda convulsionar al país de un extremo a otro, no debemos sorprendernos ni desmotivarnos. Estas convulsiones son la agitación del sentimiento público que requiere ser purificado; y, sin duda, surgirá de estas llamas, elevado y refinado. Yo le diría a los cristianos protestantes, manténganse listos con sus

biblias y otras verdades impresas, para aplicar esas hojas que son para sanar a las naciones cuando las olas turbulentas se apacigüen. Cristo nos encomienda que tomemos esa tierra para él, y ¿acaso hemos de titubear en avanzar, incluso con riesgo de nuestras vidas, en una batalla que nuestro glorioso Capitán ha iniciado contra la arrogancia y la usurpación papal? La fe ya planta el estandarte de victoria sobre la escena de conflicto, y aunque algunos valientes héroes puedan caer el en campo de batalla, la victoria sin duda llegará al final, pues se ha lanzado la aseveracióndel Todopoderoso, "que a mí se doblará toda rodilla, jurará toda lengua".[7]

[7] Isaias 45:23



Lápida de Rankin en Bloomington, Illinois.
Fuente: Susan L. Baker

ÍNDICE DE ILUSTACIONES

Mapas

Imágenes

BIBLIOGRAFÍA

Colecciones de archivos

Austin, Texas (Universidad de Texas en Austin)

Colección Latinoamericana Benson. Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América. Consejo de Misiones Extranjeras. Correspondencia e Informes, 1833-1911.

Biblioteca Perry-Castañeda. Consejo de Misiones Extranjeras de la Iglesia Presbiteriana en los Estados Unidos de América. Informes Anuales.

Centro de Historia Americana. Documentos y Memorias de Gilbert Kingsbury.

Monterrey, Nuevo León, México

Archivo General del Estado de Nuevo León. Asuntos Eclesiásticos. Secretaría de Relaciones Exteriores.

Washington, D. C.,

Archivos Nacionales. Grupo de Registro 59. Registros del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Despachos Consulares.

Matamoros, 1826-1906

Monterrey, 1849-1906

Publicaciones periódicas

Austin-American Statesman, 1992
Christian World, 1865-1883
Missionary Herald, 1875
The Pantagraph (Bloomington, Illinois), 1888
Texas Presbyterian, 1847-1848

Fuentes secundarias

"Historia de la AFCU", http://www.afcubridge.org/History%202.htm.

Báez Camargo, G. y Kenneth G. Grubb, *Religion in the Republic of México*, World Dominion Press, Londres, 1935.

Baker, Daniel y William M. Baker, *The Life and Labours of the Reverend Daniel Baker, D. D., Pastor and Evangelist*, William S. & Alfred Martien, Filadelfia, 1858.

Baldwin, Deborah J. *Protestants and the Mexican Revolution: Missionaries, Ministers, and Social Change*, University of Illinois Press, Urbana, 1990.

Bastian, Jean Pierre. "Las sociedades protestantes y la oposición a Porfirio Díaz en México, 1877-1911", en Jean Pierre Bastian (ed.), *Protestantes, liberales, y francmasones: sociedades de ideas y modernidad en América Latina, siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

____, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, México, 1989.

Bazant, Jan, *Los bienes de la Iglesia en México (1856-1875): aspectos económicos y sociales de la Revolución liberal*, 2a. ed. Colegio de México, México, 1977.

Bernal, Ignacio, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, El Colegio de México, México, 2000.

Billington, Ray A., "Anti-Catholic Propaganda and the Home Missionary Movement, 1800-1860", *Mississippi Valley Historical Review*, vol. 22, diciembre de 1935, pp. 361-84.

Brackenridge, R. Douglas, "Sumner Bacon, the Apostle of Texas", *Journal of Presbyterian History*, vol. 45, 1967, pp. 163-179.

____, y Francisco O. García-Treto, *Iglesia Presbiteriana: A History of Presbyterians and Mexican Americans in the Southwest*, Trinity University Press, San Antonio, 1974.

Brown, Richard M., *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*, Oxford University Press, Nueva York, 1975.

Butler, William, *Mexico in Transition from the Power of Political Romanism to Civil and Religious Liberty*, Hunt and Eaton, Nueva York, 1892.

Case, Alden Buell, *Thirty Years with the Mexicans: In Peace and Revolution*, Fleming H. Revell Co., Nueva York, 1917.

Cerutti, Mario, y Miguel Ángel González Quiroga (eds.), *Frontera e historia económica: Texas y el norte de México, 1850-1865*, Instituto Mora-Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1993.

Chance, Joseph, *Jose Maria de Jesus Carvajal: The Life and Times of a Mexican Revolutionary*, Trinity University Press, San Antonio, 2007.

Cowling, Annie, "The Civil War on the Lower Rio Grande Valley", tesis de maestría, Universidad de Texas en Austin, 1926.

Cowper, William, *The Poetical Works of William Cowper*, vol. 3., Little, Brown, and Company, Boston, 1856.

Crews, D'Anne McAdams, (comp. y ed.), *Huntsville and Walker County, Texas: A Bicentennial History*, Sam Houston State University Press, Huntsville, 1976.

Delaney, Robert W., "Matamoros: Port of Texas during the Civil War", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 58, abril de 1955, pp. 473-87.

De León, Arnoldo, *The Tejano Community, 1836-1900*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1982.

____, *They called Them Greasers: Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, University of Texas Press, Austin, 1983.

Díaz, Lilia, "El liberalismo militante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, El Colegio de México, México, 2000.

Divine, Robert A., *et al.*, *America Past and Present*, 7ma. ed., Pearson, Nueva York, 2005.

"Edward Norris Kirk", *Virtualology.com*. http://www.famousamericans.net/edwardnorriskirk

Elliot, Claude, "Union Sentiment in Texas, 1861-1865", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 50, abril de 1947, pp. 449-77.

Ellsworth, C. S., "American Churches and the Mexican War", *American Historical Review*, vol. 45, núm. 2, enero de 1940, pp. 301-26.

Ford, John Salmon "Rip", *Rip Ford's Texas*, ed. Stephen B. Oates, University of Texas Press, Austin, 1963.

Franchot, Jenny, *Roads to Rome: The Antebellum Protestant Encounter with Catholicism*, University of California Press, Berkeley, 1994.

Furnas, J. C., *The Americans: A Social History of the United States, 1587-1914*, vol. 1, Capricorn Books, Nueva York, 1969.

Gaustad, Edwin S., y Leigh E. Schmidt, *The Religious History of America*, ed. rev., Harper San Francisco, San Francisco, 2002.

González, Luis, "El liberalismo triunfante", en Ignacio Bernal, *et al.*, *Historia General de México: Versión 2000*, El Colegio de México, México, 2000.

González-Maíz, Rocío, *La participación del noreste en el proceso de conformación del Estado Nacional (1854-1867)*, Editorial Font, Monterrey, 1994.

González Navarro, Moisés, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, Colegio de México, México, 1993.

González Quiroga, Miguel Ángel, "La puerta de México: los comerciantes texanos y el noreste mexicano, 1850-1880", *Estudios Sociológicos*, vol. 11, enero-abril de 1993, pp. 209-36.

Graf, LeRoy P., "The Economic History of the Lower Rio Grande Valley, 1820-1875" tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1942.

Greenberg, Amy S., *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

Guyon, Jeanne-Marie Bouvier de la Motte, *Experiencing the Depths of Jesus Christ: The Autobiography*, Thomas Nelson Publishers, Nashville, 2000.

The Handbook of Texas Online.
http://www.tsha.utexas.edu/handbook/online/

Hankin, Barry, *The Second Great Awakening and theTranscendentalists*, Greenwood Press, Westport, Conn., 2004.

Hart, John M., *Empire and Revolution: The Americans in Mexico since the Civil War*, University of California Press, Berkeley, 2002.

Heidler, David Stephen, (ed.), *Encyclopedia of the American Civil War*, vol. 2, ABC-CLIO, Santa Bárbara, 2000.

Hinckley, Ted C., "American Anti-Catholicism during the Mexican War", *Pacific Historical Review*, vol. 31, núm. 2 , mayo de 1962, pp. 121-37.

Hughes, Richard B., "Old School Presbyterians: Eastern Invaders of Texas, 1830-1865", *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 74, enero de 1971, pp. 324-36.

Irby, James Arthur, "Line of the Rio Grande: War and Trade on the Confederate Frontier, 1861-1865", tesis doctoral, Universidad de Georgia, 1969.

John, I. G., *Hand Book of Methodist Missions*, Consejo de Misiones, Iglesia E. M., Sur, Nashville, 1893.

"John Mason Peck", Biblioteca y Archivos Históricos de los Bautistas del Sur. http://www.sbhla.org/bio_peck.htm.

Knowlton, Robert J., *Church Property and the Mexican Reform, 1856-1910*, Northern Illinois University Press, DeKalb, 1976.

Leiker, James N., *Racial Borders: Black Soldiers along the Rio Grande*, Texas A&M University Press, College Station, 2002.

López Gallo, Manuel, *La violencia en la historia de México*, Ediciones El Caballito, México, 1991.

McCaffrey, James M., *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, New York University Press, Nueva York, 1992.

McCullough, William Wallace, "John McCullough 'Grandfather,' 1805-1870: Pioneer Presbyterian Missionary and Teacher in the Republic of Texas" (manuscrito inédito), 1944. Colección de Consulta de la Biblioteca Metodista Bridwell, Biblioteca Bridwell, Universidad Metodista del Sur, Dallas, Texas.

____, *John McCullough: Pioneer Presbyterian Missionary and Teacher in the Republic of Texas*, Pemberton Press, Austin, 1966.

McNabb, Donald, Louis E. Madere Jr. "A History of New Orleans", noviembre del 2003. http://www.madere.com/history.html.

McPherson, James M., *Battle Cry of Freedom: The Civil War Era*, Oxford University Press, Oxford, 1988.

Mears, David O., *The Life of Edward Norris Kirk, D. D.*, Lockwood, Brooks, and Company, Boston, 1877.

Meyer, Michael C., y William L. Sherman, *The Course of Mexican History*, 3a. ed., Oxford University Press, Nueva York, 1987.

Noll, Mark A., *A History of Christianity in the United States and Canada*, William B. Eerdmans Publishing Co., Grand Rapids, 1992.

Ober, Frederick, *Travels in Mexico and Life among the Mexicans*, Estes and Lauriat, Boston, 1884.

Olden, Sam, "Mississippi and the U. S.-Mexican War, 1846-1848", *Mississippi History Now*, agosto del 2005. http://mshistory.k12.ms.us/index.php?id=202.

Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, vol. 1871, núm. 383, Imprenta del Gobierno, Washington, D. C., 1871.

Pickering, David, y Judy Falls, *Brush Men and Vigilantes: Civil War Dissent in Texas*, Texas A&M University Press, College Station, 2000.

Pinheiro, John C., "'Extending the Light and Blessings of Our Purer Faith': Anti-Catholic Sentiment among American Soldiers in the U. S.-Mexican War", *Journal of Popular Culture*, vol. 35, otoño de 2001, pp. 129-52.

Rakow, Mary Martina, "Melinda Rankin and Magdalen Hayden: Evangelical and Catholic Forms of Nineteenth Century Christian Spirituality". Colegio de Boston, tesis doctoral, 1982.

Rankin, Melinda, *Texas in 1850*, Texian Press, Waco, 1966.

Rayburn, John C., "Introducción" en Melinda Rankin, *Texas in 1850*, Texian Press, Waco, 1966.

Red, William Stuart, *A History of the Presbyterian Church in Texas*, Steck Co., Austin, 1936.

Reyes Heroles, Jesús, *El Liberalismo Mexicano*, tomo III, La integración de las ideas, 2da. ed., Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

Richmond, Douglas W., *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change* Prentice Hall, Upper Saddle River, N. J., 2002.

Ridley, Jaspar, *Maximilian and Juárez*, Constable, Londres, 1993.

Rippy, J. Fred., "Border Troubles along the Rio Grande, 1848-1860", *Southwestern Historical Quarterly* vol. 23, octubre 1919, pp. 91-111.

Sellers, *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, Oxford University Press, Nueva York, 1991.

Thompson, Jerry (ed.), *Fifty Miles and a Fight: Major Samuel Peter Heintzelman's Journal of Texas and the Cortina War*, Asociación Histórica del Estado de Texas, Austin, 1998.

____ y Lawrence T. Jones III, *Civil War and Revolution on the Rio Grande Frontier: A Narrative and Photographic History*, Asociación Histórica del Estado de Texas, Austin, 2004.

Tijerina González, Saúl, *Huellas imborrables: historia de la Iglesia Nacional Presbiteriana*, Publicaciones El Faro, Monterrey, 1984.

Twaddell, Elizabeth, "The American Tract Society, 1814-1860", *Church History*, vol. 15, junio de 1946, pp. 116-132.

U. S. Department of State, http://www.state.gov/r/pa/ho/po/com/10948.htm.

Villalpando César, José Manuel, *Maximiliano*, Clío, México, 1999.

Wamble, Hugh, "Landmarkism: Doctrinaire Ecclesiology among Baptists", *Church History*, vol. 33, diciembre de 1964, pp. 429-447.

Watkins, Richard Overton. "Rev. Richard Overton Watkins, Kemp, Texas, 1876-7" (manuscrito inédito), 1877. Colección de Consulta de la Biblioteca Metodista Bridwell, Biblioteca Bridwell, Universidad Metodista del Sur, Dallas, Texas.

Westrup, Thomas M., *Principios: Relato de la introducción del Evangelio en México*, ed. Enrique Tomás Westrup, Monterrey, 1948.

Who Was Who in America, vol. 1, 1897-1942, Marquis Who's Who, Chicago, 1966.

Wilentz, Sean, *The Rise of American Democracy: Jefferson to Lincoln*, W. W. Norton and Company, Nueva York, 2005.

Wilkinson, Joseph B., *Laredo and the Rio Grande Frontier: A Narrative*, Jenkins Publishing Co., Austin, 1975.

Yohn, Susan M., *A Contest of Faiths: Missionary Women and Pluralism in the American Southwest*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1995.

Este libro se terminó de imprimir en julio de 2008
en los talleres de Grafo Print Editores, S.A.
La edición consta de 1,000 ejemplares.
Para los interiores se utilizó papel Cultural de 44.5 kg.
y Couche de 255 gr. para los forros.
En su composición se utilizaron tipos de la familia Warnock.
El cuidado de la edición estuvo a cargo del Fondo Editorial de Nuevo León.

Otras publicaciones relacionadas con el siglo XIX

En los albores de la Independencia: Las Provincias Internas de Oriente durante la insurrección de don Miguel Hidalgo y Costilla 1810 - 1811

Isidro Vizcaya

Los orígenes de la industrialización de Monterrey

Isidro Vizcaya

Nuevo León ocupado: aspectos de la guerra México - Estados Unidos

Miguel Ángel González-Quiroga y César Morado Macías

Burguesía y capitalismo en Monterrey 1850 - 1910

Mario Cerutti

MELINDA RANKIN se crió en Nueva Inglaterra, descubrió su vocación como maestra misionera y decidió llevar la religión protestante a los católicos mexicanos. Para lograrlo superó obstáculos casi abrumadores y regresó a los Estados Unidos a pasar sus últimos años en relativa calma. Los detalles de este resumen revelan una historia fascinante de una mujer más bien ordinaria que hizo cosas extraordinarias.

Como en una buena crónica de viaje, *Veinte años entre los mexicanos* ofrece al lector moderno una mirada a las costumbres de la gente durante aquellos tiempos, tanto en el sur de los Estados Unidos como en el norte de México. Pero es mucho más que una narración de viaje, cuenta la historia de una mujer que para alcanzar su sueño pasó por grandes sacrificios y tuvo que sobreponerse a múltiples obstáculos. En ese sentido, su historia tiene la capacidad de inspirar, más aún por haber ocurrido en un mundo dominado por hombres. La propia Rankin estaba consciente de que, como mujer en México, poseía ciertas ventajas no disponibles para sus contrapartes masculinos.

La narración de Rankin también enriquece nuestro conocimiento histórico porque su vida y obra abarca buena parte del siglo XIX, cuando Estados Unidos se expandía rápidamente y comenzaba, tras la guerra civil, a aventurarse en el escenario mundial. Este proceso incluyó la extensión de su cultura y religión, y México fue el primer país extranjero en sentir el peso de esa expansión. El libro de Rankin ayuda a entender cómo se inició este proceso y rescata un capítulo importante, aunque poco conocido, de la historia de los Estados Unidos.





DeGolyer Library
William P. Clements Center for Southwest Studies
Southern Methodist University


ISBN 978-970-9715-59-0
9 789709 715590